

ALFAGUARA

Lena Andersson
Hechos poco fieles

Narrativa Internacional Traducción de Pontus Sánchez



ALFAGUARA

Lena Andersson
Hechos poco fieles

Narrativa Internacional Traducción de Pontus Sánchez



Lena Andersson

Hechos poco fieles

Traducción del sueco de Pontus Sánchez

ALFAGUARA


SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks
@Alfaguara



@Alfaguara_es



@editorial_alfaguara

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Prólogo

Uno de los últimos días de abril, a la hora de comer, una floristería de Karlstad recibió un recado singular: una persona deseaba poner un nombre distinto al suyo en la tarjetita que acompañaba la gerbera que había encargado. La flor debía ser entregada a las seis de la tarde en el Scalateatern, en el número 1 de Västra Torggatan. Las instrucciones eran minuciosas y detalladas, y cargaban con el peso de la ansiedad de que el recado no fuera llevado a cabo a la perfección. Todo parecía extremadamente importante para la persona que telefoneaba.

A las seis menos diez, una empleada de la floristería fue caminando desde la tienda hasta el Scalateatern en la fresca tarde de primavera, con una gerbera envuelta y una tarjeta que decía:

«¿Te acuerdas de mí? Cómo íbamos a poder olvidarlo... Encuéntrate conmigo en la plaza mayor aquí en Karlstad a las 22 h. Llevo una margarita en la solapa. Ilse.»

La flor fue entregada en taquilla, donde la empleada de la floristería explicó quién era el destinatario y subrayó que la entrega debía tener lugar durante los aplausos finales. También sus instrucciones eran minuciosas y detalladas, nada debía fallar. Después, volvió a casa con su marido, con quien especuló durante la cena sobre qué clase de relación podía haber detrás de la broma.

—Ella debe de quererlo con locura —dijo la empleada de la floristería, tal vez con algo nuevo y un atisbo de ensueño en la voz, pues su marido se vio claramente molesto y preocupado, allí sentado en su sitio de la mesa, el que siempre había tenido.

—Ese tipo de mujeres no quieren a nadie —dijo.

—¿Crees que él ya está pillado?

—Esas chorradas no se las haces a tu marido.

—A lo mejor habría que hacerlas.

—Si las mujeres escogieran a hombres disponibles, luego no tendrían que insinuarse y complicarse de esa manera. ¿Acaso no son famosos los actores por sus líos de faldas?

La empleada de la floristería dejó el cuchillo y el tenedor en la mesa y dijo:

—Estaba tan ansiosa. Llamó varias veces para controlar si habíamos escrito bien la tarjeta e insistía en que no debía aparecer su nombre sino el de Ilse. Lo deletreó tres veces, y a las cinco y media llamó para comprobar que estábamos de camino. Estaba avergonzada y decidida al mismo tiempo, fue bastante pesada, pero a la vez pedía disculpas por darnos trabajo extra. Era conmovedor, de alguna manera. No deja de resultar curioso.

Ester Nilsson había alcanzado esa edad en la que te haces mayor cada vez que cumples años. Según ella, empezaba a los treinta y siete. A lo largo de los cinco años que habían pasado desde entonces había publicado cuatro volúmenes de texto denso, dos de lírica antilírica y dos ensayos filosóficos. En cuanto al amor, había estado en plena e ininterrumpida actividad, sin padecer aprendizajes coercitivos; para hilar más fino, consideraba que había que sopesar ese tipo de aprendizajes frente al riesgo de caer en el tedio y la pena de una vida pasiva gobernada por el miedo al rechazo y al fracaso.

También se podía definir diciendo que no se había vuelto cínica, que padecía una suerte de ingenua ausencia de prejuicios: cada situación y persona eran nuevas, debían ser juzgadas desde la raíz y en base a sus propios méritos, debían tener la oportunidad de ir en contra de lo dictaminado por la naturaleza y hacer lo correcto.

En los últimos seis meses había escrito su primera obra teatral, que iba a representarse en otoño en el teatro provincial de Västerås. La obra le daría un nuevo giro a su vida, pero de eso aún no sabía nada. La pieza se llamaba *Trío* y era una triste reflexión sobre las agonías del amor. La intención de Ester Nilsson había sido el realismo psicológico y, tal y como ella lo veía, era justo lo que había conseguido plasmar, pero la crítica la tomaría por teatro del absurdo.

Conoció a Olof Sten, uno de los actores de la obra, en el cotejo en agosto. Ester nunca había oído su nombre ni le sonaba su cara, pero después de aquella primera reunión que duró todo el día experimentó un aleteo familiar en su interior que no tenía ninguna intención de reprimir. Había algo en la forma en que su mirada se prolongaba en la de ella, limpia, vulnerable y desnuda, y en su voz grave y melódica, en lo que decía y en lo que no, en el hecho de que no saliera cháchara banal de sus labios, sino que más bien mostrara una moderación que Ester apreciaba mucho. El resto era reconocimiento y segregaciones químicas que se encontraban y coincidían, y que no tendría ningún sentido cuestionar o siquiera preguntarse por ellas. El enamoramiento carece de palabras y de sintaxis, por muchos intentos que se haga de vestirlo de gala con el abecedario.

Olof Sten llevaba una camisa burdeos que daba la impresión de ser demasiado abrigada para la época del año, pero parecía ir fresco en ella. La primera pregunta que Ester le hizo fue cómo escribía su nombre.

—Con efe y una e —dijo él y la miró una vez más, como si entendiera.

Trío iba de un hombre atrapado en un matrimonio infeliz que conocía a otra mujer, pero no se atrevía a dejar a su esposa. La obra no era profética. Nada es profético. Las predicciones no parecen ser más que atención excesiva a cosas que han pasado. Lo que ha pasado vuelve a pasar tarde o temprano, en algún sitio, alguna vez. Y no pocas veces le sucede a la misma persona, pues el ser humano tiene sus patrones.

Cuando, hacia la tarde, la función concluyó y los participantes se dispersaron en distintas direcciones, Ester fue a buscar a Olof Sten para hacerle una pregunta irrelevante que había tardado unos minutos en pensar. Por la forma en que él se comportó con ella, le pareció muy claro que no pertenecía a nadie. Más tarde cogió el tren a casa desde Västerås, con el anhelo atacando sus células, nervios y vasos sanguíneos. Mientras subía por Fleminggatan desde la estación central, estaba profundamente sumida en fantasías de abrazos y demás procedimientos.

Al día siguiente le mandó su último poemario a su casa de Estocolmo, junto con un saludo en el que había trabajado un buen rato para que sonase liviano e indiferente. Menos de una semana más tarde, cuando Olof hubo pasado por casa el fin de semana, ella recibió una carta de agradecimiento escrita a mano en la que él le decía que se lo leería con mucho interés. Ester le volvió a escribir, preguntándole si no podrían ir un día a tomar un café, durante algún descanso de los ensayos. Pasaron otro fin de semana y dos días laborales, tras los cuales él la llamó desde Västerås para decirle que había leído su libro y que le había gustado. De lo de ir a tomar un café no comentó nada. Al menos, nada que Ester pudiera oír. Tiempo después comprendería que él había dicho que sí a su propuesta, pero de forma tan críptica y enmarañada que ella lo había pasado por alto; a media conversación, Olof había mencionado que durante el fin de semana había pasado por delante de una cafetería en Skånegatan que nunca había visto y que parecía agradable. ¿Por casualidad Ester había ido allí alguna vez?

La relación estaba demasiado verde como para que ella pudiera entender que aquello significaba que a Olof le apetecía mucho quedar y tomar un café. Aún menores eran sus posibilidades de comprender que era justo lo que él acababa de expresar cuando, ante la ausencia de respuesta por parte de ella, añadió que no era muy de café ni de ir a cafeterías, pero que siempre se puede hacer una excepción cuando abren un local nuevo por la zona.

Era todo muy sutil, de eso se trataba. Con el tiempo, Ester se acabaría acostumbrando a las negativas de Olof Sten y se convertiría en su exégeta más experimentada.

Al considerar Ester que no había recibido un sí por respuesta a lo de tomar un café, se retiró con una desagradable sensación de haber malinterpretado las señales y una leve pesadumbre porque no se fuera a materializar ningún culmen extático de la evidente carga con que se atraían el uno al otro.

Su silencio incitó a Olof a llamarla una semana más tarde y preguntarle si podían verse y discutir algunas cuestiones referidas a la configuración de su papel en la obra que ella había escrito. Olof le dijo que tenía hora con el dentista en Estocolmo el miércoles. Quedaron en el Pelikan, pidieron macarrones estofados y salchicha de Falun a la plancha, y entablaron conversación.

Olof y Ester eran como dos engranajes. Los engranajes no se invaden el uno al otro ni se funden. No pierden la noción de dónde empieza uno y termina el otro, pero se presuponen, se hacen avanzar mutuamente, están ajustados entre sí. Eso le parecía a Ester. Por sí solo, un engranaje no es más que un artefacto espinoso y estático sin rumbo ni cometido. Ya sirve, pero para generar movimiento hacen falta dos, así como para conseguir el objetivo y sacar el potencial inherente del engranaje. Lamentablemente, tres también funcionan. Desde una perspectiva mecánica, funcionan a la perfección.

Resulta que Olof Sten llevaba cosa de diez años casado con una médica que trabajaba en el hospital de Borlänge, donde ella pasaba toda la semana laboral y a donde acudía en tren desde el piso que compartían en Södermalm, en Estocolmo. La mujer se llamaba Ebba Silfversköld y era hija del difunto pintor Gustaf Silfversköld, considerado parte inalienable de la historia de la cultura sueca, si bien de épocas un tanto hoscas. Por tanto, Olof y su mujer mantenían una especie de relación a distancia, pero vivían juntos los fines de semana y en verano. Ambos tenían hijos mayores fruto de relaciones anteriores.

Aquello fue un desengaño difícil para Ester. Olof no había ni ocultado ni revelado su matrimonio; simplemente, no habían hablado de ello, pero Ester consideraba que podría haber mencionado a su esposa y no haber usado la primera persona del singular de forma exclusiva cuando hablaba de su vida. En cuanto la decepción se hubo posado, pasó a pensar que eso, en combinación con el extraordinario contacto que enseguida se había establecido entre ellos, sugería que el matrimonio estaba en las últimas. Era la única forma de entenderlo.

Alguna vez tiene que ser distinta a las anteriores, no todo podía ser siempre igual y las personas tampoco eran idénticas. Si hacía los intentos suficientes, un buen día el desarrollo de los acontecimientos coincidiría con la forma en que ella consideraba que el mundo debía ser.

Un mes después del primer encuentro, temblando de añoranza a todos los niveles, Ester llamó a Olof un viernes por la tarde, cuando sabía que él estaba solo en su casa de Estocolmo. Mantuvieron una larga conversación. A cosa de la mitad de la charla dejó caer que siempre lo tenía en la cabeza. Él respondió al instante y llenó a Ester Nilsson de una especie de gas de la felicidad que la hizo levitar y separarse de su cama en su guarida de Sankt Göransgatan.

—Es mutuo —dijo, y de pasada comentó que su mujer tenía guardia y que no llegaría hasta el día siguiente, tras lo cual hubo una breve pausa al teléfono antes de añadir—: Así que, ¿qué hacemos?

En las alturas los pensamientos se vuelven más ligeros, por lo que Ester no se dio cuenta de que ya se había topado antes con esa pregunta, formulada exactamente de la misma manera y con la misma intención, pero con consecuencias no deseadas.

«¿Qué hacemos? —pensó—. Yo estoy muriéndome de deseo y tú estás empezando a planificar tu divorcio, eso es lo que hacemos».

—Podemos ir a tomar una copa la próxima vez que estés en casa —dijo ella.

—Podemos.

—He estado pensando en lo que me dijiste la última vez.

—¿Qué dije?

—Que eras de «alma nómada» y te gustaría serlo siempre. Y que «los actores son personas sin identidad», personas que «carecen de núcleo». Quisiera oír más al respecto. Pienso que está bien tener un yo dinámico, si es a lo que te refieres, no pensar que se es y siempre se será una unidad, indivisible. Así te vuelves menos rígido, ya que no hay ningún ego sagrado que conservar.

Ester escucharía y vería más de todo aquello e incluso revisaría sus observaciones en consecuencia. Se alegraba de que él tuviera la habilidad de hacer observaciones precisas, pero no era eso lo que la atraía, pues el enamoramiento no es sofisticado, sino primitivo. Amas a aquellas personas con las que consigues dar libertad a las partes de ti misma con las que te sientes en casa y cómoda, independientemente de si dichas partes están podridas o sanas, raídas o impolutas.

—Creo que es la primera vez que alguien quiere oír más de lo que tengo que decir —dijo Olof.

Después Ester se quedó tumbada, expandiéndose hasta pasada la medianoche. No cabía ninguna duda de que el matrimonio de Olof estaba a punto de diluirse. Solo había que esperar.

Trío se estrenó en Västerås. El público fue en aumento a medida que pasaban las semanas gracias a que la gente hablaba de lo que había visto y experimentado en la sala. Cuando Ester fue a ver la obra, la actriz que interpretaba el papel de la amante le contó que, según la respiración, los suspiros y los sonidos que le llegaban desde el patio de butacas podía decir si el público estaba formado en su mayoría por esposas o por amantes.

A mediados de octubre, Olof la llamó de improviso un lunes que no había función y le preguntó si quería acompañarlo a una galería de Karlavägen, donde exponían piezas de Gustaf Silfversköld con motivo de su defunción, relativamente reciente, a los ciento dos años. Su época dorada había empezado a finales de la década de 1930 y había durado varios años.

Olof tenía que hablar con la galerista a cuenta de Ebba. A Ester no le gustaba la forma casual en que había mencionado a su mujer, pero no dejaba de ser prometedor que Olof quisiera llevarla a la galería.

Cuando salieron de allí, él le preguntó qué opinaba del arte de Gustaf Silfversköld. Ester dijo que le parecía pesado, reaccionario y anticuado.

—Igual que él mismo —dijo Olof con una risita rítmica y muy divertida.

El otoño ya había alcanzado su ecuador y las aceras estaban cubiertas de hojas amarillas. Caminaban sin rumbo hacia donde sus pasos los guiaban y terminaron en Jensens Bøfhus, en Sveavägen. Eran las cuatro. A las seis, Ester tenía que participar en un seminario organizado por el sindicato de trabajadores, a unos pocos cientos de metros de distancia. Olof se pidió un bistec mientras Ester se tomaba una taza de té verde, porque había quedado para cenar después del seminario con una de las participantes.

Rodeados de la esterilidad sin sombra de la cadena de restaurantes y del zumbido de fondo de la máquina de helado de nata, dispuesta para atraer a las familias con hijos, aquella tarde Ester Nilsson le dijo a Olof Sten que él era con quien quería compartir su vida. Habían estado charlando sin demasiado ímpetu y Ester había empezado a temer que el tiempo se le escurriera entre los dedos sin que ella lograra ponerle palabras al trascendente mensaje que se había propuesto transmitir justamente ese día. Y lo dijo tal cual:

—Quiero compartir mi vida contigo.

Esa vez, pensó, debía ser clara desde el primer momento. No podía dejar margen a ambigüedades.

Olof dio un respingo en la silla, se echó atrás y exclamó:

—¡Pero si no me conoces!

La objeción ruborizó a Ester, pues era de lo más cierta, pero aun así decidió no capitular.

—Lo suficiente como para saberlo. Y pronto te conoceré mejor.

Olof empezó a destrozarse la servilleta con un manojito de llaves que, nervioso, había sacado del bolsillo. Ester no dijo nada más. Era consciente de que había efectuado una maniobra poco táctica

y contraria a todos los buenos consejos, pero estaba cansada de esperar a personas indecisas que tenían que aclararse y quería sellar la posibilidad de que Olof se escaqueara a base de decir que los objetivos de Ester eran turbios y que debería haberlo entendido, pues sabía que él estaba ocupado. Ester quería forzar una respuesta en ese estadio tan temprano para así saber si debía seguir adelante o dar media vuelta *ipso facto*.

Olof no dijo que no, que era lo importante, no dijo que no. Se quedó mirando la mesa, donde yacía la servilleta hecha trizas. Miró a Ester con gravedad y dijo:

—A uno no le dicen todos los días que quieren compartir la vida con él. Está claro que no te deja indiferente.

Durante el mes siguiente no se llamaron, pero se vieron en otra ocasión, cuando Ester viajó a Västerås a ver la representación de su obra. El encuentro fue rígido y él mantuvo las distancias, por lo que Ester reaccionó con profunda aflicción dándole la espalda, a lo cual Olof respondió, poco antes de que ella se marchara a casa, murmurándole al oído:

—Estaría bien vernos cuando haya terminado la temporada y haya vuelto a Estocolmo.

Después de aquello, el otoño continuó lleno de esperanza y deseo, y el corazón de Ester sufrió un severo agrandamiento.

Cuando la temporada hubo terminado, Olof apenas tardó un par de días en llamarla para proponerle ir a comer a Blå Porten, en Djurgården. El sitio elegido sugería tiempo para estar juntos y profundizar, sugería el marcaje de una nueva fase y la reorientación de lo viejo hacia lo nuevo, sugería que Ester había estado en lo cierto en sus cálculos, más aún al ver que Olof quería coger el ferry hasta allí.

El día en que todo podía dar comienzo había llegado. Habían quedado a las doce en el muelle donde atracaba el pequeño ferry. A Ester le costaba tragar de la expectación. En su piso, que después de cinco años seguía sin amueblar debidamente, ya que siempre estaba a punto de mudarse, si bien no lo hacía únicamente porque no tenía ningún sitio adonde ir, aquella mañana cambió las sábanas de la cama y sobre la mesa de la cocina puso un hule de 10 Gruppen que había comprado el día antes en Götgatan. Un poco más abajo, incluso había encontrado tres bonitas lámparas modernistas y las había colocado en los alféizares. Era finales de noviembre y la penumbra era constante. Ester contaba con poder encenderlas por la tarde para Olof.

A las doce en punto se plantó en el muelle y se quedó esperando en el ambiente fresco y gris. Era un día de esos en los que nada se movía, todo estaba quieto. Olof llegó un cuarto de hora tarde. Ester estaba decidida a no comentar nada del retraso, pero observó que los movimientos de él estaban impregnados de inquietud. Pensó que a lo mejor estaba afectado por la idea de todo lo que vendría; iban a dar un gran paso.

Lo primero que dijo cuando llegó fue que a lo mejor no era necesario ir hasta Blå Porten, podían buscar un sitio más sencillo en Gamla Stan y así no perder tanto tiempo. Ante la muda pero evidente consternación de Ester, él rectificó y sacaron los billetes. Iban casi solos en el barco que los llevaba a Djurgården y durante los escasos minutos que duró el trayecto Olof mencionó varias veces a su mujer. Al notar que eso hacía que Ester se desanimara y perdiera el interés dejó de mencionarla, pero a ella la cosa siguió pesándole mientras caminaban el corto tramo que había entre el barco y el restaurante, pisando montones de hojas de arce.

Era jueves y la cola en Blå Porten era extrañamente corta. Pidieron arenques fritos con puré de patata y arándanos rojos, y se sentaron a una mesa en el centro del local, lejos de oídos ajenos.

Olof sujetaba los cubiertos apuntando hacia arriba, preparado para clavarlos en la comida, aunque aún no del todo, no hasta que hubiese dicho lo que tenía que decir. Miró a Ester. La grasa de la comida brillaba en el plato. Era como si estuviese cogiendo carrerilla. Ester tuvo tiempo de pensar que sujetaba los cubiertos como un crío y que era una imagen cautivadora. Después ya no pensó cosas agradables, pues oyó a Olof decir, con el sereno énfasis que se genera cuando uno se ha cargado de valor y se ha superado a sí mismo, lo siguiente:

—Creo que has hecho un Pígalión —Ester no comprendió a qué se refería, pero sí que la cosa jugaba en su contra. Se quedó bloqueada, inmóvil, en silencio, helada. Su reacción incomodó a Olof, quien aclaró—: Has creado un personaje del cual te has enamorado —le resultaba profundamente humillante que se le atribuyera semejante incapacidad de cuidar de sí misma y de sus sentimientos—. Escribiste esa obra y te gustó lo que hice con el papel. Sobre todo, te gustó el papel. Te enamoraste de tu propio personaje.

Se necesitaba una soberbia no del todo elegante, consideró Ester desde el vacío en el que se hallaba, para afirmar que le gustaba lo que Olof hacía con el papel. Aunque en otoño hubiese halagado varias veces su interpretación, ello no quería decir que las alabanzas se basaran en hechos ni que tuvieran que repetirse como tales. Había otros motivos, al margen de los hechos, para halagar y criticar a las personas.

—¿Por qué iba a hacer algo tan extraño como enamorarme del personaje que he creado yo misma? El papel que te tocó interpretar ni siquiera era especialmente simpático.

—¿Conoces Pígalión? —dijo Olof.

—Conozco la obra de Shaw, sí.

—Me refiero al mito de Pígalión. El griego. Sobre el hombre que hizo una escultura y se enamoró de ella.

—O sea, que no crees que mis sentimientos hacia ti tengan algo que ver contigo.

—Muy poco.

Olof le hincó el diente a su comida con una alegría de lo más inconveniente para la situación. Había soltado su mensaje y se había venido arriba. De pronto, su retraso y las continuas menciones a su esposa durante el paseo en barco habían adquirido una explicación, igual que la discordia que había mostrado al llegar. Todo el peso había abandonado a Olof y había recaído sobre Ester.

—¿Estaba rico? —le preguntó él.

—No mucho.

—¿No?

—No. Se me ha quitado el hambre.

—Vaya. Qué pena —dijo Olof. Se quedó pensando durante un momento y añadió—: Pienso que podríamos quedar de vez en cuando, de aquí en adelante, y ver qué pasa. Tampoco hace falta decidir tanto.

«Ni una vez más —pensó Ester—, nunca, ahora me levanto y me voy».

Se quedó sentada y terminó de comer. Poco después fueron caminando desde Djurgården hacia el centro, cogidos del brazo por iniciativa de Olof, bordeando el agua por Strandvägen. A la altura de Grevgatan Ester se detuvo y se abrazó largo rato a Olof, quien respondió de la misma manera, al tiempo que decía que no debería hacerlo. Se estaban acercando al gran teatro Dramaten con los cuerpos muy pegados cuando Olof declaró:

—Bajo ninguna circunstancia dejaré a Ebba.

Ester pensó que eso era justo lo que decían las personas casadas cuando alguien sacudía los

cimientos de su castillo. Cuando la gente deseaba mucho algo, acostumbraba a decir lo contrario. Lo difícil era saber cuándo hablaban en serio y decían lo que decían para ser claros y francos, y cuándo querían decir todo lo contrario. La cuestión exigía una larga y arriesgada labor de análisis que Ester siempre estaba dispuesta a asumir.

Si Ester hubiese aceptado sus palabras en aquel momento, se habría ahorrado tiempo y molestias infinitas, igual que se habría perdido toda la parte maravillosa. Ester tenía una amiga que se llamaba Lotta, quien solía afirmar: «Toma a la gente al pie de la letra, es lo más práctico y sencillo. No hagas interpretaciones, parte de la base de que lo que dicen, lo dicen en serio». Lotta era inteligente y cautelosa. Ester consideraba que las relaciones amorosas en ciernes pocas veces llegaban a algo si eras inteligente y cautelosa y te tomabas a la gente al pie de la letra, pues ahí era, precisamente, donde una usaba el lenguaje para engañarse, deshacerse de decisiones difíciles y librarse del amor. La gente temía el amor, según había leído en los grandes poetas, puesto que cargaba la semilla de lo más dulce y, por ende, de las pérdidas más dolorosas.

Olof y Ester cruzaron la plaza de Raoul Wallenberg con su grupo de esculturas dispersas. Ester dijo que a ella le gustaban y sacó a colación la controversia que generó la elección de la obra en la década de los noventa. Estuvieron de acuerdo en que era vivificante que el arte pudiera despertar enfado simplemente a través de su forma, y que a menudo ocurría cuando, como en esa ocasión, la forma era el contenido.

—Probablemente, el artista pensó que Wallenberg se había convertido en un monumento él mismo —dijo Ester—, por lo que no quería que el monumento en su honor se volviera monumental.

Olof le preguntó de dónde sacaba la energía para tener ideas sobre todo, continuamente. Ester entendió que la pregunta no era una pregunta, sino un dardo envenenado, si bien disparado con una sonrisa. No le gustaba que él quisiera lanzárselos y respondió secamente que para ella era algo natural y que era así como se ganaba el pan, debía tener energía. No era más raro que el hecho de que él se ganara la vida volviéndose una persona distinta y debiera reunir la energía para hacerlo una y otra vez, noche tras noche.

—Lo cual no deja de ser una ocupación bastante rara —dijo él.

—¿Qué es raro?

—La actuación. Es un oficio extraño que en verdad nunca he querido tener. Durante largos periodos he hecho otras cosas en la vida, he tenido trabajos decentes y, en realidad, siempre he querido alejarme de ello.

Él le apretó un poco más el brazo, de tal manera que ella quedara más cerca. A Ester no le faltaban ganas de preguntarle si de verdad debería cogerla del brazo, pues existía un riesgo considerable de que ella empezara a ver una gran brecha entre las palabras de Olof y sus actos, y a confiar un poco más en los segundos. Pero, como quería que él la cogiera del brazo, calló.

Tomaron Arsenalsgatan en dirección a Kungsträdgården. Allí había mucha gente en movimiento, la mayoría con traje y vestido. Justo cuando acababan de cruzar el paso de peatones de Kungsträdgårdsgatan, Olof dijo que era sumamente divertido y estimulante hablar con Ester, que era como hablar con un hombre. Ester lo miró asombrada y buscó alguna señal en su rostro que pudiera refinar sus crudas palabras. La cosa no podía ser tan banal como que en el mundo de Olof no se dieran conversaciones interesantes con mujeres ni que las mujeres con las que se daban se convirtieran automáticamente en hombres. Suponía un indicio de insuficiencia en la relación con su esposa, lo cual era bueno, pero también de insuficiencia en la mirada hacia fuera.

—¿Es una especie de deducción aristotélica, lo que estás haciendo?

—¿Qué es eso?

—Todas las personas con las que puedo mantener una conversación interesante son hombres. Con Ester Nilsson puedo mantener conversaciones interesantes. Por tanto, Ester Nilsson es un hombre.

Olof sonrió.

—Lamentablemente, a lo mejor estoy programado así, aunque suena muy retorcido cuando se expresa de forma tan directa.

—Pues entonces tendrás que hacer algo con tu programación. Conmigo corres el riesgo de que lo meta todo en el mismo saco.

Olof parecía entusiasmado con el pertinaz cortejo. Eran las dos y media, y se había encargado de tener un compromiso en otro sitio a las tres. Lo primero que dijo cuando se encontraron, a las doce y cuarto, había sido:

—No tengo todo el día.

Ester había pensado que tenían todo el día y toda la vida, ya que por fin habían podido quedar como era debido, y eso era justo lo que él había sentido y querido evitar; Ester podía verlo claramente. El límite de la intimidad se traza mediante la ocupación. Concertar una reunión después de la cita es la mejor línea de demarcación contra quien siempre quiere más.

Pero, cuando llegaron a Tegelbacken, lo de la reunión ya no estaba tan claro. El autobús de Olof venía desde el ayuntamiento y, cuando pasaba por debajo del viaducto, él cogió a Ester de la mano y dijo:

—¿Espero al siguiente?

—No lo sé.

Ester solo quería llegar a casa y empezar a morir. La respuesta del día de hoy era una despedida. No le apetecía nada «quedar de vez en cuando, de aquí en adelante» ni «ver qué pasa». El autobús llegó y se fue. Olof se quedó en la parada, rozándole la mejilla a Ester con la perilla, sus labios buscaban la boca cerrada de ella.

—Es muy divertido hablar contigo.

Considerando que «hablar» acababa de definirse como lo contrario al amor erótico, Ester no se alegró al oír esas palabras. Él le dio un beso en la boca y cogió el siguiente autobús a Södermalm.

Mientras paseaba en dirección a casa por Vasagatan, Kungsbron y Fleminggatan y hacia Fridhemsplan, Ester se sentía sin fuerzas. Aquel era el camino feo. Prefirió no tomar el bonito, siguiendo el canal de Karlberg o Hantverkargatan, aunque quedara más cerca desde Tegelbacken. No quería ver nada bonito, ni siquiera la belleza envuelta en un noviembre gris y húmedo.

Mientras caminaba, pensó que su problema era que siempre basaba el sentido de su vida en el hombre que elegía. Mientras él estuviera, todo lo demás podía quedar sumido en la oscuridad. Nunca había un foco de luz contenida, que se propagara y tanteara, no, ella apuntaba su fino y duro haz con despiadada precisión y luego quemaba un agujero en el objeto con toda la fuerza perforante de su anhelo.

Tenía que apagar la luz. Olof quería algo distinto a lo que pedía ella. Que en la parada del autobús se hubiese mostrado deseoso y hubiese pegado sus labios contra los suyos al despedirse no era nada a lo que poder agarrarse. Ester no debía pensar en ello y empezar a interpretar. Era solo un deseo pasajero, el miedo a perder la atención del enamorado. Lo que desaparece siempre se vuelve un pelín apetecible cuando deja de aferrarse.

Olof había dejado claro su mensaje. Ester lo había aceptado.

Llegó a casa, se metió debajo de una manta y se quedó mirando fijamente el techo. Al cabo de un rato empezó a hacer una ronda de llamadas para ponerle una venda al dolor. Todas sus amigas estaban esperando oír los resultados de la cita. Ester se los expuso de principio a fin y ellas compartieron sus distintas opiniones.

—¡Corre, Ester, corre! —dijo Lotta—. Y hazlo ahora, que todavía estás a tiempo.

—Está casado —dijo Fatima— y, para estar casado, está demasiado predispuesto a quedar contigo una y otra vez sin contárselo a su mujer. Alégrate de haberte enterado antes de estar demasiado involucrada. No te costará tanto, en cosa de un mes serás libre.

—Tómalo con calma —dijo Elin—. Pregúntate qué quieres tú de todo esto, no qué quiere él. Luego haz lo que te apetezca, independientemente de lo que digamos las demás o incluso Olof.

—Te volverá a llamar —dijo Lotta—. Cuando lo haga, ábate al mástil y haz oídos sordos.

—Si te hubiese dicho que estaba dispuesto a separarse, pero que había muchas cosas a tener en consideración —dijo Fatima—, te habría dicho que aguántases. Pero esto, verte a escondidas cuando él sabe lo que sientes, frenar tus esperanzas y al mismo tiempo abrir la puerta a que a lo mejor empecéis algo en secreto... No, déjalo hoy mismo si puedes y ábrete a alguien que no se pueda plantear vivir sin ti.

—¿Quería coger el autobús siguiente, dices? —dijo Vera pensativa—. ¿Te ha dado un beso en la parada y no tenía ganas de irse a casa? Esto va a llevar su tiempo, pero no está todo perdido. Es cuestión de ver hasta dónde puedes aguantar tú.

—¿De verdad? —preguntó Ester, y notó que la esperanza se abría como una rosa en su pecho.

—Deberás tener paciencia, pero algún día lo tendrás para ti.

—¿Tú crees? —suspiró Ester—. ¿De verdad lo crees, Vera?

—Es de los lentos.

Elin dijo:

—A mí no me parece que suene demasiado bien, pero tú eres la que estaba allí y la única que sabe lo que puedes aguantar. ¿Qué te gustaría que te dijera yo?

—La verdad sobre lo que realmente siente él.

—Y eso, lamentablemente, está oculto para todas nosotras.

—¿Tú crees que él lo sabe?

—Eso depende de quién sea.

Tras un día entero de cavilaciones sobre las diversas opiniones de sus amigas, Ester se decidió. Borró su número y se dijo que nunca más pensaba verlo ni hablar con él. No pensaba meterse una vez más en la ciénaga de la incertidumbre. Se vació de esperanza y anhelo e hizo las paces con la idea de un nuevo orden. Llevaba sin hacer nada desde que había regresado a casa la tarde del día

anterior, y ya iba siendo hora de dejar atrás a Olof y afrontar la vida por su cuenta.

Justo entonces le llegó un mensaje de texto:

«Creo que no he sido claro y que te he hecho creer algo que no pretendía decir. Por supuesto que estoy halagado por tus sentimientos hacia mí, pero no puedo corresponderlos en otro plano que no sea el amistoso. ¡Me gustas! Tu desternillante humor. Tu carácter un poco torpemente reservado. Me atraen tus pensamientos. ¡Eres genial! Quedémonos ahí. Si no, se complica demasiado. Al menos, para mí. Olof.»

En ese mismo instante se desgarró el equilibrio y la base de todas las decisiones inteligentes, pues el criterio filológico de Ester no podía pasar por alto que el sentido de aquel mensaje no era su contenido, sino su acto. Si hubiese sido lo primero lo que Olof quería transmitir, no le habría hecho falta mandar el mensaje, pues ya había quedado todo dicho y zanjado.

Ester podía ver que le había dedicado mucha atención al texto. No era un hombre de palabras y debía de haberle costado un gran esfuerzo formular el mensaje. Estaba compuesto por cuatro partes. Una trataba de cómo era ella (genial, tenía humor, era torpemente reservada). Otra, de que a pesar de ello él no podía corresponderla, pero que, a decir verdad, estaba tentado. Lo único que se lo impedía eran las consecuencias («se complica demasiado»), por tanto, deseo y anhelo no faltaban. Para Ester era suficiente, había tierra fértil y Olof le escribía por la mera razón de que quería que ella lo supiera. La primera parte era una aparente disculpa («no he sido claro»). Con ese enunciado subrayaba que quería aunque no debía, porque no había sido claro por una razón: la atracción prohibida que ella ejercía sobre él.

La segunda parte era la más importante. El acto de enviar el mensaje, aunque todo estuviera claro, no se podía entender sino como un deseo de seguir manteniendo el contacto, con todas las posibilidades subyacentes.

Ester comprendió que él no había terminado y que no se había decidido, lo cual hizo que sus sentimientos de amor se tensaran como un foque. El esfuerzo desmañado de Olof de arreglarlo para que ella entendiera que tenía ganas de verla sin necesidad de verbalizarlo hizo que se le hinchara el pecho de palpitante ternura.

Vera dijo que la interpretación de Ester del SMS era fruto de un cerebro sobrecalentado. Lo que él había escrito, según ella, era que no quería enamorarse de ella, pero sí conservarla como amiga. Eso también explicaba que hubiera mandado el mensaje, a pesar de haberlo dicho ya todo.

Sin embargo, replicó Ester, su relación nunca había tenido nada que ver con la amistad, sino que desde el primer momento había sido otra cosa. Esas cosas no se podían confundir y Olof era lo bastante mayor y experimentado como para saber que no se podía mantener una amistad con alguien a quien acababa de conocer y que había dicho que quería compartir su vida con él.

Ester estaba bastante segura de que no estaba juzgando mal lo ocurrido, pero necesitaba una señal más para saberlo con seguridad. Y el lunes por la tarde, mientras iba de camino a casa después de hacer la compra, vio de lejos a Olof de pie en su portal, de cara al interfono. La iluminación era tenue, pero más que suficiente para que pudiera reconocer su silueta. Ester se paró en seco y se quedó esperando, insegura de si debía acercarse o no. Entonces, él se marchó de allí a paso ligero y desapareció detrás de la esquina. Ella no se vio capaz de gritar. Al llegar a casa, vio en el interfono que alguien acababa de llamar.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, Olof la llamó desde su teléfono fijo. El tiempo se correspondía con lo que se tardaba en coger el autobús, hacer el trayecto de cinco kilómetros hasta su casa y coger fuerzas para hacer la llamada. Ester le notó un tono solemne y suplicante que resultaba nuevo en él. Olof le preguntó cómo estaba y si había recibido su mensaje el viernes

anterior. También mencionó que esa misma tarde había pasado por el centro comercial que había en su barrio y que había esperado toparse allí con ella.

El corazón de Ester se detuvo y ella aguardó. Quedaron para el día siguiente; irían al cine a primera hora y luego a cenar.

Olof Sten era, esporádicamente, un hombre muy sensible. No era ningún cinéfilo, en verdad, pero consideró que le tocaba decidir a Ester, pues se le estaba agotando el capital. El hecho de haber tenido que hacer tantos reintegros de efectivo a cuenta de ella —enviar largos mensajes de texto, llamarla, plantarse en su portal y admitir cosas sobre sus quehaceres en el centro comercial — hacía necesario que se presentara en el cine con cierto retraso respecto a la hora acordada, como muestra de una mínima resistencia. No debía mostrarse tan entregado.

Ester, en cambio, estaba esperando a Olof con suma puntualidad en los cines Söderhallarna. La película no tardaría en empezar. Estaba nerviosa por si él no se presentaba, o por si llegaba demasiado tarde y se perdían el principio. No podía perderse los primeros minutos de una película, casi prefería no verla.

El aguanieve estaba amontonada en montículos en Medborgarplatsen. Allí los preparativos de Navidad ya estaban en marcha, codo con codo con los alcohólicos de siempre. Soltó un leve suspiro de alivio cuando vio a Olof cruzar la plaza con paso relajado, de nuevo casi un cuarto de hora tarde. Compraron las entradas.

Durante la proyección, Ester tenía plena conciencia del cuerpo de Olof a su lado y todo el rato quería echarse encima. A juzgar por su pesada respiración, él sentía lo mismo. Cuando, desde su asiento, Ester se metió en la mente de Olof, pudo constatar claramente que él no podía concentrarse en la película, sino tan solo en controlar su propio erotismo. A modo de confirmación, después de la proyección Olof reconoció que no recordaba nada y preguntó de qué iba. Ester sintió un leve vahído por lo que aquello podía significar para el futuro.

Desde el cine fueron directos a un restaurante de poca monta en la cumbre de Götgatsbacken. Olof no tenía que ir a ninguna parte, estaba atento y presente, y no se despidieron hasta llegadas las dos de la madrugada, después de haber ido de un sitio a otro y de pasar once horas juntos. El personal había empezado a subir las sillas a las mesas antes de conseguir echar a los dos potenciales amantes que se daban la mano a hurtadillas. Una vez en la calle, Olof dijo que se sentía insultado, pero la manera en que lo hizo despertó en Ester una primera sensación fugaz, igual de extraña que tangible, de que en verdad él no se sentía para nada humillado sino que más bien pensaba que era así como debía sentirse, pues humillación era lo que la gente sentía en ese tipo de situaciones. A ella le pareció que estaba compartiendo un sentimiento premeditado. No le dio mayor importancia. Había sido una velada formidable y estaba de lo más feliz.

Durante la noche, Olof la había introducido en el mundo de la bebida italiana llamada Strega, un licor amarillo en el que debía haber tres granos de café. El camarero les había contado que antiguamente, en Sicilia, esos granos de café se utilizaban para informar de si había enemigos en el local. Tres granos significaba que estaba todo en orden; dos granos, que era mejor salir por la puerta de atrás; uno, que pies, para qué os quiero. Según otra versión, dijo el camarero, los tres granos representaban la fe, la esperanza y el amor.

Ester dijo que las dos versiones le parecían iguales.

La declaración de Olof en Blå Porten de que Ester no debía esperar nada lo había hecho libre de poder estar con ella. A él le parecía que, al haberle dejado tan claro lo que había, ella debería entender cuál era la situación, independientemente de lo que hicieran luego. Y a Ester le parecía que, habiéndole dejado tan claro lo que sentía y quería, él debería entender que todo lo que hicieran después tendría alguna influencia en las futuras interpretaciones que ella haría del rumbo de sus encuentros.

Empezaron a verse de forma regular y siempre durante muchas horas, se pasaban casi toda la noche en algún bar. Hablaban y hablaban, pero nunca acababan en la cama, por muy evidente que fuera que era allí adonde se dirigían. Era como si Olof se estuviera aguantando. Y, tal y como su parte seductora había reaccionado a lo largo de todos los tiempos ante la moderación coqueta y ambigua, Ester pensó que sería un no hasta que fuera un sí.

La noche de Santa Lucía quedaron de nuevo, también en Söderhallarna, donde Olof compró una pieza de carne justo antes de la hora de cerrar. La carne era para el día siguiente, pues su mujer volvía a casa después de la semana laboral y habían invitado a otra pareja a cenar. En el mostrador se toparon con el director de una galería de arte, y Olof y él se pusieron a charlar. El de la galería preguntó cómo se encontraba Ebba y qué tal había ido la retrospectiva de su padre. Olof respondió que la acogida había sido fabulosa, que se había vendido bien y que todo había hecho muy feliz tanto a Ebba como a sus hermanos. Añadió que Gustaf era excepcional, por no decir único.

A Ester, quien por rutina se había colocado a una distancia prudencial para que el conocido de Olof no pensara que iban juntos, esa conversación le dolió tanto como la futura cena de parejas. Cuando el director de la galería se hubo marchado, en lugar de comentar el encuentro Olof le explicó el plato que pensaba cocinar y que tendría que dedicarle la mayor parte de la tarde siguiente. Olof percibió el agobio de Ester y dijo que no le apetecía nada tener visita, que debería invitarlos a algo sencillo y rápido, macarrones con albóndigas congeladas, siendo generosos. La mirada extra que le lanzó a Ester y su sensible forma de quitarle importancia a la cena del día siguiente la alegraron tanto que su preocupación por liberarlo se vio momentáneamente mitigada.

Se quedaron un rato en el mercado, dieron una vuelta oliendo y mirando las *delicatessen* expuestas de cara a Navidad. Un coro de Santa Lucía pasó cantando villancicos. Justo delante de Olof y Ester, y para alegría de los niños presentes, uno de los mozos del coro le apagó la vela a una de las chiquillas. Ester sintió una empatía ensalzada por todo lo rebosante e incompleto que guardaba dentro, y por la imagen de la cena en casa de los Sten-Silfversköld del día siguiente. Dijo:

- Qué bien no volver a ser niña nunca más.
- A lo mejor, él está enamorado de ella.
- Qué forma más triste de mostrarlo.
- ¿Acaso no es así como la gente lo muestra?

Bajaron a Zum Franziskaner, en Skeppsbron, donde comieron *pyttipanna* y bebieron cerveza. Ester había abandonado su dieta, que consistía principalmente en vegetales. La cantidad de comida que le tocaba masticar en cada comida le parecía desmesurada, la consistencia se le hacía monótona y era un hábito socialmente tortuoso.

Olof le cogió las manos por encima de la mesa y dijo:

- No tenemos ninguna relación, tú y yo.
- No, solo estamos aquí sentados.
- Y resulta muy agradable.

—Como tú tienes una relación con otra mujer, nosotros no tenemos una relación.

—Exacto.

Escucharon los sonidos del local.

—Pero ¿no estamos en la fase inicial de una relación? —dijo Ester—. Un embrión —explicó, y Olof se rio—. Como bien sabemos, un embrión tiene dos caminos posibles.

—Como tú bien sabes, yo estoy casado.

—No hay derecho a tirar por la borda lo que tú y yo tenemos, a descartar lo que hay entre nosotros como una posibilidad. Tenemos que cuidarlo, se lo debemos.

Él acarició el pulgar de Ester con el suyo.

—¿Se lo debemos a quién?

—A la existencia en sí.

Si a Ester le ponía de mal humor la emocionalidad de la situación, Olof se mostraba casi pícaro ante esa sensación y ante el amor insistente que ella profesaba.

—¿No puedes, simplemente, disfrutar de estar aquí sentados?

—Estoy disfrutando. Pero estoy suspendida en el aire, lo cual hace que lo disfrute menos.

—Estás buscando claridad y definiciones todo el rato. La vida no es clara y definida. Es borrosa y caótica, movida y desordenada. ¿No puede ser solo eso?

Ester pensó que la constatación de «cómo es la vida» no tenía nada que ver con cómo alguien debería comportarse, pero no quería ser quisquillosa. No tener que definir ni dar explicaciones era propio de una posición ventajosa, era algo que Ester tenía muy claro, no tener que argumentar ni explicar. En una actitud avariciosa, él se aprovechaba de la ventaja amorosa y le ofrecía ambigüedad a modo de respuesta.

Ella retiró la mano y dijo:

—He conseguido entender cuál es nuestro problema, el origen de nuestro desequilibrio.

—¿Tenemos un problema?

—Al menos, yo lo tengo. Vivimos en el peor de dos mundos, nos escondemos y guardamos secretos, a pesar de no estar haciendo nada.

—¡No, ese es el mejor de los mundos! Que los demás no sepan ni se puedan meter en lo que uno siente, piensa y hace es el rasgo más maravilloso de la vida humana, una construcción indispensable.

Ester ignoró la observación. No debería haberlo hecho. De todas las declaraciones que Olof llegó a expresarle, debería haber tomado esa en concreto con la máxima seriedad. Pero no podía creer que alguien pudiera buscar las sombras y al mismo tiempo la cercanía, pues eran incompatibles.

—Si esto fuera una amistad inocente —dijo Ester—, le contarías a tu mujer que me llevas al cine y nos vamos de copas.

—Al cine hemos ido una vez.

—Pero no se lo contaste, ¿verdad que no? Y si te llama esta noche y te pregunta dónde has estado toda la tarde, no le vas a decir que has estado por ahí conmigo.

—¿Cuál es nuestro problema, según tú?

—Que tú eres fatalista y yo existencialista —dijo Ester—. Ese es nuestro problema.

—Cuando llegue a casa tendré que buscar qué significa.

—Los existencialistas actúan como si la voluntad fuese libre y las elecciones definieran a las personas. Los fatalistas dejan que el mundo escoja por ellos. La inacción es su modo de actuar, la no decisión es su elección, hasta que se ven arrastrados por las decisiones de los demás, por las

acciones de los demás.

Olof enderezó la espalda en su silla y dijo:

—La voluntad es tan libre como la ola del mar es libre de decidir cuándo quiere romper y cuándo quiere retirarse. Las fuerzas que lo deciden están más allá de nosotros.

—Y esa actitud, en ti, es la que hace que no lleguemos a ninguna parte, que no pase nada a pesar de tu evidente interés.

—No estoy seguro de que vayamos a ninguna parte —dijo Olof, y el brillo ávido de sus ojos contradujo sus palabras.

—No creo que podamos descifrar la libertad de la voluntad —dijo Ester—, pero seguro que consigues hacer más cosas cuando vives partiendo de que la voluntad es libre y la elección es real. La libre voluntad es una representación metafísica, sí, pero una que afecta definitivamente a los hechos materiales y el transcurso de los acontecimientos. Porque si vives partiendo de la base de que la voluntad es libre, tus actos se vuelven menos pasivos que si partes de lo contrario — Olof escuchaba con atención, y Ester continuó—: Habría sido mucho más provechoso para nosotros si yo hubiese sido la fatalista y tú el existencialista. Entonces tú ya habrías roto con tu vida anterior y nos habríamos pasado los días metidos en mi cama.

El gozo tiñó la risa de él de un ruido gutural y sincopado.

—Cuando llegue a casa, buscaré qué significa fatalista.

—Significa lo que te acabo de decir.

—Cuando llegue a casa, buscaré la definición neutral y objetiva —insistió. Una camarera les retiró los platos con rapidez y Olof pidió una copa de tinto, lo cual, para placer de Ester, implicaba que aún seguirían sentados un buen rato. Ella pidió otra cerveza. Olof paseó la mirada por el local y dijo—: ¿Has pensado en esta otra posibilidad: que yo elijo, pero no elijo como a ti te gustaría?

La dureza de sus palabras se veía de nuevo contradicha por la vanidad desenfadada que asomaba en su rostro, las ganas de jugar y cazar.

—Entonces ¿por qué quieres quedar siempre conmigo?

Olof le apretó la mano. Su expresión era abierta, dulce, atenta.

—Ya sabes por qué.

—No.

—¿No lo pasamos bien?

—Mucho.

—¿No puede ser suficiente?

—¿Y que tú tengas el doble y yo la mitad? No, gracias.

La siguiente réplica de Olof resultó curiosa, en tanto que o bien lo decía mal o bien era un autoanálisis de lo más nítido. Pensativamente, dijo:

—Me parece que soy una persona bastante heterogénea.

—¿Heterogénea?

—No, no, heterogénea no, ¿cómo se llama?

—¿Monógama?

—Sí, monógama. Eso.

Ester pensó que eso era bueno. Una persona monógama era justo lo que deseaba, alguien que la escogiera solo a ella y estuviera feliz con su decisión.

Faltaban tres días para Navidad y Ester estaba recostada en la cama, leyendo un libro que se acababa de publicar sobre la postura del posestructuralismo respecto a los sofistas de la antigüedad. Tumbada bajo su punto de luz, elegido con suma meticulosidad y que Olof aún no había visto, le llegó un mensaje.

Olof decía: «¿Podríamos tomarnos con calma el tema de los SMS durante las fiestas?».

El mensaje venía de la nada, no era la respuesta a algo que ella le hubiese escrito ni dicho, y llevaban un par de días sin hablar. La expresión «tomarnos con calma» hacía que su petición sonara como una confidencia y un reconocimiento del lazo que los unía. Ester sabía que la ruptura estaba a la vuelta de la esquina. Dejaría a su mujer después de las fiestas. Que Olof se mostrara tan abierto con la infidelidad a su esposa y que incluso la verbalizara solo podía significar que la señora estaba a punto de salir del cuadro.

Ester respondió con un SMS, diciendo que durante las semanas de Navidad tenía la intención de personificar la expresión de tomárselo con calma, volverse una con el silencio, convertirse en su primer sinónimo.

La intimidad que tenían la afectaba profundamente y Ester Nilsson vivió las navidades, las primeras con Olof sin Olof, sometida a la impresión de ese sentimiento. Le ardía la carne, su cerebro estaba envuelto en llamas, toda ella parecía a punto de carbonizarse, pero era una calcinación feliz. Fue a comilonas y cenas, jugó a juegos de mesa y charló. Pero solo en sus ensueños estaba plenamente presente. Por las mañanas abrazaba el cuerpo de Olof en la cama y acariciaba el contorno del aire a su alrededor. Pronto estaría allí con ella, muy pronto, y la vida podría empezar. Solo en la esperanza estaba viva, no en su propia existencia con sus insignificantes quehaceres.

Sin embargo, la preocupación de que tampoco esta vez las cosas salieran como ella esperaba era constante. Reptaba sobre ella y la roía por dentro, la hurgaba, se echaba a descansar, volvía. Temía que fuera a pasar algo durante las fiestas que pudiera hacerle cambiar los planes de una vida nueva. Estaban en una fase delicada y había un elevado riesgo de que la noche de fin de año, cuando se hacen todas las resoluciones, Olof decidiera desprenderse de Ester antes de que fuera demasiado tarde y de que se hubiera cometido la mayor de las infidelidades.

Celebró sola la Nochevieja, para así poder añorar en paz. Se esmeró en la cena: cóctel de gambas con cilantro fresco de entrante, luego entrecot, patatas gratinadas, tomates al horno y judías verdes, y por último tarta de chocolate con nata y bayas. Para acompañarlo se tomó una copa de vino tinto y vio una película que había alquilado.

Deseaba y temía que Olof le felicitara el año nuevo a las doce de la noche. Una señal habría sido maravillosa, pero también un intento aciago de neutralización. Si no mandaba nada, en cambio, estaría remarcando la seriedad, donde no cabía ninguna normalidad banal.

No le llegó ninguna felicitación. Estaban de camino a algo grande. La ruptura de Olof. Su unión

con Ester.

Al tercer día del nuevo año consideró que «las fiestas» se habían acabado y le mandó un mensaje de texto: «El a-a-anhelo me con-s-sume. T-t-tenemos que v-v-vernós, o no d-d-dejarán de c-c-castañet-t-tearme los d-d-dientes. /Est-t-ter».

La respuesta llegó en menos de cinco minutos:

«¿M-m-mañana a l-l-las c-c-cinco?»

No se podía no querer a un hombre que contestaba así. Ester se levantó de un salto de la silla e hizo treinta flexiones con el chute de energía que le había dado aquella explosión de felicidad.

A las cinco del día siguiente convergieron en las puertas del metro de la estación de Slussen. Él dijo que había visto un sitio en Gåsgränd, en Gamla Stan, que le gustaría probar. Allí dirigieron sus pasos en la cerrada oscuridad invernal, resquebrajada únicamente por los montículos de nieve acumulada que se habían salvado del deshielo de Año Nuevo. Las sillas en el restaurante de Gåsgränd estaban cojas y la comida era rara, y el camarero guardaba un parecido asombroso con un antiguo jefe de la sección cultural del diario *Svenska Dagbladet*. Cuando Ester se lo comentó, el hombre negó cualquier parentesco. Luego le contó a Olof que una vez, en un bar de Viena, le había preguntado lo mismo a un camarero que se parecía a Robert de Niro. Veloz como un rayo y sin sonreír, el hombre había contestado, claramente familiarizado con la pregunta: «*Leider nicht*». [1] Olof soltó una risotada y empezaron a cenar. Cuando se marcharon de Gåsgränd, siguieron caminando y se metieron en el Gyldene Freden, donde pasaron infinitas horas sentados. Hablaron de todo un poco, nada de lo que habían hecho durante las navidades ni de por qué estaban donde estaban. Por eso, Olof pilló a Ester un poco desprevenida cuando dijo:

—Te necesito, Ester. Contigo puedo hablar de todo. Deporte, literatura, arte, política, ideas, teatro. Con Ebba no hay más que silencio.

Ester se aferró a la barra y contuvo el aliento.

—Si quieres, me tienes. Estoy aquí y sabes lo que quiero.

Por otro lado, la continuación que Olof le dio al comentario que acababa de soltar le pareció a Ester, curiosamente, fuera de lugar. Era como si Olof hubiese estado en posesión de dos guiones contradictorios y fuera leyendo una frase de cada uno.

—Tenemos que ir con cuidado —dijo—. No puedes llamar ni mandarme mensajes. Ebba me tiene vigilado.

Durante las fiestas, su esposa incluso le había revisado la cartera, había encontrado una llave y luego «había montado una escena con un montón de preguntas incómodas».

Ester trataba de entender por qué tenían que ir con tanto cuidado si Olof estaba en proceso de dejar a Ebba, lo cual era razonable pensar que estaba haciendo, teniendo en cuenta su forma de actuar y hablar.

—¿De dónde se pensaba Ebba que era la llave?

—De tu casa, supongo.

—¿De mi casa?! ¿Sabe que nos estamos viendo?

—No. Pero después de la fiesta del estreno en Västerås en otoño me preguntó si estaba enamorado de ti.

—¿De verdad?

—Supongo que me vio desviar la mirada cada vez que te acercabas. Ebba es observadora. Después del estreno ya me notó cambiado.

Aunque se estaban diciendo muchas cosas extrañas, aquella era una confesión significativa.

—¿Tú qué le dijiste?

—Que no eras mi tipo.

—¿Eso dijiste?

—¿Qué querías que le dijera? —Olof se sacó la porción de *snus* que tenía bajo el labio y se puso otra, luego dio un sorbo de vino y lo filtró por ella, como solía hacer—. Debería dejar el *snus*. Llevar una vida más sana.

—¿No es mejor que Ebba sepa más pronto que tarde cuál es la situación?

En el viejo y oscuro local, donde había un bullicio tan agradable que nadie tenía por qué escuchar las conversaciones ajenas, Olof cambió de enfoque.

—Ella vio que te interesabas mucho por mí.

La presuntuosa malicia del distanciamiento no le pasó desapercibida a Ester, el latigazo en la boca.

—¿Que yo estaba interesada?

—¿Acaso no lo estabas?

—¿Pero no acabas de decir que eras *tú* el que estaba cambiado y que se te iban los ojos cuando yo me acercaba?

Ester ya lo había presenciado antes, el desliz, el pequeño desplazamiento que tenía exactamente el mismo aspecto cada vez. Eran esas cosas las que le hacían desear tener un testigo, alguien que oyera lo que ella oía y que imposibilitara los escaqueos y las distorsiones de las cosas que se habían dicho y que habían pasado.

—Tenemos que ir con cuidado —repitió Olof—. Ebba me tiene vigilado.

—Así no puedes vivir.

Después de fin de año, Olof había empezado a ensayar una obra corta que había interpretado el año anterior y con la que pronto haría una gira por Suecia. Mientras tanto, siguieron quedando en restaurantes y bares por las noches. Ester caminaba febril por la expectación que generaban sus besos y contactos físicos. De día trabajaba con una traducción, un trabajo tan difícil como interesante, un pequeño libro del matemático y filósofo Gottlob Frege. Había empezado a entrar en materia y encargado literatura complementaria.

A finales de enero, cuando se encontraron por la tarde y se quedaron juntos hasta bien entrada la noche, como era habitual, Olof le propuso que fuera a verlo durante la gira, que empezaría en breve.

—Pero entonces se acabó —dijo—. Si iniciamos una relación sexual, se acabó.

Ester se preguntó con calma qué era lo que se iba a acabar y cruzó los dedos para que estuviera refiriéndose a su matrimonio, pero segura no estaba, pues era otro comentario extraño y que rechinaba con la situación en la que se encontraban. Si iniciaban una relación sexual, sería porque ya se había acabado, no al revés.

Olof tenía que actuar en Arvidsjaur un fin de semana a mediados de febrero y, sacando un calendario, propuso que ella lo visitara. Podrían hacer esquí de fondo juntos, le dijo. Fue así como siguió refiriéndose a aquel tema: esquiar juntos un fin de semana. Por lo visto, necesitaba mover este gran asunto a pasitos para poder darle espacio. No solo se veía obligado a relegar su encuentro físico a otra población, sino, además, a pensar en ello como una actividad deportiva en común. Su conciencia contaba kilómetros y Arvidsjaur quedaba muy lejos. La conciencia de Olof

relataba siempre mil cosas imaginables, pensaría más tarde Ester, pero al mismo tiempo parecía estar fuera de servicio.

No obstante, la decisión que habían tomado de mantener relaciones sexuales, aunque lo llamaran esquiar, hizo que Ester temblara y tiritara. Todo avanzaba en la dirección correcta, no había vuelta atrás.

Fuera, el viento soplaba con fuerza y la temperatura había caído a diez bajo cero. Ester no llevaba gorro, por la única razón de que no se le chafara el pelo. En general, no salía nunca sin gorro si hacía menos de cinco grados, pero esta noche se había propuesto conservar una especie de peinado. Caminaron en dirección a Slussen. La decisión estaba tomada. Olof le rodeó la cabeza con los brazos y dijo:

—La próxima vez, ponte gorro.

—En Arvidsjaur me pondré dos.

—Será divertido esquiar contigo.

Faltaban tres semanas. El deseo —no de hacer esquí de fondo— desgarraba y tiraba de Ester día y noche. A medida que se iba acercando el viaje, bajó su equipo del desván, cubrió el suelo con papel de periódico y untó con cera las viejas y rayadas suelas de los esquís.

Entre Estocolmo y Arvidsjaur, su avión hizo escala en Lycksele para que subieran y bajaran algunos pasajeros. El billete le costó cinco mil coronas, lo mismo que a Nueva York. Además, por otros pocos miles se había comprado un par de botas de invierno, una americana y dos blusas. Su primer fin de semana de amor le había salido caro, pero ¿qué importancia tenía el dinero, cuando era júbilo lo que compraba?

Salió el viernes por la mañana. Mientras volvía a pie a casa desde la estación central el domingo por la noche, dos días y medio más tarde, una de las botas le apretaba con tanta mala baba el tendón de Aquiles que tenía la sensación de que se le iba a partir en cualquier momento. El dolor le duró cuatro días más, por lo que guardó las botas en un armario y nunca más volvió a usarlas.

El aeropuerto de Arvidsjaur era una pista de aterrizaje y un edificio de chapa bajito en medio de la nada. La extática lujuria a la que por fin iba a poder dar rienda suelta tras medio año de espera dejaba a Ester sin fuerzas, y con piernas temblorosas buscó el único taxi de la zona, que la llevó en silencio a través del bosque.

Cuando entró en el vestíbulo del Hotel Laponia, Olof estaba sentado esperándola. Para su sorpresa, llevaba puesta ropa de calle. Durante días y semanas Ester se lo había imaginado recibéndola en su habitación, sin reservas y en plena sintonía, y que se metían en la cama entre sábanas recién planchadas, se precipitaban el uno sobre el cuerpo del otro, embadurnados de fluidos amorosos, enredados y sin querer salir en todo el fin de semana.

Pero ahí estaba él, sentado con el abrigo, la bufanda y los guantes puestos.

Subieron a la habitación con la maleta y los esquís. Olof parecía atosigado y nervioso, dijo que quería salir a echar un vistazo al pueblo.

¿Para qué iban a echar un vistazo al pueblo? ¿No habían estado esperando meses a que llegara este momento?

—Salgamos —dijo Olof, y se sentó en un sillón.

Desde que habían concertado la fecha de ese encuentro, la voz de Olof al teléfono había estado formada por una capa de fina civilización sobre un manto tenso de celo salvaje. Y ahora, ese gesto de impasibilidad. Era ridículamente transparente, así que Ester se sentó en su regazo y le acarició la frente, el pelo y las mejillas, le quitó el abrigo y las botas, le tocó el torso y los muslos.

Sus labios se encontraron. Se tumbaron desnudos sobre la cama. El acto fue rápido y ardiente.

Olof parecía querer liquidarlo cuanto antes y al mirarle a los ojos Ester lo notó ausente. Le pareció absurdo que manifestara aquella indecisión, a pesar de haberle pedido que cogiera un vuelo hasta Laponia, de haber hecho preparativos durante meses y de haber pasado tres semanas de angustia desde que se habían decidido. En aquella discrepancia había falta de inteligencia, o una ambivalencia que era puramente constitucional y ajena a la voluntad de Olof. Pero esos pensamientos no consiguieron apagar nada en Ester. Si amaba a un imbécil, pues que así fuera. Si

amaba un despropósito constitucional, pues que así fuera. Al margen de todo, Ester quería poder amar a Olof y ser amada por él.

Antes de salir a «echar un vistazo al pueblo» pasaron por el comedor del hotel, donde se había preparado un pequeño bufé, abundante pero poco sabroso. Ester se sirvió las compactas patatas rellenas junto con el gratinado de verduras en una mezcla apenas sensual. Su ración era grande, pues podía sentir el vacío que se había abierto entre los dos y pretendía llenarlo con comida. O bien tomó conciencia del vacío que había habido siempre, pero que ella había imaginado que se vería provisto de oxígeno con el encuentro de sus cuerpos. Recordó con pavor a Hugo Rask y la ausencia de contacto que había surgido tras el contacto físico.

«Pero no todo podía ser igual cada vez. Las personas no eran idénticas. Nada estaba decidido de antemano.»

A medio plato, cuando Ester tenía la mitad de las patatas rellenas pegada al paladar, Olof la miró con una expresión que oscilaba entre la travesura y el miedo.

—Hay que ver lo calientes que íbamos.

Su visión del mundo se tornaba cada vez más inexplicable para Ester. Estaban en aquel sitio juntos por la única razón de que iban calientes. Era la única razón por la que ella había cogido un vuelo al norte del país para verlo. ¿Cómo podía él entonces comentar la calentura como si fuera una asombrosa novedad? ¿Seguía fingiendo que habían quedado para ir a esquiar y solo habían terminado en la cama por mera casualidad?

—No nos hemos podido aguantar —añadió al observar el desconcierto de Ester, que se intensificaba con cada nueva frase que él decía.

¿Por qué iban a aguantarse, cuando toda la idea del viaje era no tener que aguantarse más?

Ester sabía que nada se dice ni se hace de forma totalmente casual y sopesó durante algún minuto si debería darle más importancia a la consecuente fricción contra la realidad que transmitían sus palabras, esos dos guiones que alternaba Olof. ¿Estaba intentando decirle algo que Ester debía tener claro?

Efectivamente, pero Ester no podía ver que todas las declaraciones de Olof Sten, en ese encuentro en el que estaban dando el salto a la carne, tenían como finalidad poder continuar, para sí mismo y para un mundo exterior imaginable, la puesta en escena de que lo que había entre él y Ester Nilsson era fruto de una casualidad no planificada en la que él se había visto envuelto, sin más. Eso mitigaba la culpa. Algunas personas nunca han hecho nada, solo se han visto expuestas a los hechos. Olof Sten era una de ellas. Al mismo tiempo, consideraba que la realidad se creaba a base de declaraciones. No había estudiado la teoría del lenguaje de Wittgenstein, los enunciados performativos de Austin ni el desarrollo de estos descrito por Butler. Ni falta que hacía. Bastaba con que ellos lo hubieran estudiado a él, por así decirlo, que los filósofos del lenguaje les pisaran los talones a los patrones mentales del ser humano.

Ester había conseguido quitarse la patata rellena del paladar y ya había apartado el plato cuando dijo:

—Me pediste que viniera hasta aquí, contigo. ¿Por qué íbamos a aguantarnos?

—Lo decidimos juntos, ¿no? —se apresuró a decir él, un tanto ofendido.

—Sí. Juntos.

Al fin, salieron a dar una vuelta por el pueblo después de la cena. Empezaron por la vieja iglesia. Estaba vacía y era bonita, en la medida en que lo son las viejas iglesias. En ella había un

cuadro de Hugo Simberg que Ester conocía bien. Había sido una de las fuentes de inspiración de Hugo Rask y él le había enseñado reproducciones de la pintura y un ensayo que había escrito sobre su composición y su trasfondo histórico. Se lo explicó a Olof en la iglesia. Él la escuchó distraído, mirándola con una cara con la que parecía preguntar por qué pensaba Ester que aquello le podía interesar.

Se quedaron en la iglesia unos pocos minutos; después, Olof quiso continuar. Le había dado por coger prestado el coche del teatro y así poder ir a alguna parte. Al cabo de cinco kilómetros comprendió que la carretera solo continuaba sin fin por Laponia. Dieron media vuelta y volvieron por el mismo camino. Ester no sabía decir si Olof estaba ausente o atormentado por una sensación de cercanía demasiado intensa. Aparcaron el coche y fueron caminando hasta una cabaña de madera con recuerdos lapones, donde Olof hurgó inquieto entre los objetos —cuchillos de mantequilla de abedul con adornos tallados, jerséis de lana y de colores claros típicos de los samis, objetos hechos de cuerno, tambores samis— y dijo que quería comprar algo, cualquier cosa, a modo de recuerdo de ese día.

¿Como recuerdo de ese día? ¿Era importante para él, ese día? ¿Era por eso que se mostraba tan disonante? Su devoción por él alcanzó antiguos límites.

Con las manos vacías se dirigieron a una gran carpa con un mercadillo que había cerca. Allí se vendían bollos de canela caseros y tejanos baratos de culo ancho, jerséis de lana y pantuflas calientes. Los ojos de Ester cayeron sobre una colección de diminutos carretes de hilo de todos los colores imaginables. Costaba quince coronas y duraría una vida entera, y tenía un color para cada prenda que llegara a comprarse jamás. Cogió un paquete. Entonces, a Olof le dio por comprar lo mismo, pero al llegar a caja cayó en la cuenta de que no llevaba metálico y le pidió a Ester que le pagara las quince coronas.

Con sendos paquetitos de carretes de hilo se marcharon de allí y la devoción que se había levantado como una llamarada se ahogó con la misma velocidad. Era muy mala señal que Olof también comprara carretes de hilo. Debería haber considerado los de Ester como suyos, con la idea de meterlos en el costurero que pronto compartirían. Era bastante obvio que él no tenía ninguna intención de iniciar una vida con Ester. Eso le dolía.

¿O era al revés? Quizá estuviera manteniendo a distancia lo cerca que estaba de comenzar una vida con ella y, como para él todos los cambios eran difíciles, se había comprado su propio juego de carretes de hilo para así poder superar el tormento de la ruptura. Eso también explicaría el esquivo desasosiego que parecía haber estado martirizándolo desde que Ester había llegado a Arvidsjaur.

Estaban de pie en un paso de peatones en la calle principal, tratando de decidir si volvían al hotel o si hacían alguna otra cosa, cuando de forma inesperada Olof la rodeó con sus brazos y dijo:

—Te he echado muchísimo de menos.

—¿En serio?

—Ni te imaginas. Poderte penetrar. Llevo tres semanas calentísimo.

Volvieron al hotel. Esta vez sí fue como Ester lo había visualizado, salvo que las sábanas no estaban recién planchadas y se habían arrugado. Después del desahogo, Olof quería descansar. Le dio la espalda a Ester y ella se le pegó por detrás. Entonces él le pidió que se apartara un poco, que se tumbara en su lado de la cama.

—No estoy acostumbrado a tener a alguien tan cerca cuando voy a dormir.

Al otro lado de las ventanas del hotel no se podía distinguir dónde empezaba la laguna y dónde

terminaba la orilla, estaba todo igual de blanco. Blanco y, aun así, oscuro. Ester se puso a leer mientras Olof descansaba. Tendió una mano para tocarle la nuca, pero no se atrevió a apoyarla, así que la mantuvo a un centímetro de su piel, suficiente para sentir su calor corporal.

«No estoy acostumbrado», pensó. No sonaba muy prometedor para una relación carnal.

En las afueras del pueblo había una pequeña estación de esquí bastante modesta. Allí fueron en coche al día siguiente. Enceraron los esquís y se los pusieron.

Los primeros cien metros fueron juntos, Ester detrás de Olof. Después, una fuerte disonancia se despertó en ella; de pronto, estaba incómoda e irritada. De adolescente, Ester Nilsson había competido en orientación, y en invierno había entrenado esquí de fondo para mantenerse en forma, incluso había competido un poco, pero nunca le había terminado de gustar, le parecía demasiado monótono. Sin embargo, su técnica seguía siendo impecable incluso veinte años después, lo cual hacía que fácilmente alcanzara velocidades que ya no tenía fuerzas para mantener.

Argumentó consigo misma: «esquiar juntos» podía querer decir que iban a esquiar al bosque al mismo tiempo, no tenía por qué implicar que lo hacían juntos. Y, si tenía que invertir tiempo en algo tan inútil como esquiar, ahora que por fin se habían reunido, mejor se planteaba una sesión de entrenamiento. Además, consideró que, probablemente, Olof no querría tenerla pegada a los talones, observando su técnica con ojo crítico.

Así que cambió de carril y se alejó de Olof. Con todas sus fuerzas.

Al cabo de pocos kilómetros, sus pulmones estaban a punto de estallar. Había ido cuesta arriba todo el rato y en la cumbre de la cuesta paró y se apoyó en los palos, sin fuerzas y con el corazón desbocado.

La escena estaba grabada en sus órganos sensoriales y en todos los rincones que habitan los recuerdos: la sangre invisible del esfuerzo en la boca, el chirrido en la nieve seca, las vistas de los altos abetos, las esquirlas afiladas del frío en los pulmones, el silencio majestuoso del bosque, la ausencia de olores cuando todo se ha helado, la desolación de las huellas dejadas por los esquís, el sinsentido del esfuerzo.

¿Qué estaba haciendo, exhausta, en un circuito de cinco kilómetros en Arvidsjaur que era igual que cualquier otro circuito de cinco kilómetros que hubiera hecho en su vida, cuando podría estar deslizándose tranquilamente con la persona por la que hacía cualquier cosa con tal de tenerla cerca? ¿Qué estaba haciendo?

Al cabo de cuarenta y cinco minutos y dos vueltas completadas con determinación, regresó a la caseta de encerado. Allí estaba Olof, poniéndose una camiseta interior seca. No se dijeron gran cosa. Él no comentó nada de que Ester se hubiera ido, pero a ella le pareció percibir cierto disgusto reprimido. Se subieron al coche y volvieron al hotel.

Ester se duchó primero. Cuando salió del cuarto de baño, el teléfono de Olof empezó a sonar.

—Es Ebba —dijo tenso—. ¿Qué hago?

—Pues tendrás que cogerlo.

—Pero no puedo hablar con ella si tú estás en la habitación.

Dejó que sonara, salió al pasillo. Apenas unos minutos más tarde volvió a entrar, relajado y contento. Después de un rato de silencio hotelero, Ester le preguntó a Olof cómo pensaba continuar. El día antes le había presentado a Ester de forma espontánea a sus jóvenes compañeros cuando se habían cruzado por el pasillo. Los compañeros sabían de la existencia de Ebba, debían de preguntarse cosas, dijo Ester. ¿Cómo se planteaba el futuro de la situación a partir de ese

momento? Olof se quedó de piedra.

—¿Cómo que el futuro de la situación?

—¿No te da miedo que vayan a hablar?

—Pero a ella no le van a decir nada.

No. «Claro que no», pensó Ester. Con ella no hablarían. Pero hablarían con otros, y entonces el rumor empezaría a correr y, con un poco de suerte, llegaría a oídos de Ebba.

Pero no era eso de lo que Ester había querido hablar, sino de cuándo pensaba él contarle a Ebba que había conocido a otra.

Olof se sentó en el sillón y miró el techo.

—A lo mejor, ella también está con otro —dijo con una saturación en la voz que se podía confundir con la del pensamiento profundo—. Pero me la suda —añadió.

Para alguien que estaba rompiendo una relación y comenzando una nueva, era un comentario de lo más desacertado.

Era para esa cena, la del sábado en Arvidsjaur, que Ester se había comprado la americana y una de las blusas nuevas. Era blanca y tenía bordadas flores con el tallo, demasiado veraniega para febrero, pero tan bonita que no había podido resistirse. Olof vio que la blusa era nueva y tocó con los dedos una de las flores bordadas en la manga. Dijo que era poco habitual verla con motivos florales, pero que la prenda era bonita y que le gustaba cómo vestía. La cena tuvo lugar en el salón del hotel donde habían comido el día anterior. La sala era de madera clara, tenía telas jaspeadas y le faltaba carácter.

La cena fue una prueba.

Olof pasó la primera parte de la prueba respondiendo a los mensajes de texto de su esposa, tanto mientras esperaban la comida como entre los primeros bocados. Sonreía al leerlos y sus labios conservaban la postura mientras escribía la respuesta. De vez en cuando se reía.

El pavor de Ester era tan intenso que no se podía expresar con palabras, porque entonces le resultaría inviable compartir habitación con Olof esa noche. Quizá solo un fallecimiento en la familia le habría hecho tocar el móvil durante esa cena. Pero ella estaba en otra situación que Olof. Ella no estaba casada y no tenía nada de que preocuparse ni que atender. Se dijo que Olof estaba enviándole mensajes a su mujer para tenerla contenta e ignorante, así no sospecharía de un comportamiento distinto en él ni le estropearía el encuentro a Ester, ahora que por fin habían conseguido su fin de semana. Olof contestaba los mensajes de Ebba para luego poder estar tranquilo con la mujer a la que amaba y con la que quería estar.

Había otro posible análisis del que se había percatado y que prefería descartar por completo: que en ese momento era especialmente importante —después de tantas concesiones hechas— dejarle claro a la amante que no era a ella a quien él pertenecía, sino a la esposa, que Ester no debía creerse que tenía ningún poder en este asunto, por mucho que él hubiera mostrado debilidad al necesitarla físicamente.

Ella comió en silencio. Comió y comió. Cuando al fin Olof observó las cotas que había alcanzado el desaliento de Ester, dejó el móvil de lado y no lo volvió a tocar. Siguió su mirada por la ventana y de pronto estuvo presente en cuerpo y alma. El cambio fue instantáneo. Solo estaban Ester y Olof. Juntos miraron la noche invernal desde el salón-comedor del Hotel Laponia. Compartían vistas, compartían cena, lo compartían todo, su mujer había desaparecido y él se lo estaba compensando a Ester con creces.

—No se puede pedir nada mejor que esto —dijo Olof—. El invierno más bonito ahí fuera, calor dentro, buena cena y a la cama con la... una mujer a la que quieres.

Ester estaba convencida de que había habido un titubeo después de «con la», un traspié intencionado. Olof había dicho que la quería. Se había interrumpido, Ester no lo había oído mal, «y a la cama con una mujer a la que quieres». Sin duda, Olof había corregido la oración antes de caer en la cuenta de que era una frase peligrosa, una a la que más adelante podría tener que responder. «Con la mujer a la que quieres» era algo indiscutible. Pero si también era «una mujer a la que quieres», solo podía saberlo él. Era algo que no se podía asegurar más que a partir de las palabras del propio Olof. Por eso había cambiado la frase.

Olof esbozó una sonrisa apagada.

Sin embargo, en una cosa se equivocaba, pensó Ester. La cena no era buena. Era cualquier cosa menos buena. Industrial y precocinada, y luego transportada por todo el interior de la provincia de Norrland. Ester comió más de lo que se merecían los sabores y le exigía el hambre, comió para llenar el agujero que se ensanchaba. El postre fue tarta de queso, también proveniente de una caja y una cinta transportadora. Aun así, se comió toda la porción y sintió que había un aura de fabricación en serie que lo cubría todo, incluso a ella y a Olof, allí sentados lejos de casa en una cita robada, recubiertos por la vulgar carga del chanchullo amoroso.

Olof se encargó de la cuenta, que subió bastante. Dijo que si Ester había ido hasta Arvidsjaur para estar con él, lo mínimo que podía hacer era pagar la comida.

Volvieron a la habitación. Ester se sentía hinchada y alienada, pero todo eso se borró tan pronto se tumbaron el uno en brazos del otro, cosa que hicieron bastante enseguida y que se alargó hasta altas horas de la noche. Incluso la mañana siguiente la dedicaron exclusivamente a los placeres eróticos. Cuando Olof estaba tumbado encima de Ester y la miró a los ojos, donde ya no había reservas, le susurró:

—Esto no funcionará nunca. Soy demasiado aburrido. Te vas a cansar de mí.

Una hora más tarde, Olof la llevó al aeropuerto.

En breve, él seguiría la gira en otro pueblo norteño. Ester le preguntó cuál y se olvidó al instante. Solía recordar esas cosas, topónimos, fechas, horas, pero olvidó ese porque no era aquello lo que le importaba, sino obtener respuestas a cosas totalmente distintas.

Olof no le quitó la mano del muslo en todo el trayecto, excepto cuando tenía que cambiar de marcha. El bosque de alrededor seguía igual de blanco que cuando Ester había llegado, dos días antes, y los montículos de nieve que bordeaban la carretera habían crecido. Los árboles llevaban sombrero y abrigo.

Olof aparcó el coche y la acompañó a la terminal de salidas.

—Gracias por venir —dijo y la abrazó largo rato, y se mecieron un lado y a otro.

—¿Crees que nos volveremos a ver?

—Existe el riesgo de que sí.

Ester notó el cuerpo de Olof. Era su ruina. No quería estar sin él aunque la enervante ambivalencia de Olof estuviera en constante actividad, incluso en el momento de la despedida.

—Nos vemos en Estocolmo —le aclaró él.

Y Ester voló a casa. Después subió caminando desde la estación central hacia Kungsholmen con la bota apretándole el tendón de Aquiles. En Estocolmo no quedaba nieve. Estaba negro fuera y negro dentro. Sintió la desolación y la desesperación latente, empezó a hacer llamadas, pero la

única que respondió fue Fatima, la última a la que había llamado. Era la más fundamental y la menos flexible. Unos años atrás había tenido una relación con un hombre casado en la que Ester la había visto saltar entre la euforia y la miseria. Ahora ella también estaba casada y tenía dos criaturas a las que permitía distraerla constantemente cuando hablaba por teléfono, cosa que Ester llevaba con gran serenidad, consciente como era de que le estaba robando tiempo y atención a la gente. Fatima le dijo a Ester que se podían empezar a formular las expectativas una vez que se había llegado a la carne. A partir de ese momento, Ester tenía derechos. Ester sabía que las demás amigas le habrían dado consejos más tácticos, pero en este momento le parecía que esto de los derechos era sumamente interesante.

Excitada por la exhortación de exigir cosas, todavía más de tener un motivo para hablar con Olof y decirle que ya lo echaba de menos, lo llamó aquella misma noche. Él estaba mirando la tele a todo volumen, sonó apático y no se dignó a bajarlo.

—¿Molesto? —preguntó.

—Estoy viendo las noticias.

—Entiendo —dijo y se quedó callada, a la espera de que Olof se viera tocado por la razón—. ¿Quieres seguir viendo las noticias?

—Puedo hacerlo mientras hablamos. ¿Contenta de volver a estar en casa?

—No. Claro que no. Es horrible.

—¿Ah sí? Vaya. Ya.

Sonaba cortado y ausente al mismo tiempo, o tal como sueñas cuando quieres mantener a alguien y sus intimidades a distancia.

—¿Estás en otra habitación de hotel?

—Sí. Es bonita. La tele es buena.

—Ya la oigo.

En unas pocas ocasiones, coincidiendo con la puesta en escena en Västerås el otoño anterior, Ester había visto interactuar a Olof y a su esposa. Y cada vez había observado los sarcasmos de la mujer. Todo aquel que conociera al matrimonio era tarde o temprano testigo del veneno verbal que ella soltaba no solo a su marido, sino también a otras personas. Ester lo había tomado como una señal de su vacuidad espiritual y de lo mal que estaban los dos. La burla y el sarcasmo no podían convivir con una disposición amorosa. Era la antesala de la muerte de la relación, era el desprecio que no se atrevía a salir, la cobardía respaldada en la agresión.

O bien era la única defensa que le quedaba al herido y decepcionado ante una indiferencia injusta. En este momento, en esta conversación asfixiante, Ester comprendió por qué la esposa de Olof era sarcástica. Notó la corrosiva infección dentro de sí, le oyó soltar sus comentarios con un bufido.

—No tardaré en irme a dormir —dijo Olof.

—¿Dormirás bien?

—Como un tronco.

—Yo no —Olof no preguntó nada, no dijo nada, miraba las noticias—. ¿Has cenado? —preguntó Ester.

—Hemos ido a una pizzería toda la tropa.

Como ella no preguntaba nada, la conversación hizo un alto.

—¿Qué pizza te has pedido?

—Una *calzone*.

—¿De las que van cerradas?

—Sí. Un rollo de esos que rezuman queso fundido.

—¿Con un poco de orégano por encima?

—No me he fijado. Puede que sí.

Silencio.

—¿Estaba buena?

—Sí.

—¿Has estado a gusto?

—Sí. Una gente muy maja con la que viajar.

—¿Ha preguntado alguien algo sobre nosotros? Sobre tú y yo.

—No.

—O sea, que mi visita no ha sido comentada.

—No que yo sepa, no.

—Qué raro.

—¿Por qué íbamos a hablar de ello?

—Claro. Por qué.

—A nadie más le incumbe.

—Yo diría que sí le incumbe a alguien más, pero puede que no a la compañía de teatro, es cierto —dijo Ester. La irritación de Olof se vio atizada, se preparó para algo. Ella añadió—: He estado pensando.

—Ay, ay.

—En efecto, podría verse así.

—Seguro que ahora viene algo desagradable.

Ester se abstuvo de decir nada hasta que logró recuperar el control de sí misma.

—A lo mejor podrías bajar el volumen —le dijo, y cogió carrerilla. Sabía que no debía decir lo que estaba a punto de decir, pero pensaba que necesitaba soltarlo, y estaba en su derecho—. Ya he sido amante antes. No pienso serlo otra vez —y después de una pausa, para evitar malentendidos respecto a sus deseos—: Quiero estar contigo de verdad —la tele ya no se oía, pero sí la respiración de Olof—. Tienes que elegir ahora —dijo Ester.

Las palabras resonaron y trastearon con estruendo. Ester sabía que no estaba preparada para darles su debido respaldo en forma de abstinencia, por lo que se volvían inútiles.

La rabia de Olof salió con la prontitud que la caracteriza.

—¿Pero qué quieres, que corte con Ebba esta misma noche? ¿Hoy mismo o a qué coño te refieres?! ¿Quieres que la llame ahora o qué me estás pidiendo? ¡¿Eh?! —Olof consiguió que la idea sonara absurda. Para Ester resultaba absurdo que la idea fuera absurda. Dijo que Olof había tenido medio año para pensárselo—. ¿Cómo que medio año? ¿Pensarme el qué?

Ester se quedó fría como el hielo y, cuando ella se ponía así, él se tornaba cálido, siempre.

Arrepentido de su estallido, Olof le deseó dulces sueños. Ester no los tendría, pero las palabras de Olof la calentaron lo suficiente como para mantenerla enganchada.

Pasaron tres días, tres días de aguanieve lodosa en el exterior y de abatimiento en su interior. Ester estaba sentada con el libro Gottlob Frege ante ella, pero no conseguía trabajar. El miércoles por la tarde fue al cine con una amiga. Se veían muy poco, pero aun así Ester le habló de Olof y de su obsesiva preocupación por que él pareciera no tomarse el fin de semana como un antes y un después. La amiga de Ester la escuchó y enseguida elaboró un diagnóstico. Olof había estado buscando «sexo sin compromiso» y Ester debería cortar con él. A ella el análisis le pareció superfluo y convencional, por no decir erróneo, pues el sexo había sido lo más difícil de conseguir con él. Cambió de tema y contuvo el impulso de explicarse y defenderse.

La película que fueron a ver se proyectaba en el Grand de Sveavägen y trataba de una mujer que se enamoraba de un agente de la Stasi al que no le gustaba lo que hacía, pero estaba atrapado en el sistema y seguía aguantando, pagando el coste de un elevado desprecio hacia sí mismo. Durante la proyección, Ester sacó varias veces el teléfono de su bolso e iluminó la sala. La tercera vez que lo hizo, Olof la había llamado. Le entraron ganas de salir de allí, en mitad de la película, correr a su encuentro y arrojarse en sus brazos. Pero estaba encajonada en la parte central de una fila y, además, tenía que pensar en su amiga.

Después de la película, escuchó el mensaje del buzón de voz a escondidas, aprovechando que su amiga había ido al baño, pues Ester podía percibir su crítica silenciosa con la misma claridad que si le hubiese puesto palabras.

Le pareció que Olof intentaba sonar desenfadado y despreocupado, a pesar de su irritación por haber sido él quien la llamaba a ella y no al revés. Le preguntó si estaba en el extranjero. Ester sonrió para sí. ¿Se habría marchado al extranjero empujada por la decepción? ¿O se pensaba Olof que si Ester no daba señales de vida tenía que ser porque estaba fuera del país?

También había una explicación peor: que Olof acabara de soltarle uno de sus enunciados performativos que tan bien dominaba. Si así fuera, con lo dicho quería dejarle claro que, fuera lo que fuera lo que ocurrió entre ellos el fin de semana anterior, Ester era totalmente libre de volar al extranjero sin informarle, puesto que no tenían ningún compromiso. El objetivo de sus palabras era informar de esta distancia, a pesar de la proximidad que implicaba el hecho de llamarla.

Como a Ester le parecía totalmente incomprensible pensar que no tenían un compromiso, ni se molestó en considerar esa explicación.

Cuando su amiga, al volver del baño, notó que Ester mostraba más interés en llamar a Olof que en continuar la cita, dijo que se quería ir a casa. Estaba dolida y Ester trató de arreglarlo, pero era demasiado tarde.

Caminaron por Sveavägen en dirección sur, hacia el metro, y comentaron la película. La amiga dijo que era típico que las mujeres murieran para redimir a los hombres. Ester sugirió que también se podía interpretar como que para muchos hombres las mujeres eran importantes como compañeras en el amor y que ellos, simplemente, se desesperaban al ver morir a su amada.

—Te centras demasiado en el romanticismo individual.

—Lo que pasa es que el amor es importante en la vida de las personas, independientemente de las ideas que tengamos al respecto.

—No estás hablando de amor. Estás hablando de pareja heterosexual.

—Estoy hablando de amor, sexual y mental. La unión en pareja no es más que un síntoma de la cercanía que implica amar.

—Realmente, demasiado romanticismo e individualismo.

La amiga de Ester estaba más que molesta. Quizá Ester también lo estaba, porque señaló con impertinencia que en la película que acababan de ver la mitad de los que morían al final eran hombres, lo cual dificultaba la explicación de que las mujeres morían solo por ser mujeres; no se podía tener modelos de causa-efecto distintos y predeterminados que cambiaran según el género, ¿verdad? Eso sería partir de lo que se estaba buscando y buscar pruebas para confirmar una teoría, no para descubrir una verdad sobre la realidad.

—El objetivo de las observaciones es corroborar la teoría —dijo la amiga—, porque la teoría es correcta.

—Pero ¿qué haces entonces con aquello que la contradice?

La otra contestó que la teoría existía para demostrar y describir una estructura de la realidad.

Pero entonces ¿no se había presupuesto lo que se iba a demostrar?, quiso saber Ester, mientras pensaba que Olof la había llamado esa noche. A lo mejor les esperaba un futuro luminoso, a pesar de todo.

—Deberías leer un poco —dijo la amiga—. Si lo hicieras, tendrías herramientas para entender lo que ese hombre te está haciendo —explicó, y la distancia entre las dos transeúntes nocturnas aumentó algún palmo mientras avanzaban por la acera—. En las pelis, las mujeres mueren para redimir a los hombres. Y en la realidad, las mujeres se piensan que pueden ayudar a los hombres a ser redimidos —dijo la amiga.

—Pero si de antemano ya sabes por qué las cosas afectan a distintos tipos de personas, ya no necesitas ningún otro dato —dijo Ester—, ni en forma de película ni de realidad, porque de todos modos los datos no pueden afectar tu visión de la realidad, sino al contrario, se amoldan a ella para mantener el modelo intacto e inamovible. ¿No es eso un *modus operandi* un tanto dudoso? Podría haber muchas otras explicaciones, y más complejas, de lo que estás describiendo.

—Tienes una visión del conocimiento obsoleta.

—Sí. Está pasada de moda. Pero ¿cómo interpretas tú las muertes de los hombres en la película?

—No me interesa la situación de los hombres, si me permites, pero seguro que también hay una teoría sobre eso, si la buscas un poco. Ahora llama a ese amante que se está aprovechando de ti. Yo me bajo al metro.

La amiga desapareció por la boca de la estación de Hötorget, en el cruce de Kungsgatan con Sveavägen.

Tampoco a Ester le interesaba lo más mínimo la situación de los hombres, pero sí tenía un interés especial en la situación de un hombre en concreto, al que llamó de inmediato, de pie delante de las puertas del centro de restaurantes Kungshallen, con Hötorget y Filmstaden de fondo y Kungsgatan extendida como una cuerda negra bajo sus pies.

El teléfono sonó diez veces. Olof no contestó. Frustrada, Ester aceleró el paso de vuelta a casa. Pensamientos volátiles le pasaban por la cabeza, sobre sí misma, sobre Olof y los motivos por los que no le había cogido el teléfono, sobre su visión del conocimiento y la visión de su amiga. En

ese momento Ester no tenía fuerzas para reconocer que tenía la misma visión del conocimiento que su amiga en relación con Olof Sten y su vida amorosa. Usaba todos los datos de que disponía para confirmar la teoría de que él sentía por Ester Nilsson el mismo interés amoroso que ella sentía por él, y que solo lo frenaban las barreras internas y externas, barreras que el tiempo y la buena influencia de ella terminarían por romper. Ningún dato parecía poder alterar esta tesis y Ester partía de una firme estructura amorosa y un ser humano universal como postulado y axioma, impermeables a cualquier prueba empírica obstinada; en lugar de eso la reformulaba para que encajara mejor con su teoría.

Todo el camino hasta casa se lo pasó cruzando los dedos para que él le devolviera la llamada. Sujetaba el teléfono en la mano para no perder la señal. No debía desesperarse y llamar una vez por minuto, pensó. Veinte minutos más tarde llegó a casa y lo llamó desde el fijo. Sin respuesta. A los cinco minutos volvió a llamar.

La voz de Olof hizo que se le disparara el pulso. Dijo que había salido a cenar con su sobrino. Ester deseaba que Olof hubiese preferido ir a cenar con ella, ahora que ya habían culminado la unión carnal, pero pensó que era bonito que cuidara a su sobrino.

Olof propuso verse al día siguiente y sonaba determinado, como si quisiese comentarle algo. Ester intentó confirmar sitio y hora, pero él no quiso. Los acuerdos concretos son la protección de la parte débil; la fuerte quiere dejarlo todo abierto, por si las ganas cambian de rumbo. Débil es la parte que quiere demasiado, fuerte es aquella a la que, a grandes rasgos, le da igual.

—Te llamo mañana al mediodía y decidimos dónde y cuándo nos vemos —dijo Olof, y ella tuvo que contentarse con eso.

Los desafortunados en el amor y provistos de cierto temperamento tienen una fuerte necesidad de hablar de ello, todo el tiempo y con quien sea. Hablar mitiga el dolor. Cuando Ester Nilsson estaba en paz y armonía, no contaba nada de sus asuntos íntimos. No le hacía falta. Cuando sufría, sin embargo, se le soltaba la lengua y se volvía descuidada consigo misma, y muy poco objetiva. Buscaba por todas partes y en cualquier lugar algo, una palabra, una frase, una observación que pudiera ayudarla a ver las conexiones y seguir avanzando. Lo único que quería era tener esperanza, no conocimientos sobre el arte de la resignación. Así que exponía su desgracia a quien quisiera verla. Sabía que la gente hablaba y hacía diagnósticos cuando ella no los oía, que los adjetivos corrían. Aun así, ella seguía abriéndose como una herida que estaba en el sitio equivocado. Y siempre con la esperanza de sacar algo favorable a tener en cuenta. Pero, en lugar de eso, sus oyentes hastiados solo le aportaban —igual que pasa con todas las heridas que se abren— nuevas bacterias.

Al día siguiente, antes de verse con Olof, Ester comió con su antigua tutora de la Universidad Real de Tecnología. De vez en cuando quedaban para hablar de cosas de las que solo ellas disfrutaban, su especialidad, que era lo único que tenían en común. La tutora era una mujer agradable que llevaba veinticinco años agradablemente casada y tenía dos agradables hijos en la Universidad Real de Tecnología, que ya estaban labrándose una vida llena de cosas agradables. Cuando la mujer hubo terminado de escuchar la historia de Ester, hizo unas pocas observaciones, ninguna de las cuales tenía la intención de ayudar a Ester, sino exclusivamente a sí misma:

—Qué bien no tener que andar con esas historias.

Y:

—¡Uf! Qué mal suena. ¿No podrías pasar de él y punto?

Y:

—Por Dios, pero si esas cosas son propias de la adolescencia.

Ester se sintió apabullada, pero estaba bastante segura de que aquella mujer no había hecho «esas cosas» ni siquiera de adolescente, sino que por aquel entonces ya debía de alabar su capacidad de distinguir entre lo que era importante y lo que no.

—Oh, qué bien no andar en esas —repitió.

Ester se reprochó su propia cháchara, pues comprendía que lo que acababa de oír era una protección contra confidencias demasiado íntimas por parte de alguien a quien no consideraba tan cercano y a quien tampoco se quería acercar demasiado. Los comentarios hostiles son una forma de armarse tanto contra la intimidad como contra la escasez que arrastra tu propia vida. A Ester le habría gustado poder retirar sus desahogos. La otra mujer era una persona inteligente. La situación no había estado a la altura de la inteligencia de Ester y tampoco quería la vida de su antigua tutora, pero se dijo que en adelante elegiría mejor a quién le contaba sus cosas. Dos pastillas de freno en menos de veinticuatro horas le habían hecho mella.

Luego la antigua tutora advirtió también a Ester de la diferencia de edad, en la que ella apenas había reparado, y menos aún considerado relevante. La mujer le explicó que un día Olof podía enfermar y volverse una piltrafa, y entonces a lo mejor ya no sería tan divertido. La tutora y su marido eran del mismo año y del mismo mes, solo se llevaban diez días.

Ester asintió en silencio y pensó que con algunas personas no merecía la pena hablar de esos temas. A las que estaban fundidas en una sola pieza no se les podía transmitir el fuego en la sangre. No lo entendían. Todo aquello de lo que te podías abstener porque más adelante, alguna vez, un lejano día, quizá te hiciera daño eran cosas de las que en verdad podías prescindir.

A las dos se terminó la comida, que había tenido lugar en el Grill, cerca del Blå Tornet de Strindberg en Drottninggatan.

—¿Y se le da bien pensar? —le preguntó la tutora, mientras bajaban la cuesta hacia Centralbadet y la panadería Hurtig. Era como si intuyera que no había hecho los comentarios adecuados.

—Sabe jugar. Eso es lo importante. Y sabe escuchar.

—Para ti no es suficiente, Ester. No entiendo nada.

Ester se abstuvo de soltar alguna de las frases mordaces que se le ocurrían a modo de respuesta. Se despidieron en la boca del metro de T-Centralen y ella continuó por Drottninggatan en dirección a Gamla Stan. En Stora Nygatan se sentó a esperar en una cafetería. Quería estar cerca tanto de Södermalm como del centro cuando Olof llamara, para poder correr a su encuentro donde fuera que se encontrara.

Había aguanieve y charcos por todas partes, y una sensación de crudeza flotaba en el aire. Ester se preguntaba por qué no la había llamado. Habían quedado en hablar «al mediodía», o sea que podía llamarla en cualquier momento. Ester se sentó en un rincón y sacó el ordenador de su maletín para terminar de escribir un ensayo que tenía que mandar a la redacción a la mañana siguiente. De una manera u otra tenía que conseguirlo, por muy dispersa que estuviera.

Dieron las tres y cuarto. Ester cambió algunas frases. Las tres y veinte. Quitó un adjetivo, lo echó de menos y lo volvió a poner. Releyó el texto. Un poco largo. Las tres y veinticinco. Tachó un párrafo entero al principio y consiguió la extensión adecuada, pero ahora al texto le faltaba solidez y dirección. Al menos, en ese sentido era como la vida misma. Las tres y media. Se planteó cambiar de trabajo, leyó un rato. Las tres y treinta y cinco. El teléfono permanecía mudo encima de la mesa.

A las cuatro menos veinte decidió llamarlo y la vida volvió a valer la pena cuando oyó su cálida voz al otro lado de la línea.

—Justo te iba a llamar ahora. He estado paseando por todo Södermalm.

—Qué bien.

—Ahora estoy en el cementerio de Katarina.

—Es tan hermoso. ¿Estás en la tumba de tu padre?

—Sí. Por primera vez desde que murió. ¿Cómo lo sabes?

A Ester le pasó por la cabeza que Olof estaba preparando una separación sin ser consciente de ello y que por eso estaba ahora delante de la tumba de su padre. Una separación de una esposa que, probablemente, ejercía sobre él el mismo poder de frialdad y calidez cambiantes con que Olof a menudo había descrito a su padre. Estaba en el cementerio despidiéndose de su padre, es decir, de su esposa. De pronto, se sintió llena de esperanza.

—Íbamos a quedar —dijo—, ¿no era eso lo que habíamos dicho?

—Supongo que sí.

—¿No podemos ir a tomar una cerveza? Anularnos juntos. Hoy quiero emborracharme. Contigo.

—No. Yo solo tomaré café —dijo él. Cuando Olof Sten se negaba a un trago, había motivos de peso—. En principio, he quedado para cenar con un amigo.

Ester paseó la mirada por la bulliciosa Stora Nygatan. Habían cortado el paso en gran parte de las aceras de la ciudad a causa de los carámbanos, así que la gente caminaba por la calzada. Las canaleras soltaban chorros de agua y, de vez en cuando, caían bloques de nieve y agua que se deslizaban de los tejados.

—Pensaba que habíamos decidido vernos hoy.

—En tal caso, tengo que ir a casa a cambiarme. Estoy sudado.

—¿No íbamos a quedar de verdad? No solo un ratito antes de tu cena con tu amigo.

—No me hagas sentir culpable.

«Yo no te puedo hacer sentir culpable —pensó Ester—, pero tú puedes decepcionarme todo lo que quieras». Con Olof todo estaba suelto, todo flotaba en el aire. Para él era una especie de virtud, su versión de la libertad, y, en cuanto Ester intentaba hacer que dejara de flotar, lo hacía sentir culpable.

—Pero ¿no habíamos quedado así?

—Ahora me estás presionando. Hace siglos que no veo a este amigo. Quería cenar conmigo esta noche —se quejó, y a Ester se le agotaron las palabras. No le quedaban más para formular nuevas frases. Se hizo el silencio—. Pues bajo sudado a verte. Pero luego no te quejes si huelo mal.

—Me gustan todos tus olores.

Él soltó su risa más dulce. En diez minutos se encontraron en la pastelería Sundberg de Järntorget. En el local había más cochecitos de bebé y mamás primerizas que otra cosa. Se sentaron en un rincón, lo más apartados de los otros clientes que pudieron. Desgraciadamente, el rincón quedaba junto al baño, que recibía un flujo constante de visitas.

Ester le habló un poco del artículo que estaba escribiendo y que debía entrar en redacción al día siguiente, y Olof la escuchó con interés y le hizo varias preguntas sobre el tema, que se resumía en que el comportamiento general del grupo seguía con exactitud los tipos de personalidad de los individuos, y que las relaciones entre grupos se organizaban de la misma manera que entre las personas. En pocas palabras, la naturaleza era matemática y siempre seguía los patrones establecidos, la cuestión era identificarlos debidamente.

—¿Cuántas horas escribes al día?

—Las menos posibles. Ahora mismo me resulta difícil trabajar.

—Ah. Ya. A veces pasa.

Olof apartó la mirada y no quiso indagar en los porqués. Luego se frotó sus manos frías y le contó que, dos días atrás, había ido con Ebba a ver una obra de Harold Pinter en el Stadsteatern. Le transmitió sus impresiones y mencionó que Ebba había quedado fascinada por uno de los actores. Con lo que sonó como un lamento indignado, remarcó que Ebba jamás le permitiría a Olof decir lo mismo sobre otra mujer sin generar unos celos profundos.

Parecía buscar la explicación que Ester pudiera dar de esto que él consideraba un rasgo identificativo específico del género femenino, uno de tantos. Ester no tenía ninguna explicación. Estaba pensando en que la forma de hablar de Olof era un indicio de que no estaba en plena ruptura.

Él parecía ignorar por completo que Ester estuviera preguntándose cómo era posible que él y su mujer hubieran ido al teatro juntos cuando deberían estar metidos de lleno en el asunto del divorcio. Más bien daba la impresión de que Olof consideraba que por lo menos podía mostrarle a la pobre Ester una pequeña grieta en su matrimonio a modo de consuelo. Pero esa grieta no era nada. Para Ester la grieta era más que evidente teniendo en cuenta lo que habían hechos ellos dos. Lo que ella quería saber era por qué la grieta no acarrearba consecuencias. ¿Por qué la gente seguía viviendo con sus grietas, a pesar de poder hacer cosas para solucionarlas?

—Y tú, ¿qué tal estás? —preguntó Olof.

—No muy bien, la verdad —respondió Ester. Dieron un sorbo al café. A su alrededor, las madres amamantaban a sus hijos—. ¿Y tú? —preguntó.

—Bien, yo estoy bien —dijo con ligereza, rozando la frivolidad. Ester pensó que eso es justo lo que pasa cuando toda tu vida es una mentira, que pierdes el significado de cada momento y de las palabras que se pueden decir, cómo y cuándo—. La última vez te pusiste triste.

«¿La última vez? —pensó Ester—. ¿Qué pasó la última vez? ¿No estoy triste todo el tiempo?».

—Sí. Supongo.

—No puedo dejar a Ebba.

Una breve pausa.

—No quiero.

Una breve pausa.

—No puedo hacerle tanto daño.

Una pausa definitiva.

Ester observó el cambio de «puedo» a «quiero» y la vuelta a «puedo». Era imposible decir si era el «puedo» o el «quiero» lo que contaba. Se sintió envenenada. Era como si se le hubiese metido dentro del cuerpo un desperdicio tóxico. Pensó que se había equivocado con Olof. Este no detestaba lo definitivo ni adoraba lo vago y apático, tal como ella había pensado. Cuando había que proteger el estado difuso de las cosas, Olof se volvía activo y claro. Cuando la putrefacción y la vaguedad estaban aseguradas, volvía a la indolencia.

Una vez más, Ester observó el alivio que sentía Olof tras soltar algo importante, cuyo objetivo era deshacerse de las expectativas exigentes de Ester, pero no de ella. Siempre el mismo procedimiento. Llamó para anular la cena que tenía apalabrada para más tarde porque había decidido que quería ir a cenar con Ester.

Y, como tantas veces antes, Ester debería haberse ido. Pero las demostraciones de fuerza no eran lo suyo. Sobre todo si estaban destinadas a ocultar una gran necesidad interior, lo cual era lo más habitual. El día que lograra rechazar su invitación para pasar una noche juntos, sería el día

que Olof le resultaría indiferente.

Así, cenaron una noche más e intimaron más que de costumbre. Ester habló de su vida, mayoritariamente de los fracasos amorosos que había tenido, y Olof de la suya, mayoritariamente de cómo las personas lo habían traicionado siempre. Su padre le pegaba y su madre prefería a su hermana, y no había tardado en ser engañado por una mujer para tener un hijo. Era una persona a la que la vida había tratado injustamente, no alguien que llevara las riendas de su existencia, pero Ester no lo veía así, porque ella tenía el corazón poroso por culpa de la amarga melancolía de perder a Olof y aún más poroso por el hecho de, a pesar de ello, estar allí sentada con él en ese momento, escuchando sus penosas confidencias. Ester comprendió que la rabia contenida que Olof irradiaba tenía su origen en una humillación acumulada de toda la vida. Miró el mundo desde el filtro de la ofensa de Olof y le entraron ganas de abalanzarse y parar la bala por él, protegerlo de toda maldad, pelearse con todos aquellos que lo amenazarán. Había algo en la forma en que Olof la hablaba y la miraba que le hizo querer hacer cualquier cosa por él, creyéndose alguien especial.

Toda la velada fue como una exhalación. Habiendo tocado fondo y habiendo barrido las expectativas, volvieron a adentrarse en el estado de excepción, la tierra de nadie, donde eran otras las reglas que valían y todo comenzaba de cero, donde la vitalidad crecía por sí sola y se concentraban las capacidades del alma. Olof era un hombre en estado de excepción, pero quería convertir ese estado en normal. Era la paradoja y el dilema de su vida, pues por definición resultaba imposible.

Después haber estado sentados en uno de sus locales habituales y de haber hablado largo y tendido de aquella manera tan personal, Olof quería continuar, así que bajaron a la bodega junto al Ascensor de Katarina. Allí se acomodaron en un sofá, hombro con hombro, muslo con muslo. El local tenía un cálido color rojo anaranjado e infinidad de botellas detrás de la barra. El sonido ambiente era tranquilo y la clientela estaba compuesta por algún lector de prensa solitario y unas pocas parejas. Junto a la ventana había un hombre que, a juzgar por los vistazos furtivos al reloj y la insatisfacción que reflejaban sus parpadeos, estaba esperando a alguien que no llegó a presentarse.

No era tarde, pero tampoco pronto. Saborearon un vino áspero y con cuerpo. Ester estaba harta de beber vino, pero aun así siguió bebiendo. Más a modo de resignada constatación que de pregunta, dijo:

—Así que nunca más volveremos a acostarnos. Justo cuando nos habíamos puesto a ello. Resulta difícil soportar la idea.

Olof observó al hombre que esperaba junto a la ventana y dijo:

—Creo que es inevitable.

Las botellas de vino contuvieron el aliento y Ester no se atrevió a girar la cabeza, solo los ojos. Cuando todo estaba en juego, había que actuar con cautela y delicadeza.

—¿Qué es inevitable?

—Que nos volvamos a acostar —contestó. La atención de Ester se vio tan fortalecida que las palabras y el momento en el que se dijeron fueron para la memoria lo que un hierro incandescente para la madera—. Iremos viendo —dijo Olof—. Iremos viendo.

Miró por las oscuras ventanas con un atisbo de preocupación asomando por encima de su nariz cóncava, su frente alta y redondeada y las singulares ranuras como para meter monedas que tenía por ojos. Era ligero y pesado, imponente y frágil al mismo tiempo.

—¿A qué te refieres? —preguntó Ester—. ¿Qué estás diciendo?

Olof esperó antes de responder, paseó la mirada por la isla de Skeppsholmen, que yacía al otro lado del agua como terciopelo negro con pequeños puntos de luz dorada y plateada. Luego dijo:

—No sé lo que quiero. Ese es mi problema. No sé lo que quiero —se volvió hacia Ester—. A lo mejor podrías ser mi terapeuta.

—No creo que sea buena idea.

—No. Puede que no. Pero no sé lo que quiero.

Las lámparas se encendieron y apagaron. Última ronda.

—¿Cómo puede ser que no lo sepas? —dijo Ester—. Solo tienes que dejarte llevar por tus sentimientos.

Olof levantó su copa de tinto y la señaló con el dedo, el camarero asintió con la cabeza.

—Si cediera a mis sentimientos, mi vida sería un caos. Igual que lo ha sido para la mayoría —dijo.

El vino llegó y Olof se bebió media copa de un trago.

—Me parece que lo que estás diciendo —dijo Ester— es que sabes lo que quieres, pero no confías en que sea lo correcto, ¿puede ser?

—Sí. Exacto.

—Por lo tanto, estás diciendo que quieres estar conmigo, pero no te parece moralmente aceptable, según algún barómetro que tú no compartes pero por el que te dejas guiar.

—Supongo que eso es lo que estoy diciendo, sí. Divorciarme tendría consecuencias demasiado graves. No puedo hacerle eso a Ebba —dijo pasándose los dedos por las cejas, como para alisarlas—. Si ella no estuviera, no habría ningún problema —dijo.

—Pero está.

Pagaron y se levantaron.

—Iremos viendo —volvió a decir.

Olof tenía que subir a pie Katarinavägen y Ester debía meterse bajo tierra para coger el metro. Pensaba que lo que había escuchado no era más que la pura verdad, que él quería, pero no podía. A Ester le costaba imaginarse una psique en la que nada era verdadero o falso, sino meras estrategias primarias contra el propio abandono. La psique que tenía por nombre Olof Sten había detectado que Ester iba a apartarse de su lado, porque esa noche él había declarado que elegía a su esposa, cosa que hacía para no verse desintegrado por no escogerla. Una vez lo hubiera hecho, correría el riesgo de verse desintegrado por descartar a la amante, y entonces su cerebro reptiliano tenía que inventarse algo para que no desapareciera también la descartada. El cerebro reptiliano vivía en el presente y lo guiaban los impulsos. Se centraba en el desagradable abandono, no en las causalidades que habían conducido a él ni en su carácter lógico y coherente. Para evitar los sentimientos de desintegración y abandono, había una batería de frases que el cerebro reptiliano de Olof enviaba hasta su boca. Ester no sabía que alguien pudiera funcionar así sin intentar hacerle frente con la razón o arreglarlo al día siguiente. Todavía no intuía que de esta manera el lenguaje se podía vaciar de contenido y solidez.

Faltaba poco para medianoche cuando Ester llegó al andén de Slussen y se puso a esperar el metro. Sintió que, más que ninguna otra cosa, quería librarse de todas esas noches en bares y locales que siempre acababan en una despedida.

Si tan solo hubiesen podido volver juntos a casa esta noche, si todo fuera distinto.

«¿Acaso no era para evitar el desánimo que seguía a las noches de copas, con sus despedidas, que mucha gente, a lo largo de toda la historia, había sentido que uno es demasiado poco y tres son demasiados?», pensó Ester Nilsson.

Mientras esperaba allí de pie, vio cada vez con más claridad que lo que había pasado esta noche era que Olof y ella se habían acercado más el uno al otro, sin que él hubiese dicho claramente que no pensaba divorciarse. Eso era lo único que debía guardar en la memoria, no la rendija que Olof había dejado también abierta. Había proclamado a quién pertenecía, y esa persona no era Ester. Había reflexionado y había tomado una decisión sopesada. Esa decisión era el mensaje principal de esa ambigua velada y lo único a lo que Ester debía acogerse. Se obligó a sí misma a pensar que Olof había dicho que no, aunque el resto de la velada hubiese parecido y sonado como un medio sí y, definitivamente, como un quizá.

El tren en dirección a Hässelby entró en la estación y Ester se preparó para subirse. Entonces le llegó un mensaje de Olof. No podía haber tenido tiempo de avanzar mucho por Katarinavägen antes de escribirlo. Decía: «Ha sido muy agradable verte esta noche».

Ester no contestó, pues el mensaje era absurdo para la situación, y lo absurdo solo merecía sarcasmo como respuesta.

Por tanto, una vez más, Olof había terminado la relación justo cuando estaba a punto de comenzar. Ester observó con sensatez los hechos mientras volvía a casa. Cuando llegó a su piso, rompió a llorar por su miserable vida y sus malas elecciones. El llanto no cesaba. Era tan insistente y desolador que se le hincharon los ojos y se le taponó la nariz por completo. Al día siguiente, tenía fiebre y se quedó en cama siete días y siete noches. Estaba a treinta y nueve grados. Canceló los trabajos que tenía apalabrados y desestimó cualquier intento de actividad. Cuando no dormía, estaba sumida en un duermevela. Las cavilaciones iban en espiral:

Uno: si su esposa era tan importante para Olof que no podía dejarla, ¿por qué le estaba siendo infiel?

Dos: ahora que le era infiel tanto física como mentalmente, ¿cómo podía su esposa seguir siendo tan importante que tenía que quedarse con ella?

Tres: ni su esposa ni Ester eran importantes para él; por eso Olof optaba por la alternativa, que no le suponía molestias ni riesgos ni un motivo de vergüenza dentro de su círculo de amigos. Pero entonces ¿por qué estaba con cualquiera de las dos, si no eran tan importantes?

Los pensamientos uno y dos implicaban que Ester no entendía a Olof. La tercera alternativa apuntaba a una pereza espiritual maligna y una persona negligente y antipática.

O sea, que Ester volvía a amar a una persona descuidada y superficial a la que no entendía. No podía ser posible, así que las premisas debían de ser falsas y por eso la conducían a esas conclusiones erróneas. Probablemente, había una cuarta posibilidad, desconocida para ella, que ponía orden a todo. Solo había que descubrirla.

Los días fueron pasando. La fiebre persistía y tuvo gastroenteritis. Ester vomitó lo poco que consiguió comer debido a la falta de apetito.

En los momentos de mayor lucidez leía un libro de Simenon que había comprado a ciegas en un anticuario, *Maigret en Vichy*. Era un alivio en su estado, el estilo era preciso y fácil, directo, sin parafernalias, pero lo suficientemente sensual como para evitar la austeridad, esa peligrosa tentación del ascetismo literario. Ester agradeció que unas letras negras sobre papel blanco pudieran ser tan tranquilizadoras.

La primavera llegó para quedarse. Las hojas despuntaban y la savia corría, excepto en Ester, que se hundió. En dos ocasiones, una en marzo y otra en abril, cuando estaba entrando en su portal, creyó ver a Olof al otro lado de la calle. Estaba medio escondido detrás de un árbol. En una tercera ocasión, lo vio de lejos en el cruce de su calle con Fridhemsgatan. Buscaba con la mirada y, al mismo tiempo, parecía querer esconderse. Otra vez lo vio deambular sin rumbo por los pasillos del centro comercial Västermalms. Olof debía de pasar por el barrio de Ester casi a diario. ¿Qué quería? Era justo lo que había dicho aquella noche, en la bodega junto a Katrinahissen: que no lo sabía.

Vera dijo que Ester había empezado a tener ilusiones ópticas y que veía lo que quería ver. Pero si había algo que Ester sabía de sí misma era su impecable capacidad de discernir entre la realidad y la fantasía. Vera no la conocía bien, pensó. A Ester no le interesaba nada creer en lo inverosímil ni mantener una fachada ante sí misma. Si creía en algo, era porque había buenas razones para tenerlo por cierto. Y, analizara como analizara la cuestión, en el comportamiento de Olof durante los más de seis meses que hacía que se conocían veía motivos realmente buenos para suponer que él había trazado planes de amor para los dos.

Y ahora se dedicaba a merodear por el barrio de Ester.

Seis semanas después de cortar, Olof le mandó un mensaje de texto vacío.

—Un mensaje en blanco es justamente lo que no toca —dijeron Elin, Fatima, Vera y Lotta a coro—. Te manda un mensaje vacío para que tú lo llenes de contenido. No, no sirve. Tendrá que actuar con más claridad si quiere conseguir algo.

Ester no le respondió. Pasaron otras dos semanas. Entonces, Olof la llamó para preguntarle si se había dejado unos guantes en su casa. Ella miró en el sombrerero y le dijo que no los veía. ¿Quería decir los marrones, desgastados en el índice derecho?

—¡Esos! —dijo él.

Al día siguiente quedaron para almorzar salchichas y chucrut en el restaurante Löwenbräu de Fridhemsplan. Ester le había comprado un par de guantes nuevos que le entregó sonrojándose después de comer. Estuvieron hablando con discreción y cautela de cosas que les habían pasado a cada uno desde la última vez que se vieron. No se mencionó a la esposa ni una sola vez. A sugerencia de Olof, luego fueron a casa de Ester, igual que había sido idea suya quedar cerca del piso, solo para que Ester no tuviera que coger transporte público. Era obvio que Olof sentía que le debía algo. A medida que se iban acercando al portal, Olof dijo, con un extraño *vibrato* que Ester no conocía:

—Cuánto tiempo sin pasar por aquí.

Ester comprendió que intentaba decirle que no había estado paseando a escondidas por delante de su casa y que no había estado mirando sus ventanas, en el hipotético caso de que a ella le hubiese parecido verlo por el barrio. No hay nada que brille tanto como una negación que nadie ha

pedido.

Se sentaron un rato en la cocina. Como Ester no esperaba recibir visitas, no tenía nada para beber, aparte de un culo de coñac que llevaba siglos en el armario, así que Olof no consiguió relajarse del todo. El deseo flotaba en el aire, pero Ester estaba demasiado tensa y desconcertada ante la actitud y las pretensiones de Olof como para percibirlo. Él acarició su pulgar contra el de ella con frenesí, pero luego se levantó con una prontitud nerviosa para marcharse. En el abrazo de despedida, él se dobló como una navaja plegable para que Ester no notara la reacción de su cuerpo.

Aquel encuentro incompleto, innecesario y cuya finalidad quedaba lejos de estar clara le hizo mucho daño a Ester. Se sintió desgarrada, y al día siguiente llamó a Olof para decirle que era mejor no verse nunca más que sufrir esa tentación y ese anhelo y tener que reprimirlos. Siguió una bronca desagradable en la que Olof le preguntaba por qué le costaba tanto entender que él no quería ninguna relación amorosa con ella, sino tan solo una amistad.

Ester colgó sin hacer comentarios. Esa prolongada desesperación la dejó exhausta.

Tres días más tarde, cuando llegó a casa al mediodía, había una lata de tabaco picado encima del interfono. Ester supo en el acto que estaba allí de forma premeditada, que alguien la había colocado adrede.

Olof consumía dos clases de *snus* y el que había allí era el menos común de los dos, hecho a base de hierbas y sin nicotina. Era el que consumía en su pretensión de ser más saludable. Sus intentos de ser más saludable siempre habían coincidido con una postura benévola y de acercamiento hacia Ester y la relación que tenían. En esos momentos él siempre había comprado el *snus* menos perjudicial para la salud, pensando en el futuro de ella y de los dos juntos, para darle a entender a Ester que la puerta estaba abierta.

Ahora había una lata de esa marca encima del interfono de su portal.

La cogió, la subió al piso y quitó la tapa. Quedaba una bolsita monodosis, casi seca pero con olor a *snus*. Ester la pellizcó con dos dedos y con afecto pensó que poco antes había estado bajo el labio de Olof. La nostalgia de los momentos que habían pasado juntos le dolía en todo el cuerpo.

Vera le gritó al teléfono:

—¡Estás viendo señales donde no las hay! No ha dejado ninguna lata de tabaco picado en tu interfono. Ester, me estoy empezando a preocupar de verdad. Te imaginas cosas. ¡Él quiere estar con Ebba, tienes que respetarlo! ¿¡Quién te crees que eres?!

Pero Ester estaba convencida. Una semana más tarde coincidió con Olof en un festival de teatro en Falun, donde él colaboraba en una actuación de *Muerte de un viajante* que había interpretado un año antes y que repetía solo para el festival. Ester estaba invitada para hacer una disertación sobre diferencias y parecidos entre lenguaje poético, dramático y filosófico. Después hubo pisco-labis y tartaletas rellenas, y estuvo hablando con su buen amigo Zoran, que había participado en la obra de Miller interpretando el papel del hijo de Olof. El último medio año Ester había llamado a Zoran de vez en cuando para hablar con él y sacar alguna información de alguien que trabajaba tan cerca de Olof.

Lo vio al lado de su mujer, junto a la pared de la carpa del festival, y Olof vio a Ester hablando con su joven amigo. Sus ojos se cruzaron. Olof le dedicó una sonrisa arrogante. Como era terrible estar de pie junto a la esposa de uno y lanzarle una sonrisa arrogante a Ester, aquello solo podía significar que su matrimonio se estaba desmoronando y que, a pesar de todo, era una cuestión de tiempo.

Ella también sonrió, pero con una sonrisa apagada y sin brillo. La esposa la miró de arriba abajo y se fue a dar una vuelta, quizá en busca de pretendientes para hacerle la competencia a su marido. Debía de estar mucho más preparada para tratar a un hombre como Olof.

Ester le puso una mano en el hombro a Zoran, se disculpó y se acercó a Olof. A él le brillaban los ojos y parecía contento de verla. Tras un breve intercambio de impresiones sobre el festival, Ester fue directa al grano y le preguntó si la semana anterior había dejado una lata de tabaco picado sobre el interfono de su piso. Él lo negó al instante, pero tan deprisa, con tanta verborrea y tan convencido que Ester sospechó que estaba mintiendo. Olof intentó dejar en evidencia la afirmación alegando que era retorcida y rebuscada, pero sabía demasiado bien de qué suceso se trataba y de qué lata estaba hablando como para ser creíble. Cuando él, con la innecesaria floritura que acompaña cualquier mentira, dijo «No es mi estilo ir dejando latas de *snus* en los timbres de la gente», la cosa estuvo clara. Ella no había dicho nada de ningún timbre, pero en el interfono había un viejo símbolo de un timbre que probablemente Olof había registrado sin darse cuenta. Era difícil burlar al propio cerebro y, más aún, controlar las asociaciones que hacía. Por añadidura, Ester sabía que cuando las personas negaban algo diciendo que no era «su estilo» siempre estaban mintiendo, como cuando repetían una acusación con todo detalle para demostrar lo absurda que era. La gente solía mentir, precisamente, sobre las cosas que se alejaban del estilo que pretendía mantener. Todos querían pensar que los hechos vergonzosos, que coincidían con los de la mentira, quedaban fuera de la personalidad, del «estilo».

Por tanto, Olof había merodeado cerca de su portal, le mandaba un SMS en blanco, le hablaba por medio de objetos y señales. Era obvio que no quería perder a Ester, sino mantener un contacto bastante íntimo pero sin verbalizarlo, sin responsabilidades.

No estaba todo zanjado, no estaba todo perdido, Olof no había tomado una decisión, eso estaba claro. Ester comprendió que había conseguido tocarlo en lo más profundo, si es que existía esa profundidad en Olof. Ella partía de la base de que sí, pues todo el mundo contaba con receptores que captaran lo sublime.

Influida por esa certeza, Ester Nilsson pensó que estaría bien disponer de un coche que le permitiera precipitar los acontecimientos y alcanzar la meta. En cuestión de días encontró un Renault Twingo verde pistacho de segunda mano. Mono. Pequeño. Rápido.

Acababa de llevarlo por primera vez a casa y de aparcarlo en un hueco de Sankt Göransgatan cuando Vera la llamó y le dijo que había salido de una reunión con la redacción, y que en el corto tramo desde Drottninggatan a Sergels Torg había contado cinco latas de *snus* tiradas por el suelo. Una de ellas, encima de un armario eléctrico. ¿Creía Ester que también la habían puesto allí como una señal para alguien?

—Pero la de Olof estaba de pie, de canto —dijo Ester.

—Estoy preocupada por ti. ¿Por qué no usas tu razón y tu capacidad de evaluar los hechos, a las que recurre siempre?

—Es justo lo que hago. Y lo más razonable es que Olof dejara la lata con una última dosis encima de mi interfono. A estas alturas me conozco bastante bien sus señales. Le gusta mucho contar las cosas de tal manera que se entiendan, pero sin que él haya tenido que expresarlas. Si no, se puede cohibir.

—Si quisiera estar contigo, ya lo estaría.

—Seguro. Pero quiere y no quiere. De momento.

El resto de la primavera, Ester tuvo la lata de tabaco picado en el escritorio mientras trabajaba. La monodosis se secó y cambió de color, de marrón pasó a marrón sucio y luego a beis amarillento. Se planteó mandarla al Laboratorio Técnico de Criminología en Linköping junto con algún resto biológico de Olof que encontrara por casa a fin de conseguir una prueba, pero dudaba mucho que aceptaran objetos enviados por particulares.

A finales de mayo, Olof tenía que ir a Norrköping a empezar los ensayos de otra obra, un nuevo drama sueco que era una deconstrucción de *Casa de muñecas* de Ibsen. Habían mantenido contacto telefónico de forma esporádica, por lo que Ester sabía qué día se marchaba. Y también sabía que, con ello, venía la difícil época del año en que los maridos desaparecían.

En las noticias se hablaba de largos retrasos en el tráfico ferroviario. Sin pensárselo dos veces, llamó a Olof y le dijo que, si quería estar seguro de llegar a tiempo, sería mejor que ella lo llevara hasta Norrköping. Así podría ver también su coche nuevo y, además, Ester se había leído aquel libro sobre el origen del universo que él le había recomendado y que hacía tiempo que quería comentar con ella.

Lo cierto era que los retrasos afectaban a la línea que iba al norte y los problemas se habían resuelto a lo largo de la mañana, pero eso no tenía por qué decirlo. Seguro que había algún tendido eléctrico afectado también hacia el sur. Cuando pasaba algo con los trenes, era frecuente que hubiera reacciones en cadena.

Olof aceptó de inmediato, le encantaría que lo llevara a Norrköping. Así que Ester pasó a buscarlo por Bondegatan y emprendieron la ruta una tarde de principios de verano. Aquel día todo era apacible y agradable. Olof tenía la cara tan relajada que no se le veía ninguna arruga. Hablaron del universo. Antes de leer ese libro, dijo él, no había caído en la cuenta de lo improbable que era que el universo y la Tierra existieran y fueran posibles. Que todas las variables estuvieran en perfecta relación en un mismo instante era tan monstruosamente incomprensible que no debería haber sido posible.

Ester tenía los ojos clavados en la carretera. Era fácil conducir. No había mucho tráfico un lunes a esa hora. Le contestó que, en efecto, para el cerebro humano resultaba difícil de entender, pero no cabía duda de que era posible, pues había ocurrido.

—Si se dan billones de billones de reacciones químicas de forma ininterrumpida —dijo—, o «intentos de hacer un universo», en algún momento uno de los resultados es el universo que conocemos hoy en día y que es la base de nuestra existencia, lo cual, a su vez, es la base de que podamos pensar en ello y en lo difícil que resulta asimilarlo. Las relaciones causa-efecto parecen inverosímiles porque las leemos hacia atrás. Supongo que en esto no nos queda otra que someternos, no intentar someter la naturaleza a la capacidad de nuestra conciencia sobre lo que puede o no puede ser. La verdad está ahí fuera, independientemente de si la captamos de la forma correcta o no.

—Exacto —dijo él y se rio burlón, como si estuviera comentando otra cosa.

—Más curioso que la creación del universo —replicó Ester— es que las personas puedan vivir una vida entera sin plantearse si no deberían vivirla de otra forma.

Aguantó la mirada en el asfalto.

—¿Es una indirecta?

Ester comprendió que ese día Olof se sentía muy cerca de ella. Solo en esas ocasiones captaba este tipo de afirmaciones y lo hacía con una sonrisa. La renacida alegría interior la elevó por

encima de la llanura de Östgötaslätten y lo volvió todo hermoso. Esos últimos días de mayo la naturaleza estaba en su punto más delicioso, pensó mientras avanzaban por la fea autovía. La luz era etérea, no había nada marchito, nada se anquilosaba hasta julio, momento en que incluso la insatisfacción se posaba como un sucio manto sobre la vida, una capa de moho depositada sobre todo lo que estuviera vivo.

Llegaron a Norrköping sobre las seis. Olof conocía un restaurante junto al canal al que fueron de inmediato, porque los dos tenían hambre. No había mucho movimiento aquella tarde, la ciudad y el local eran suyos. Pidieron *tagliatelle* con marisco y salsa de vino blanco. Las raciones eran grandes y humeaban. Hablaron de todo cuanto les pasó por la cabeza. Fueron una tarde y una noche muy especiales. Y, de pronto, Olof dejó caer:

—No me encuentro bien en mi situación —parecía como si quisiera decir algo más. Cogió carrerilla un par de veces, pero se limitó a otear el canal con ojos tristes—. Por allí va un coche igual que el tuyo —dijo. Ester buscó el coche. El mismo Twingo pero en otro color—. ¿De verdad te lo compraste un día así, sin más?

—Tenía algunos ahorros —contestó. Lo que no le dijo fue que se lo había comprado para poder llevarlo a él de un sitio a otro. Deliberadamente, Ester Nilsson hacía todas las cosas importantes de forma impulsiva para no verse entorpecida por las sabias objeciones de la razón, las cuales siempre le seguían los pasos al miedo, le parecía a ella, e instaban a la pasividad. Si se atendía a la sensatez y el temor, no se conseguía nada—. Era barato —añadió—, tiene muchos kilómetros. No sé cuánto aguantará.

—No te duermas al volante en el viaje de vuelta.

—No lo haré.

Con eso Olof quería decir algo más, pero no lo dijo. Ester se preguntó qué significaría la confesión de que no se encontraba bien en su situación y cómo querría él que ella lo interpretara. A lo mejor, Olof también estaba pensando en el sofocante verano que se acercaba y quería impedirle que conociera a otro; a lo mejor, quería decirle que lo esperara hasta que la terrible estación se hubiera acabado.

—También podrías quedarte a pasar la noche, si estás cansada —dijo él—. Ir y volver se hace largo —siguió diciendo Olof, pensativo—. Aunque no sé cómo será el piso en el que voy a vivir —Ester aguardó—. Tal vez será mejor que nos volvamos a ver más adelante.

Ester captó por su tono de voz que Olof había terminado de sopesar la situación y que había decidido reprimir su deseo. Una vez más el sentido común se había aliado con el miedo y había instado a la pasividad. Pero esperar no se hacía tan difícil si Olof iba dando tumbos. Tan solo con que Ester supiera que al final todo iba a cambiar, su paciencia podía ser infinita.

Las conversaciones y las citas que tenían le parecían únicas. Nadie podría jamás haber experimentado semejante intimidad ni haber sentido semejante dulzura en compañía del otro como ellos, cuando todo iba bien entre los dos. Y él se estaba aproximando a ella. Tenían el verano por delante, la estación más mortífera para los matrimonios.

—Ahora hay luz hasta tarde, así que no supone ningún problema volver a Estocolmo —respondió ella.

Olof pareció tan aliviado como decepcionado y volvió a mirar el canal, como si pretendiera divisar sus propias intenciones y ver el aspecto que tenían.

—Cuidate —dijo él—. Conduce con cuidado para que no te pase nada —Ester miró también al agua para ver qué estaba observando Olof—. Cuando los demás lleguen en el tren, ya les pediré que me lleven —dijo—. Aunque tú podrías haberme acercado hasta el apartamento.

No había decidido del todo cómo iba a terminar el encuentro, la ambivalencia dejaba una grieta abierta.

—Aún puedo llevarte al apartamento —dijo Ester.

Cuando la grieta se cerró con firmeza, hubo un momento de calma en medio de la ambivalencia, hasta que volvió a surgir la inquietud y el proceso empezó de nuevo. Era como la marea.

—No. Iré con los demás.

Pagaron la cuenta a medias y bajaron a la estación, adonde el resto de la compañía no tardaría en llegar. Cuando Ester detuvo el coche para que Olof se bajara, no apagó el motor. Habría sido una muestra de interés y podría resultar contraproducente. Olof no hizo ademán de bajarse. Le cogió la mano, que descansaba sobre la palanca de cambios, le acarició el pulgar con el suyo y dijo:

—A lo mejor podrías traerme más veces.

Luego salió del coche, sacó la bolsa del maletero y se alejó en dirección a la estación sin mirar atrás.

Ester hizo el trayecto de vuelta bajo una luz gris azulada. Noche de finales de primavera. Ester no pesaba nada, pues la dicha vuelve ligeras a las personas. «A lo mejor podrías traerme más veces.» No había lugar para el equívoco.

Podría haberlo tenido una noche. Pero no eran momentos puntuales lo que Ester quería. Siempre hacía falta un verano para que la gente diera los saltos que quería dar. En agosto era cuando tenían lugar los acontecimientos, empezaban las guerras y la gente se mataba a toda prisa. Y era entonces cuando las personas casadas se divorciaban. Esa noche Olof había anunciado lo que estaba por venir.

Cuando, una hora y media más tarde, Ester abrió las ventanas de su piso para ventilarlo, se sentía tan en paz que podría haber aguantado varios días sin contacto. Pero al poco rato le llegó un mensaje de Olof. Estaba echado en su guarida nómada de esquinas llenas de marcas y paredes vacías, decía, pensando en el universo y las variables. ¿Qué había dicho Ester de cómo debía entender Olof que lo increíble había ocurrido, que el universo podía existir? Ya lo había olvidado.

En cuestión de minutos ella le mandó una respuesta:

«Si todo avanza por sí solo y los esfuerzos no decaen, al final se llega a un punto en el que todo alcanza una perfecta armonía. Una vez es suficiente. Un *continuum* de intentos es lo que genera esa única vez. Por eso no se debe renunciar nunca a los intentos constantes de las reacciones químicas, independientemente de si eres un átomo o algún otro tipo de partícula. Gracias por esta noche. E.».

Pasaron dos semanas armónicas en las que Ester terminó la traducción de Frege, con la que llevaba desde el invierno, y consiguió tener tiempo para pensar en otras cosas aparte de su desesperación. Bajo la influencia del equilibrio mental que habían generado el viaje a Norrköping y otras cosas anteriores, Ester veía con más claridad problemas de naturaleza político-filosófica que antes solo había intuido vagamente. Pudo perfilar aspectos, darles estructura y redactó un borrador de ensayo.

También había encontrado la manera de organizar un nuevo trayecto en coche con Olof, esta vez al noroeste de Escania.

Él tenía una casa de verano en Nyhamnsläge y Ester había acordado con Vera, quien iba a alquilar una casa en Mölle todo el verano, que la ayudaría a pagar el alquiler durante cuatro

semanas. Así, Ester estaría geográficamente cerca de Olof, y Vera y ella se harían compañía la una a la otra.

De pronto, Ester se encontró tirada en la cama, escribiéndole un mensaje a Olof de parte de su Renault Twingo. El coche «en persona» le hablaba, le contaba que había disfrutado de su cuerpo caliente en el asiento del acompañante y se preguntaba si no querría hacerle los honores una vez más. De la dueña del vehículo podían pasar de lo lindo, no tenían por qué implicarla, en vista de lo pesada que podía ponerse, pero sería un placer sentir una vez más el peso del cuerpo de Olof y su firme musculatura, a ser posible, durante un trayecto más largo.

Entre risas, Olof la llamó en una pausa de los ensayos para preguntarle qué día contemplaba la señorita Twingo emprender dicho viaje. Por su parte, él tenía previsto bajar el viernes. Ester dijo que Twingo era soltera, en efecto, pero que eso no era impedimento en absoluto —sino al contrario— para esperarlo con el depósito libertinamente lleno en el cruce de su calle el viernes a las cinco.

Y así quedó acordado. Ester y la señorita Twingo, vestida de verde pistacho, lo estuvieron esperando allí, deslumbradas por los abrasadores rayos del sol de media tarde, que iluminaron a Olof en cuanto dobló la esquina. Se lo veía moreno y saludable con sus vaqueros claros y su camisa blanca arremangada. Le dio unas palmadas a la carrocería e interpretó una escenita escabrosa perfectamente comedia en la que todo su cuerpo participó de lo maravillosamente placentero que resultaba penetrar en el cálido y suave interior de la señorita Twingo.

Ester soltó una risotada fuerte y feliz, y luego partieron.

Cruzaron Södermanland y Östergötland mientras los colores del atardecer se oscurecían gradualmente. Aquella luz del mes de junio, violeta y maravillosa, la sorprendía cada año por igual. Le habría gustado continuar toda la vida en coche con él, ninguna parte de ella quería llegar a su destino. Pero cuando hicieron un alto en un restaurante de carretera a las afueras de Linköping, donde comieron pescado empanado con salsa de remolacha y patata cocida, a la que le había salido la triste membrana de la oxidación que nace de una larga espera, Ester percibió que Olof no compartía ese deseo de no llegar nunca. Él no quería otra cosa, llegar de una vez a la soledad de su casa.

Cuando reemprendieron la travesía entre la verde frondosidad y la claridad nocturna después de la pausa para cenar, Ester hizo la pregunta que llevaba pensando desde que se confirmó que iba a estar en la misma parte de Escania que Olof durante varias semanas.

—¿Qué hacemos si por casualidad me encuentro contigo y con Ebba? En la tienda o en la playa o en la calle o donde sea que se cruza la gente. ¿Cómo crees que debo actuar?

A Olof se le tensaron los rasgos de la cara. La pregunta que había hecho no era adecuada, sino de lo más desacertada. Su punto de partida era que Olof había hecho algo que debía mantenerse oculto. Según él, las cosas no habían ocurrido del todo siempre y cuando no las mencionaras, categorizaras y expresaras. Cuando todo fluía, no se podía distinguir nada.

—No tendría nada de raro —parecía acorralado, como si se sintiera amenazado.

—Un poco raro sí es. Incómodo, cuando menos.

—¿Para quién? —espetó Olof.

A Ester se le escapó un profundo suspiro. Por lo visto, la cuesta arriba no se acababa nunca.

—Para ti y para mí. Y, probablemente, para tu mujer.

—Ella no sabe nada.

—¿De qué?

—Tú y yo no tenemos ninguna relación.

—No. Entonces ¿de qué asunto no sabe nada?

—¡No intentes liarne con tus argucias!

—No tenemos ninguna relación y nunca la hemos tenido. Así que ¿qué es lo que tenemos que ella no sabe?

—Vamos en coche juntos. Y estoy empezando a ver incluso que ha sido una equivocación.

—¿Y en invierno? Todas las citas en bares. Los besos nocturnos en rincones y callejuelas. ¿Arvidsjaur?

—¡Una vez! ¡Una sola vez! Y fue un error.

Ester sujetaba firmemente el volante. Tenía los nudillos blancos y había aumentado la velocidad por cada frase que se había pronunciado, y ahora iba a ciento treinta. Que se refiriera al encuentro en Arvidsjaur como un error la dejaba muda de consternación. La carretera se extendía recta y lisa ante ella y Ester seguía acelerando, era la única salida que se le ofrecía. Por encima se abría un cielo nocturno idílico, dorado, con salpicaduras y pliegues rosados. Después de diez kilómetros bajo un silencio helado, Ester dijo, despacio y con cuidado:

—Tu desfachatez es grotesca. ¿Una vez? Fue un fin de semana entero. Un fin de semana entero. Un fin de semana de amor meticulosamente planificado por ti y escenificado por los dos, precedido por un sinfín de largas cenas en la mayor clandestinidad, con ojos y manos que se encontraban a la luz de las velas y todo eso. Y durante esos tres días nuestros en Arvidsjaur, que *tú* me invitaste a pasar, en los que *tú* insististe, no pasó una sola vez, sino siete, ocho, diez, si es que las estás contando para usarlas de baremo al medir tu culpa; es el número de penetraciones de un órgano sexual en el otro —aparte de ese recuento irrefutable, Ester añadió, en un instante de súplica y sentimentalidad herida, y a pesar de saber que así debilitaba sus argumentos—: Y desde entonces, durante el tiempo que ha durado la primavera, me has mostrado cariño furtivo en varias ocasiones, así como deseo sexual reprimido.

Olof detectó la grieta y se coló por ella para así no tener que enfrentarse a lo irrefutable.

—Eso no es verdad.

—Claro que lo es.

—¿Tienes pruebas?

Ester se sentía impotente ante la forma en que Olof veía la vida. ¿Por qué estaba aquí sentado con ella si lo único que quería era negar que se habían estado viendo? ¿Por qué no rechazaba su propuesta y sus invitaciones, si solo pensaba defenderse contra ellas? ¿Cuál era su objetivo en toda aquella historia?

—No se puede demostrar el deseo sexual reprimido y el cariño furtivo. Está en la naturaleza de lo furtivo y lo reprimido.

Pensó en la monodosis de *snus* que debería haber enviado al laboratorio policial, a pesar de todo.

—Lo interpretas todo de manera que se adapte a tus intenciones y esperanzas —dijo Olof.

—Sí, el deseo sexual reprimido y el cariño furtivo son una suposición, solo tú puedes saberlo con seguridad. Pero lo cierto es que tampoco tengo «pruebas» de lo que hicimos en Arvidsjaur, a pesar de saber lo que hicimos y que es verdad. Un billete de avión y un recibo de treinta coronas por dos paquetes de carretes de hilo no demuestran nada de lo que hicimos en la cama, aún menos lo que eso significa para ti. Pero tampoco vamos a ir a los tribunales con esto, Olof. No tenemos ninguna necesidad de pruebas e indicios.

Él estaba sentado apretándose los muslos con las manos y los dedos separados, como si se estuviera concentrando. Dijo:

—Fue agradable, pero fue una vez. Lo que pasó fue un error.

—El único error en todo esto es que no te atrevas a dar el salto, aun queriendo liberarte de la camisa de fuerza en la que vives.

—No quiero dar ningún salto.

—Entonces ¿por qué sigues quedando conmigo, cuando sabes que yo quedo contigo con la esperanza de que vayas a dar el salto?

—No me pidas que vaya contigo en coche si luego lo vas a usar para presionarme —empezó a recoger sus cosas—. Tendré que bajarme en el siguiente pueblo y coger el tren.

Entonces cayó en la cuenta de que el siguiente pueblo era Jönköping, que no tenía estación de ferrocarril, y gritó que ahora debería quedarse a dormir en un hotel y que Ester le había hecho perder un día entero. Para su sorpresa, Ester comprendió que Olof pensaba que ella quería deshacerse de él, echarlo de su coche. Realmente, él no entendía la incondicionalidad del amor que ella sentía. Por mucho que discutieran, lo último que Ester quería era que él abandonara el lugar en el que estaban.

La tensión en el coche era tan densa que habría podido cortarse con un cuchillo: los pedazos serían de horror, exclusión y rabia. Tras varias decenas de kilómetros más, Ester comentó algo trivial que apareció en el campo de visión. Entonces, Olof sintió tal alivio que cogió aire y la tomó del brazo, agradecido de que ya no estuviera enfadada con él.

Ester vio su angustia, que se parecía a la de un niño maltratado ante la rabia de sus progenitores, y el alivio cuando esta amainó, y pensó que debía ser muy comprensiva ante lo que está estropeado. Olof confrontaba la traición a base de traicionar. Hay que tener fuerzas y hay que tener paciencia con quien ha sido estropeado por un entorno pernicioso. Cada vez que lo pensaba, Ester notaba que podía aguantar un poco más. Creía que podía ayudarlo a atreverse a amar.

En Jönköping, donde la carretera avanzaba junto al lago Vättern, Ester se echó a un lado para sortear una familia de ocas que avanzaba en fila. Olof gritó que nunca había que apartarse para no atropellar animales, así era fácil provocar un accidente.

—Pero ha salido bien —dijo ella y puso una mano sobre su antebrazo—. No ha habido ningún accidente.

El deseo aumentó por el mero hecho de tocarlo. Él le apretó la mano y la sostuvo un momento antes de volver a colocársela con delicadeza sobre el volante.

Hay seductoras y hay esposas. La seductora, más conocida bajo el nombre de amante, es un icono cultural. Fuma cigarrillos vestida con kimono y bebe alcohol rodeada de sus objetos decorativos y recuerdos de países lejanos. Es viajada, equilibrada, egocéntrica, de réplica rápida y picante. Desesperarse no es propio de ella, la pena le es desconocida, es un fuerte irreductible. Juega con el hombre y lo utiliza para pasar el tiempo, pero amarlo no lo ama. Porque la amante-seductora no ama, igual que las chicas del burdel tampoco aman y, si ama, con todo el dolor que implica el enamoramiento, a eso se lo llama histeria, no amor. Es la que libera al marido de la tristeza y de la mutua vulnerabilidad de ser dos, pero al mismo tiempo destruye matrimonios; es la enemiga de la esposa y la divisora del género femenino.

La amante-seductora de esta índole existe, ciertamente, en algunos casos raros, pero sobre todo es una idea. Según esa idea la biología del hombre puede ser aprovechada por la psicología de la mujer, pues él está a merced de sus impulsos masculinos, una debilidad que ella, en su astucia femenina, sabe explotar.

Para Olof Sten, la amante era una idea que había abrazado con tanto entusiasmo que nunca se había parado a pensar que la «amante» tradicional quizá no existiera. En lugar de eso, abrazaba celosamente la idea como si fuese una realidad. Independientemente de lo que Ester Nilsson dijera e hiciera, por muy desesperadamente que amara y suplicara, comportándose siempre mucho menos ladinamente que él, se la tildaría, según le conviniera a él, bajo la categoría de seductora pérfida y astuta. La clasificación era posible porque la categoría ya existía y medraba gracias a una eterna interacción entre realidad e idea. Cuando la idea no terminaba de encajar —la amante no debería añorar el entrelazamiento de dos almas igualitarias—, Olof Sten la reformulaba en su pensamiento para que resultara incólume.

Las dicotomías que permiten la supervivencia del arreglo son muchas y están bien delimitadas. Esposa-amante. Amor-pasión. Compañera de vida-seductora. Madre-cortesana. Casto-cachondo. Virtuoso-sobornable. Virgen-furcia. Fiel-volátil. Generoso-egoísta. Lúcido-loco.

El desprecio hacia sí mismo por no poder renunciar a lo que debilita al hombre, su impulso, se desvía y se dirige a la amante, pues ella es quien desvela la debilidad del otro ante sí mismo y el mundo. La amante como idea actúa como un tercer contrapunto entre los complementarios hombre/mujer. La anatomía de la amante es femenina, pero su autonomía es masculina. Ella es una tercera, la que más asusta y más atrae, la que al final debe ser expulsada de los empeños de orden dualístico que rigen la vida. Al mismo tiempo, es el arquetipo de mujer, portadora de todos los rasgos: la niña salvaje que necesita ser domada por su propia biología para verse neutralizada y alcanzar su plena maduración a través de la criatura que va a parir, alimentar, criar y a la que va a someterse.

La amante-seductora como realidad y persona presenta más versiones, pues no se observa a sí misma desde fuera ni como parte de una estructura correosa en la que ha sustituido a la ramera,

pero sin obtener dinero a cambio. Para ella, la existencia que comparte con el hombre que pronto va a divorciarse es algo que supera la normalidad, y ella es la que lo entiende mejor y va a hacerle ver la belleza de la vida. Es la que llegó demasiado tarde, que está en casa esperando sin que el hombre en el que está pensando tenga por qué preguntarse cómo está. Va incluido en el acuerdo que él no tenga que preocuparse por el bienestar de ella, autónoma, voluble y viajada como es. Ella es con quien él se lo pasa bien, no la que añade pesos y grises inquietudes más propios de su vida fiel y ordenada.

La amante lee el terreno cuando salen juntos, siempre preparada para dar un paso atrás y que no parezca que va junto a aquel que de cara al mundo le pertenece a otra. Leal, ayuda al traidor a traicionar por empatía al ser querido, pero también para beneficiarse de los resultados a largo plazo. Ella es la que no aparece en la esquila, pero que en el peor de los casos encarga una para por fin poder existir y verse reconocida.

Cuando alguna vez ocurre que el amante se divorcia, también hay otras cosas que cambian de sitio. La esposa destronada pasa a ser la histérica y caprichosa, la que publica su propia esquila para dejar claros los vínculos reales.

Todo lo que la amante-seductora o la esposa destronada hace, lo hace a sabiendas de que existe un lugar secreto al que solo él y ella tienen acceso. Es allí donde él ha hecho todas las confesiones que ella necesita para saber que en verdad es la número uno, a pesar de ser la número dos en todos los aspectos.

El desventurado espectador va recibiendo con todo esto continuas confirmaciones de que se trata de una especie de mujer propia y particular, de otra índole que la figura terrenal, maternal y soporífera con la que sueñan tanto la mujer como el hombre y que los mata de aburrimiento.

Nyhamnsläge es una pequeña localidad a la orilla del mar, situada entre Höganäs y Mölle, a lo largo de la costa noroeste de Escania.

A medianoche llegaron a la casa de Olof, que quedaba aislada junto a un campo de colza. A su alrededor había un discreto jardín frondoso y sediento. La casa estaba vacía y la noche era oscura. Después de su reconciliación, a la altura de Jönköping, y al menos hasta Linköping, al menos, Ester había tenido grandes expectativas con respecto a la llegada. Era una extraña en la zona y, dada la oscuridad de la noche, sería natural que Olof le ofreciera esperar con él a que despuntara el día antes de ponerse a buscar una casa desconocida en las tierras desconocidas de una provincia desconocida. Pero Olof se bajó del coche y le dio las gracias por llevarlo, señaló con el dedo y le explicó por dónde tenía que ir para llegar hasta Mölle. Debía salir a la carretera grande, girar a la derecha y luego todo recto hasta el cruce. Allí, ir a la izquierda y cosa de un kilómetro más tarde, otra vez a la izquierda. Después, bajar hasta el puerto.

Con esta nítida descripción del camino, Olof dejó claro que ni siquiera su parte ambivalente se planteaba pasar la noche juntos. Era la primera vez que su titubeo brillaba por su ausencia. Aquello se lo puso a Ester mucho más fácil, pues era el titubeo de Olof lo que la ataba, el resquicio de posibilidad que siempre se dejaba ver en lo que él afirmaba que era impensable. Pero no en ese momento.

Ester decidió olvidarse de Olof durante el verano. Sintió la liberación que eso implicaba como una agradable amargura. Daba gusto no tener que contar horas y días, no tener esperanza, no pensar estrategias para contactar con él, no preguntarse por lo que Olof estaría pensando o sintiendo. El anhelo se tornó añoranza. Los días en Mölle se sucedían en una suave melancolía. Ester y Vera hicieron excursiones y fueron a ver exposiciones, tomaron el sol, prepararon cenas y se quedaron hablando hasta altas horas de la noche. Los pensamientos de Ester de que todo podía ser diferente a como era, la más devoradora de las ideas, se fueron descoloriendo como un viejo grabado. Ester se esforzó por hallar cercanía en el momento presente, si bien bajo el manto de la congoja.

No obstante, la resignación resultó ser estacional. Solo había puesto en pausa sus esperanzas, porque cuando se analizó descubrió que seguía creyendo que para otoño Olof ya se habría divorciado. Otra cosa sería imposible, teniendo en cuenta el año que él había pasado, y era eso lo que mantenía en pie el humor de Ester.

Se recostaba durante horas en las rocas, dejando que sus pensamientos se fundieran y separaran como las nubes del cielo. Aún no habían llegado las hordas de turistas típicas del verano. En un par de semanas, aquello iba a estar atestado de familias bien alimentadas de pelo blanco y grueso y un sentido claro de su distinguido linaje.

Pasó una semana relacionándose con el verano y con Vera de esa manera. Luego le llegó un mensaje. Ester estaba sentada en el embarcadero leyendo una biografía de Mary Shelley al mismo

tiempo que leía *Frankenstein*. El mensaje constaba de cinco palabras.

«¿Un helado en el puerto?»

Eran las dos. Una nube solitaria se dirigía a Kullaberg por el despreocupado cielo azul. Allí se encontraban tres mares, se decía. Como si el agua se pudiera dividir y delimitar, pero a lo mejor había algún criterio oceanográfico para cuando una cosa pasaba a ser la otra. En el horizonte se veían chalanas y barcos de pasajeros que no parecían moverse, pero que en verdad sí se habían desplazado cuando volvía a mirar, rodeados de los destellos de la titilante superficie del agua.

«¿Un helado en el puerto?»

Leyó el mensaje varias veces. Le escocía la piel, le retumbaban los oídos, a ella, que había estado a punto de dejar el teléfono en casa, puesto que había dejado de esperar.

Para parecer poco impaciente, aguardó dos minutos antes de responder.

«Me encantaría. ¿Estás aquí en Mölle?»

Tres minutos pasaron, largos como tres días.

«Dentro de media hora.»

Se puso un vestido de algodón sencillo por encima de la ropa de baño y se fue al puerto veinticinco minutos después. Allí estaba Olof, sentado en un banco al sol, con una pierna desnuda cruzada sobre la otra. Ester se sentó con delicadeza a su lado y sus dedos se rozaron. Cuando la mano de Olof llevaba descansando sobre la suya más tiempo de lo apropiado, él se levantó y fue al kiosco del puerto a comprar un helado de nata para cada uno. ¿Quería Ester virutas de caramelo por encima? Sí, el helado de nata con virutas tenía más carácter. En realidad, no le apetecía tomar helado, pero se lo comió en honor al momento y la comunión.

Las gaviotas sobrevolaban el muelle y los barcos amarrados. Ester estaba atolondrada. Olof le había pedido que se encontraran cuando ella se había retirado por completo. Ester sabía que él también tenía la comezón dentro, la abominable sarna del amor. A través de los sensores mediante los cuales estaban conectados el uno al otro, Olof siempre percibía la resignación de Ester y reaccionaba ante ella.

Un razonamiento que Ester se había hecho a menudo para conservar el realismo de sus juicios la roía en las regiones más lejanas de su conciencia. Decía así: ¿se tiene derecho a generar expectativas que carecen de fundamento? No. ¿Sabe Olof que lo hace? Sí. Entonces, ¿por qué lo hace?

Uno: está encantado, pero aún no se ha decidido.

Dos: está encantado y no puede evitarlo, a pesar de haberse decidido.

Tres: se está divirtiendo y coge lo que se le ofrece, y quien no pueda lidiar con la propuesta tendrá que pedirle que pare.

Después de todo el tiempo con Olof, Ester estaba casi convencida de que la alternativa número uno era la que valía. Y se vio reafirmada en esa creencia cuando oyó las siguientes palabras de Olof:

—El otro día bajé con la bici y me di unas vueltas por el pueblo. Buscaba tu cochecito.

—¿Ah sí?

—Pero no lo encontré.

—Tendrías que haber llamado.

Ester sintió muy bien, demasiado bien, el urticante anhelo y el vacío que empujan a alguien a dar vueltas con la bicicleta con la esperanza de ver un atisbo de quien le ocupa el pensamiento. ¡El fuego ardía en Olof igual que en ella! ¡Ester solo tenía que conseguir que él se desprendiera de sus máscaras, él la quería!

Acto seguido, llegó la retirada:

—Solo salí a dar una vuelta con la bici —el reconocimiento de que la había estado buscando una y dos veces era costoso. Por eso, Olof alzó la cabeza y miró la deslumbrante montaña, donde las casas trepaban unas sobre otras bajo la luz. Las ventanas reflejaban los rayos del sol—. Estaba pensando en ir a ver a un amigo que vive allí arriba. Por eso vine.

Aunque la retirada era esperada, no dejaba de ser cansina para Ester. ¿Nunca podía ser realmente hermoso? Se levantó del banco y se preparó para la despedida, que de todos modos se iba a producir en cualquier momento. El encuentro no había valido la pena. Ester pagaba con días y semanas de pena y desazón media hora de contacto trivial sin cercanía. El helado ese que se había comido también por él. Nada llevaba a ninguna parte, todo estaba quieto, zapateando el mismo suelo todo el rato. Él ni siquiera quería reconocer que era por ella por lo que había bajado en bici hasta Mölle. De pronto, se sintió muy enfadada.

Entonces, Olof le pasó un brazo por los hombros y lo mantuvo allí mientras caminaban junto al agua con la bici entre ellos, y ella apoyó la mano en el sillín como si fuera una parte del cuerpo de Olof.

—Me alegro de que hayas venido —dijo Ester.

—Yo también.

El aire era cálido, a pesar de soplar desde el mar.

—Ahora iré a casa a hacer la maleta —dijo Olof.

Tenía que bajar a celebrar el solsticio de verano a Estocolmo, donde su esposa y sus hijos adultos lo esperaban con la corona de flores en la cabeza.

—Yo me desvíó aquí —dijo Ester.

—¿Ah sí?

—Sí. Voy a bajar al embarcadero. Vera está allí leyendo.

Él se la quedó mirando.

—Cuando vuelva podríamos hacer alguna excursión por Kullabygden. Antes de que venga Ebba. Así te puedo enseñar esto un poco.

—¿Cuándo viene?

—Dentro de dos semanas.

—Estaría muy bien.

Lo dijo sin convencimiento. El nombre de la esposa bastaba para que volviera a caerle encima todo el peso.

—Hablamos a mi regreso —dijo Olof, deslizando las yemas de los dedos por el antebrazo de Ester. Luego se marchó a paso ligero.

El frágil equilibrio que Ester había logrado se había esfumado de golpe y un dolor permanente volvió a cubrir todo cuanto pensaba y sentía. Ya no fue capaz de concentrarse y ya nada era realmente divertido. Todo se volvió denso y engorroso. Le preguntó a Vera por qué Olof no la dejaba en paz, si es que no quería nada. ¿O quería algo, dado que no la dejaba en paz? ¿Cómo debía interpretarlo? Vera le preguntó escudriñándola con la mirada si Ester querría que él la dejara en paz. Si ese era el caso, sería suficiente con que se lo dijera, porque muy pocas personas llamaban a otra que les hubiera pedido que dejaran de hacerlo.

Ahí terminó la conversación.

Él cumplió su palabra y la llamó a la vuelta. E hicieron la excursión por Kullabygden en el

coche de Ester. Empezaron visitando Flickorna Lundgren de Skäret, una cafetería que según Olof era famosa. ¿Por qué?, quiso saber enseguida Ester, porque su bocadillo estaba seco y no saciaba, y el café sabía amargo. Olof comió tarta de chocolate con nata montada. Ester solo se pidió el bocadillo. Era una comida frugal, después de haber ido a correr a primera hora y de que hubieran pasado cinco horas desde el desayuno, pero en días como aquel necesitaba menos energía, dado que su cuerpo producía por sí solo todo lo que necesitaba.

Estaban sentados en mitad del esplendor floral y del zumbido de los abejorros en el parque de la cafetería, hablando de esto y de lo otro.

—¿Verdad que es bonito? —dijo Olof.

—Mucho

—¿En qué estás pensando?

—Estaba pensando en que no son los momentos excepcionales los que conforman la vida — dijo Ester.

—¿A qué te refieres?

—Los acontecimientos son como un álbum de fotos. O como la descripción que un antropólogo hace de una etnia desconocida.

—¿No son acontecimientos todo lo que pasa en la vida?

—¿Lo vemos así? Según tanto el antropólogo como el álbum de fotos, lo único que la gente parece hacer es el baile de la lluvia, cumplir años, celebrar la fiesta del Cangrejo y la fiesta de San Juan, ponerse joyas para las fiestas importantes, cazar, comer pastel, casarse, la Navidad, ir de vacaciones, celebrar ritos. Pero esos acontecimientos no conforman la vida, son excepciones y, por eso, les otorgamos cierto peso a base de fotografiarlos y anotarlos. El flujo de conciencia entre un evento y otro es lo que conforma la vida, es ahí donde se ponen en práctica las culturas. La vida transcurre entre momentos e intervalos, cuando la etnografía no se distingue y no se saca la cámara de la familia.

Olof esperó a que resumiera y se explicara, pero Ester se limitó a deslizar la mirada por el césped cortado, los árboles frutales y los rosales. Olof se movió incómodo en su sitio.

—¿Lo que hacemos ahora es un intervalo o es un acontecimiento?

Ester le sonrió, pero no sintió que tuviera permiso para tocarlo, aunque sus antebrazos se hubieran rozado durante el trayecto en coche y ninguno de los dos hubiese hecho el menor ademán de apartarse.

—¿Tú qué dirías que es?

—No lo sé.

—Si solo fuéramos tú y yo, esto sería tanto un acontecimiento como un intervalo. El punto álgido del amor es cuando los dos momentos, acontecimiento e intervalo, se unen.

El aire se llenó de aromas florales, los abejorros iban a la caza de forma implacable. Ester no podía poner nombre prácticamente a ninguna flor, pero olían de maravilla de todos modos. El olor venía antes que el lenguaje. Pero quizá la clasificación afinaba la percepción y hacía que se notara mejor el olor si una era capaz de distinguirlas. El día que Ester alcanzara la paz, cuando consiguiera un cuerpo anhelado que se quedara siempre cerca y un cerebro siempre disponible con el que intercambiar pensamientos, ese día se pondría en marcha y empezaría a aprender cosas, flores, árboles, pájaros y todos los nombres de la naturaleza. Mientras tanto, tendría que seguir así, en ese momento no tenía fuerzas para expandir impresiones y áreas de interés. Una vida en crecimiento era algo de lo que debía alejarse, no con la cual lidiar ni absorber con toda su atención.

Continuaron atravesando la región. El pequeño Twingo resultó ser una buena inversión amorosa. Ya tenía dos meses y había generado varios encuentros que no habrían tenido lugar si no hubiera sido por el coche. Olof le enseñó parajes escondidos y caminitos junto al agua. Cruzaron Rekekroken y Arild, y se detuvieron en una galería de arte cerca del mar. Al final llegaron a Himmelsberg, donde aparcaron para ir a ver las esculturas Nimis y Arx. Tuvieron que bajar una cresta empinada e irregular antes de llegar al agua.

El artista estaba presente, construyendo su obra infinita hecha con la madera que el mar llevaba a la costa. Entablaron conversación con él y les contó que en breve participaría en una exposición cuyo tema era el perro en el arte. Le desearon buena suerte y luego bajaron a la orilla de Skälderviken, saltando por los bloques de piedra. El sol caía con la intensidad justa para no hacerse notar, la naturaleza era frondosa y exuberante, la fauna se hacía oír. Ester contempló un pajarito curioso que, bajo una boina negra y erguido sobre dos patitas llamativamente cortas y anaranjadas, igual que el pico, observaba amargamente la cola inquieta de un pájaro más patilargo que buscaba con anhelo comida. Señaló con el dedo y dijo:

—¿Crees que a ese le han cortado las patas en alta mar?

Olof se hizo sombra en los ojos con una mano, miró hacia donde ella señalaba y dijo:

—Más bien tierra adentro —a Ester le encantaba la ligereza y las ganas con las que él se apuntaba a sus juegos y prontos, le gustaba tanto que su cuerpo palpitaba y gemía—. A alguien le pareció que quien tuviera unas patas amarillas como el fuego tenía que compartir un poco, y fue al ataque —continuó Olof, mostrando con las manos cómo se efectuó el ataque.

—Pero ¿y la boina? —preguntó ella—. ¿De dónde la ha sacado?

—Mejor pregúntate cómo se deshizo del caballete y del pincel al mismo tiempo que las patas. Creo que a alguien le pudo la envidia tanto por el talento como por la belleza.

La bahía de Skälderviken centelleó en los ojos de Olof. Todo su ser se enfocaba en Ester y ella pensó que, seguramente, Olof le comunicaría algo grande e importante sobre su relación antes de que terminara el día.

Un rato más tarde se dirigían en coche hacia Nyhamnsläge sumidos en un frío silencio. La afinidad había desaparecido de un zarpazo en cuanto Olof le informó de que se iba a casa, a terminar de pintar los marcos antes de que Ebba llegara el martes.

—Pareces mosqueada —dijo justo al pasar Krapperup.

—Mosqueada, no. Solo triste por eso que siempre se queda al borde de la plenitud. Últimamente he tenido la sensación de que realmente querías estar conmigo. Pensaba que hoy cenaríamos juntos. Que prepararíamos la comida en tu casa y, bueno, que pasaría algo más. Todo apuntaba a ello.

—Nunca estás contenta.

—No, nunca estaré contenta mientras sigamos teniendo este acuerdo, y me parece que es bastante obvio. ¿A santo de qué iba a estar contenta?

Olof dijo que, en realidad, a lo mejor no debería quedar con ella en absoluto, si todo tenía que ser siempre tan complicado, pero lo formuló como una pregunta, cuya respuesta quedaba en manos de Ester.

—Ya que para ti siempre es tan pesado —aclaró, y Ester guardó silencio—. No debería quedar contigo, ¿verdad?

—Pues no lo hagas.

—No. Supongo que no debería.

—A lo mejor tú también deberías preguntarte por qué no renuncias.

Habían llegado a la casa de Olof, estaban en el patio de delante. En un gesto difícil de entender, él la invitó a pasar y, como el giro siempre estaba a la vuelta de la esquina, Ester accedió. Había botes de pintura y plástico por todas partes; por lo visto, estaban haciendo pequeñas reformas en la casa. Tomó asiento en una butaca y esperó alguna especie de respuesta sobre adónde debían dirigirse, con todas las ambigüedades y el verano por delante.

Por la puerta abierta que daba al patio de atrás se oyó un megáfono. Parecía provenir de un circo ambulante, pero no habían visto ninguno. Olof estaba recostado en la otra butaca.

—Pareces pensativo —dijo Ester esperanzada.

—Estoy pensando en qué será lo que se oye ahí fuera.

—Es alguien hablando por un megáfono.

—Me pregunto qué puede ser.

Ester miró el cuerpo perezosamente tendido de Olof. Estaba todo en juego entre ellos dos y Olof se dedicaba a pensar en eso que se oía.

—Uf, qué cansado estoy —dijo él, y lo subrayó a base de dejar el cuerpo todavía más muerto y permitir que rebosara por fuera del sillón—. Y eso que nos hemos pasado el día sentados —continuó—. Debe de ser el sol.

Ester se levantó y se fue. En la puerta se dio la vuelta.

—Te quiero, Olof Sten. Para todos los implicados resulta difícil de entender, pero es así, y seguiré queriéndote por un tiempo. Pero no siempre.

Bajó la escalinata y se montó en el coche. Justo lo había puesto en marcha y había metido la primera, cuando lo vio en el umbral de la puerta con actitud suplicante y abatida. Parecía querer decirle algo. Pero no dijo nada, no hizo nada, solo se quedó allí de pie.

El verano pasó. Los días soleados se fueron sucediendo y Ester los superó uno tras otro, y al final el otoño comenzó a acercarse. De vuelta en Estocolmo, en la librería especializada en psicología de Odengatan, se hizo con un libro de ambivalencia patológica. Se lo leyó de una tirada. Olof mostraba todos los síntomas. Después se leyó el estudio del caso del hombre de las ratas de Freud, que también trataba de cómo la indecisión desfiguraba el alma. Olof mostraba todos los síntomas. Durante un buen rato se sintió malhumorada y alicaída, pero luego pensó que, cuanto más neurótico era él, más amor necesitaba en su vida para curarse. En los grandes almacenes Åhléns se compró un libro que estaba apilado en una columna y se titulaba *Las mujeres que aman demasiado*. Ester mostraba todos los síntomas.

A comienzos de septiembre se cumplieron dos meses desde la última vez que Olof había dado señales de vida, el día de la excursión por Kullabygden. Entonces le llegó de imprenta el libro que había traducido de Gottlob Frege sobre aritmética y, tras sopesarlo un rato, le mandó un ejemplar. No era algo que él se fuera a leer y el objetivo de enviárselo tampoco era ese, sino el de romper el silencio. En la tarjetita que coló entre la portada y la primera página escribió:

«Este lo he traducido yo. Creo que lo mencioné en primavera. Podría interesarte. Ester.»

Vera le previno contra el ardid. Era Olof quien tenía que retomar el contacto una vez terminado el verano; si no, no merecía la pena y Ester no debía hacer nada. En eso Vera tenía razón, pensó Ester, pero se puso en contacto de todos modos, porque no soportaba el vacío que la ausencia de Olof generaba en su vida y, sobre todo, porque consideraba que no se correspondía en absoluto con el deseo más profundo de él.

Olof le dio las gracias también por correo y denotando una clara alegría de haber vuelto a saber de ella. Ester lo interpretó como una firme muestra de que a Olof le preocupaba que Ester hubiera desaparecido de su vida. A raíz de aquel intercambio, iniciaron una nueva fase. Fue como si todo se pusiera a cero y pudieran volver a empezar. Comenzaron un intercambio de breves SMS y llamadas telefónicas con observaciones sobre la época contemporánea y la existencia. Los niveles de felicidad de Ester crecieron de manera abrupta, si bien momentánea, cada vez que se decían algo. El otoño se le hizo insoportable. Tenía la impresión de que estaban reparando algo roto, construyendo para el futuro.

A mediados de octubre Olof le propuso que lo acompañara a ver su obra en Norrköping, que ya llevaba un mes interpretándose. Acordaron un día de la semana siguiente. Y el mundo se volvió hermoso, la vida de Ester recuperó el brillo. Subió cosas al desván y tiró trastos viejos. Les dio dinero a los necesitados, ayudó a los achacosos a cruzar la calle y dejó de irritarse por lo lenta que iba la cola del súper.

El día antes de su encuentro, Olof la llamó y le dijo que a Ebba le habían dado un día de fiesta compensatorio en el trabajo y que iba a subir a Norrköping justo la noche que habían quedado.

Informó de ello con una frialdad antinatural y forzada.

—¿No es raro que tu mujer consiga acertar la única fecha que hemos decidido vernos en todo el otoño?

—Intuición femenina.

Sonó como si estuviera destacando una cualidad de su esposa que incluso Ester debería saber apreciar.

—La persona que se ve traicionada debe buscarse la intuición, sea mujer o no.

—Ebba no está siendo traicionada. Tú y yo no tenemos ninguna relación.

—Entonces ¿sobre qué es lo que tiene intuición, si es que no tiene nada de especial que yo vaya a verte, cosa que ella, con esa capacidad femenina y especial suya, presiente y olfatea? ¿Qué es lo que presiente, según tú?

—Ya me estás presionando otra vez con tus sofismos o como se llame —Ester no tenía fuerzas para hablar, convertida en plomo como estaba. Pero, por lo visto, su pregunta tenía relevancia, a pesar de todo, porque Olof intentó explicarse—: Con intuición me refiero a que Ebba, a lo mejor, percibe una amenaza indefinida. Que *piensa* que tenemos una relación, aunque no la tengamos. Eso no significa que tenga motivos para sentirlo.

—Entonces ¿por qué le ocultas nuestros encuentros?

—No oculto nada. Pero Ebba tiene una aguda tendencia a ponerse celosa.

—O bien tiene un marido que hace que lo parezca. A lo mejor tiene la tendencia perfectamente normal de querer saber qué hace la persona que tiene más cerca en la vida.

Olof meditó sobre lo que Ester había dicho, mientras ella meditaba sobre su propia decepción.

—¿Podrías venir la semana que viene, mejor?

—Lo siento, estoy ocupada toda la semana.

Era verdad. Tenía toda la semana siguiente ocupada con viajes y charlas.

—No quiero tener ninguna relación contigo —dijo Olof.

—Ya lo he entendido.

—Ninguna relación amorosa, quiero decir.

—Que lo pases bien con Ebba.

Estaba a punto de colgar, pero oyó el archiconocido titubeo de Olof al teléfono, su ternura frente a la dureza de Ester. Eran como las virutas de metal que soltaban la lima y el imán, irremediamente orientados el uno hacia el otro.

—Hablamos, Ester. Hablamos.

Llamó a Fatima y le contó lo sucedido. Fatima le explicó que ni siquiera era seguro que Ebba fuera a verlo al teatro aquella noche, ¿acaso era probable? ¿No se estaría echando atrás, ahora que se iban a ver, porque se había dado cuenta de lo que implicaría volver a empezar algo con Ester, con sus pretensiones de tener una relación total con amor total y de dimensiones históricas?

—No te culpo —dijo Fatima—. Yo soy igual.

—Es que no entiendo qué saca él de mariposear de esta manera y luego tener que mentir para poder estar tranquilo —dijo Ester—. Pero tienes razón, tengo que cortar ya.

—Corta, si puedes.

Ester Nilsson había estudiado Ingeniería Física y Filosofía en la Universidad Real de Tecnología de Estocolmo. El número de estudiantes que participaban en la disciplina orientación era desproporcionadamente alto en relación a la población general, pero para entonces Ester ya había dejado ese deporte. De forma abrupta. Estuvo haciendo carreras con determinación hasta los dieciocho años, pero por Navidad de aquel año se quitó las zapatillas y no volvió nunca más a pisar el bosque. La ruptura decisiva llegó en nochebuena, cuando vio un documental sobre Georg Henrik von Wright y lo oyó describir algo que se llamaba el problema de la inducción, que no podemos decir nada con seguridad sobre el mundo solo con ayuda de los datos recopilados mediante la observación. Ester no sabía que la ciencia fuera tan difícil de fijar, pero aquella idea le provocó un cosquilleo en el cuerpo por el mundo que de pronto se abría ante ella y que faltaba por descubrir. Poco sospechó en aquel momento que el problema de la inducción iba a ocuparla cada día a partir de entonces. Estaba hundida en el sofá de su casa con el chándal puesto cuando empezó el programa y no le apetecía nada salir en la oscuridad, pues sus ganas de hacer deporte habían menguado en los últimos tiempos. Solo iba a quedarse un momento, pero se quedó hasta que el programa hubo terminado, una hora y media más tarde, y aquel día no salió a correr, ni tampoco al día siguiente, porque entonces ya estaba buscando una biblioteca que abriera en fin de semana. El problema de la inducción era fascinante, pero lo más decisivo era otra cosa que había dicho Von Wright. Contó que cada día se sentaba a solas a pensar muy concentrado durante, por lo menos, tres horas. Era más o menos el mismo tiempo que los deportistas de élite dedicaban a entrenar. Ester Nilsson cayó en la cuenta de que las capacidades del cerebro no nacían de la genialidad, como a ella le habían enseñado, sino de las mismas fuentes que las habilidades del cuerpo, a saber, entrenamiento y más entrenamiento, penurias, esfuerzo, siempre un poco más. Todo se podía mejorar a base de ejercitarlo.

Se dio cuenta de que debía escoger mientras aún estuviera a tiempo.

Desde entonces, había invertido su tiempo y energía en el trabajo intelectual con la idea de comprender el mundo. Quedaban incluidos los proyectos amorosos que la habían ocupado durante muchos años. Solo parecían un derroche y un sinsentido por fuera, una desviación de la actividad cerebral.

Desde entonces había frenado bastante sus compras variadas de intelectualidad. Invertía su dinero en libros y facturas telefónicas. Como el Twingo llevaba mucho tiempo sin utilizarse para un viaje amoroso, lo usaba más que nada para llevar a amigas a Ikea. Aparte de eso, solo lo cogía cuando lo tenía que cambiar de sitio para que limpiaran la calle.

Nada de lo que pasaba en el día a día le interesaba demasiado, excepto aquello que la ocupaba a todas horas con fuerza devastadora. Un mes había pasado desde su última conversación, cuando un día en que la desolación era peor que de costumbre llamó a Olof y le preguntó cómo estaba. Él estaba bien, ¿y ella? Ella también, mintió para no presionar y parecer exigente. Y surtió efecto,

porque acordaron una nueva fecha en la que ella podía ir a ver la obra de teatro.

Aquel día condujo hasta Norrköping desde Arvika, en Värmland, donde había hecho seminarios con alumnos de bachillerato sobre cómo escribir poesía sin rasgos líricos. Su corazón no daba gritos de júbilo, pero sí estaba bastante liviano. Llevaban más de cuatro meses y medio sin verse. Ester no temía nada, pues tampoco esperaba nada. Verlo actuar, hablar luego un rato, retomar el contacto era todo lo que preveía. Por el momento, debía conformarse con eso.

Cuando llegó al teatro, tras muchas horas en el coche, fue al lavabo del vestíbulo, se enjuagó la cara y las axilas y se cambió el jersey de lana por una blusa y americana. Luego dio un rodeo por el edificio para echar un vistazo. Tenía las paredes doradas y butacas de hule granate. La obra trataba de una nobleza de cien años de antigüedad y sus preocupaciones familiares en torno al honor; Ester no conocía al autor. El papel de Olof era uno de los destacados. Ester no le quitó los ojos de encima durante toda la obra, que duraba una hora y media sin pausa.

Habían quedado en que se verían después, delante de la entrada al escenario. Ester estaba esperándolo de pie, mientras la luna creciente arrojaba su trémula luz. Estaba nerviosa. Y entonces él llegó caminando con su habitual andar reclinado. Era como si diera marcha atrás ante los ataques del mundo al mismo tiempo que emanaba aires de indiferencia hacia él.

La antigua devoción se aferró al corazón de Ester con uñas y dientes, pero Olof estaba lejos de sentirse devoto.

—Buenas —dijo, y la sonrisa burlona se pudo ver en la oscuridad, la sonrisa que dijo que Ester Nilsson no dejaba de ser bien peculiar, dispuesta como estaba a hacerse la kilometrada hasta Norrköping solo para verlo un ratito.

«Buenas» era un término desenfadado para encuentros inocentes, pero también la palabra al uso cuando se pretendía darle ese tono porque el encuentro no tenía nada de inocente.

Puso una mano en el hombro de Ester. Ella saludó con la cabeza. No podía parecer desenfadada ni aunque quisiera, y se había puesto tensa. Intentar ocultarlo solo resultaría ridículo. Le dijo que había actuado bien, muy bien, realmente bien, y que la función era bonita, el decorado creativo y la obra interesante.

Ester ya se sentía agotada, y no solo por haber tenido que pensar en tantos adjetivos.

—¿Tienes hambre? —preguntó él.

Tenía, y se fueron a un restaurante que había cerca. Se sentaron al fondo del todo, en un rincón oscuro iluminado únicamente por una vela que llevaba tanto tiempo encendida que la cera había dejado a su paso una discreta obra de arquitectura renacentista. Ester pidió pasta con solomillo en salsa de nata, que resultó ser un potingue de color beis. Olof había comido antes de la actuación y solo se pidió una copa de tinto. Ester optó por un agua con gas, dado que debía conducir hasta Estocolmo. Hablaron de la obra. Olof le preguntó a Ester varias veces si le parecía que había actuado bien, formulándolo de una manera nueva en cada ocasión. En cada ocasión, Ester respondía que había estado total, perfecto, excepcional, maravilloso. Luego él quiso saber qué opinaba ella de la obra, del texto en sí, y Ester respondió que tenía sus virtudes, pero que carecía de lecturas más profundas y se apoyaba más en las facetitas coquetas del autor. Olof dijo que había intentado ver la función con los ojos de Ester y se había preguntado todo el rato qué pensaría ella. Luego le preguntó si consideraba que su amigo Max Fahlén había actuado mejor que Olof y Ester le contestó que Max Fahlén había estado bien pero no tanto como Olof, puesto que este había estado total, perfecto, excepcional, maravilloso.

Se pidió otra botella de agua con gas, tras lo cual él murmuró algo ininteligible. Con aquel murmullo, él pretendía transmitir algo rotundo que tenía que ver con el consumo de agua de Ester,

porque ya con la primera botella lo había visto pensativo. A ella no se le pasó por la cabeza que Olof hubiese planeado que pasaran la noche juntos. Ester consideraba que no habían allanado el terreno para semejante situación y partía de la base de que iba a regresar a Estocolmo aquella misma noche. Como no entendía lo que Olof tenía en mente, este se vio obligado a decirlo en voz alta, tomar la odiosa iniciativa, la que le costaba tanto pero cuya cuenta le mandaba a Ester para que pagara de otra forma.

La miró incrédulo, allí sentada con su presencia grave y la solemnidad que sentía ante el encuentro, aquello que Fatima había dicho era la gran barrera que tenían pero que también era la salvación de Ester, que nunca ocultara la gravedad de su añoranza, lo cual atraía y asustaba a Olof y a todos los demás, pero también a las falsas premisas que solo habrían hecho de Ester una mujer todavía más infeliz.

Para que no pareciera que lo que estaba expresando era un deseo, pues los deseos tornan débiles a las personas, Olof lo formuló como una especie de acusación ofensiva:

—¿Has dejado ya de estar obsesionada conmigo?

La pregunta la pilló por sorpresa. Tardó varios segundos en comprender lo que Olof había dicho y poder elevar su respuesta a algo más digno que la pregunta.

—No es ninguna obsesión. Te llevo en el corazón. Te echo de menos.

Él se mordisqueó distraído el labio inferior.

—Me gustaría poder decirte, una noche como hoy, que podrías quedarte a dormir en mi habitación. Pero no puedo hacerlo si piensas que es una invitación.

—Yo ya no pienso nada. Pero estoy bastante cansada, así que estaría bien no tener que conducir hasta Estocolmo.

La manera sutil en que Olof había traspasado la propuesta que él mismo había hecho era su gran maestría. Mediante pequeños esguinces lingüísticos conseguía hacerlo sonar como si él no participara, como si careciera de preferencias, como si no fuera responsable de lo que sucedía y solo fuera la incapacidad de Ester de entender las reglas del juego lo que lo complicaba todo, lo que hacía que ninguno de los dos fuera libre y que él estuviera maniatado.

—En ese caso, aceptaría de buen grado una copa de vino —dijo Ester.

—Creo que hay vino en casa.

Y luego hicieron el breve trayecto hasta la vivienda de Olof.

El piso tenía tres habitaciones, pertenecía al teatro y quedaba en el barrio de Norrköping, destino del proyecto del millón de viviendas que había llevado a cabo el Estado en los años sesenta. Se lo enseñó a Ester. Lo último que vieron fue el dormitorio, que quedaba más lejos de la puerta de entrada. Allí había dos camas en el centro del cuarto, separadas por apenas un metro de distancia. ¿Por qué estaban separadas las camas?, pensó Ester. ¿Dormían así su esposa y él cuando ella lo iba a visitar o las había colocado Olof así ante esa posible visita de Ester para que pensara que no era un matrimonio inflamado por la pasión, y que ella todavía tenía alguna posibilidad? ¿O acaso Olof solo había tenido ganas de llevársela hoy a casa y, en una contramaniobra ambivalente, había separado las camas para confundir los pensamientos prohibidos y mostrar que no tenía en absoluto en mente nada erótico, a pesar de haberla invitado?

Era imposible determinarlo y, por lo que conocía de Olof, ambas posibilidades eran igual de probables. Lo único que Ester sabía era que nada de esto ocurría por casualidad ni coincidencia, ni la disposición de las camas ni el gesto de invitarla esa noche. Olof trabajaba contra los

pensamientos de Ester y ella contra los de él.

En una de las mesitas de noche había un collar de plata; en el suelo, un sujetador negro. Ambos indicaban un derecho de pertenencia. Y, si la separación de las camas estaba preparada, el collar de plata y el sujetador también estaban colocados adrede. Es decir, no habían sido recogidos a propósito. La potente ambigüedad que aquello generaba no tenía nada que envidiar a la del hombre de las ratas. Cuando su amada tiene que llegar a toda prisa en un carruaje, él coloca una piedra en el camino para luego correr a quitarla cuando ve que el transporte se acerca.

Lo peor, pensando en Ester y sus funestas esperanzas, era que el hombre de las ratas, después de doce años, se casa al fin con la mujer a la que ha estado tratando de esa manera. A lo mejor Ester no tenía que esperar doce años, pero casi.

Se quedó mirando el sujetador y el collar, y se preguntó qué pensaría Ebba si supiera que ahora mismo Ester los estaba contemplando. Sintió pavor de pensar que era posible vivir con alguien que creías la persona más cercana a ti, pero que se desplazaba por un territorio de sucesos desconocidos, entusiasmos y problemas.

Se sentaron en la cocina. Tomaron vino tinto y hablaron. Olof llevó el peso de la conversación, por extraño que pudiera parecer. Ester atendía e iba haciendo comentarios. Estaba vigilante, puesto que sentía con absoluta claridad el titubeo de Olof y debía protegerse del riesgo de salir herida por la crueldad que engendraba.

Cuando llevaban un rato sentados y se había creado cierta carga en el ambiente, Olof le contó que Ebba y él habían pensado ir a Roma un fin de semana largo en noviembre. Pero, como no habían conseguido encontrar billetes, habían pospuesto el viaje a Semana Santa.

Ester se arrepintió de no haber regresado a Estocolmo inmediatamente después de la obra, en lugar de volver a verse arrastrada al presente infernal de la indecisión de Olof, donde usaba a Ester y a su mujer para regular su angustia.

—Falta mucho para Semana Santa —dijo ella.

—No tanto, solo unos meses.

—Yo nunca he planificado ni reservado un viaje con tanta antelación. Debéis de estar mejor, desde el invierno pasado.

—¿Cómo que mejor?

—En invierno, antes de que tú y yo nos viéramos en Arvidsjaur, no tenías nada de que hablar, y Ebba no te quitaba el ojo de encima y te vigilaba para que no pudieras salir y verte conmigo. Y entre vosotros solo había silencio. Nada más.

—Eso nunca lo he dicho.

—Literalmente.

—Ebba y yo nunca hemos estado mal —afirmó, y Ester cogió aire—. Piensa lo que quieras. La razón por la que no puedo hablarle de ti a Ebba es que ella nunca entendería que solo somos amigos.

—En eso nos parecemos, Ebba y yo. Yo tampoco lo entiendo. Mis amistades no son así, te lo puedo asegurar.

Olof pensó un momento antes de decir:

—Todas las relaciones tienes sus subidas y bajadas, ¿no?

—Eso dicen. Y sus entradas y salidas. Excepto la vuestra —Ester bebió más vino, a pesar de tener la lengua áspera y gruesa, y de que no le supiera nada bien—. Entonces estáis bien.

—Mucho.

—Felicidades.

Olof pasó el dedo por el canto de la copa. Se oía un leve ventilador en el piso. Ester dijo:

—La electricidad que hay entre nosotros las veces que tú no te resistes podría sustituir la energía nuclear de todo el país. ¿Qué crees que pensaría Ebba de eso? Esta atracción física desoladora que todo el tiempo está entre nosotros, combinada con las ganas de conversar que los dos tenemos.

La antigua expresión de travesura asomó en la cara de Olof y la codicia brilló en sus ojos.

—Quizás no siento atracción por ti, Ester. Quizás solo es fruto de tu imaginación. Quizás esa fuerza eléctrica solo venga de tu parte.

Tres frases, tres «quizás». Ester vio y oyó cómo él disfrutaba de despojar la situación de seguridad, de ser el único que sabía la respuesta.

Se acercó al fregadero y vertió en él lo que le quedaba de vino, y fue a coger su neceser al cuarto de invitados que le había asignado.

Mientras se cepillaba los dientes, oyó a Olof a su espalda. Estaba de pie en el quicio de la puerta del baño con una sonrisa de rendimiento: había apretado demasiado y tenía que rebobinar el carrete para acercarse a ella. Comentó que ella siempre se cepillaba los dientes subiendo un pie a la tapa de la taza.

—En Arvidsjaur también lo hacías.

La exactitud de nombrar una ubicación geográfica, un suceso y la relación que tenían, justo en el momento necesario, pero solo entonces y nunca más que entonces, debía de ser algo intuitivo, una forma de instinto biológico, pensó Ester más tarde, al repasar el momento para enmarcarlo en la totalidad del contexto. Olof no podría haber calculado analíticamente cómo quería proceder, no era capaz de ello. Olof se le acercó por detrás en el cuarto de invitados, la rodeó con los brazos, le buscó los labios. Tras besarla, dijo:

—Que duermas bien, Ester. Si te sientes sola, puedes venir conmigo.

Se marchó hacia el dormitorio. Ester se quedó en el cuarto de invitados viendo cómo se marchaba.

—¿Qué has dicho? —fue detrás de él. Olof había tenido tiempo de meterse bajo el edredón—. ¿Qué quieres decir?

—¿Cómo que qué quiero decir?

—Con que vaya contigo si me siento sola.

—Nada en especial.

—No entiendo lo que dices.

—Pero ven a acostarte y ya está —dijo él, haciendo un aspaviento molesto e impaciente por tener que formular explícitamente el pecado.

Levantó el edredón y la invitó a meterse en la cama.

Vibrando, desnuda, Ester se acostó junto al único cuerpo de entre los miles de millones que había en el mundo que quería tocar con el suyo. Él la abrazó. Todas las partes de ambos cuerpos se encontraron y sus manos acariciaban sus espaldas. El éxtasis no podía ser sino mutuo. Unos pocos minutos excepcionales transcurrieron en la vida de Ester antes de que Olof, de un hachazo, se volviera ausente, abandonara mentalmente el encuentro aunque sus cuerpos siguieran allí durante un rato. Ester lo compensó con intensidad añadida, lo agasajó al oído, le mostró todo lo que sentía, pero él se había vuelto mecánico. Luego se retiró, se tumbó bocarriba y dijo:

—Bah. No tengo ánimos.

Y se giró para dormir.

Ester le acarició la nuca con inmensa ternura, en ese momento aún no lo había entendido. La

cama de Olof era estrecha y la de su esposa estaba a un metro de distancia, estaban muy apretujados. Al cabo de un rato, Olof dijo:

—Voy a acostarme en la otra habitación.

—No, ya voy yo —dijo Ester—. Ya voy yo.

¿Por qué Ester no se fue de allí y se buscó un hotel? Ni siquiera se lo planteó. En su mundo, las noches de hotel no eran algo que simplemente una se pueda permitir a menudo y, como carecía de orgullo, no había motivos para hacerlo. También era más importante que no le parecía evidente cómo debía considerar lo acontecido. Lo que en esencia es positivo puede tener manchas negativas y viceversa. ¿Qué era color de fondo y qué eran manchas en la historia con Olof y este último episodio? ¿Debía Ester centrarse en que él la había invitado a su casa y no se había podido contener, o en que hubiese interrumpido el acto amoroso? En cuestión de pocas horas, tras varios meses de quietud, había tomado dos iniciativas sensacionales. Recular un poco no debía de ser tan raro.

A la mañana siguiente, Ester había podido llegar a la conclusión de que lo ocurrido era, en esencia, positivo pero con un pequeño contratiempo, y no al revés. Se despertó con el olor a café y el siseo de una cafetera. El sonido era incompatible con el mal rollo y los sentimientos hostiles, igual que el cuerpo relajado de Olof tendido en el sofá, donde leía el periódico. Consciente de la intensa afinidad que los unía, Ester se acostó con cuidado en el pequeño espacio que quedaba del sofá. Él no la apartó. Entonces, ella le tocó el muslo de manera que la bata se deslizó hacia arriba. Él no se la bajó. La mano de Ester se tomó libertades. Vio que estaba leyendo las esquelas. Entonces él se subió las gafas de leer a la frente, dejó el periódico sobre su pecho y dijo que se sentía incómodo. Ester cesó de inmediato sus actividades.

—Lo que pasó ayer no estuvo bien. No quiero tener ese tipo de relación contigo.

Ella volvió al cuarto de invitados, recogió sus cosas y se vistió. Tendría que saciar el hambre de la mañana que la arañaba por dentro en alguna gasolinera a la salida de la ciudad, porque en ese momento debía salir de aquí.

Estaba en el recibidor, a punto de salir por la puerta, cuando oyó la voz de Olof por detrás, despreocupado, impasible.

—Espera. Bajaré contigo al centro. Voy al teatro y a buscar una cosa.

Ester lo vio vestirse a toda prisa y se preguntó cómo alguien podía tener tan poco tacto de decir y hacer algo tres minutos después de haber dicho y hecho otra cosa. Por su oficio, debería estar más entrenado que nadie justo en esas cosas, debería ser hipersensible a las dinámicas internas de ciertas escenas y situaciones. Sin embargo, Olof se pasaba la vida pisando mal en ellas.

Cómo era posible que ella se encontrara bajándolo al centro ya lo sabía: le generaba sentimientos de culpa ver lo tocado que Olof se quedaba a la menor reprimenda. Si Ester lo hubiese tratado como él se merecía, no tardaría muchas horas en arrepentirse de su brusquedad y llamarlo para justificarse.

Fuera llovía, una lluvia dura y fría de noviembre que repicaba en el techo y las lunas del coche. Olof estaba sentado a su lado, haciendo comentarios sobre la lluvia. Ester le dijo que la trataba como la mierda. Él dijo que era una lástima que lo sintiera así, pero que él había sido muy claro desde el comienzo con lo que quería y lo que no quería y que, si ahí giraba a la derecha y luego a la izquierda, llegarían justo a la entrada del escenario.

Ester se detuvo delante del teatro. Por el retrovisor vio que la expresión de su rostro se

asemejaba a las nubes grises que flotaban sobre la ciudad.

Olof estaba de pie en la acera, asomando el cuerpo dentro del coche con la mano apoyada en la puerta, la duda en la mirada, la súplica en la voz.

—Pues nos llamamos, Ester. Y nos vemos.

—Ah, ¿sí? ¿Por qué?

—¿No quieres?

—¿Hay alguna razón, por tu parte? Como parece que se te hace tan pesado todo el rato.

La lluvia azotaba el suelo provocando el estallido de las gotas, que salpicaban nuevas formaciones, todas ellas ineludibles y perfectamente previsibles en cuanto a volumen, peso, ángulos y composición del agua. Todo seguía su rumbo. A lo mejor, Olof no podía evitar lo que hacía, así como la lluvia no podía evitar azotar el asfalto y rebotar en él, pensó Ester. Podía ser que ella tampoco supiera controlar su vida sentimental ni su comportamiento, igual que el asfalto no podía estar seco cuando llovía.

¿Se había vuelto fatalista, como él? ¿Acaso no era el determinismo necesariamente un fatalismo?

Vio a Olof cruzar la calle agazapado bajo la lluvia, alzar luego un brazo para saludar alegremente a un compañero y desaparecer tras una pesada puerta.

Entre niebla y humedad, Ester volvió a casa en coche desde Norrköping, indeciblemente lúgubre.

El aire estaba hecho de agua gris. La población total de lombrices marchaba dentro de Ester. Perforaban corazón, pulmones y estómago con angustia y dolor. El coro de amigas dijo que ahora sí que se rendía, ¿no? La manera en que él la había estado tratando últimamente no era aceptable y punto. Vera añadió crípticamente que sentía pena por Ester.

Así que Ester tiró la toalla, una vez más. Pero ¿cuál era el sentido de la vida si no había en ella esperanzas de excitación ni energía vital? No tenía sentido. Lo único que podía hacer era seguir afanándose, porque la vida le había sido concedida sin que ella hubiese podido decir nada al respecto.

Navidad y Nochevieja llegaron y quedaron atrás. El segundo día del año Olof llamó por la tarde. Ester cogió el teléfono, vio el número y notó que se le dilataban los vasos sanguíneos. Adoraba las cifras de aquel número y al verlas su cuerpo entraba en calor, como al ver su nombre. Ester respondió con voz apagada. Olof no empezó con un «hola» ni un «soy Olof», sino preguntando si Lukas Bauer se dopaba. Lukas Bauer era el checo que iba en cabeza en el Tour de Ski, que se celebraba los fines de semana. Dada la cotidianidad de tal comienzo, nadie podría decir que a Olof le costaba mantenerse alejado de Ester ni tampoco que aún tuvieran que resolver su último encuentro. No eran más que dos viejos amigos que se llamaban de vez en cuando.

Al principio hablaron de todo un poco, pero luego Olof dijo algo interesante. Había hecho la promesa de tener hábitos más sanos de cara al nuevo año.

—Tengo que tomar el control de mi vida. La manera en la que vivo no está bien.

¿Era una ambición de salud a todos los niveles?, pensó Ester después de colgar, porque Olof también había dicho que podrían (¿o había dicho deberían?) quedar la semana entrante, en la que él iba a estar en Estocolmo. ¿Implicaba el nuevo año que había llegado la hora de la ruptura?

A la espera del encuentro apalabrado, Ester estuvo contenta y productiva, pero cuando llegó el día en que iban a verse, Olof había abandonado su promesa de fin de año. Resacoso y espeso, rechazó la sugerencia de restaurante de Ester porque allí no servían cerveza de alta graduación. Se encontraron a las doce y pasaron juntos las cinco horas siguientes. No se mencionaron las zozobras del pasado y para nada se podía hablar de cambio alguno. Él la sujetaba del brazo mientras caminaban por la calle; así, sus cuerpos estaban cerca el uno del otro todo el tiempo. Hacia la tarde se metieron en una cafetería de Västerlånggatan y comieron sendos pastelitos. Él probó el de ella y ella el de él. Estando allí sentados, él dijo que Ester debería ir a ver también su segunda obra, en la que actuaba en Linköping, en paralelo a la que ya había ido a ver. Ningún comentario sobre lo mal que había ido aquella vez.

—Sería divertido oír tu opinión —dijo Olof.

Se despidieron con un beso. Ester se fue a casa y sintió cómo las paredes se le echaban encima como si se encontrara en una celda. Le dolía toda la piel. Se tumbó en el suelo a gimotear. La ausencia del contacto físico era más dolorosa cuando habían estado a punto de alcanzarlo.

El frío penetrante que en su vuelo bajo había mantenido Estocolmo apresado en su zarpa se convirtió en un aire helado y titilante lleno de cristales de nieve. Unas pocas horas al día el sol asomaba su ojo frío en medio de un rostro azul oscuro, liso y sin carácter, sin surcos de vacilación, sin velos de nubes, sin irisaciones.

Ester había terminado un ciclo de poesía sobre personajes conocidos de novela que habían huido de sus autores para volverse soberanos y hablar por sí mismos. Estaba entregado y aceptado. Los días pasaban y no hablaban de cuándo debía ir a ver a Olof a Linköping. Le preocupaba que él hubiese cambiado de opinión. Le preocupaba no haber mostrado suficiente entusiasmo ante la propuesta y que ello lo hubiese empujado a dar un paso atrás.

Un par de semanas después de haberse visto por última vez, Ester se despertó a las siete y decidió atajar el asunto ese mismo día. Su vida llevaba pendiendo de un hilo demasiado tiempo. Canceló dos citas que tenía aquella tarde y llamó a Olof. Al menos, había conseguido esperar a una hora tan prudencial como las nueve.

—Puedo bajar hoy a verte. Lo estuvimos comentando. Me da tiempo de llegar a Linköping para el almuerzo, comemos algo y luego podemos pasar juntos el resto del día.

Le siguió una pausa. Una mala pausa. Una pausa llena de aversión.

—No. No puede ser.

La voz salió como el disparo de una pistola e igual de demoledora.

—Pero querías que fuera a ver la obra.

—Sí, pero no hoy. Tengo que ir a la biblioteca y luego a nadar.

La visita no planificada de Ester parecía llenarlo de espanto. Ester sintió empatía por dicho pavor, nacido de la compañía forzada y la independencia arrebatada. Ella habría reaccionado de la misma manera, pero solo ante una persona a la que no le apeteciera ver. Ese era el quid de la cuestión. Si tan solo pudiera entender por qué él le pedía que fuera a verlo si luego sentía esta aversión.

¿Por qué le proponía que fuera a ver sus obras a doscientos kilómetros de distancia? ¿Por qué la cogía del brazo cuando caminaban por la ciudad? ¿Por qué la llamaba cuando llevaban tiempo sin hablar, por qué se acostaba con ella, aunque el acto fuera corto e interrumpido? Ella mostraba la misma reticencia cuando tenía que pasar tiempo con otras personas, pero no entraba en intimidades con ellas. ¿A qué venía esa expresión, ese titubeo, qué disposición psíquica era la que animaba a Olof a actuar de esa forma tan inescrutable, una y otra vez?

—Ego débil —dijo Vera.

—Ego débil—dijo Elin.

—Ego débil —dijo Fatima.

—Ni idea —dijo Lotta—. ¿Qué es un ego débil?

—No lo tengo del todo claro —dijo Ester—, pero a lo mejor es esto: no saber quién eres ni lo que quieres, carecer de núcleo.

—Pero ¿cómo puedes amar a un hombre así?

—Porque a las personas no se las ama por su perfección, sino por eso que emanan y con lo que te quieres fundir. Lo he visto capaz de ser de otra manera, le he visto dirigir su amor hacia mí y no me creo que no sepa quién es ni qué quiere. Lo sabe muy bien. Eso no es más que pereza y excusas para no tener que decidirse.

Temeraria, a sabiendas de que Olof siempre, sin excepción, de forma dialéctico-determinada,

se volvía suave cuando Ester se ponía dura y viceversa, en lugar de colgar, añadió:

—Podemos ir a la biblioteca juntos. Y a nadar también.

—No puede ser. Necesito saber estas cosas con antelación.

Había cierta violencia en sus formas. Integridad, lo llamaría alguien. Puede que Ester provocara esa violencia al invadirlo, reflexionó ella durante toda la semana siguiente. Si era así, Olof estaba actuando en defensa propia.

—Ya encontraremos otra ocasión —dijo él—. Hoy no tengo el día.

—Ya me he dado cuenta. Porque has de ir a la biblioteca y a la piscina.

—Es muy divertido quedar contigo, pero necesito un poco más de tiempo para prepararme.

Ester quiso colgar, pero él la retuvo. A Olof Sten no se le escapaba lo evidente: que una persona enamorada puede soportar muchos golpes, pero no de manera infinita. Alcanzada cierta presión, el puente se parte, igual que la espalda del camello. El punto de ruptura depende de un gramo. Es exacto y previsible, pero no se ve hasta después y depende de algo que difícilmente se puede cuantificar. El menor descuido puede ser el último. Después, el marginador se puede convertir en marginado.

Las personas no son amadas por su carácter, y pocas veces despreciadas por su crueldad. Ester no se sentía atraída por la mierda de Olof, sino por la visión de lo que brillaba en el lodo, esperando que ella lo liberara. No amaba a Olof porque la tratara como basura, sino por lo maravilloso que era cuando no lo hacía. Era el contraste lo que resultaba explosivo. Pero por desgracia Olof podía tratarla como la mierda porque ella lo amaba.

Después de colgar y de que Ester hubiese pensado un rato, se decidió. Estos cambios entre caliente y frío acababan con ella. Tenía que cortar con él.

¿Sería capaz de no volver a llamarlo nunca?, le preguntó Elin, a quien había llamado para que le diera buenos consejos. Era lo que se le exigiría si decidía dar el paso. ¿Era capaz?

—No sé, pero tampoco puedo aguantar esta situación durante mucho más tiempo, eso está claro.

—Es el momento. Te lo noto en la voz. Llámame luego y cuéntame cómo ha ido.

Ester le mandó un mensaje a Olof diciéndole que no quería volver a verlo nunca más, y que le deseaba una feliz vida con la correa de perro.

Después salió a dar un largo paseo sin llevar consigo el teléfono y sintió los vientos liberadores que entraban por las aguas de Riddarfjärden mordiéndole la piel, mientras cruzaba Västerbron. De ahí bajó hasta Tantolunden, siguió por Årstaviken hasta la playa de Eriksbadet, subió la cuesta de Skanstull, recorrió toda Götagatan hasta Slussen, cruzó Gamla Stan por Stora Nygatan, Strömbron hasta Tegelbacken y, luego, Hantverkargatan hasta la plaza de Fridhemsplan. El paseo duró casi dos horas.

Esto es lo que debe de sentirse al salir de las drogas, pensó, al tirar las jeringuillas y dejar atrás las malas compañías. La claridad y el agradecimiento de las primeras horas. Luego, los temblores. No era lenguaje poético ni analogía, sino la misma cosa. Los procesos mentales eran idénticos, dado que los procesos fisiológicos en el cerebro también lo eran. Amar y drogarse, el cerebro no sabía distinguirlos. Se limitaba a trabajar y procesar. La sofisticada y dialéctica conciencia sí sabía diferenciarlos, pero el cerebro, torpe y romo, no. Para él, las sustancias empleadas eran las mismas, los mismos receptores que recibían, la misma compensación, la misma alegría y ansiedad posteriores que hacían que una y otra vez buscaras aquello que producía el éxtasis, a pesar de saber el precio que deberías pagar. Cuando el amor era desigual, todo se degeneraba de forma dosificada, pero Ester había empezado su limpieza. Esta vez soportaría la abstinencia.

En cuanto volvió a casa, lo primero que hizo fue mirar el teléfono. Ponía: «No entiendo nada». Ester no pensaba dar explicaciones.

Durante dos semanas, se sintió libre. Después, la añoranza comenzó a invadir el convencimiento. La determinación perdió fuelle.

El frío cortante yacía inmóvil entre las fachadas y, se pusiera lo que se pusiera, siempre hacía demasiado.

Si Olof hubiese querido deshacerse de ella, habría respondido otra cosa, empezó a pensar: «Sí, creo que lo mejor será que no volvamos a hablar», habría dicho. O bien: «Tienes razón, esto no funciona».

Pero no era eso lo que había dicho, porque no quería cortar por lo sano. Y en el mismo instante en que ella pensaba eso, toda la distancia descansaba sobre una autodisciplina que era imposible, puesto que Ester creía que lo verdadero y correcto era otra cosa: que algún día él se daría cuenta de con quién debería estar. Llegado ese día, ella tenía que estar disponible y el umbral para llegar a ella tenía que ser bajo.

Ester Nilsson viajó por esas fechas a Oslo para el lanzamiento de la versión noruega de un libro de ensayo de filosofía del lenguaje que había escrito un par de años atrás. Viajó sin ganas ni interés alguno, dijo justo lo necesario, hizo lo que le tocaba, pero no le interesaba ni lo que hacía ni la filosofía del lenguaje. Solo le interesaba como herramienta para interpretar el idioma de Olof Sten.

Pensó que la ansiedad era un movimiento de tropas en la guerra civil de su cerebro, una maniobra estratégica para hacer que la conciencia tomara una decisión que pusiera freno al dolor, cualquier cosa con tal de acabar con el sufrimiento.

Se hospedó en el hotel Continental, en el centro de Oslo, en una habitación grande con cortinas gruesas y una cama mullida cuyo tamaño era desorbitado para su soledad. Llovió sin pausa. La visita duró dos días. Olof había desaparecido y era ella la que lo había quitado de en medio. Habría sido más fácil si hubiese sido él quien la hubiese apartado a ella, entonces no habría habido nada que discutir, pero sus palabras habían sido: «No entiendo nada», como si en realidad no quisiera desprenderse de ella. A lo mejor, Olof no se había decidido, a pesar de todo. Él era parte de su vida como un tumor cancerígeno inoperable se volvía parte del cerebro. Si se extirpaba la parte descontrolada, se extirpaba también otras zonas vitales.

Durante el trayecto en tren al aeropuerto desde Oslo, Ester se dio cuenta de que se encontraba un poco mejor, los espacios empezaban a abrirse. Sus cavilaciones habían empezado a girar en torno a cómo se hacía para retomar el contacto con alguien a quien le habías dicho que no querías volver a ver. Cerebro y cuerpo habían hecho un pacto y habían empujado a la conciencia a tomar una decisión, pues ninguno de los dos podía aguantar más el estado al que ellos mismos se habían sometido. La libertad se había vuelto cautiverio, la pureza se había tornado ascetismo. Tomar la decisión de la renuncia había sido una liberación, vivir con ello era como llevar grilletes. Y con los grilletes puestos se tomaba una nueva decisión de libertad: retomar la droga. El paquete de tabaco que se tiraba a la basura al dar las doce se recogía al día siguiente y aquello era tan maravilloso como había sido el haberlo tirado.

Ester Nilsson voló a Estocolmo mucho más ligera de como se había ido. Unos días más tarde ya había elaborado un plan. Si no salía exitosa, lo dejaría estar para siempre, se prometió a sí misma. El plan era el siguiente: con la excusa de hacer un estudio, iría a ver *Casa de muñecas* que se

estaba representando en Stadsteatern y luego, también con la excusa del estudio, la compararía con la obra en la que Olof estaba participando en aquel momento, la deconstrucción contemporánea de *Casa de muñecas*. Para poder llevar a cabo dicho ejercicio, tendría que ir a Linköping.

Reservó billetes e informó breve y formalmente a Olof mediante un SMS de que iría a ver la obra el jueves de la semana siguiente para escribir algo sobre cómo se vinculaba a *Casa de muñecas*.

La respuesta llegó al instante, y solo eso ya era respuesta suficiente.

«¿No me había pedido la señorita Nilsson que me fuera al infierno?»

Tras haber analizado sus mensajes durante un año y medio, Ester sabía lo propicia que era aquella respuesta. Olof Sten poseía una serie limitada de estados psíquicos, los cuales se veían expresados en una serie también limitada de representaciones lingüísticas que variaban entre rechazos, neutralidad y repesca. Ester estaba muy familiarizada con las combinaciones, el sentimiento que reflejaban y las acciones que solían seguir a cada uso del lenguaje. Una de las variables eran los minutos que pasaban entre los SMS que ella le mandaba y la respuesta de él. Otra, el subrayar el género de Ester y su estado civil, en un tácito contraste respecto al suyo.

Con el corazón inflamado, Ester leyó e interpretó las palabras de Olof. Se hacía el herido, pero no tanto como para que ella saliera corriendo. Y ella le siguió el juego con las siguientes palabras:

«Y la señorita Nilsson lo hizo por razones de peso. Pero es todo tan tedioso sin ti. Te pido con máximo cariño que vuelvas de las llamas.»

Él escribió:

«Si después vas a volver a Estocolmo, con gusto te acompaño hasta Norrköping.»

Ella escribió:

«Volver a Estocolmo es mi intención.»

Él escribió:

«Si prometes ser buena, te dejo el cuarto de invitados.»

Ella escribió:

«Yo siempre soy buena. Menos cuando tú no lo eres.»

Él escribió:

«La bondad está sobrevalorada, es improductiva.»

Volvían a amarse mentalmente. Ester volvió a revivir una vez más. No quedaba ningún atisbo de dolor. Estaba como nueva.

Un viernes por la tarde, Ester fue sola a ver *Casa de muñecas* al Stadsteatern. Prefería no ir acompañada para así sentir a Olof más cerca y no verse forzada a charlar y a pronunciarse sobre la obra en cuanto terminase la función. Una vez más, se halló en el misericordioso punto cero en el que poco era mejor que nada y lo insuficiente no existía. Solo puede darse con la carencia y con la carencia termina, pues en cuanto se abre la veda las expectativas aumentan y un poco es peor que nada y todo es insuficiente.

Así, el jueves siguiente voló por la autovía E4 en dirección sur los doscientos kilómetros que la separaban de Linköping. Ya había pasado el ecuador de febrero. El aire era vigorizante y las tardes se hacían asombrosamente más largas cada día que pasaba. Poco antes de las seis llegó a su destino en su Twingo reluciente. Lo había lavado al entrar a la ciudad porque quería llevar a Olof a casa en un coche limpio y elegante.

La obra empezaba a las siete. Ester aparcó cerca del teatro y fue a cenar a un restaurante de la plaza mayor. Mientras estaba sentada con la tabla de carne asada y puré de patata gratinado ante ella, le llegó un mensaje de Olof, quien le preguntaba si ya había llegado y le proponía que aparcara delante del acceso al escenario. Ester no recordaba haberle visto nunca semejante frenesí y predisposición. Pero nada de conjeturas, esta vez pensaba actuar de forma contenida, no lanzarse y dar cosas por supuesto, no arriesgarse a llevarse otro rechazo. Quien callaba y se mostraba pasivo nunca podía ser rechazado ni se le podía acusar de ser molesto. La pasividad no implicaba riesgos. No hacer nada le suponía un esfuerzo enorme a Ester Nilsson, era una de las cosas más difíciles que se le podían pedir, pero estaba decidida a hacer el esfuerzo.

Compró un ramo de flores, en el cual metió una tarjeta de parte de Henrik Ibsen, quien decía que ese autor contemporáneo cuya obra estaba interpretando Olof y que estaba profanando *Casa de muñecas* era una sarta de porquerías, chorradas y sandeces, y un actor tan habilidoso no debería derrochar su tremendo talento en señoritas grafómanas que consideraban que el mundo debería centrarse en su vida de madres y sus catarros uterinos en lugar de valorar a un hombre que defendía su liberación.

La obra tenía sus momentos interesantes, pero era programática y bastante aburrida. Olof tenía un papel secundario. Ester se moría de ganas de que dieran las diez.

A esa hora se encontraba, de nuevo, esperando delante del acceso al escenario de un teatro. Basta con persistir para conseguir que algo cambie. Olof salió con el ramo de Ester en la mano y una sonrisa en la cara, no arrogante e indiferente, sino empática y cálida. Sus ojos se encontraron y todo el cuerpo de Ester registró el instante. Era eléctrico.

—Ibsen me ha mandado flores —dijo Olof.

—No me digas. ¿Y qué te ha dicho?

—Estaba colérico. No le gusta que le toquen lo suyo. A ningún hombre le gusta.

Olof soltó una risita. Ester comprendió, por aquella referencia a los hombres, que la noche iría bien. Soltaba aquellas pequeñas distinciones entre géneros cuando quería aproximarse; cuando quería alejarse, procuraba que Ester fuera «uno de los tíos».

—¿Te puedo acompañar hasta Norrköping? —preguntó él. Ester abrió la puerta del copiloto, hizo una reverencia y alargó el brazo con la solemnidad de un digno criado—. Gracias, conductora —dijo Olof y se subió.

La complicidad entre ambos era como las comisuras hacia arriba de quien tiene por costumbre sonreír. Estaba ahí, sin más, siempre disponible, siempre preparada.

El frío de la noche había generado cristales de hielo en las lunas del coche. Ester las quitó y emprendieron la marcha. Cuando llevaban diez kilómetros atravesando la oscuridad, Olof le preguntó por qué se había enfadado tanto y había decidido cortar la comunicación con aquel mensaje tan horrible de hacía tres semanas. Ester no tenía ninguna necesidad de ponerle palabras a lo que había pensado, dicho y sentido en aquel momento, no ahora que habían acortado la distancia, pero dijo algo esquivo sobre que la volubilidad de Olof era difícil de gestionar.

Entonces, él expresó algo sensacional:

—Tendrás que aprender a gestionarla —Ester jadeó en silencio. ¡Estaba planeando un futuro con ella! Un futuro en el que ella tenía que poder hacer frente a sus particularidades. El comentario no dejaba espacio a la duda—. Tú ya sabes que por las mañanas no estoy en mi mejor momento —continuó Olof—. Ya me has visto por las mañanas —otra potente marca de pertenencia. Esto sucedía en muy contadas ocasiones—. ¿Y a qué te referías con lo de la correa de perro al cuello?

—Nada en especial. Solo estaba enfadada.

—Pero ¿qué querías decir? Tú nunca te alteras tanto como para no decir lo que escribes ni no saber por qué lo haces —Ester guardó silencio y se concentró en la conducción. No se veía diferencia alguna entre el cielo y el bosque, así de compacta era la oscuridad y así de claro y alto estaba el cielo—. ¿Querías decir que vivo con un ama que me lleva con correa?

—Puede que algo así.

Ester rehuyó los ojos que buscaban su mirada.

—¿Que soy el perro de Ebba? ¿Que no tengo voluntad propia? ¿Que ella me manda?

—No recuerdo bien.

Olof no parecía molesto, sino más bien interesado e indagador, como si de veras quisiera entenderlo mejor.

Se metieron por el barrio de Olof, aparcaron. Subieron en el ascensor en silencio. Ester recordó cómo se sentía la última vez que se montó en él, una infeliz mañana de noviembre, aplastada por una tonelada de oscuridad. De aquello hacía tres meses. Ahora la esperaba una velada nocturna sentada a la misma mesa de cocina pero con otro Olof, atento, afectuoso y agradecido de tenerla allí. Él subrayó lo divertido que era que Ester hubiese ido a ver su obra, lo mucho que valoraba su opinión y lo interesante que era compartir impresiones con ella. El halago parecía carecer por completo del cálculo del coqueteo. Olof quería saber al detalle lo que Ester pensaba de la obra, por lo que ella le hizo un análisis de lo que había visto. Él escuchó con atención y le preguntó qué le parecía el resultado en comparación con la de Ibsen; Olof se sentía más bien dudoso sobre las cualidades de la misma. Ester dijo que los dos autores tenían objetivos tan dispares que una comparación no le parecía procedente. Una obra se centraba en la realidad y la otra en el discurso. Una, en lo que el autor veía y oía en la realidad; la otra, en lo que el autor veía y oía hablando de la realidad.

—¿No es el hablar de la realidad parte de la realidad? —dijo Olof.

—Sí. Pero a otro nivel. Meta.

—¿De hecho no está cualquier cosa a ese nivel? Si somos sinceros sobre ello. ¿No es todo teatro?

—Si eres analista de discursos. Entonces, toda la existencia es texto y teatro.

—No sé qué es el discurso, pero creo que todo lo que la gente hace es teatro. Fuera del teatro fingen no hacer teatro. Por eso, el teatro es lo único auténtico y verídico, porque es sincero en su juego y sus máscaras. No finge ser auténtico.

Ester no contestó, pues mantenía la distancia, el frescor, la entereza interior, todo para no perderse a sí misma —o lo que ella consideraba que era ella misma, la auténtica Ester con una esencia de pensamientos y comportamientos que reconocía, recordaba y con los que se sentía cómoda— y meterse de lleno en antiguas tonterías. Estaba actuando, por así decirlo.

—¿Qué vas a escribir? —preguntó Olof.

—¿Cómo?

—El objetivo de tu trabajo era escribir algo, ¿no?

—¿Qué trabajo?

—El estudio de las dos obras.

—Ah, mi trabajo, sí. Nunca se sabe lo que puede salir. Por lo pronto, puedo utilizar todo lo que me pasa.

—O sea, que el trabajo era más placer. Una excusa para venir aquí.

Sus ojos brillaron. Pero, como Ester había decidido actuar de manera distinta, no lo admitió, no

se abrió ni se mostró inocente, no sacó a la luz lo que había entre líneas. Consiguió ese equilibrio a costa de una sobria distancia interior. Protegerse implicaba que había menos cercanía.

—No distingo entre necesidad y placer —dijo—. Disfruto de la necesidad y necesito el placer. Y el descontento.

—Incluso eso.

—Sobre todo, eso.

—Suena preocupante —Ester no dijo nada, ni tampoco sonrió para desarmarlo—. Me gustaría hacer lo que tú haces, escribir. Un actor depende tanto de los demás. Genera vínculos, pero también dependencia.

Esa noche, los comentarios sobre afinidad y las transferencias de la cuenta de Olof a la de Ester iban cayendo uno tras otro.

—¿En qué sentido no puedes escribir? —preguntó Ester.

—Simplemente, no puedo.

—¿Te refieres a que no puedes escribir nada que sea digno de publicar?

—Me refiero a nada en absoluto.

La pálida luz de la bombilla que en noviembre le había parecido dura y malévola se le antojaba en ese momento cálida y acogedora. Estuvieron sentados hablando más de dos horas.

Después Olof dijo, con una sencillez que resultaba nueva:

—¿Nos vamos a dormir?

Las camas en el dormitorio estaban juntas. No había ningún sujetador negro tirado en el suelo ni collares de plata en la mesita de noche. Se acostaron muy pegados el uno al otro. Era todo evidente y no hacía falta decir nada al respecto. Pero Ester temía el rechazo y apenas se atrevía a dejar que sus manos tocaran la piel de Olof.

—¿No te arrepentirás de esto, mañana? O dentro de diez minutos.

—Ya notas que no —susurró él con liviandad, como si no tuvieran una historia en común, como si la última vez que habían estado en esa cama no hubiese sido horrible.

—¿No te puedes quedar una noche más? —susurró Olof, mientras le acariciaba el cuerpo—. Podrías volver a Estocolmo mañana por la tarde mientras yo estoy actuando, coger algo de ropa y volver aquí.

Los impulsos de Olof eran como la pirotecnia: chisporroteantes, ostentosos, extinguidos.

—Me quedo todo el tiempo que quieras —susurró Ester.

Antes de quedarse dormida, un par de horas más tarde, pensó que hacía casi un año, ese día que estaba a punto de terminar, había llegado a Arvidsjaur.

La mañana siguiente era el momento del golpe dialéctico. Si había revés, llegaría en ese momento. Pero Ester no debía evitarlo, sino que debía descubrir la verdad, así que se pegó a la espalda de Olof y le pasó un brazo por la barriga. Y obtuvo respuesta. Olof hizo algo que mostraba que una nueva era había comenzado y que la antigua quedaba atrás: le acarició el reverso de la mano. Con aquel pequeño gesto dio en el acto una señal de ternura, una confirmación de que Ester podía estar tranquila y un reconocimiento de las vilezas de pasado.

Sus cuerpos se adentraron una vez más el uno en el otro. La mañana de febrero miraba a escondidas por las persianas entreabiertas para ver qué aspecto tenía la felicidad y el disfrute en su forma más pura. Después se ducharon, comieron y charlaron. Tenían todo el día por delante y Olof quería que salieran a dar una vuelta por la ciudad. Ester no le preguntó nada sobre los

motivos del cambio ni sus implicaciones. Si le pedía a Olof que lo explicara, el cambio perdería su incierta vaguedad y se vería abocado a adoptar los contornos de lo definitivo. Olof lo vislumbraría y se arrepentiría. Había que ser flexible y cruzar los dedos.

Salieron. El sol de invierno les escocía en los ojos, pero no calentaba. Se dirigieron al centro cogidos de la mano. Todas las formas y colores parecían nuevos, como si acabaran de salir de fábrica. El mundo era un sitio diferente al del día anterior y Olof Sten se comportaba como si hubiese cruzado una frontera y alcanzado un lugar desde el cual no había retorno posible.

Conversaron ininterrumpidamente, pero no de sí mismos, sino del mundo. Olof recitó una estrofa de un poema de Tegnér sobre el cual había escrito un trabajo cuando estudiaba teoría literaria, antes de entrar en la escuela de teatro. Los versos decían:

«Sin embargo a ti, humanidad, a ti te debo elogiar / la imagen de Dios, ¡tan veraz, tan acertada! / dos mentiras que por tu parte debes mostrar, / a una mujer y a la otra hombre las llaman. / De fe y honor existe una canción, que mejor es cantada cuando se vive la traición. / ¡Hijo del cielo!, en ti la única verdad / es la señal de Caín en tu frente al fuego marcada.»

—Hermosos pero terribles —dijo Ester—. Muy deprimente.

—La mayoría de lo que es cierto es terrible —dijo Olof.

Las casas empezaron a agolparse, se acercaban al centro neurálgico de Norrköping. Ester mencionó con cautela lo que Olof había susurrado por la noche, que podía quedarse una noche más, pero Olof dijo que era demasiado lío y arriesgado. Nunca se sabía lo que Ebba tenía planeado, por mucho que no hubiesen previsto verse este fin de semana, puesto que ella trabajaba. Hipotéticamente, podría presentarse allí en cualquier momento.

—Pero, al menos, ahora estamos juntos —dijo Olof.

—Y es maravilloso. Pero son las noches las que se anhelan.

El cambio era, sin duda, real, porque Olof respondió:

—Pero también hay noches en Estocolmo.

Y Ester siguió flotando entre guata y algodones.

Deambularon por las calles, fueron a una galería de arte en la que se miraron más el uno al otro que a las obras, siguieron caminando sin rumbo hasta que llegaron al antiguo barrio de fábricas convertido en una zona de museos, donde decidieron comer algo. Allí sentados con los platos llenos de comida del bufé, Ester le preguntó a Olof por sus relaciones anteriores, sobre cómo había vivido el amor, de qué manera habían empezado y terminado. Pensó que era buen momento para las profundizaciones de ese tipo. Olof no se molestó como en sus días ambiguos, sino que le habló de una mujer a la que había estado muy unido varios años atrás, durante su matrimonio anterior.

—¿Tuvisteis una relación amorosa?

—Se podría decir.

Un tanto escurridizo, reflexionó Ester, y volvió a sentir parte de su peso, pero de manera positiva. Olof nunca había hablado tan abiertamente.

—Entonces ¿tuvisteis una relación mientras estabas casado con la madre de tus hijos?

—Al final. Cuando ya estaba en las últimas.

Un poco escurridizo eso también. Los ojos de Olof se movieron de un lado al otro.

—¿Estuvisteis saliendo, después?

—Por un tiempo. Murió de cáncer.

—¿Mientras vivíais juntos?

—No, más tarde. El año pasado.

—¿Cómo se llamaba?

—Eszter.

—¿Cómo yo?!

—Pero con z. Su madre era húngara —explicó. Parecía que Olof quería aligerar el ambiente, porque con una risa que se prolongó en forma de una sonrisa sin demasiado sentido, añadió—: Sabes que se me dan mal los cambios y que me gustan las rutinas y repeticiones.

Pero Ester se empecinó, no quería alejarse de la seriedad una vez que, por fin, se atrevían a estar juntos en ella.

—¿Por qué se terminó?

Olof miró incómodo a un lado y al otro. Las preguntas comenzaban a ser demasiadas, pero respondió.

—Se quedó en nada.

Se quedó en nada. La frase preocupó gravemente a Ester. Pocas cosas quedaban en nada por ambas partes. Quien hacía referencia a ello con esas palabras solía ser aquel que se había cansado y que había dejado de llamar, el que se había enamorado de otra persona, quien había querido librarse de esa relación sin jaleo. Lo que para uno era nada para el otro era angustia y desesperación.

Ester se preguntó cómo habría descrito Eszter la historia. Pero estaba muerta y no podía describir nada. Lo que ella intuía la asustaba intensamente, pero a un nivel al que no podía prestar atención en ese momento. Los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas eran demasiado relevantes como para dejarse importunar por un momento de inquietud. Su pasión por fin estaba en paz, su deseo saciado, cuerpo y mente se hallaban en armonía, y sin ejercer ningún poder se había encontrado con el hombre que vivía en su interior día y noche. Les esperaba una nueva etapa, Olof lo había dado a entender. Ester tendría que dejar los titubeos para más tarde.

Pusieron rumbo a casa por las calles soleadas. Ester estaba cansada por la falta de sueño y la falta de costumbre de tanta luz. Eran más de las dos. Comentó que quizá debería ir tirando a Estocolmo. Debía ser disciplinada y no remolonear, mejor irse demasiado pronto que demasiado tarde. La independencia, si bien forzada, era la nueva estrella que la guiaba. Tenía que probar algo distinto a lo que antes había fracasado. Los avances de las últimas horas no debían desperdiciarse por una falta de autocontrol.

Había algo puro flotando sobre Olof. Tenía la cara relajada y la malicia y la burla ya no actuaban como vías de escape. Dijo que, si Ester no tenía por fuerza que irse en ese instante, le encantaría que se quedara hasta que él fuera al teatro, sobre las cinco.

—Pues así lo haré.

—Me alegro.

Cuando llegaron a casa, se tumbaron en la cama y echaron una siesta muy pegados. Se despertaron a la vez y Olof dijo, jugueteando:

—Vaya, estás aquí —tras lo cual se abrazaron y el deseo se disparó en los dos. Él metió una mano por dentro del pantalón de Ester y susurró—: Es increíble hacer el amor contigo. Pero no nos da tiempo.

—Sí que nos da.

Aún no había oscurecido. La luz entraba en el piso como solo puede hacerlo la luz de media tarde en febrero, generando cuadrados, rombos y puntos en la habitación.

Olof se duchó y Ester se sentó en la taza, y disfrutó de verlo desnudo, de estar con él, de tocarlo cuando le apeteciera. El sol los miraba desde la hilera de árboles. Ester mencionó que faltaban

cinco semanas para el equinoccio primaveral, lo cual significaba que por las tardes había la misma luz que en el cambio de mes de octubre a noviembre. Olof dijo que le parecía raro, porque a finales de febrero daba la sensación de que hubiera mucha más claridad. Los dos estuvieron de acuerdo en que las diferencias debían de proceder de las expectativas. En febrero, cuando ya te has acostumbrado a la oscuridad, cada rayo de luz era un regalo, mientras que en octubre te despojaban de la luz que habías tenido. El resultado era el mismo, pero las vivencias no tenían nada que ver.

Se abrazaron con fuerza en el pasillo.

—Me gustaría no tener que trabajar esta noche —dijo él—, salir a cenar contigo a algún restaurante, bistec con patatas fritas, tomarme una cerveza bien grande, desconectar.

—Sería fantástico. Pero el público del teatro lloraría.

Olof le deslizó entre risas un dedo por la mejilla.

—No lo creo. Me tienes sobrevalorado.

Condujo el primer tramo al salir de Norrköping bajo la penumbra azulada del anochecer, la que descendía sobre aquellas tierras justo antes de que la oscuridad se posara, totalmente en paz.

El silencio del fin de semana que siguió fue distinto a otros silencios. Ester aprovechó para trabajar intensamente, mientras su cuerpo aún seguía satisfecho y la inquieta necesidad de rellenar el vacío todavía no había aparecido. Se pasó la mitad del sábado y la mitad del domingo escribiendo, y el resto del tiempo lo pasó leyendo. No se llamaron. Era el último fin de semana de Olof en Norrköping, le había dicho que iba a limpiar el apartamento y que luego volvería unos días a Estocolmo; después lo esperaba una gira un poco más larga a nivel nacional. El domingo por la tarde surgió la primera intranquilidad, arrastrándose. ¿No debería Olof querer llamarla? ¿No debería ser incapaz de aguantar? Ester siguió trabajando, pero le costó un poco más. Palabras, palabras, era lo que las personas necesitaban. Las palabras se habían desgastado tras miles de años de uso, pero también adquirirían su efecto excepcional gracias a esos mismos milenios de uso. ¿Debería parar? Había más que suficientes libros en el mundo y, aunque la abundancia fuera la premisa para que hubiera ejemplares especialmente buenos, no hacía falta que ella aumentara la basura para que las flores de otros pudieran crecer en el vertedero que ella estaba ayudando a crear con su esfuerzo.

Se obligó a continuar un rato más. Era imposible hacer algo si no se le encontraba el sentido. Para tener ánimo de preocuparse por el mero hecho de vivir había que exagerar el significado de todo.

Al terminar la tarde, el tormento por el silencio de Olof era agudo y la noche se hizo larga. Ester comprendía que jamás conseguiría volver a dormir bien sin aquel cuerpo caliente pegado permanentemente al suyo. Con haberlo sentido una vez, la pérdida es eterna, los despertares de lo erótico-romántico son procesos irrevocables.

El lunes a mediodía, el desasosiego había aumentado hasta alcanzar la desesperación. La angustia de repetir hizo que Ester tomara la medida que más la acercaría a eso mismo: le mandó un pequeño saludo en forma de SMS. La ausencia de respuesta la hizo precipitarse a la cámara de torturas. Desde allí llamó a Olof y le preguntó qué tal estaba.

—Bien, gracias. Estupendamente. Los pájaros cantan y es primavera.

Su despreocupación no la incluía a ella, solo a la primavera. Quien lleva una gran añoranza dentro y un hoyo que no se llena por la persona que ha elegido se pone celosa incluso del trino de

los pájaros. Ni una palabra se dijo del tremendo giro que se había dado entre ellos. La ausencia de palabras se hizo difícil. Para Ester no había fenómenos reales hasta que eran verbalizados. Para Olof, al verbalizarlos se desvanecían.

—¿Has pensado algo en mí? —le preguntó.

—Sí.

—¿Y qué has pensado?

—Que la última vez estuvo bien.

¿Bien? ¿No fue mejor que eso?

—¿Qué crees que pasará ahora?

—¿Con qué?

—Nosotros.

—Si vamos a estar hablando de nosotros todo el rato, se me quitan todas las ganas de esto.

Un comentario nada bueno, pero Ester se aferró a las palabras «de esto». Tenían algo que ahora él llamaba «esto». Olof dijo que aquella mañana había leído en el *Dagens Nyheter* acerca de una exposición sobre el origen del ser humano y había pensado que le gustaría ir a verla con Ester. Ella también había leído el artículo, pero no era compañía para ir a los museos lo que deseaba. El punto cero de la semana anterior se había esfumado por completo: lo que entonces le había infundido alegría se había vuelto amargura. El temor de antaño, de que todo le sería arrebatado en cuanto lo pusieran en sus manos, se le echó encima.

—O sea, que no vamos a acostarnos.

Olof soltó un suspiro.

—Se pueden hacer las dos cosas, ¿no?

—Desde luego que sí. Me encantaría ir contigo al museo.

Así, se citaron el jueves a las doce en el centro comercial Fältöversten, en Östermalm. Olof debía de haber elegido el sitio por algún recado que tenía que hacer allí, pensó Ester, porque no quedaba de camino al Museo de Historia Natural, donde era la exposición, pero debía de haber pensado que desde allí podrían coger el metro juntos hasta Frescati.

A las doce menos cinco Ester estaba junto a la puerta de Valhallavägen. Tiritaba de frío, así que se metió en la galería para entrar en calor, volvió a salir, esperó. A las doce y diez Olof todavía no había aparecido. Cuando Ester lo llamó, no sin cierto titubeo, y le preguntó dónde estaba, él le dijo que al otro lado del centro comercial, en la boca de la plaza de Karlaplan.

La desidia de Olof había vuelto, la pequeña nota de descuido en sus encuentros. La diferencia respecto del jueves por la tarde era obvia, cuando ella había llegado a Linköping y él se había preocupado tanto por el aparcamiento como por el lugar y la hora exactos donde verse. Ahora todo volvía a ser inconsistente y aproximado. Si quedaba un remanente mínimo en su cuenta, se había deformado, se había vuelto parcial y había decaído. Irritada, Ester cruzó la galería principal de Fältöversten. Estaba convencida de que habían quedado en la boca de Valhallavägen. Su creciente suspicacia ante este tipo de descuidos y sus consecuencias nacían de una confianza erosionada. Se había desgastado mucho tiempo antes de que conociera a Olof y se había ido desmenuzando un poquito con cada nuevo amor.

Salió a Karlaplan. Allí estaba Olof, esperando con una expresión neutra. Lo primero que dijo fue que menos mal que ella no había aparecido a las doce, porque entonces había pasado por allí una amiga de Ebba y se había parado a hablar con él. A Ester la confundía que Olof se preocupara por aquello. Tenía que haberse decidido a dejar a Ebba, cualquier otra cosa sería incomprensible, teniendo en cuenta lo que había ocurrido entre ellos los últimos quince meses y que había

culminado la semana anterior. Era sensato pensar que Olof se estaba preparando mentalmente para el inminente día en que amigos y enemigos se enteraran de que la relación con Ebba había quedado zanjada y que había iniciado una nueva. Con lo cual, ¿por qué preocuparse porque una amiga de su esposa los viera juntos? Más bien, ese encuentro debería ser bienvenido, pues podría ayudar a Olof a proclamar el mensaje que tanto le costaba articular.

Ester no le preguntó nada al respecto. No era el momento. Nunca lo era. Puso rumbo al metro y Olof le preguntó adónde iba.

—Al Museo de Historia Natural.

Cuando Olof se enteró de que la exposición sobre el origen del ser humano no estaba en el Museo de Historia junto a Djurgårdsbron, como él creía —y lo cual, para alivio de Ester, explicaba por qué se encontraba en la boca de Karlaplan—, propuso que cambiaran de objetivo y fueran a ver la exposición de primavera en la galería Liljevach, en Djurgården.

Así lo hicieron, y luego se abrazaron largo y tendido en un rincón del guardarropa de Liljevach.

En el autobús de vuelta de Djurgården, llamó la hermana de Olof. Ester le oyó decir que «nunca se había encontrado mejor», lo cual hizo que incluso ella sintiera un bienestar como nunca antes. Él la tocaba y ella a él, estaban sentados lo más juntos que podían.

Iban de camino a Kungsholmen, la oficina de expedición de pasaporte que había allí. Olof necesitaba un pasaporte nuevo. Iba a ir a Roma en Semana Santa, a Roma con su mujer, el viaje que habían reservado en otoño. A lo mejor no habían podido cancelarlo. Ester pensó que Roma sería el golpe de gracia. Ir de viaje con una esposa a la cual estabas a punto de dejar no podía ser sino insoportable.

En la oficina de expedición se encontraron con una actriz con quien Olof había trabajado en una obra unos años antes y con la que se mostraba escéptico desde entonces, lo cual, hablando claro, significaba que él creía que aquella mujer se mostraba escéptica con él y su talento. Olof no se acercó a saludarla, sino que esperó a que ella se percatara de su presencia. No lo hizo. Aquello provocó que él se sintiera ninguneado, humillado e infravalorado. Ester señaló que la mujer, en verdad, no lo había visto. Él le preguntó si no pensaba que los actores eran un colectivo inusualmente estúpido y que la actuación era algo ridículo. ¿Fingir y disfrazarse?

—Por supuesto que no.

—Los actores son tan amanerados.

Con este intercambio de palabras, Ester comprendió que Olof se hallaba en una intensa proximidad mental a ella. Solo era en momentos así en los que hablaba mal de su trabajo y de quienes lo ejercían. Las veces que Olof había querido apartar a Ester, había recurrido a su profesión para que ella entendiera que jamás tendría acceso al gremio de los actores.

Ester observó los cambios de Olof con condescendencia y pensó que aquel autodesprecio desaparecería cuando estuviera con ella.

La oficina de expedición de Bergsgatan quedaba cerca del piso de Ester. Cuando hubieron terminado y se dirigieron a la parada de autobús de Hantverkargatan, ella le preguntó si iban a su casa. Le parecía lo más natural. Eran las cuatro.

—¿Qué vamos a hacer en tu casa?

—A algunas personas les va especialmente bien un entorno hogareño.

—No. No estoy receptivo.

—Pero yo sí.

—Tú siempre estás receptiva.

—Claro, como contigo pasa tan pocas veces.

—¿Conmigo, pocas veces? ¿Acaso pasa con alguien más, mientras tanto?

El pequeño atisbo de inquietud en su tono de voz no le pasó desapercibido a Ester. Olof siempre se ponía alerta cuando se le recordaba que era sustituible. Ester no tenía intención de aprovecharse de ello, solo jugar un poco, y lo cierto era que, por el momento, él era insustituible.

—No, con nadie.

—Esta tarde he quedado con mi hijo. Vamos a ir a cenar.

El restaurante al que iban a ir estaba en Rörstrandsgatan, al otro lado del Karlbergskanalen, a cosa de un kilómetro del barrio de Ester, y ella le dijo que, si quería, después solo tendría que cruzar el puente y llamar al interfono.

—Pero a lo mejor se me hace tarde —dijo él.

—No pasa nada. Puedes llamar a las tres de la mañana, si quieres.

El autobús bajó por la cuesta desde Polhemsgatan y se despidieron con besos. Ester volvió caminando a casa por Hantverkargatan presa de complejas cavilaciones. Olof no había comentado que el fin de semana hubiese sido un error ni una sola vez, ni siquiera lo había insinuado ni había marcado distancias. Eso era algo nuevo y era positivo. Él no retiraba nada y apenas mostraba ambigüedad. Dicho de otro modo, todo sonaba prometedor, pero a ella no le parecía prometedor. Todo avanzaba demasiado despacio. Olof era demasiado lento. Ella quería que su vida juntos arrancara de una vez.

Las personas siempre se buscan vías de escape, había leído una vez, incluso de lo placentero; sobre todo, de lo placentero. Pero entonces ¿por qué no quería ella ninguna vía de escape para alejarse de Olof ni de ninguna otra persona a la que había amado? Toda su vida había huido de la reclusión y de la obligación, pero nunca de los sentimientos amorosos. Siempre iba a buscarlos corriendo. ¿Por qué ninguno de los hombres de los que se enamoraba hacía lo mismo?

Una tarde, Ester fue a una cena-reunión con el equipo de redacción de una revista de política, sociedad e ideas del que formaba parte. La celebraron en el restaurante Elverket, en Östermalm, donde servían comida rústica bien cocinada acompañada de miniporciones variadas y salsas cremosas.

A Ester le gustaban aquellas cenas con la redacción. Las conversaciones que entablaban eran interesantes y le aportaban nuevo material para meditar, y siempre se comentaba algo en lo que no había reparado nunca. Quedaban cuatro veces al año, lo cual era lo suficiente como para que no surgieran intrigas, a pesar de las tensiones ideológicas que había en el grupo.

Acordaron que el tema de discusión de la siguiente cita sería la filosofía de la conciencia y el problema del libre albedrío desde una perspectiva política y jurídica. ¿Cómo debería conformarse, idealmente hablando, un sistema judicial moderno a partir de los últimos descubrimientos sobre el cerebro?

Se repartieron una serie de temas en los que cada uno debía profundizar y discutieron sobre artículos que podían encargar a colaboradores externos.

Cuando se despidieron ya habían dado las once. Ester caminó un rato con una compañera del grupo, una economista extremadamente pragmática en su visión moral y que tenía el pragmatismo como único principio, por lo que no estaban de acuerdo en demasiados aspectos, pero a Ester le parecía simpática, además de considerarla muy leída y viajada. Solían quedar aparte de los encuentros oficiales para hablar sobre tendencias modernas. En esa ocasión no hubo nada de eso, porque Ester se puso a hablar enseguida de su situación con Olof. Como no había llegado a buen

puerto, aún la carcomía la necesidad de hablar. Todavía tenía la esperanza de que alguien le pudiera explicar aquello que ella no entendía: que los hombres a los que conocía no pudieran dejarla estar, pero al mismo tiempo quisieran tan poco y pusieran tantas limitaciones. Era una actitud que a Ester le resultaba ajena. En el amor, ella era de querer algo o no quererlo, y nunca titubeaba ante la diferencia.

La otra mujer mostró una severidad inesperada ante esta cuestión. Instó a Ester a romper de inmediato o bien abandonar la esperanza de que Olof fuera a divorciarse algún día y aceptar que de él solo recibiría las migajas. Eran las dos alternativas que se le ofrecían y Ester debía decidirse por alguna, no fuera a ser que terminara sufriendo una desgracia aún mayor.

Subieron por Kungsgatan, las dos solas, con excepción de algún transeúnte nocturno y algún perro con dueño. Ester dijo que no lograba entender por qué alguien podía querer seguir con una esposa con la que no estaba a gusto si había conocido a otra persona con quien prefería estar.

—No es cuestión de preferir o querer más —dijo la economista—. Él quiere un poco de cada y asegurarse de que la fuente no se agota nunca.

—Pero de esta forma la suma resulta mucho menor. Todo es a medias y más prematuro de lo que podría ser.

—A él no se lo parece. Desde su punto de vista, es una amistad. Tú no quieres tener solo un amigo, ¿no? Es imprudente, así de sencillo. Te expones al gran riesgo de quedarte sola de golpe. Tienes distintas amistades para distintas funciones y necesidades, ¿no es así? Él también, con la diferencia de que son secretas y de que se acuesta con ellas.

—Pero yo tampoco estoy tan unida a mis amistades como lo estoy a un compañero sentimental, son relaciones más diluidas, distanciadas y benévolas, incluso corteses. Nunca aguantaría quedar con ellas todo el rato, precisamente porque son relaciones diluidas y benévolas, y tienen que serlo para que no me sienta invadida. La cercanía de un compañero sentimental tiene que ser o bien total, para poder vivir juntos, o bien tiene que diluirse como cuando se comparte con otras personas, y entonces no hay vida juntos. Es la barrera mental derribada ante el ser amado lo que hace que quieras y puedas lidiar con la proximidad en el espacio físico, donde estar con la otra persona es como estar contigo misma, pero mejor. Cuando te fusionas con alguien, cosa que ocurre literalmente mediante el acto sexual, la frontera entre los amantes se difumina. Eso permite que podáis estar juntos siempre. Cuando hay dos individuos sin barrera mental y física entre ellos, estás contigo misma cuando estás con la otra persona. En cambio, si son dos individuos y la barrera se mantiene, tienes que estar atenta a tus límites y pensar en cómo te comportas, tienes que ser considerada y cuidadosa, la distancia es mayor y la fricción es menor, pero nunca puedes relajarte del todo con el otro. Acaba siendo cansino, por lo que tienes que descansar estando sola. Las relaciones amorosas solo funcionan si se permite que la barrera se derrumbe, cuando entras y sales del espacio mental y físico del otro sin limitarte a ti misma, cuando lo compartes todo sin darte cuenta, precisamente porque la barrera ha desaparecido. Si no, resulta igual de fatigoso, mentalmente, que estar siempre cerca de alguien a quien estimas pero con quien no tienes intimidad mental y que te hace ser siempre consciente de tu propio contorno. Es por eso que hijos y padres aguantan vivir juntos hasta que los niños se convierten en adultos, pero luego ya no. Y, entonces, el niño empieza a buscar una nueva barrera que derribar hacia otra persona. Porque no es hasta que se alcanza ese estado sin barreras que uno se conoce a sí mismo del todo.

El monólogo de Ester había durado toda la subida de Kungsgatan, y de vez en cuando la economista había inferido pequeños comentarios y sonidos guturales.

—Me gusta tu teoría, Ester, una barrera ante el ser amado que acaba por desaparecer. Es justo

eso lo que se siente, es lo que se busca y lo que hace que quieras estar en el mismo espacio día tras día, noche tras noche, año tras año. Pero las personas tienen sentimientos encontrados. Muchas no quieren tanta proximidad como tú. Quieren vivir una vida distendida. La cercanía las asusta. La cercanía es peligrosa. Te arriesgas mucho cuando intimas con alguien. Te arriesgas a ser abandonada y perder lo que has tenido o tenías expectativas de tener. Te arriesgas a conocerte de verdad a ti misma y tener que mostrarte desprotegida delante de otra persona. Por eso, mucha gente tiene dos relaciones y más, a pesar de todo. No por haberse aburrido de su matrimonio ni porque cuanta más diversión, mejor, sino para poder cubrirse un poco, protegerse de las pérdidas y de la vulnerabilidad.

—El riesgo de ser infeliz es el precio que se paga por la felicidad —dijo Ester—. Es el precio de lo sublime.

—No puedes partir de ti misma y tu propia percepción todo el tiempo. Tú tienes otros objetivos que los que estamos analizando. Yo una vez viví como tú, en clandestinidad involuntaria. Pasé quince años cruzando los dedos para que él se divorciara y, cada vez que me venía abajo, pasaba algo que me convencía de que iba a suceder bastante pronto, una mínima prórroga que hacía que estuviera segura de que él, un día, a pesar de todo, dejaría a su esposa, aunque solo fuese por cansancio. Daba la sensación de que él estaba esperando el momento oportuno. Yo lo vivía como que estábamos subidos en una escalera de caracol que ascendía hacia la luz. Pero era una espiral de esas que terminan con una verja cerrada con candado. El momento oportuno nunca llegó. Un día le dio un derrame cerebral y murió. Me enteré por la prensa. Colgaron una necrológica diciendo que había muerto y a quiénes dejaba atrás.

Se detuvieron en Hötorget, donde sus caminos se separaban.

—¿Te quemaste para siempre, crees? —dijo Ester.

—Por una larga temporada, seguro. Y para siempre en lo que respecta a ese tipo de relaciones —especificó. Ester asintió comprensiva con la cabeza, pero pensó que no podía ser todo igual cada vez, en alguna ocasión el patrón debía cambiar, porque las personas no eran idénticas—. Cuidate —dijo la economista—. Ve con cuidado. Es tan fácil cargarte tu vida por esos momentos de euforia, son puro peligro de muerte. De pronto, los años han pasado.

Desde allí, el paseo hasta casa duró veinticinco minutos. El aire era frío y seco. En el canal había placas de hielo flotando, se veían grises sobre el agua negra. Al día siguiente, viernes, Olof se iba de gira. Hiciera lo que hiciera Ester, él siempre se le escapaba. Si quería vivir cerca de él, a lo mejor le tocaba hacerlo en las sombras: una existencia ininterrumpidamente preliminar y sin más elecciones que dejarlo correr o permitir que él mandara. Así no podía vivir. Ni podía vivir tampoco de ninguna otra manera. Prefería tener una fracción de Olof antes que no tener nada. Los breves instantes que estaban juntos Ester sentía la plenitud de la vida. En esos momentos se cerraba el agujero de su interior, el alarido callaba. No podía dejarse guiar por los chascos de los demás.

Alrededor de la medianoche llegó a casa y vio que Olof había llamado al fijo un par de horas antes. La sangre comenzó a correr, el corazón estaba a punto de salirse del pecho. Ester comprendió que por fin había logrado superar sus barreras de protección: él quería algo de ella, se estaba asomando. A la larga, Olof no sería capaz de resistirse al amor que ella le profesaba. Con una sensación placentera que nacía en lo más hondo de su médula espinal, se metió en la cama. Apenas le dio tiempo de quedarse dormida y empezar a soñar cuando el timbre del teléfono la arrancó del mundo onírico.

—¿Te he despertado? —dijo Olof.

—Qué va.

—Solo quería saber cómo estabas. Justo iba a acostarme.

Se le notaba cálido y suelto por el alcohol y el anhelo. Era en esos momentos cuando a Ester más le gustaba.

—¿No podrías venir aquí? —dijo.

Él se tropezó con su propio asombro, como hace quien oye lo que estaba deseando oír pero no se atrevía a proponer.

—¿Cómo llego hasta allí?

Nadie podía sonar tan indefenso como Olof. Ester adoraba aquella patosa pusilanimidad cuando afloraba y no le cabía ninguna duda de que Olof conocía su efectividad.

—Taxi —dijo Ester—. Coge un taxi. ¡Yo te lo pago!

Pasó un cuarto de hora. Luego Olof estaba delante de la puerta de Ester vestido con unos mocasines italianos relucientes que ella no había visto antes. Nunca lo había visto ni en mocasines ni llevando nada lustrado. Eran demasiado finos para la época del año, pero a Ester la conmovió la molestia y el sacrificio que implicaba el no tratar de parecer indiferente. Anteriormente, ese detalle había resultado tan importante para él que se había presentado mal vestido, muchas veces sin acicalar y despeinado, para que a Ester no le diera por pensar que él le daba alguna importancia a sus citas o que se esforzaba por ella. Como había algo antinatural en vestirse mal, era el proceso inverso a vestirse bien, ella siempre lo había interpretado como que los encuentros más bien significaban demasiado para Olof.

Su sonrisa era avergonzada y suplicante, allí de pie en el quicio. Parecía ruborizarse por su deseo y la debilidad de no poderse resistir. Por eso Ester debía ser muy cuidadosa, lo sabía. Con las personas que se dejaban llevar por la vergüenza y el autodesprecio, se requería mucho tacto cuando se entregaban a su anhelo. Cuando luego el péndulo arremetía, lo hacía con suma fuerza contra quien hubiera ocasionado esa vergüenza. Pero el golpe fue liviano. La única defensa a la que Olof recurrió fue decir que Ester llevaba un pijama sorprendentemente feo.

Se sentaron a la mesa de la cocina y estuvieron un rato hablando, pero pronto fueron a acostarse. Los fuegos de la ternura y la concupiscencia ardieron durante las horas que siguieron, con virulencia crepitante.

A la mañana siguiente, Ester llevó en coche a Olof bajo una neblina soleada que daba al Parlamento, el Ayuntamiento y Rosenbad el aspecto de un escenario romántico. Cruzaron Centralbron a buen ritmo, continuaron por Gamla Stan hasta llegar a Slussen. Las mejillas estaban rosadas y en la mirada se percibía el cariño de ensueño que surge tras un encuentro amoroso de éxito. Poco más tarde detuvo el coche delante del portal de Olof, apagó el motor y le puso una mano en el muslo. Una vez más, había llegado el momento de la separación, una de tantas. ¿Él también lo sentía así? Ester no lo sabía y tampoco lo tanteó. A lo mejor, Olof se sentía más contento de verse de vez en cuando que triste por tener que despedirse cada dos por tres.

Algún que otro transeúnte fue testigo del beso que se dieron por encima del cambio de marchas. Después, él cruzó la calle y se despidió con la mano desde el portal. En unas pocas horas se iría a Gotemburgo, el punto de inicio de la gira. Ester no sabía cuándo se volverían a ver, pero por primera vez se le antojó obvio que se verían de nuevo.

Dio media vuelta, llegó a casa y se puso con las tareas del día. Olof no tardó en llamar. Dijo que se había echado una siesta y dado una ducha fría, pero que aun así estaba agotado por los

ejercicios nocturnos. Se rieron con complicidad. Olof inhaló aire para soltar lo que quería decirle.

—Oye —dijo—. A lo mejor deberíamos tomárnoslo con calma con las llamadas durante el fin de semana —Ester aguardó la continuación—. Es que Ebba vendrá a verme a Gotemburgo.

Estaba usando la misma expresión que hacía un año y dos meses antes de Navidad, cuando debían tomárselo «con calma con los mensajes durante las fiestas». E igual que los primeros cristianos pensaban que el reino de los cielos estaba cerca, realmente se lo creían y vivían y actuaban en base a ello, e igual que muchos socialistas no podían creer sino que la revolución estaba esperando al siguiente desplome de la bolsa, aquella vez y todas las siguientes, esa incluida, Ester había pensado realmente que la ruptura era inminente y había actuado en base a ese sueño. ¿Debería hacer ahora lo que Pablo y los sucesores de Lenin se habían visto obligados a hacer: aceptar que no habría reino de los cielos que alcanzar?

¿Cómo era posible que recibiera a su mujer en Gotemburgo ese fin de semana, después de todo lo que había cambiado y sucedido últimamente? ¿Cómo podía siquiera considerar la opción? ¿Y cómo iba a poder dejarla si ni siquiera se atrevía a decirle que ese fin de semana no era buen momento para que fuera a verlo? ¿Debería dar comienzo a su ruptura! Frustrar la visita de Ebba sería un comienzo razonable, una forma de señalar que ya nada iba a ser como antes. Difícilmente Olof podía necesitar más tiempo para pensar ni para prepararse.

—¿Hola? —lo escuchó decir—. ¿Sigues ahí?

¿O acaso ya tenía un plan para llevarlo a cabo? ¡A lo mejor tenía que tener contenta a su mujer hasta volver de Roma! Una vez finiquitado el viaje, se lo explicaría a Ebba y se separarían. Así debía de ser, naturalmente.

—No sabrás nada de mí hasta que no haya moros en la costa.

—Gracias, Ester. Hablamos pronto. Hablamos.

Olof sonaba íntimo, pocas veces Ester lo había sentido tan cercano. En breve, la informaría de su divorcio y de que era completamente libre. No quería preocuparla con los sucios detalles de la separación, eso era todo. Era honroso por parte de Olof hacerlo así, pensó.

La gira de Olof recorría todo el sur de Suecia. A medida que iban transcurriendo los días, Ester quería consolidar su alianza, convencerse de que los dos eran una pareja que, tal como hacen las parejas, querían verse en cuanto surgiera la oportunidad. Pues eran una pareja, si bien una pareja extraña.

Así que Ester le escribió a Olof que había tenido una idea. Si cogía el coche y bajaba a Halmstad, donde él actuaría la semana entrante, desde allí podrían ir juntos a Copenhague a pasar el fin de semana, y luego lo podría llevar a Hässleholm a tiempo para la función del martes. Ella tenía mucho trabajo, le escribió, pero podía hacerlo en cualquier parte.

A sus ojos, el plan no tenía fisuras. En sus fantasías, se veía con él deambulando de la mano por Copenhague, en la cama, en las cenas, los desayunos. La idea debía poder captarse al vuelo y Ester esperó impaciente la respuesta.

No llegó ninguna. Pasaron veinte horas. Veinte horas sin respuesta significaba «no». También significaba maltrato. Así no se comportaba una persona cariñosa y anhelante con la que acaba de iniciar una relación amorosa, eso Ester Nilsson lo tenía claro. Lo que no comprendía era qué quería Olof de ella y qué era lo que sentía. Meterse en una relación amorosa con una persona a quien al mismo tiempo se deseaba mantener a distancia le parecía irracional, pero algún motivo debía de haber para que a ojos de él ese comportamiento pudiera resultar racional.

Pasadas las veinte horas, Olof le escribió que él y su amigo Max Fahlén, de la compañía, habían decidido pasar los días sin función en la casa de Escania.

Veinte horas tiradas por la borda. Un año y medio tirado por la borda. Ester se sintió cansada de la vida y de permitir que Olof se la robara. No contestó al mensaje. Había tanto que decir que era mejor no decir nada.

Tras unos días de silencio, Olof la llamó al fijo a la una de la madrugada. Ester se despertó con el timbre del teléfono. Olof sonaba avergonzado y dijo que le había mandado un SMS hacía un cuarto de hora, y que no había recibido respuesta.

Ester había empezado a apagar el móvil por las noches para no mirarlo constantemente. Tardó un rato en encenderlo.

—Pensaba que estabas de fiesta —dijo él.

—No. estoy durmiendo.

—Qué bien.

Molesto, Olof le recordó que le acababa de enviar un mensaje que ella no había contestado. Sonaba como si le estuviera preguntando por qué. Ester no mencionó las veinte horas sin respuesta ni lo que había sentido entonces. Cuando consiguió abrir el mensaje, lo leyó en voz alta para que él pudiera oírlo:

«Ester. Claro que quiero verte, encontrarte, recibirte. Pero la situación es complicada. Podemos vernos el próximo domingo por la tarde, después de que Ebba haya vuelto a Borlänge.»

Olof abrió la puerta de su balcón, que daba al mar en Falkenberg, y le pidió a Ester que escuchara las olas romper.

—Claro que quiero estar contigo —dijo.

¿Había estado él pensando lo contrario? ¿Por qué, si no, aquella insistencia en lo que Ester había pensado que ya estaban de acuerdo?

—Ah. Ya. Bien.

—¿Puedes el domingo que viene?

—Falta mucho. Más de una semana.

—La gira pasa rápida y la primavera pasa rápida.

—¿Tú crees? A mí me parece que pasa muy despacio.

—No, pasa deprisa. Después volveré a estar en casa.

—¿Qué ocurrirá entonces?

—Iremos viendo, un poco —respondió. Otra vez esa expresión. ¿Recordaba Olof que la había empleado por primera vez en una bodega, bajo el Ascensor de Katarina, ese mismo día hacía un año?—. Pues nos vemos el domingo dentro de nueve días, en cuanto Ebba se haya marchado.

—¿Tenemos que guiarnos por ella todo el tiempo?

—Tenemos todo el tiempo del mundo, tú y yo.

—¿Lo tenemos?

Olof trasteó con sus cosas y se aclaró la garganta como para confesar algo. Era un carraspeo que Ester no conocía. Luego dijo, un poco lento y tieso:

—He estado un buen rato hablando con Barbro Fors, mi colega de la compañía. Hemos hablado de escribir algo juntos. Una revista, a lo mejor. Representarla en algún escenario de alguna parte. O buscarnos un pequeño teatro juntos. Barbro es maja.

Ester percibió algo peculiar y forzado en el tono de voz y la transición, un atisbo de culpa y un sentimiento de obligación de tener que informar. La voz de Olof volvía a contener aquel singular vibrato.

—¿Sois muy amigos, Barbro y tú?

—Hablamos bastante. Me parece que le gusto un poco. Eso creo.

—Y os veis cada día y trabajáis cada noche, y estáis dando vueltas por el país con una compañía de teatro. No suena bien. ¿A ti te gusta?

Olof soltó una risotada, un poco demasiado alegre, siendo como era el único que sabía cuál era la situación real.

—Bah. No es mi tipo —respondió, y una lanza de hielo penetró en Ester. Era la misma frase con la que había despachado la pregunta celosa de su mujer sobre Ester. «No es mi tipo.»—. ¿Hola?

—Estoy bastante cansada. Quiero irme a dormir.

—Hablamos —dijo Olof suplicante—. Que duermas bien.

Ester no pegó ojo en toda la noche. Le daba vueltas a la cabeza. Aquella mujer con la que Olof intimó una vez y que se había muerto de cáncer, la que se llamaba Eszter con z, ¿podría ser que la cosa quedara en nada porque la mujer de Olof cortó con él debido a su relación con Eszter? ¿Se daba el caso de que cuando la que había sido la amante de Olof se convertía en la única mujer la cosa dejaba de ser interesante, independientemente de quién o cómo era ella? ¿Eran las mujeres para Olof Sten meras funciones, piezas en un juego de ajedrez que estaban sujetas a una serie de relaciones predeterminadas? Si la secreta se tornaba oficial, él necesitaba a otra persona en secreto para alcanzar el equilibrio y la distancia adecuada respecto a las dos. Si solo tenía una, en

un acuerdo de mutuo equilibrio, donde ambos se mostraban igual de vulnerables y desnudos ante el otro, él se sentía débil y sumiso. Por tanto, comenzando una relación regular con él, ¿había Ester ocupado dentro de Olof el lugar de la esposa triste y exigente, tras lo cual él, inmediatamente, necesitaba iniciar una historia con Barbro Fors para poder compensar a Ester, igual que se había buscado a Ester para compensar a Ebba?

Parecía imposible. Tenía que ser imposible. A la mañana siguiente se apresuró a llamar a Fatima, que tenía experiencia en esas cosas. Mientras los tonos se sucedían, tuvo pensamientos terribles sobre Olof: que era de naturaleza servil, pero luchaba contra ello a base de terquedad y rebeliones infantiles contra la autoridad y que nunca buscaba realmente su libertad. De ahí su forzado ir y venir entre el afecto y el desprecio. Pegaba tirones a su cadena para que el público sintiera lástima por él y no vieran que esclavo era exactamente lo que quería ser.

Ester Nilsson sabía que el esclavo busca su propio esclavo para oprimir. ¿Era ella? La que tan pacientemente esperaba la maduración superior de Olof, la que quería liberarlo de sus grilletes y mostrarle el camino de la reciprocidad amorosa, no, eso no podía considerarse esclavitud, a menos que todos los liberadores comprometidos terminen tarde o temprano sometidos al objeto de sus reformas y sus actos de salvamento.

¿O era Ester el insecto que el niño descuartiza agachado, al que le arranca las alas y lo observa sin entender por qué no emprende el vuelo, al mismo tiempo que se sorprende ante la estupidez del bicho que se ha dejado dominar por una personita tan insignificante?

Fatima iba de camino al trabajo cuando contestó al teléfono. La escuchó preocupada. Lamentablemente, no era imposible en absoluto, dijo. No había nada que sugiriera que Olof hubiese querido jamás liberarse ni que tuviera planes de hacerlo, porque no le interesaba. Fatima consideró creíbles las sospechas de Ester en relación con Barbro Fors.

Al colgar, Ester sintió que se asfixiaba. Entonces, ¿era porque había comenzado a acostarse también con Barbro Fors que por teléfono desde Falkenberg hablaba de ella con la torpeza y calidez propias del recién enamorado? ¿Era porque la relación con Barbro Fors estaba en construcción que había desaparecido durante varios días para luego dar señales de vida con una nueva y frágil intimidad? «Claro que quiero verte, encontrarte, recibirte. Pero la situación es complicada.» ¿Le había escrito eso justo después de volver de la cama con Barbro Fors, en un arrebató de necesidad de compensar a Ester, siempre esclava de sus fluctuaciones? ¿Y era así como había sonado Olof al volver a casa con su mujer, lleno de culpa y sucio arrepentimiento, después de sus encuentros amorosos con Ester, pero al mismo tiempo con nueva y vigorosa vitalidad? «Querida Ebba, claro que vamos a ir a Roma, te quiero y quiero estar contigo, viajar contigo, encontrarme contigo.»

Era tan repugnante que Ester solo se atrevía a rozar la idea. Tenía que quitársela de la cabeza si quería seguir siendo capaz de oxigenar la sangre y de continuar quedando con él. Todo aquello no dejaba de ser fruto de la especulación cuando la desesperación azotaba con mayor fuerza. Tan solo con que pudiera volver a ver a Olof podría confirmar que sus imaginaciones eran tan grotescas como sonaban. Incluso Fatima especulaba. Nadie sabía nada con seguridad. ¿Era evidente que Olof no tenía una relación paralela con Barbro Fors! Sería una locura, era imposible.

Se suponía que habían quedado para verse al domingo siguiente, cuando su mujer volviera a Borlänge después de pasar el fin de semana con Olof. La semana previa Olof había estado de gira por pequeñas ciudades y pueblos de Escania y Småland. Hablaron de forma esporádica y solo por iniciativa de ella, pues el contacto entre un encuentro y otro no le interesaba a Olof más que cuando le entraba inseguridad sobre la devoción de Ester.

A la hora de comer, dos días antes de la cita acordada, le llegó un SMS: «Nos vemos domingo tarde. Pásalo bien. O.». Ester estaba hablando por teléfono con Vera justo cuando le llegó el mensaje, y Vera dijo:

—Ahora sí que tiene ganas de verte, Ester. Qué bien que al final estéis como tanto deseabas. Con todo lo que has luchado por conseguir esto y por poder estar con él.

Vera era fantástica en muchos sentidos. Ester podía llamarla a cualquier hora del día sin que se molestara ni le volviera la espalda, y a menudo estaba dispuesta a hacer una interpretación positiva. Pero tenía una maliciosa capacidad de decir una cosa con las palabras y otra entre líneas contra la que no te podías defender ni te podías confrontar, puesto que solo había expresado ánimos y halagos.

—No sé si tanto como luchar —dijo Ester debilitada—. Pero he confiado en mi juicio y en los testimonios de mis cinco sentidos cuando él decía una cosa y quería decir otra.

—Casi da la sensación de que a veces confías demasiado en ti misma. Te envalentonas un poco. Me gustaría tanto tener tu autoestima. Te vuelve casi insolente.

Vera era lana de vidrio para Ester. Acudía a ella para poder envolverse con su escucha tierna y cálida, pero de repente se llevaba un corte.

Para no parecer insolente, dijo:

—Puede que dé señales de vida justamente hoy no porque esté muerto de ganas de verme, sino para asegurarse de que no lo moleste mientras esté con Ebba.

—Bueno, pero eso no lo vamos a pensar. Pero si es el caso, es porque por el momento tiene que gestionar así la situación. Un día será tuyo, Ester.

—¿¡De verdad lo crees!?

—Todo depende de cuánto puedes aguantar la espera.

—Puedo esperar todo el tiempo que haga falta si es necesario. ¿Qué te hace pensarlo?

—¿Cómo quieres que lo sepa? —la cortó Vera—. No soy un oráculo.

No hubo cena el domingo. La esposa de Olof decidió quedarse en Estocolmo hasta el lunes por la mañana. Él llamó a Ester el sábado por la tarde para informarla. Para entonces, Ester ya había estado dos horas mirando libros de cocina, había pasado el mocho por todo el piso y había vuelto a casa del mercado de Hötorgs, donde había comprado toda la comida que había planeado cocinar. Entre otras cosas, pierna de cordero con relleno de hierbas frescas y un cordel para atarlo todo.

—Supongo que no te ha dado tiempo de hacer un montón de preparativos, ¿no? —dijo Olof.

—No.

—Tenía muchas ganas de verte —Ester oía coches alrededor de Olof y, de fondo, una sirena. A lo mejor, era un moribundo de camino a Södersjukhuset. Pensó que, a lo mejor, dentro de muchos años, cuando ella estuviera en su lecho de muerte, dos amantes mantendrían una conversación igual de penosa mientras una sirena intercalaba sus asuntos no resueltos. Ester les deseó más suerte que la que había tenido ella—. ¿En qué piensas?

—Nada —dijo Ester—. ¿Dónde estás? Hay mucho ruido.

—En Folkungagatan.

—¿Has salido a comprar *snus*?

—Sí.

Se rieron; una, resignada; el otro, incomodado.

Ester quería estar con él en Folkungagatan. Ojalá Olof dejara de ser tan importante para ella, así todo lo demás podría ser algo más que mero relleno.

—¿No podrías venir a verme durante la gira, mejor? —dijo él y su voz, que hasta entonces había sonado apagada y monótona, recobró vida—. A Växjö, el próximo fin de semana. Entonces podrías quedarte dos noches, hasta el lunes.

Ester pensó que estaba viviendo en una cámara de ecos. Mejor ve allá, otro día, a otro sitio. No ahora, pero sí luego. Pero en mitad de todas las reverberaciones siempre había un resquicio novedoso que alimentaba la fe en la revolución, la cual solo podía alcanzarse a pequeños pasos. A ellos había de prestarles atención. Los ecos de Olof daban origen a otros ecos dentro de Ester: ahora va a pasar algo. Ahora se dará un paso decisivo. Ahora viene. Ahora.

Estaban a comienzos de marzo. La primavera estaba a la vuelta de la esquina, y Växjö también. De cara al viaje, Ester se había comprado ropa de primavera y zapatos de colores claros. Llegado el sábado de la partida estaba tan llena de inquietas expectativas que no consiguió hacer nada en toda la mañana, por lo que salió a correr siete kilómetros, más que nada para distraerse. Lo físico iba por automatismo, no requería disciplina, era mera costumbre. Y, con la misma costumbre, las endorfinas empezaron a trabajar en cuanto hubo terminado. Al salir de la ducha, Olof la llamó y le dijo:

—Respecto a esta tarde... No te puedes sentar a esperarme en el vestíbulo.

Sonaba como si le estuviera hablando a alguien que iba a viajar hasta Växjö para invadir su intimidad, como si no quisiera implicarse.

Ester solo oía sus rodeos enmarañados de siempre, igual de pasajeros que todas las percepciones que le pasaban a Olof por la cabeza. Ella era la roca madre y él la mariposa. A veces, la mariposa se posaba en la roca madre y dejaba de aletear.

—No me sentaré en ningún vestíbulo y me esconderé en cuanto veamos a alguien y haré como que no te conozco de nada.

—Tenemos que ir con cuidado. Toda la compañía se hospeda en el mismo hotel.

¿Qué diferencia se suponía que podía haber respecto a Arvidsjaur, donde Olof no había mostrado ningún tipo de recato de cara a la compañía, sino que les había presentado a Ester y no había entendido qué problema había cuando ella lo había sacado a colación? ¿Podía ser Barbro Fors la diferencia?

Para Ester, dejar de ir a Växjö no era una alternativa real. La idea de quedarse en casa

acompañada exclusivamente del vacío y del resto de la vida por delante no la atraía en absoluto. Además, no había pruebas, Olof no había expresado claramente que no la quería allí, y la desazón que le producía Barbro Fors era irracional y tenía poco fundamento. Entonces oyó cómo encajaba la indecisión de Olof. Después de quitarse la angustia de dentro, el péndulo oscilaba de vuelta y Olof habló con entereza y sin ambages:

—Será muy agradable tenerte aquí. Te espero en la habitación.

Entre Estocolmo y Växjö hay 460 kilómetros. Ester condujo el último tramo al atardecer y, cuando aparcó en la plaza mayor, cerca del Stadshotellet, ya era de noche. Con pasos vacilantes subió la escalinata de la entrada y cruzó con cautela el vestíbulo. Se encontraba vacío, infundía una sensación de alcornia y estaba cargado de detalles cuidados de la década de los años cincuenta. En ese hotel todo era suave: la música, la moqueta, los sillones, los recepcionistas, las expresiones faciales y los peinados. Y con suavidad se deslizó escaleras arriba para llamar con los nudillos a la puerta de Olof, con suavidad, debido a un brazo flácido por culpa de los nervios. Él abrió con una leve sonrisa y dijo:

—Qué llamada más discreta.

—Soy discreta.

Se acomodaron en las butacas de la habitación, él sirvió unas copas de vino y bebieron. Pronto estaban los dos sentados en la misma butaca, pero decidieron cenar algo antes de acostarse. Ester propuso un restaurante que había visto en internet y que parecía tener comida de calidad. Quedaba a unos pocos cientos de metros, en Storgatan. Decidieron ir allí.

—Sal tú primero y yo te sigo —dijo Olof—. Nos vemos en la esquina.

Aquello le hizo mucho daño a Ester. La despreocupación con la que él le pedía que lo ayudara en sus trampas le parecía tanto ofensiva como cruel, puesto que Olof sabía perfectamente que Ester no lo quería así. Pero no podían permitirse discutir, ahora que por fin se habían encontrado, por lo que Ester se contuvo y guardó silencio. Sin embargo, no pudo evitar que se le escapara una pregunta:

—¿Hay alguien en concreto que no quieras que te vea conmigo?

Olof le volvió la espalda y se distrajo con otra cosa.

—Enseguida bajo.

Así que Ester bajó y se quedó esperando en la esquina. A los dos minutos, él apareció caminando tranquilo.

—Anda, ¿cómo tú por aquí? —dijo con una sonrisa que le ocupaba toda la cara.

—Qué coincidencia —dijo ella con voz apagada. Él la cogió del brazo y comenzaron a caminar por Storgatan. Era una calle peatonal, con todas las tiendas cerradas a esa hora. El viento silbaba y estaban solos. Incluso el restaurante estaba vacío. Les asignaron una mesa y discutieron sobre los potenciales de cada plato antes de pedir. Él, solomillo de ciervo; ella, hamburguesa de la casa con patatas al horno.

Charlaron mientras esperaban la comida. El momento era dulce y bonito, era maravilloso. Ester sentía que le volvía a borbotear el regocijo, la apacible felicidad de estar juntos. La comida llegó y estaba rica. Después de dar algunos bocados, Olof miró a Ester y dijo:

—¿Por qué has venido hasta aquí para verme? No lo entiendo, porque no lo valgo. No tengo nada que ofrecerte. Nada que darte —hizo una pausa. Ester pensó en la cámara de eco—. Debería ser yo quien te enseñara cosas —continuó—, pero en verdad eres tú la que me enseña a mí. ¿Por qué has venido hasta aquí para verme?

Ester dejó los cubiertos sobre la mesa y se limpió la boca para poder responder con todo el

cuidado que la sería pregunta exigía.

—Si quieres saber la verdad, a menudo tus actos me hacen dudar, tu terrible irresolución y la malicia que nace de ella. Las utilizas tanto de timón como de quilla para mantener el rumbo y no volcar.

—¿Tan terrible soy?

—A veces, sí. Pero cómo te percibo como persona, tu presencia en una sala, la forma en que a veces me recibes y todo eso que involuntariamente emana de tu interior y tu exterior, y que tiene que darse entre dos personas, pero que no se puede encargar, ante eso no vacilo nunca.

Él se veía afectado, pero contento con las palabras de Ester.

Desde que se conocían, Ester había absorbido innumerables historias de parejas de enamorados en las que al principio uno había entorpecido las cosas, pero al cabo de mucho tiempo había confirmado que era amor lo que sentía y a partir de ahí se había entregado por completo. Ester había buscado en prensa, películas de Hollywood y anécdotas las historias sobre parejas que se habían consumado después de tres, siete años, sobre complicaciones, malentendidos y cabriolas que se debían a que el sentimiento era tan inaudito que generaba miedo, que la decisión era una decisión vital y, por ende, difícil de tomar.

—Lo más difícil contigo —dijo Ester—, lo que más me duele, es tu enorme y bastante sorprendente sentido de la propiedad.

—¿Qué propiedad?

—Las fluctuaciones de capital. Capital sentimental —hizo una pausa, y él la invitó a continuar—. A día de hoy existe una cuenta con transacciones automáticas. Tú conoces tu saldo hasta el último céntimo, y en base a eso decides cómo comportarte conmigo, si necesitas ingresar o sacar, o si lo puedes dejar como está, si tienes que ser considerado o si puedes burlarte de mí, ser frío o mostrarte indiferente. Todo el mundo tiene esa cuenta dentro de sí, todas las personas tienen controlado dónde están los límites, cuándo hay que invertir y cuándo te puedes retirar a descansar, cuándo sacar y cuándo ingresar. Pero tu calibrador de capital es mucho más afinado que el de la mayoría de la gente, y se ve mucho menos alterado por juicios morales. No parece quererlo corregir con otras perspectivas competitivas, como el bienestar de tu semejante u homólogo. Y tampoco parece cruzar por tu mente la posibilidad de pasarlo completamente por alto, lo cual es algo que, en verdad, también se puede hacer. Siempre haces exactamente lo que debes, en todo momento. Siento decir que resulta un poco desagradable verlo.

Olof se quedó callado un buen rato. Ester sintió que había hablado demasiado, pero sabía que tarde o temprano tenía que hacerlo. A lo mejor, él se sentiría pillado y vigilado, pero daba igual. Ya estaba dicho y tenían que poder hablar de cosas serias si un día querían vivir juntos.

Cuando al fin Olof dijo algo habían pasado varios minutos, durante los cuales habían terminado sus platos principales. Él preguntó si Ester no acababa de expresar una visión del mundo desagradablemente economista, una de la que él, por principios políticos, no quería participar.

Ester negó levemente con la cabeza y dijo que Olof estaba pensando hacia atrás en el tiempo, el orden era el inverso. La economía no era nada en sí misma, solo reflejaba la estructura más inevitable de la existencia en lo referido a la culpa y la compensación, lo mío y lo tuyo. La economía eran ideas muy arraigadas en el cerebro en cuanto a lo que las cosas exigían, costaban y se correspondían en forma de aportaciones. Siempre necesitábamos pagar y siempre necesitamos que se nos pague con dinero o con otra cosa.

—O bien le debemos a alguien o alguien nos debe a nosotros o estamos igualados. Son las tres variantes que existen. Cuando alguien tiene algo que otra persona quiere se genera un posible

traspaso, pero también un desequilibrio de poder, que se puede regular por distintos medios. Lo que digo es que tú posees instrumentos hipersensibles para ese poder de naturaleza cambiante y las distintas maneras de regularlo.

—¿De qué instrumentos estaríamos hablando? —dijo Olof, apoyó el codo en la mesa y apartó el plato, donde había dejado unos restos de confitura de grosella y salsa de nata.

—Como tú y yo no tratamos con dinero, sería terrible si esto fuera prostitución, solo podemos servirnos de los medios más nobles para regular el poder y el desequilibrio.

—¿Y qué medios serían esos?

—Desconocimiento, afirmación. Imprecisión, precisión. Claridad, ambigüedad. Honradez, deshonestidad.

Olof se puso pensativo de una manera que Ester nunca había observado.

—Suenan metafísico.

—Y lo es.

—Cuando llegue a casa tendré que sentarme a reflexionar sobre ello.

—Es bueno darle unas vueltas.

—¿Tú también tienes una cuenta dentro de ti?

—Todo el mundo.

—Entonces ¿por qué hablas de mi cuenta como si fuera algo especial?

—Porque nunca había conocido a nadie con un control de saldo tan excepcional. Y, como ya he dicho, tampoco he conocido nunca a nadie que no intente mover ni un dedo para luchar contra su marcado sentido de la propiedad, los pagarés, los honorarios y el flujo de caja. La mayoría de la gente no quiere que sea así, y por eso sus actos contrarrestan esa conciencia.

—O sea que, según tú, lo estoy haciendo mal. Todo yo estoy equivocado.

Intentó sonar dolido, sin conseguirlo. Ester trató de decir algo a modo de respuesta, pero no se le ocurrió ninguna buena fórmula que fuera paliativa a la par que veraz.

Poco después paseaban por la calle peatonal de vuelta al hotel. Estaba más desierta que antes, si eso era posible, y la ventisca era aún más fría. Seguro que Växjö había sido construida siguiendo los patrones antiguos de la arquitectura mediterránea, donde se edificaba buscando el máximo frescor frente a un sol ardiente, le dijo Ester a Olof. Se abrazaron para aplacar el frío. Ester pensó que aquel podría llegar a ser un fin de semana maravilloso, después de todo. Habían tenido una conversación franca y profunda, y habían decidido hacer una excursión al Reino de Cristal al día siguiente. En una pérdida parcial de memoria, a Ester le dio por pensar que su unión ya se había consumado y que podrían celebrar la Pascua juntos. Debió de ser por eso, fruto de esa esperanza, que dijo:

—Dentro de poco es Semana Santa.

A lo cual Olof respondió con la máxima tranquilidad:

—Por Semana Santa voy a Roma.

A Ester se le había ido de la cabeza porque le resultaba incomprensible. Los hechos incomprensibles nunca entran del todo en el centro cognitivo. Puedes empollártelos para soltarlos de memoria, pero no se convierten en conocimiento real. De alguna manera, Ester había partido de la idea de que el viaje había sido cancelado por la simple razón de que debería haberlo sido.

—¿Cómo puedes ir a Roma con Ebba, ahora que tú y yo hemos quedado?

—Porque vivo con ella. Cuando vives con alguien, de vez en cuando te vas de viaje con esa persona, ¿no? ¿No lo hacen, los que viven juntos?

Sonaba como si estuviera preguntando, sinceramente, qué hacen las parejas que viven juntas.

Ester pensó que, cuando el anhelo por el otro no era la fuerza motriz, había que imitar. Las convenciones y los moldes existían para no tener que descubrir qué era lo que querías y necesitabas, eran dos recursos que sustituían ese autoanálisis. Sin embargo, si estabas con alguien porque era imposible estar separados, no hacía falta imitar nada. Entonces las formas de la convivencia surgían de modo espontáneo y no te las cuestionabas.

—Somos tú y yo los que deberíamos ir a Roma.

—Pero ahora la cosa es así.

—Lo dices como si fueras una víctima indefensa de la vida y su avance. Cuando hablas de tu matrimonio con Ebba, es como si hablaras de los cambios de estación o la inevitabilidad de la muerte. Es como si te vieras *afectado* por la vida todo el rato, y por tu esposa. Te dejas llevar sin más. No tienes ningún pedal de aceleración, solo freno.

—Y a lo mejor estoy a gusto siendo así, solo teniendo freno.

—O sea, que estás satisfecho con tu vida.

—Eso me parece. Sí. Desde luego.

Olof asintió pensativo con la cabeza al considerar sus palabras, su satisfacción y su vida.

Habían llegado a la habitación del hotel. Ester se tumbó en la cama y esperó a que Olof, que se había sentado en la silla y había empezado a tomarse un vino tinto, fuera a tumbarse a su lado. Todo era exactamente igual que en la habitación en Arvidsjaur, el frenesí de ella y la desidia de él con frases como que «tenían toda la noche por delante». Cabía decir que era pariente cercana de «iremos viendo». Para Ester era todo muy misterioso. No hacían más que postergar e ir viendo. ¿Para Olof la incitación residía en la espera propiamente dicha, la cual también era la ventaja de poder decidir cuándo recibiría ella lo que estaba ansiando?

—Hablar contigo es tan estimulante —dijo Olof y se puso una porción de *snus* bajo el labio—. Nuestras charlas son fantásticas.

—No he venido hasta Växjö para hablar.

—Ah, ¿no? —El rostro de Olof reflejaba lascivia y divertimento. Disfrutaba intensamente de ser el objeto del inevitable deseo de Ester—. Eres una persona tan inaccesible —dijo a continuación, y se reclinó en el respaldo de la silla, con las piernas cómodamente estiradas.

—¿Inaccesible? Pero si estoy abierta de par en par. ¿Qué quieres decir?

—No lo sé. Solo pienso que eres inaccesible. Que te cuesta meterte en la vida. Estás como de espaldas.

—Me estás tomando el pelo, Olof. ¿Cómo te puede parecer que yo soy inaccesible?

—¿Quieres ser mi amante?

Su mano subía y bajaba mientras sus dedos tamborileaban suavemente en la superficie de la mesa.

—No. Sabes que no quiero.

—Sí. Ya me lo has dicho.

La pregunta era tan extraña que Ester la olvidó en el acto.

Sonó el teléfono. Olof se quedó mirándolo, lo dejó sonar y, al tiempo que Ester digería lo que él le había dicho, se hizo el silencio. A los diez segundos volvió a sonar.

—Es Ebba. Lo cojo ahora y así no tendré que hacerlo después.

De pronto, a Ester le dio por pensar que Olof le había pedido a Ebba que lo llamara cuando terminara su guardia para mostrarle lo inocente que era, lo casto y fiel que permanecía en su cuarto de hotel un sábado por la noche en un pueblecito perdido y cómo deseaba más que nada en el mundo hablar con su querida esposa. ¿Estaba todo premeditado y escenificado? ¿Eran todos

actores en la obra de Olof? ¿Ester, Ebba, Barbro Fors, Max Fahlén, sus hijos y quienquiera que necesitara para un papel secundario? ¿Era Olof Sten un director demoníaco y no el figurante atemorizado por el que Ester lo había tomado?

Vio a Olof cruzar el dedo índice sobre los labios y pegarse el auricular a la oreja. Lo nuevo era que hablaba con Ebba cuando Ester estaba en la habitación. Hasta ahora siempre se había apartado unos metros. ¿Qué indicaba eso? Ester no lo sabía y pronto no sabría qué pensar en absoluto. Solo sabía que tenía la esperanza y la creencia de que todos sus malos presagios estaban equivocados. No podían ser ciertos, no debían serlo.

Olof sonaba afable y cómodo al hablar con su esposa, asentía con sonidos guturales, se reía de vez en cuando y escuchaba con atención. No sonaba como si estuviera en pleno proceso de separación, desde luego que no. Y Ester no dio crédito a sus oídos cuando Olof dijo:

—Mañana voy a darme una vuelta por el Reino de Cristal —más sonidos guturales y ronroneos, asentimientos y risas—. Lo tendré en cuenta. De veras que lo haré. Vale, pues quedamos así. Perfecto. Sí, y tú, tú también.

Ester yacía con las manos debajo de la cabeza y los ojos clavados en el techo. Tenía que callar, o su voz delataría lo que pensaba y sentía.

Pero también el silencio lo revelaba.

Olof dejó el teléfono sobre la superficie de plástico de la mesa y esperó a que Ester los devolviera a ambos a un ambiente limpio de la densa niebla que había ocupado la estancia.

—¿Te has mosqueado?

Ella no contestó. Tenían que cuidar su frágil erotismo y aprovechar esos momentos tan escasos. Cuando el veneno brotaba durante sus breves encuentros ponía en peligro su frágil convivencia. ¿Era por eso, para destruir y envenenar de tal manera que Ester no se imaginara nada, que Olof le había pedido a Ebba que llamara? O a lo mejor no se lo había pedido, solo se le había pasado a Ester por la cabeza. Pero, por algún motivo, estaba segura de que era así.

—Las esposas que quieren sabotear a la amante y al marido hacen bien de llamar a este constantemente —dijo Ester—. Lo cierto es que ayuda mucho. Provoca un rasguño, un pequeño cansancio en el material. Y muchos arañazos y cansancios acaban generando fracturas y rupturas. ¡Así que llamad, esposas, llamad!, si queréis minar la relación entre vuestro vacilante marido y su amante. ¡Llamad para expulsar lo nuevo y atraer lo viejo!

Olof dio un trago largo al vino y lo filtró en la boca por la bolsita de tabaco en polvo.

—Suenas realmente amargada.

—Mis razones son, simplemente, demasiado buenas. ¿Qué es lo que vas a tener en cuenta?

—¿Qué?

—Le has dicho a Ebba que ibas a tener algo en cuenta.

—Le he contado que voy a ir al Reino de Cristal.

—¿Y qué te ha pedido que tengas en cuenta?

—Que colecciona copas Iittala.

—O sea que vas a ir al Reino de Cristal conmigo y le vas a comprar vasos Iittala a tu mujer.

—No le voy a comprar vasos a nadie.

Olof se levantó y fue a sentarse con Ester en la cama, ávido, juguetón, sonriendo malicioso como si nada de lo que acababa de pasar y acababan de decir hubiese tenido lugar. Ester le tocó la espalda, le subió la camisa y posó las palmas de las manos sobre su piel. Sintió una oleada de deseo. Era en esos momentos en los que Ester sabía por qué hacía lo que hacía y eran momentos como esos en los que se volvía loca tan solo con imaginarse no tenerlos.

Al día siguiente fueron de una cristalería a otra, mirando pero sin comprar nada. En total hicieron más de cien kilómetros. Ester conducía, Olof iba sentado a su lado y le ponía una mano en el muslo. Ebba llamó una vez, pero luego los dejó en paz. Por la tarde estaban de nuevo en Växjö. Aun sin hambre planificaron la cena, el punto álgido de toda pareja secreta y sus encuentros clandestinos, así que antes de volver al hotel dieron una vuelta de reconocimiento y ubicaron un restaurante griego al otro lado de las vías del tren que Olof había avistado de lejos. Llevaba por nombre Akropolis, la ciudad de las alturas, a pesar de estar situado al pie de un repecho, casi rozando las vías. Era una casa blanquecina con esquinas azules un poco cutre y tenía un menú sucio colgando en la fachada.

—Aquí no creo que vengan los demás —dijo Olof.

—¿No podríamos dejar de pensar en adónde van ni qué ven los demás?

—No podemos.

—¿Cómo tienes fuerzas para pensar todo el rato en que nadie sepa nada?

Ester le dio una patada furiosa a un tarro de plástico que, según su etiqueta, había contenido crema agria en algún momento y que estaba tirado delante de la entrada a la cocina.

—Aquí no vendrán —repitió Olof y se adelantó en el repecho que llevaba al coche.

A Ester le temblaban las manos cuando metió la llave en el contacto. Durante el trayecto al hotel estaba tan nerviosa que se subió a la acera en plena rotonda. Olof se aferró a la manilla del techo y le pidió que condujera con cuidado.

—¿Qué es lo peor que puede pasar cuando tu mujer se entere de todo?

—Sería una catástrofe —dijo Olof monótono—. La más absoluta catástrofe.

—¿Qué clase de catástrofe?

—Mi vida quedaría en ruinas.

—Pero ¿¿por qué?! ¡Si tú no la quieres! ¡No te preocupas por ella!

Estuvieron un rato callados en el coche. Luego Olof dijo:

—No pienso sacrificar a Ebba por ti, si es lo que creías.

Ester cogió aire lentamente. Pensó que debía de haber oído mal, porque algo así no se podía decir. No se le podía pedir a alguien que se hiciera más de mil kilómetros en un fin de semana para luego soltar semejante frase.

Se metió en la plaza mayor y aparcó, apagó el motor, se quedó sentada, a la espera, pero él no añadió nada para corregir lo que acababa de decir. Entonces, ella le preguntó por qué le pedía una y otra vez que fuera hasta él si ya sabía que nada iba a cambiar, cuando al mismo tiempo sabía que lo único que ella quería era que cambiara, que acudía a él exclusivamente porque eso era lo que creía y esperaba.

Olof respondió que ya le había explicado todo lo que había que explicar muchas veces.

—¿Cómo puede entonces seguir siendo incomprensible? No he oído ni una sola explicación sensata.

—Supongo que para ti no existen las explicaciones sensatas hasta que concuerden con tu forma de ver las cosas y con cómo quieres que sean.

—Yo diría que sí. Pero deben de tener algún tipo de consecuencia interior.

Olof se bajó del coche y se alejó por la calle peatonal por la que habían estado caminando la noche anterior. Ester subió a la habitación y recogió sus cosas. El corazón le pesaba en el pecho. Justo acababa de cerrar la cremallera de la maleta cuando la puerta se abrió y entró Olof. Se rio

suavemente y dijo que Ester estaba un poco chiflada, pero que era divertida. Ante la visión de la maleta cerrada se puso serio.

—¿Te largas? —preguntó, y se dejó caer como un peso lúgubre en la cama—. Ahora sí que me siento tonto —dijo.

Ester sintió pena por él. Quería mitigar su sufrimiento, pero necesitaba algo más para quedarse otra noche. Así que se puso el abrigo lo más despacio que pudo, luego los guantes, pero no había demora que sirviera de ayuda. Olof permanecía tumbado en silencio en la cama, por lo que al final Ester hubo de marcharse.

Mientras bajaba hasta el coche seguía teniendo la esperanza de que él iría a buscarla. Esperó un minuto con la cabeza apoyada en el volante, pero nadie acudió corriendo a por ella. Arrancó el motor y se fue. Condujo todo el trayecto hasta Estocolmo en la oscuridad sin comer ni beber, sin parar, cual robot, anestesiada. A la altura de Jönköping le pitó el teléfono. Llevaba más de una hora y media conduciendo, pero estaba dispuesta a dar media vuelta en el primer cambio de sentido que apareciera.

El mensaje era de un viejo conocido que le preguntaba cómo le iba la vida.

A las siete y media de la mañana siguiente Ester Nilsson se despertó en su cama, en Kungsholmen, y pensó: «Ya no tengo que preocuparme más por él, qué bien». Lo que Olof le había dicho el día antes aún resonaba en su cabeza: «No pienso sacrificar a Ebba por ti, si es lo que creías». Era justo lo que ella había creído. Más aún, había partido de esa base. Se levantó y se preparó un desayuno de campeonato que incluso Hipócrates habría sabido apreciar: gachas de centeno con trocitos de manzana, café recién molido y pan integral con salmón ahumado. Comenzaba una nueva vida. Contaba con no volver a saber de él nunca más. Pero no se deshizo de Olof Sten con tanta facilidad. A las ocho y diez de la mañana, él le mandó un SMS diciendo que lamentaba mucho lo sucedido y que en ningún momento su intención había sido hacerle daño. «Pensaba que lo entendías.»

¿Entender el qué?

Ester se ató al mástil para poder continuar con su travesía solitaria. Como no le contestó al mensaje, a las once recibió otro: «Te has dejado los auriculares del móvil. Te los mando por correo».

Cuando le llegó el paquete, dos días más tarde, se quedó un buen rato sentada mirando la letra de Olof, con la que había escrito su nombre y dirección. Ester apoyó la mejilla en el papel y se imaginó a Olof yendo a comprar un sobre suave en la oficina de Correos, molestándose, esforzándose por ella.

Los días pasaron. Ester se ablandó. Al cabo de una semana estaba abierta a cualquier tipo de proposición. En otras palabras, todo seguía como siempre. Llegó Semana Santa. Siguió el tiempo en Roma en la web internacional de previsión meteorológica. Daban lluvia y frío: «6 degrees, feels like 2».^[2] ¿Cuándo había empezado la meteorología a expresar cómo se sentía el clima? En cualquier caso, a ella el mal tiempo la hacía sentir muy bien. La ayudaba a soportar la idea de que Olof estuviera en Roma con su mujer. No obstante, nada podía protegerla de sus fantasías sobre lo que podían estar haciendo en los cálidos interiores.

Pasó trabajando todo el Viernes Santo. Después ya no pudo más. El resto del fin de semana se lo pasó en la cama comiendo brazo de gitano. De vez en cuando, echaba un vistazo a la previsión del tiempo. En Roma había dejado de llover. En Estocolmo no había llovido en mucho tiempo. Llegada la primavera, el sol era más blanco y el polvo bailaba bajo sus rayos, y al mismo tiempo el cielo ascendía como las encías envejecidas.

La naturaleza sabía en qué mes estaban igual que el cuerpo sabía su edad. El paisaje anímico de Ester se volvió aún más desolado, de ser posible, bajo la fuerte luz que la primavera traía consigo, que *era* la primavera.

Hacia un día que Olof había vuelto de Roma cuando la llamó. Le contó lo cansado que estaba

de viajar y que ese fin de semana el único sitio en el que quería estar era Skövde. Al ver que ella no sugería nada, terminó por añadir:

—Si por casualidad te encuentras en Västergötland, hay una cama libre en Skövde el sábado. Solo para que lo sepas.

Acordaron una hora de llegada. Ester se ofreció a llamar al hotel y cambiar su habitación simple por una doble.

Lo que quedaba de semana Ester se vio arropada por la gran calma que brindaba el hecho de ser anhelada. Todo volvía a ser fácil, no había desolación, no había angustia vital, limpió el piso y una vez más se sintió a gusto con el mundo que la rodeaba.

El sábado por la mañana estaba en el pasillo a punto de apagar la última luz para ir a coger el tren cuando el tono de llamada de Olof comenzó a sonar. Le contó que Ebba lo acababa de informar de que tenía una especie de recado oficial en el hospital de Tidaholm y que pensaba continuar hasta Skövde, aprovechando que estaba por la zona. Ester escuchó, dejó la maleta en el suelo y no dijo nada, a pesar de los intentos de Olof de minimizar aquello que pasaba una y otra vez. Sonaba profundamente afligido, sobre todo por la muda decepción de Ester.

—Tengo que llamar a la compañía ferroviaria antes de que salga el tren —dijo ella—. Si no, no me abonarán el billete.

A la hora de reservarlo, había dudado si pagar el seguro de cancelación. Se preguntó cómo podía ser que siempre surgieran impedimentos. ¿Era casualidad u Olof se había arrepentido y había llamado a Ebba para pedirle que fuera a Skövde y así tener una excusa para quitarse a Ester de encima?

Fatima dijo que era demasiado crédula, no hacía falta que Ebba fuera a visitarlo para que él dijera que iba a ir. También podía inventárselo.

Ester arrastró aquella idea hasta el basurero de la conciencia.

—¿Tú crees que las mujeres tenéis un sexto sentido? —dijo Olof con aquel tono que empleaba cuando buscaba aproximarse.

—No. No lo creo. Lo que sí sé es que ya hemos tenido antes esta conversación sobre «mujeres».

—Pero ¿no te parece raro?

—En absoluto. Lo único raro es que tú elijas ser una caña a merced del viento. Podrías haberle pedido que no fuera. Tengo que colgar y llamar a la compañía.

—Pero no deja de ser asombroso.

—Las mujeres de tu entorno se ven obligadas a estar muy atentas a las perturbaciones atmosféricas que avisan de tus maniobras. Tú te crees que tus derrapes y virajes no se notan. Deja de serle infiel a tu mujer o divórciate de ella, ese es mi consejo para que no tengas que sufrir el «sexto sentido» de las mujeres.

Igual que todo lo demás, el sentimiento amoroso se rige por los principios inamovibles de la evolución. Muta ante las tentaciones para sobrevivir a las condiciones cambiantes y, como todo ser vivo, lo que en primera instancia desea es persistir. Las personas quieren poder amar. Eso les resulta más importante que ser amados. Ester Nilsson hacía cualquier cosa y pasaba por alto lo que hiciera falta con tal de poder seguir amando a Olof Sten.

Quedaron a la semana siguiente en casa de ella durante una breve pausa en la gira de Olof. Ester preparó la cena, volvía a sentirse comedia y en la casilla de salida, sin expectativas.

Hablaron abiertamente y Olof dijo que tenían toda la vida por delante y que estar con Ester era maravilloso. Después hicieron el amor durante media noche, desayunaron y fueron a Hellasgården, donde todo fue tan prometedor como los duros brotecitos de los árboles. Caminaron diez kilómetros. Después, pasaron juntos el resto del día y la tarde y la noche siguientes.

El calor llegó con premura, veinte grados a mediados de abril, y la primavera brotó en todo su esplendor. Pero era una estación traicionera, con el suelo desprendiendo frío y el cielo soltando calor. A raíz de la larga jornada de reconciliación, surgió la armonía y la regularidad entre ambos. El vínculo se volvió más serio y divertido, menos sofocado y fragmentario. A partir de este momento, las citas se tornaron livianas y cargadas de hermoso deseo. Olof se mostraba diferente y no se la quitó de encima ni una sola vez. No se le notaba ambigüedad alguna, ninguna complicación, Ester podía contar con él. En cuanto volvía a Estocolmo se iba a casa de ella y, si actuaban cerca de la capital, ella iba a su encuentro. Para Ester era como tragarse una pequeña cápsula de felicidad con recubrimiento de fácil disolución a base de gelatina e incertidumbre. Los fines de semana Olof cumplía diligentemente con su esposa pero como, según Ester Nilsson, a la larga no se podía vivir así, estaba convencida de que el tiempo se pondría del lado de Olof y de ella.

A menudo salían a pasear por la ciudad y, en una de esas ocasiones, cuando Ester estaba un tanto alicaída e intranquila, Olof hizo una parada en el impecable jardín de detrás del Parlamento, se inclinó hacia delante y le quitó las preocupaciones con un beso. Después se metieron por Gamla Stan, donde el aire no ofrecía resistencia y la gravedad había perdido su fuerza. Flotaron por Västerlånggatan rodeándose con los brazos, pasaron por Slussen y subieron por Götgatsbacken para luego doblar por Tjärhovsgatan, que estaba menos transitada y era una callejuela más anónima que la paralela, Folkungagatan. Cuando iban por la mitad de Tjärhovsgatan llegó el momento de despedirse. Olof dijo que allí había demasiados conocidos que podían verlos y la besó de nuevo y con la misma intensidad. Era viernes y ya se oía el fin de semana. Ebba y él iban a ir a la isla de Runmarö, a pasar la noche en casa de unos amigos. Ester pensó que tendría que ser un fin de semana insoportable y que todo fin de semana insoportable lo acercaba más a la inevitable ruptura.

Luego Ester cruzó a paso ligero el cementerio de Katarina en la cálida tarde, notando los persistentes besos de Olof en su piel y en el calor de sus labios.

Una noche, después de haber pasado un mes viviendo de aquella manera confiada y correspondida, mientras yacían desnudos charlando después de hacer el amor, Olof le habló de cuando era muy, muy joven. Tendría unos diecisiete años y estaba enamorado platónicamente de una mujer mayor de la casa de enfrente que salía a menudo a fumar al balcón. No sabía nada de ella ni se molestó en descubrir nada, pero fantaseaba con ella. Se convirtió en una fijación. La mujer tenía el cuello recto y delgado, brazos finos y el pelo siempre suelto y peinado con elegancia. Se obsesionó con la mujer del balcón, pero se contentó con verla de lejos y nunca quiso nada más, porque de esa manera no tendría que ver deformada su imagen por la triste vulgaridad de la carne. En sus sueños diurnos se refería a ella como Ilse. Un día, llegó un camión de mudanzas y el piso quedó vacío. Enseguida se llenó de gente nueva y muebles nuevos. A Ilse no la volvió a ver.

Olof dijo que nunca le había contado a nadie la historia de Ilse. Parecía muy afectado por ella. Ester se conmovió con la muestra de confianza, pero el relato le pareció tan convencional que se preguntó si lo habría vivido o lo habría leído en alguna estúpida autobiografía.

Fue así como se descubrió a sí misma tramando la maniobra en Karlstad, donde Ilse estaría

esperando en la plaza a las diez de la noche con una margarita en la solapa.

Se habían reído tanto y habían jugado tan en serio durante el mes que había transcurrido que Ester no podía pensar sino que la flor y la tarjetita serían recibidas como coqueteo y travesura, y que los unirían todavía más.

Fue el día antes de noche de Walpurgis, el 30 de abril, cuando Ester Nilsson encargó en una floristería de Karlstad que entregaran en el Scalateatern una gerbera de parte de Ilse acompañada de unas líneas que instaban a Olof a encontrarse con ella en la plaza. El resto del día, Ester se sintió jovial por su ocurrencia y se moría de ganas de que Olof la llamara justo después de la función, riéndose por la broma. Rechazó la propuesta de cenar con Lotta para poder quedarse en casa a la espera de la llamada.

Tres días más tarde, él aún no había dado señales de vida.

Volvían a estar en lo de siempre, aquello en lo que tarde o temprano terminaban por caer. ¿Había sido la flor de Ilse algo demasiado íntimo? ¿Decía el termostato de Olof: ahora le has dado a Ester un poco más y a la primera oportunidad ella te engulle entero? Baja la temperatura, apártala de en medio, pon distancia otra vez, ponla a pan y agua, porque esto no funciona.

Durante una semana hubo un silencio sepulcral. Ester se sentía mal. Pensaba que había herido a Olof.

Un domingo caluroso de mayo, él la llamó. Ester estaba sentada, puliendo una colección de textos que se iban a publicar en otoño, y tenía previsto trabajar todo el día. No contaba con tener noticias de Olof, por lo que el escalofrío de alegría que la atravesó cuando llegó su llamada fue aún mayor.

—¿Te vienes a Hellasgården? —soltó él vivaracho.

—Sí, me apunto.

—O a lo mejor hoy estás trabajando y te molesto.

—Tú nunca molestas. Te paso a recoger en cuanto me haya duchado.

—¿Hace falta que te duches?

—Sí.

—Pues hazlo rápido.

Así fueron de nuevo a Hellasgården y pasearon por la exuberante frondosidad. Luego comieron en la terraza de la cabaña de madera. La conversación fue fluida, los temas surgían por sí solos, los trataban, se desvanecían, pero ni una palabra sobre Ilse ni la gerbera. Olof dijo que al mediodía tenía que ir a casa a hacer unas cosas, pero que le encantaría volver a quedar por la tarde. Por ejemplo, podrían salir a cenar por el barrio de Ester, así no tenían que pensar en qué cocinar. Era obvio que Olof estaba compensando algo.

¿Había borrado a Ester de su interior tras el incidente de Ilse y se había arrepentido posteriormente, al darse cuenta de lo vacío, soso e incómodo que le resultaba? ¿Era como cuando por fin de año Olof se había propuesto llevar una vida más saludable? Le duró unos días, después se le hizo aburrido.

A las siete de aquella tarde de mayo quedaron en La Famiglia, en Alströmergatan. Después de cenar fueron a casa de Ester, donde se metieron de inmediato en la cama. Durante esa velada tampoco dijeron nada de la gerbera y Ester sentía que tenía que sacarla a colación para proveer de oxígeno al último resquicio de vacío que quedaba entre ambos. Así que le preguntó a Olof si por casualidad no habría visto a Ilse, últimamente, quizá en Karlstad la semana anterior, sin ir más lejos. ¿No debería de ser bastante mayor, a estas alturas?

Ester pensó que, al menos, podrían reírse juntos de aquel episodio. Sin embargo, a Olof le pasó

algo peculiar. Ester percibió claramente, a través de los rasgos de la cara y la voz de Olof, cómo se apoderaba de él un gran asombro con notas de indiferencia.

—¿Fuiste *tú* quien mandó la flor?

La sorpresa estaba bastante bien interpretada, por lo que Ester no podía estar segura.

—Pero si lo has sabido todo el tiempo.

—Pensaba que había sido Ebba.

Cuando Ester se hubo recuperado, comprendió que se estaba generando una nueva distancia de control. Se incorporó en la cama para ver la cara que acompañaba a la probable mentira.

—Ni de coña te creíste ni por un segundo que era Ebba quien te había mandado esa flor.

Olof se quedó mirando el centro de la habitación, donde no había nada que ver.

—Primero, pensé que eran los técnicos de escenario, que me estaban gastando una broma. Pero ellos no sabían de qué estaba hablando. Entonces llamé a Ebba y le pregunté si me había mandado flores de parte de una tal Ilse.

Ester ya no estaba tumbada cerca de Olof. Ni siquiera podía mantener el contacto físico. Se sentía como si estuviera en una obra de Ionesco.

—No conseguirás hacerme creer que pensabas que había sido Ebba.

—Pues la verdad es que es justo lo que pensaba. Tiene mucho sentido del humor.

—Al menos, lo consideraste humor. Me alegro.

—Es lo primero que comenta todo el mundo de Ebba, que es muy divertida.

Ester estaba demasiado convencida de que ellos dos eran compatibles como para ver con claridad los derroteros por los que lo conducía la vida sentimental de Olof. Ella no sabía lo que se sentía al vivir pidiendo limosna todo el tiempo y sintiéndose tan vacío como para creer siquiera que podría estar estafándola.

Ester se había levantado y se había vestido. Tenía la sensación de que nunca más querría estar Olof. Pero al día siguiente volvería a echarlo de menos y justificaría sus carencias, eso lo tenía claro.

Olof seguía en la cama, sumido en la dirección artística de la obra y su papel en ella. Dijo:

—Ebba se quedó a cuadros cuando se lo pregunté.

—Ya me imagino, teniendo en cuenta que tú sabías en todo momento que ella no lo había hecho. ¿Cómo puedes saberlo y aun así llamarla para preguntárselo? No lo entiendo. Lo que estás diciendo y fingiendo en este momento me asusta, porque realmente suena como si intentaras convencerte incluso a ti mismo de que creías que era Ebba. Que mientas sobre tu vida ya es bastante malo. Pero cuando intentas creerte tus propias mentiras y, además, consideras que yo también me las tengo que tragar, entonces tenemos un grave problema.

—Ni se me pasó por la cabeza que pudieras ser tú.

¿Podía ser cierto lo que estaba diciendo? ¿Pensaba tan poco en ella? ¿De veras lo primero que le venía a la mente no era ella cuando le entregaban una flor de parte de Ilse, cuya existencia Ester había sido recientemente la primera en conocer? Y si no era así, ¿qué era lo que empujaba a Olof a volver junto a Ester una y otra vez? ¿Para qué la quería, si nunca pensaba en ella? Y si nunca pensaba en ella, ¿por qué necesitaba cultivar esta distancia forzada?

Preguntas que se muerden la cola. Seguro que se debía al pensamiento malicioso, el que a Ester se le ocultaba, que falsificaba las premisas y, por ende, las conclusiones, el más simple y más inaccesible: que no todo el mundo se tomaba la vida tan seriamente como ella.

Aquel mayo, el cumpleaños de Olof cayó en sábado. Lo celebró en el archipiélago a bordo de un barco alquilado, con su familia, sus amigos y su mujer. Era el día más caluroso del año y Estocolmo estaba tan bella que hasta les dolía a las almas más sensibles de la ciudad. Ester estuvo fuera con Elin la mayor parte del día y, como de costumbre, analizaron sus preocupaciones sentimentales hasta el último detalle, en un intento de comprenderlas a nivel puramente lógico. Elin tenía problemas con su madre y ciertas desavenencias con una amiga que necesitaba discutir. Ester tenía su tema de siempre.

—Cuando Olof y yo quedamos, es maravilloso —le dijo a Elin—. Pero la cosa no avanza. No veo ningún reflejo por su parte de que dos relaciones sean demasiado. A él más bien le parecen lo justo. Pero tampoco se expresa al respecto para que yo pueda saber si de verdad se lo parece o, simplemente, es así por casualidad. Es como si no tuviera ningún control sobre lo que piensa ni lo que siente.

Elin respondió tajante y con objetividad:

—Ni control ni moral. Pero tú quieres estar con él de todos modos.

—Lamentablemente. Y yo creo que todo el mundo tiene moral. En algún punto de su interior todo el mundo sabe lo que es correcto, aunque no puedan identificar el porqué.

—Sí, desde luego. Algún sentido moral seguro que tenemos todos.

—Fatima cree que también está saliendo con Barbro Fors.

—¿Qué has dicho?

Elin miró desconcertada a Ester.

—Como un equilibrio entre su mujer y yo. Pero eso no lo puede hacer nadie, ¿no? Tan engañado no se puede estar.

—Me suena de lo más improbable. ¿Has visto algo que te haga pensar en esa posibilidad?

—La verdad es que no. Y en tal caso, habría juzgado tan mal a Olof que me vería obligada a cortarme todos los nervios que me hacen pensar en él. Y eso no lo puedo hacer hasta que realmente piense que sale con otra. Mientras no lo sepa con seguridad, seguiré encontrando siempre alguna manera de creer que en verdad la situación es distinta. Y lo cierto es que, a veces, o bastante a menudo, pienso que Olof me quiere.

Elin se amoldó ágilmente a la necesidad de Ester y dijo:

—Puede que, a lo mejor, solo esté atrapado en algo que desconocemos.

—Eso parece, si quieres mi opinión. ¿Verdad?

—Pensaremos que es así hasta que tengamos pruebas fehacientes, y seguimos dándole vueltas a lo que puede ser. Pero eso que dice Fatima... yo no creo que sea.

—Gracias. Qué alivio. Yo tampoco.

Cenaron temprano en Mosebacke, donde la brisa corría suave y tibia, se sentaron en una mesa con vistas a la entrada del muelle y el agua, cuyo chapaleo no se oía desde donde estaban. A lo

mejor, Olof y su compañía se hallaban en alguno de los barcos blancos que regresaban del archipiélago.

Esas tardes luminosas de mayo eran más difíciles para los desgraciados existencialistas, más nostálgicas que las oscuras de noviembre. Los atardeceres de mayo eran para la gente alegre y satisfecha, y los cumpleaños eran propios de esos instantes en los que las amantes tomaban conciencia de que eran la número dos, por mucho que en secreto se consideraran la número uno.

La temperatura no bajó aunque hubiese caído la tarde. El calor se había acumulado en el asfalto y en las paredes de los edificios. Ni siquiera el agua desprendía frescor. Apenas se podía percibir dónde terminaba el cuerpo y dónde empezaba el entorno.

—El año que viene podrás estar en su cumpleaños —dijo Elin.

—¿Tú crees? ¿Crees que el desmoronamiento es inevitable?

—Al final, siempre llega un desmoronamiento u otro. Todo cambia constantemente, aunque no nos demos cuenta. También en ti.

—En mí no. Yo estoy metida en una sala hermética. No entra nada que cambie mis sentimientos. Estoy como atrapada en el hielo. El enamoramiento se liofiliza en condiciones como esta. Basta con añadir agua para que permanezca intacto. Por eso se puede prolongar hasta la eternidad, mucho me temo.

—Nadie está en una sala hermética. Ese tipo de vacío no existe.

Los barcos parecían conchas marinas. Ester consideró las palabras de su amiga y se preguntó en cuál de los barcos podría hallarse Olof, hasta que cayó en la cuenta de que los barcos del archipiélago no atracaban ahí, sino en Strömmen, una bahía más alejada. Si lo hubiese pensado antes, le habría propuesto a Elin cenar en el porche del Grand Hotel, solo para poder estar cerca.

La gira de Olof llegó a su fin y ya volvía a estar en casa. Las dos últimas funciones tuvieron lugar en el teatro de Estocolmo y Ester fue a ver la obra con el corazón dolorido pero sin flores y sin darse a conocer. No quería importunarlo ni abochornarlo delante de los demás.

La primera tarde de sus vacaciones, que empezaban entonces y durarían todo el verano, Olof la llamó para quedar cuanto antes. Ester salió corriendo a su encuentro en Bondegatan. Fueron directos a echarse en su cama y la de su mujer mientras el incipiente verano entraba a chorro por las ventanas, con colores densos y luz intensa. Era la primera vez que quedaban en casa de Olof, en el lecho matrimonial. Era un claro desplazamiento, uno de muchos, y tenía que significar que la ruptura era inminente. Olof había frenado ese paso hasta ese momento. Ester se sentía muy esperanzada. Luego pasaron un largo rato abrazados en la cama.

A la una cogieron el autobús hasta Djurgården y fueron al restaurante Blå Porten. En el jardín, rebosante de vida y ruidos agradables, se sentaron con sendas bandejas por las que también las gaviotas y los gorriones mostraban gran interés. Ester recordó aquella vez, en noviembre hacía un año y medio, cuando habían comido sardinas en ese mismo sitio, el peso que había invadido su cuerpo con apenas cuatro palabras pronunciadas por Olof. Sin embargo, en ese momento lo sentía bastante ligero, allí a la sombra de los árboles frondosos, y disfrutaba intensamente en una agradable combinación de pereza y atención. Pronto llegaría el verano con todas sus letras. Ese hecho suponía una difícil opresión en Ester. La cuestión de los meses venideros era un abismo, pero ineludible. La planteó enseguida.

—¿Cómo pinta este verano?

—Estaré en Escania.

Sonaba tan simple. Iba a estar en Escania. ¿Y dónde iba a estar Ester mientras Olof estaba en Escania? Él la miró con ojos afables. Ella recordó haber estado así sentada, preguntándole a un hombre al que amaba sin remedio qué iba a hacer en verano y obteniendo la misma ligereza apática por respuesta. Estaba allí sentada con Olof, rodeada del verdor de Djurgården, y se acostaba con él en su cama de matrimonio sin generar ningún impacto en su vida. Él era el motor de la suya, mientras ella no llegaba a ser siquiera una hélice en la de él. Ella habría estado dispuesta a irse a vivir al desierto con Olof Sten, él no estaba dispuesto a cambiar nada.

Ester se equivocaba en ese punto. Sí que constituía una fuerza considerable en la vida de Olof, la fuerza que las amantes poseen, ni más ni menos, una fuerza cuyos vectores siguen un patrón sometido al peso de la tradición, según el cual el verano es el tiempo de los auténticos cónyuges y la amante queda en evidente cuarentena hasta que todo vuelve a la calma de la normalidad que trae consigo el otoño.

En breve, Olof viajaría hasta su apreciada Kullaberg. Tras la larga gira y casi un año entero de hospedajes temporales, se moría de ganas de saborear la desconexión y la calma que el verano brindaba. Ester pensó que debía respetar y entender ese sentimiento. Quería ser generosa y

tolerante, y satisfacer a Olof en lo que para él era importante.

—A lo mejor me puedes mandar algún mensaje durante el verano —dijo ella.

—Claro, lo haré.

Se quedaron callados oyendo el canto de los pájaros.

—Puedo ir a visitarte, si quieres —dijo Ester.

Él frunció las cejas como por una agradable turbación.

—Creo que será difícil —dijo, y ella asintió varias veces con la cabeza para mostrar su comprensión de cuán difícil sería y lo complicada que era la situación de Olof—. Pero yo podría ir a Estocolmo a verte de vez en cuando —dijo Olof.

Ester escudriñó la expresión de su cara para ver si le estaba tomando el pelo.

—¿Te refieres durante el verano? ¿Ir a Estocolmo para verme?

Los pesos se soltaron y su corazón se lanzó a galopar.

—O también podríamos pasar unas noches en un hotel —dijo él, antes de dirigir su relajada despreocupación hacia el sol y cerrar los ojos.

—¿Un hotel en Escania?

—No —dijo Olof, cambiando de idea y negando levemente con la cabeza—. Tú y yo no viviremos en un hotel. Viviremos en un castillo —sentenció, y la respiración jadeante de Ester se hizo más corta y cálida—. Un castillo grande para nosotros. Con fuentes y colcha en la cama.

—¿Dónde hay uno de esos? —dijo Ester, casi sin aliento.

En cierta forma, se podría decir que Ester Nilsson era inadecuada para la vida. Creía realmente que Olof estaba hablando de un castillo existente en la provincia de Escania reconvertido en hotel, mientras que él se los imaginaba hospedándose ese verano, cuando Ester bajara en persona de un tren tangible para estar con él durante unos días y noches de verdad que ambos habían acordado en el mundo real.

El simbolismo y las imágenes eran herramientas excelentes, pero justo ahí a ella le parecieron del todo irrelevantes para mostrar lo hermoso y poderoso de un cuento triste y sin perspectiva de futuro. No tendría ningún sentido recurrir a las imágenes y al simbolismo si su relación fuera realmente auténtica y realizable. Lo único que hacía falta era que Olof se quitara los grilletes y diera el paso. Los sueños eran superfluos, y el simbolismo también, puesto que ellos dos tenían todo lo que querían al alcance de la mano.

Pero, como en el interior de Olof las cosas no se presentaban así, el castillo se convirtió en su regalo para Ester.

—¿Nos vamos a Skansen a ver animales? —dijo Olof y se levantó antes de que Ester tuviera claro si él pensaba ir a verla o no en verano.

Deambularon por el zoo abrazados. Se besaron delante de las focas. Al llegar a los flamencos, Olof sacó la cámara que sus hijos le habían regalado por su cumpleaños y Ester le pidió que se hicieran una foto. Olof dijo que no era posible, no podía tener a Ester en la cámara. Se sentaron a descansar en un banco. Olof se comió un helado, Ester se abstuvo para no engordar. Después cogieron el 47 hasta Norrmalmstorg. Allí cambiaron de autobús y se despidieron en Slussen. Ester había pensado que pasarían toda la tarde y la noche juntos, ya que tenían la oportunidad, pero Olof quería ir a casa a limpiar. Ella le dijo que podía echarle una mano. Él dijo que quería estar solo. Ella estuvo a punto de decir que podía acompañarlo y estar con él mientras estaba solo, pero cerró la boca en el último momento y volvió a la pequeña guarida oscura y desdichada que era su hogar.

A las diez de la mañana siguiente Olof llamó para volver a quedar, así que se fueron a

Hellasgården a pasear y meter los pies en el agua fría, pasaron el día, la tarde y la noche juntos. Al día siguiente, lo mismo, y al otro, no se perdieron de vista. Cuando una de esas tardes estaban sentados en casa de Olof cenando pasta con setas y salsa boloñesa, él dijo algo que cayó como un porrazo:

—No entiendo por qué andas en estas historias, Ester. Con hombres casados. ¿Por qué te contentas con tan poco? No conseguirás lo que quieres si están casados.

Volvió a emitir uno de sus enunciados performativos, un acto en sí mismo, donde las palabras podían ser relativamente arbitrarias mientras contribuyeran a crear distancia. Que Ester no se imaginara nada, decía aquel acto de habla, era solo porque habían estado muy unidos y muy encariñados durante muchos días y él se había mostrado dependiente de ella.

—Yo no ando con hombres casados —dijo Ester con voz apagada—. Pero a fin de encontrar a los hombres que me interesan amplió el margen todo lo posible.

—Los hombres casados no pueden darte lo que buscas.

—Tú me das gran parte de ello. Cuando decides hacerlo.

—Pero para ti no es suficiente.

—Por supuesto que no, dado que me gustaría tener una relación de verdad con la persona que amo.

—Pero eso es lo que los hombres casados no te pueden dar.

—Ninguno de los hombres a los que he querido tener era católico.

Soplaba un aire helado en la tibia tarde de verano. Olof cogió el cuello de la botella de vino y lo frotó con delicadeza pero con aire ausente.

—Es que no entiendo cómo puedes aceptar estas condiciones. Te mereces algo mejor.

—Pues dame unas condiciones mejores.

—Yo tengo mi situación. Pero hay otros.

—¿Otros? ¿De verdad has entendido tan poco de mí?

Olof se levantó y empezó a ordenar los platos sucios en el fregadero.

—Esto está mal —dijo dándole la espalda—. Te estoy tratando de forma injusta.

—¿Qué quieres decir?

—Me aprovecho de tus sentimientos hacia mí.

Ester lo corrigió, pues le pareció haber oído una reflexión equivocada:

—No puedes aprovecharte de mí. Nos queremos. Entonces no te aprovechas. Aprovecharse es, a pesar de no sentir nada, sacar un beneficio de los sentimientos de los demás.

No le pasó por la cabeza ni por un momento que fuera justo eso lo que él le acababa de reconocer; no le pasó por la cabeza porque era ilógico. ¿Por qué se expondría Olof a tantos riesgos y molestias si no tenía sentimientos de amor hacia ella? No cuadraba. Por tanto, él no podía decir que se aprovechaba de ella.

Olof oteó los tejados y fijó la mirada en la lejanía. Al no confirmar la corrección de Ester, sino más bien parecer aferrarse a la suya, Ester se fue al recibidor y se puso los zapatos y la ropa de calle.

—¿Te vas?

—Evidentemente. No puedo quedarme y dejar que te aproveches de mí.

—Pero a lo mejor podrías pasar la noche aquí.

¿Quién podía reprocharle a Ester que no dejara de creer y de tener esperanzas ante semejantes circunstancias? Que él no parara, aun teniendo claro que era justo lo que debía hacer, solo podía significar una cosa: que con quien él realmente quería estar era ella. Ester Nilsson pecaba un poco

al confiar en la constancia y estabilidad interior del individuo y en su capacidad de orientarse en este mundo.

Tanto esta noche como la siguiente compartieron cama. Podía decirse que últimamente habían pasado más noches juntos que nunca antes. ¿No debería eso significar algo, después de todo? Y cuando poco después estaban pegados sobre el colchón, Olof susurró:

—Mejor pon el brazo así, así estamos más cerca.

¿Más cerca?, pensó Ester. Estaban lo más cerca que podían estar el uno del otro.

—No consigo entenderlo —dijo él—. Nos conocemos por mera casualidad en un estreno y después de todos estos meses estamos aquí tumbados. Es increíble.

No, ¿quién podría, después de esas palabras susurradas al oído de un ser amado, culpar a Ester por sus eternas deducciones y conclusiones? Saltaba a la vista que ella era testigo directo de cómo a Olof se le derribaban las defensas. La situación era así de contradictoria. El temor al amor de tu vida hacía que la gente lo mantuviera apartado hasta que ya no podía más. ¿Acaso no lo había leído y oído en todas partes?

—Cada vez es como si fuera la primera vez que nos vemos —siguió susurrando—. Siempre me pongo nervioso cuando quedamos.

Pronunció el nombre de Ester y le acarició las mejillas, la penetró con una fuerte exhalación, se movió con cuidado mientras sus ojos claros se cruzaban con los de ella sin enredos ni trampas. Y Ester pensó que estaban cruzando entre tambaleos el punto de no retorno. Ahora sí. Solo un verano más.

Llegó el día en que Olof tenía que marcharse y no volver hasta otoño. No habían acordado ninguna fecha para verse antes de su partida, pero Ester no podía imaginarse no ver a Olof una última vez, por lo que aquella mañana bajó a la tienda Naturkompaniet de Kungsgatan y se compró un equipo nuevo de senderismo por mil coronas. Olof le había contado recientemente que a finales de agosto pensaba ir a caminar a la montaña con un viejo amigo de la escuela de teatro y le había pedido consejo a Ester sobre cómo prepararse para ello. Le compró taza, brújula, mapa, calcetines especiales, cinturón, cantimplora, un libro sobre el parque natural de Abisko y raciones de comida deshidratada para que se fuera acostumbrando durante las caminatas de preparación por Kullaberg. Con todo eso metido en una gran bolsa de plástico se fue en coche hasta su casa. Desde la calle lo llamó por teléfono y le preguntó si podía subir y decirle adiós. El miedo le palpitaba por dentro mientras subía las cuatro plantas por el frío hueco de la escalera. La voz de Olof había sonado áspera por teléfono.

Y era el día del retroceso. Olof estaba de mal humor. Podía verse, de entrada, en la forma en la que había abierto la puerta, una mezquina ranura que Ester tuvo que ampliar por sí sola, tras lo cual fue recibida por la espalda de Olof, que ya estaba volviendo a la habitación, donde tenía las maletas a medio hacer. El beso que ella le dio terminó en la mejilla, pues Olof apartó la cara.

Le entregó los regalos de montañismo y en ese mismo instante supo que había sido un error comprarlos, incluso haberse desplazado hasta allí. Olof se incomodó con el regalo y echó un vistazo superficial al contenido.

—Muy mono por tu parte —dijo, y dejó la bolsa sin sacar las cosas.

Volvió a sus maletas, metió unos vaqueros, una americana de lino y los mocasines lustrados que se había puesto en invierno cuando fue a buscarla a su casa una madrugada. Tras permanecer un rato callada, Olof la miró con esa expresión suya de irritación y burla, y Ester pudo sentir la fuente de su mosqueo: todo lo que ella exigía con su mera presencia, sus exigencias insistentes y sus nobles principios, su pesadez descomunal.

—¿Y tú qué haces hoy? —dijo Olof.

—Hago esto. Nos estamos despidiendo antes del verano.

La precisión de los métodos de distanciamiento de Olof era asombrosa. Las comunidades de expertos deberían agolparse a su alrededor, pensó Ester —psicólogos, sociólogos, economistas, políticos— para estudiar las formas que adoptaba su ambigüedad y la técnica perfecta que tenía Olof de apartar y al mismo tiempo retener, nunca soltar del todo y nunca dejar entrar. Olof poseía el dominio absoluto de ello, un talento natural, pues era poco probable que estuviera capacitado para diseñar esos métodos, ni era tampoco lo suficientemente atento con las personas, consigo mismo y con la vida como para haber hecho las observaciones necesarias que conducían a ellos. Debían de ser un efecto colateral evolutivo de alguna otra cosa, que de forma estable y sistemática trabaja en su interior en pos de metas desconocidas.

¿Cuáles eran dichas metas? Esa era la gran pregunta. ¿Qué pretendía alcanzar con su comportamiento? Ester creía que la respuesta era que Olof quería amarla, pero no se atrevía.

Todos los gestos y declaraciones de Olof de ese último día tenían por objeto poner distancia entre ellos. Ester ardía en las llamas de su propia desgracia, pero aun así quería pasar con él esas últimas horas.

Olof iba toqueteando sus cosas sin ton ni son. E igual que un niño que por fin tiene un amigo de visita en casa, le fue ofreciendo a Ester lo que iba encontrando en cajones y rincones, pequeñas joyas, piedras, recuerdos, libros.

A él las rupturas y despedidas le costaban, recordó Ester que había dicho una vez. Quizá por eso estaba entonces tan inquieto, pensó. No quería separarse de ella, no quería emprender el viaje, sino que quería retenerla dándole parte de sus cosas.

Cuando Olof se estiró en la cama para descansar durante un rato, Ester se echó a su lado y lo abrazó. Él rechazó sus caricias, pero le pidió que lo acompañara al tren. Primero pasaría unos días con Ebba en Borlänge y desde allí iría bajando hasta llegar al noroeste de Escania.

Cogieron el autobús 3 hasta Tegelbacken. En la curva hacia Katarinavägen, justo donde desemboca Fjällgatan y donde Estocolmo arrojaba toda su belleza sobre quien quiera verla, Olof miró a Ester y le dijo:

—¿Cómo pinta tu verano?

Ester tenía frío en pleno calor. Aquella era una pregunta cargada de violencia. Pensó que Olof estaba siendo cruel debido al servilismo perruno de ella, por haberle llevado los regalos de senderismo y sus babas. Ella identificaba los mecanismos, pero seguía babeando porque quería alcanzar otro estadio, uno en el que eran sinceros y considerados el uno con el otro, en el que ninguno era perro ni amo. Ella quería actuar como si ya estuvieran en ese punto, a pesar de que hacerlo así nunca había terminado de funcionar.

—Mi verano estará lleno de añoranza —dijo.

—Pero si tienes un montón de amigas. Podrías quedar con ellas.

«No voy a contestar —pensó Ester—. Me bajo ahora en Slussen y me busco a alguien que me pueda recetar una pastilla que borre todo lo que mi corazón haya sentido jamás y todo lo que el cerebro ha acumulado». Miró por la ventana del autobús. El parque de atracciones Gröna Lund estaba en marcha. Allí había acudido una vez Olof con una mujer a la que estaba cortejando. Desde el día que le había contado aquella historia, a Ester pasar por ahí le hacía daño.

Se bajaron en Tegelbacken y subieron a pie hasta la estación central. Olof caminaba un poco por delante, dando grandes zancadas, y se metió en un kiosco Pressbyrån en el vestíbulo principal de la estación, sin mirar si Ester lo seguía, por lo que ella se fue a esperarlo al principio del andén que le correspondía. Cuando Olof llegó con la prensa y una bebida, dijo:

—Alguien podría vernos.

—¿Quién?

—Me siento incómodo estando aquí contigo.

—¡Pues deja de estarlo de una puta vez! O no me pidas, al mismo tiempo, que te acompañe al tren.

Él la tomó de la mano en un gesto de inmediato arrepentimiento.

—Pásalo bien, Ester. Hablamos.

Se metió en el vagón del tren. El frío de la estación atravesaba la fina ropa de verano de Ester. Caminó por el andén con destino al aeropuerto de Arlanda para subir al viaducto soleado de Klaraberg. Al llegar a pie de calle, mientras pensaba qué dirección seguir y a cuál de las amigas

llamar para atajar su tormento, le llegó un SMS. Olof decía: «Esto también es difícil para mí. Un abrazo, O.».

Habían pasado tres minutos. Debía de haberlo escrito en cuanto había tomado asiento. «Un abrazo» no era algo que escribiera habitualmente. Olof era, pensó Ester allí de pie, como un cable eléctrico defectuoso tendido en su vida. Recibía una descarga cada vez que lo tocaba, pero también extraía de él toda su energía. Ella respondió con calidez y le deseó un buen verano, siempre consolándose con que los buenos actos generarían más buenos actos, que los medios y los fines era una misma cosa, que solo había una manera de generar decencia en la vida: con un comportamiento decente.

A sus amigas les dijo que iba a celebrar la Fiesta de San Juan con su madre. A su madre le dijo que para la fiesta del solsticio estaría con las amigas, para que no se preocupara por ella. La víspera estaba en casa sola, con el televisor como única compañía. El sábado lo pasó tumbada leyendo, mientras el piso se iba cerrando sobre sí mismo. El domingo fue a Hellasgården y dio los mismos paseos que solía dar con Olof.

El lunes, justo después de la emisión del programa de radio del mediodía, recibió un nuevo mensaje de Olof en el que daba por terminada la relación. Las razones que daba eran las muchas peleas que tenían y el constante descontento por parte de Ester, a la par que se sentía como un canalla con su esposa.

«Ya no puedo más», dijo por escrito.

El desengaño es una tierra yerma, una devastación física, una energía calcinada donde solo queda un olor a chamuscado. A lo largo de las decenas de kilómetros que recorrió paseando por Estocolmo en los meses siguientes, Ester Nilsson deseaba el exterminio de la humanidad y, en especial, la aniquilación de Ebba Silfversköld.

El verano estaba hecho para familias con mansiones heredadas en el archipiélago y casas de madera junto al mar, donde sus ocupantes se sentaban en el porche y se dedicaban a destrozarse el hígado lentamente. Estaba aborreciblemente disfrazado de relax y espera a que la vida volviera a empezar en otoño. El verano era lo que había que soportar. También había algo en el calor que Ester no aguantaba.

Un día de mediados de julio fue caminando desde Kungsholmen hasta los jardines de Rosendal. Allí se compró un tarro de mermelada exclusiva y un pan de masa madre para darse un capricho, continuó caminando por Djurgården, empezó a sudar, la bolsa con el pan y la mermelada comenzaron a estorbarle, pensó que debería haberlos comprado a la vuelta, pensó que mejor no debería haberlos comprado. Darse caprichos no le servía de nada, pues nada le sirve de ayuda a una persona que ha sido abandonada. Las bases del amor deberían extirparse a nivel celular, pensó.

En una conversación con Elin insistió en que la causa de lo ocurrido era la baja autoestima de Olof, pues había sido destruida ya en su infancia, y en que Ester debía tener fuerzas para ser comprensiva con sus caprichos y fantasías, puesto que Olof apartaba cuando más quería tener y rechazaba cuando más lo asustaba acercarse a lo maravilloso. Elin la escuchó y compartió algunos análisis. Pero al final dijo que también podía ser tan simple como que Ester había conocido a un auténtico gilipollas.

Fue como si vertieran cemento por dentro de su cuerpo.

Al cabo de una hora, Ester llamó a Elin y le dijo que a lo mejor era así de sencillo, que a lo mejor Elin tenía razón, pero aun así le pedía que no volviera a emplear esa palabra, porque lo único que conseguiría sería que Ester se alejara de Elin.

—Lo entiendo —dijo Elin—. Siempre hay razones por las que nos convertimos en lo que somos y, además, sabemos que nadie es solo una cosa.

—Gracias, amiga. Sí, eso es justo lo que sabemos.

Las semanas pasaron y las gaviotas se desgañitaban al otro lado de las ventanas, mientras ella yacía en la cama y le daba vueltas y más vueltas a cómo podía Olof elegir a Ebba Silfversköld antes que a ella. Lo que Ester ofrecía le daba mil vueltas a las burlas vacías de Ebba y su risa tensa. Sabía que Olof lo sabía y que una conciencia así podía generar tal angustia como para querer deshacerse del problema y de la decisión cuanto antes.

Después, el siguiente pensamiento era obvio: debería llamar a Olof para ver si estaba en paz con la ruptura. Si lo estaba, Ester no volvería a molestarlo nunca más. Sin embargo, le parecía

poco probable que Olof fuera a estar tranquilo, teniendo en cuenta lo unidos que habían estado las semanas anteriores, cómo él la había estado buscando, necesitando, cómo la había acariciado y le había hablado de su singularidad, y le había susurrado que todo era increíble. Cortar directamente después de hacer unas declaraciones amorosas de esa índole denotaba un desgarramiento interior tan grande que la cosa solo se podía considerar apresurada. Pero si Olof había cambiado de parecer, jamás osaría comunicarlo. Preferiría arrepentirse una vida entera antes que arriesgarse a que ella cogiera ventaja. Por tanto, debía ser ella quien se atreviera. El orgullo no debía decidir su futuro juntos. Ella, que era la fuerte de los dos, tendría que cargar con la vulnerabilidad y correr el riesgo de hacer el ridículo.

Como ocurría siempre entre sus citas, el corazón olvidó todo lo malo que recordaba el cerebro.

Así que Ester llamó a Olof después del verano. Dio la impresión de que él se alegraba, incluso de que lo agradecía. Dentro de Ester comenzó a generarse un zumbido y un estruendo, y le dio por pensar que durante el verano él se había divorciado. Él le preguntó cómo estaba. Ella dijo que estaba bien y que el verano había ido bien, que había estado en el archipiélago. Y era cierto. Un día frío y lluvioso, Lotta y ella habían cogido un barco hasta la isla Utö, donde habían pasado doce horas.

Con el tono de voz amortiguado que Olof solía emplear en momentos de franqueza y conexión, y con el que hacía que Ester se sintiera elegida y unida a él, dijo:

—Qué bien que hayas llamado.

Ella le preguntó si podía invitarlo a comer en el restaurante de la ópera. Una semana antes le habían concedido una beca para escribir un libro sobre la historia de las ideas del subjetivismo y sus raíces políticas, pero el dinero le daba para invitar a Olof.

—Lo ponía en las condiciones. Escribe un libro e invita a Olof Sten a comer.

Su risa fue cálida y él quiso quedar, sin falta, al día siguiente.

A la una menos cinco Ester se presentó en Kungsträdgården con una falda de otoño nueva y unas medias estampadas nuevas. La blusa gris marengo también era nueva e iba a juego con la falda Príncipe de Gales. Era finales de agosto, demasiado calor para llevar medias y demasiado frío para ir con las piernas descubiertas. Pero el estampado era bonito. Cada año Ester intentaba precipitar el otoño a base de abrigarse demasiado.

Hacía un día descafeinado. Ni sol ni frío ni calor, y la neblina blanca del cielo guardaba algo insultante. Habían quedado a la una. Cuando se oyó el delicado tañido de la iglesia Jakobs, Ester ya se encontraba en el sitio acordado, un tanto escondida detrás de un árbol. Se miró las piernas y se preguntó si el estampado de las medias no era un poco excesivo, a pesar de todo.

A la una y un minuto Olof le escribió diciéndole que llegaría cinco minutos tarde. Como Olof solo se esforzaba lo justo cuando sus necesidades e intereses así lo exigían, Ester comprendió que Olof consideraba que su crédito se había agotado: no solía comunicar un retraso de cinco minutos.

Las estadísticas hablaban en su favor. La gente solía divorciarse en verano. Y era justo antes de divorciarse cuando, en un arrebato de desesperación y de manera abrupta, se cortaba con todas las tentaciones, para mostrar determinación y que se tenía una vida maravillosa. ¿Cuántos veranos aguantaría Olof su matrimonio? Quizá ya se había quebrado y, por eso, él se había alegrado tanto y había sonado tan cariñoso cuando ella lo llamó.

Ester lo vio llegar a paso tranquilo por la plaza de Carlos XII, moreno, relajado, con barba de cuatro días y cualquier ropa de verano. Por lo visto, su cuenta no estaba del todo agotada, seguía poseyendo un poco de capital. Si no, se habría afeitado y se habría vestido de forma apropiada. Pero la dejadez también podía indicar que la cita era tan importante para él que debía contener la

presión interna y mofarse de las suposiciones de Ester. Ya había pasado en ocasiones anteriores. Los análisis no eran cosa fácil si querías hacerlos coincidir con la verdad.

El restaurante de la ópera era un garito oscuro y tenebroso de invierno, por lo que en agosto había muy poca gente. Seguía habiendo tanta luz en aquella época del año que la gente se sentía demasiado animada como para meterse en la penumbra.

Ester se oyó a sí misma parlotear tan nerviosa como avergonzada. Entre otras cosas, contó que fue en ese bar donde los ingenieros Andrée y Knut Fraenckel se citaban al comienzo de la novela de P. O. Sundman para planificar, mientras tomaban un bocado, su viaje al Polo Norte en globo aerostático. Olof pareció un tanto confuso con aquella introducción y dijo que había leído el libro hacía tiempo, pero que no recordaba nada, y aún menos esa escena.

—Comieron bogavante y, de postre, tarta de nata —dijo Ester y pensó en el fenómeno lingüístico de las palabras de Olof: si no recordaba nada de un libro, no podía subrayar que, sobre todo, no recordaba una escena en concreto. No podía recordar menos que nada.

Tomaron asiento, se deshicieron de sus miradas incómodas, abrieron los menús.

—Podemos pedir entrante, plato principal y postre, y beber tanto cerveza como vino. Yo invito —dijo Ester, que se había estado imaginando un almuerzo opulento.

—No. No quiero.

Olof se subió las gafas de leer a la frente.

—¿Qué es lo que no quieres?

—Me basta con un plato y una cerveza pequeña.

No estaba hablando de comida, eso Ester lo entendía.

—¿Qué tal te ha ido el verano? —le preguntó ella, a pesar de que ya habían hablado de eso por teléfono.

—De maravilla.

¿Cómo ha podido ir de maravilla? ¿Acaso tienes el corazón de piedra?, gritaban unas voces dentro de Ester. Por teléfono, Olof se había mostrado más necesitado y con menos capital en la cuenta. Entonces, su verano solo había ido «bien».

—¿Y a ti? —preguntó Olof por cortesía, pero sin querer saberlo.

Ester se ahorró la respuesta porque el camarero llegó y pidieron salmón marinado para los dos, con patatas cocidas al eneldo y una cerveza de graduación media. Luego comieron deprisa y sin hablar demasiado.

Una hora después salieron del restaurante y dirigieron sus pasos a la ópera: cruzaron los jardines del Parlamento, donde se habían besado en una ocasión, y luego entraron en Gamla Stan. Siempre que paseaban por la ciudad seguían el mismo camino. Ester no tenía nada en contra, siempre y cuando fueran juntos.

—Nunca te había visto con falda —dijo Olof.

—Sí que me has visto.

—Ah, ¿sí?

—La última vez que me viste llevaba falda. Cuando nos despedimos por el verano en Stockholms Central. Pero nunca me habías visto con medias estampadas. He pensado que esta falda es más propia de otoño. Estamos en otra estación.

Fueron a la cafetería Sundberg en Järntorget. La misma cafetería en la que se habían sentado inmediatamente después de su primer encuentro carnal, donde Olof había dicho: «No puedo hacerle eso a Ebba. No quiero».

Estando allí sentados, a Olof le sonó el teléfono. Por lo visto, aquella tarde tenía que ocuparse

del perro de su hijo y aclararon los detalles en ese momento.

Ester estaba tan acostumbrada a los contratiempos que se le antojaron como un viejo jersey que te pones cuando toca limpiar la casa. La resignación le despertaba una actitud más liviana y lenta, como distanciada, y cada vez conseguía con ese cambio que Olof le prestara más atención. Se interesaba cuando ella se resignaba. Ella se resignaba cuando él no se interesaba. Entonces él se acercaba un paso, tras lo cual ella hacía lo mismo, con lo que él la apartaba, tras lo cual ella se tornaba fría y cortante, cosa que a él le despertaba interés. Era un círculo vicioso.

Ester oteó la plaza en lugar de mirar a Olof. No pretendía captar su atención, nunca lo hacía, dado que Ester no se veía con ánimos de calcular cómo debía comportarse, aunque ya fuera bastante obvio.

—¿Vamos a algún museo? —dijo Olof.

Siempre esas visitas a museos, en cuanto a él le entraban ganas de acercarse a ella, pero al mismo tiempo no.

—No, creo que me iré a casa. Estoy un poco cansada de museos.

—¿No quieres?

Él la escudriñó con la mirada. No hacía falta demasiada amabilidad para que Ester cayera rendida.

—De todos modos, después no habrá nada más. Nada de lo que hacemos conduce a nada y tú me dejas a la mínima de cambio.

—¿Qué te habías pensado que pasaría hoy?

—Nada. Solo tenía ganas de verte.

Olof buscó con la frente fruncida algo acertado que decir.

—¿Qué tal va el coche?

Ester sonrió apenada.

—Va bien cada vez que lo tengo que cambiar de sitio. Por lo general, está parado.

Se dirigieron al metro. En la boca, él la abrazó y Ester notó la reacción física de Olof en el cuerpo. Así que no bajó las escaleras, sino que se fueron juntos a casa de él y se metieron en la cama.

Después de la tarde, llegó la noche. Olof llamó a su hijo y le dijo que tendría que buscarse a otro que le cuidara al perro. Prepararon un gratinado de patatas y bistec, y hablaron de todos aquellos intereses que tenían en común, entre ellos, la excursión a la montaña que lo esperaba la semana siguiente. Él le contó que había sacado mucho provecho de las cosas que ella le había regalado.

A medianoche, tras once horas de conversación ininterrumpida, Olof le preguntó a Ester si no se imaginaba escribiendo una obra de teatro. El grupo de teatro amateur que Olof dirigía desde hacía varios años tenía muchas ganas de interpretar una obra escrita solo para él. Olof había estado pensando en Brecht, pero durante el verano se le había ocurrido que mejor podrían interpretar una obra de Ester Nilsson. Lo que necesitaba era algo de un solo acto para ocho personas; y corría prisa, pues los ensayos iban a empezar en breve.

Un cauteloso júbilo estalló en el pecho de Ester. Sus intuiciones habían sido acertadas. Olof se había arrepentido de la ruptura en San Juan y había querido volver a conectar, incluso había elaborado formas avanzadas de hacerlo. Una obra suponía un lazo más duradero.

Olof miró la hora. Ester vio que se estaba preparando para decir algo ambiguo sobre que quizá ella debería irse, pero mejor no. Las palabras fueron las siguientes:

—¿Te vas ya a casa?

—No. No me voy a casa. Es plena noche.

Olof no la contradijo, pero tampoco le propuso quedarse. Cuando se hubieron cepillado los dientes y Olof se hubo acurrucado al lado del cuerpo deseoso y trémulo de Ester, dijo:

—No se le puede exigir a un hombre que se abstenga cuando tiene a una mujer desnuda al lado. Los hombres tenemos nuestras pulsiones.

Ester pensó que ya conseguiría que hiciera análisis más amorosos después. Todo a su debido tiempo. En ese momento, tocaba reconciliarse.

A la mañana siguiente cogió el autobús a casa y comenzó el proyecto de la obra. Impulsada por una energía inaudita, estuvo escribiendo durante una semana en la que paró tan solo para comer, después la tuvo lista. Trataba de una pareja de casados y una tercera persona implicada en esa relación, que salía a la luz durante una lúgubre fiesta del Cangrejo entre amigos. Olof la leyó en cuanto volvió de la montaña, dio a entender que vislumbraba el golpe bajo de Ester contra el papel de la esposa y contra el papel del marido/amante, pero sus comentarios no pasaron de ahí; aceptó la obra tal como era y dijo estar muy satisfecho.

Llegó el otoño. Los días se volvieron más oscuros, más fríos, más húmedos, más desnudos, y *Engranaje*, la obra de un solo acto de Ester Nilsson, se ensayaba una tarde por semana bajo la dirección de Olof y la supervisión de Ester. Él le había pedido que estuviera presente en los ensayos «siempre que le fuera posible». Y siempre le era posible. Durante los meses de otoño, Olof la llamó a menudo para discutir aspectos del texto y oír si su interpretación coincidía con las intenciones de Ester. No tenían contacto físico, sino que se relacionaban de manera estrictamente profesional; se hallaban en una fase de recuperación y montaje, como solía pasarles en otoño, para así dirigirse poco a poco a una nueva primavera, otra más. Cuanto más se acercaba el invierno, más se aguzaba el tono de atracción en la voz de Olof y su elección de palabras, igual que las largas miradas que le lanzaba, todo de un modo vago y tan solo insinuado, en absoluto comprometedor pero lleno de significados que estaba previsto que ella percibiera y captase. Cuando no había nada a lo cual oponer resistencia, Olof se volvía más claro.

En enero entraron en la fase final y más intensiva de los ensayos, y era natural esperar que el director de la obra y la autora de la misma quedaran para pulir detalles y deliberar. En cada encuentro, sus cuerpos chisporroteaban de remembranzas y futuras posibilidades. Olof parecía disfrutar poniendo a prueba su capacidad de abstinencia, probar hasta dónde podía acercarse a lo prohibido sin ceder, aproximarse al fuego y retirarse. A medida que el invierno avanzaba, aumentaban el calor y el cariño en la mirada de Olof. Al fin llegaron a la fecha de febrero en que a un ritmo estacional fiable habían terminado en la cama los dos últimos años. Su reloj atómico interno se dirigía de nuevo hacia allí. Ester se asombraba con su precisión: verse en los albores de la primavera, dejarlo en verano, reparar y reconstruir en otoño y reencontrarse de nuevo en primavera.

Según el relato cultural, los idilios eran propios de la primavera. En verano, estabas casado y limpiabas la despensa. Olof seguía al pie de la letra el esquema y todas las indicaciones. Ocupaban un espacio en su psique y él las llevaba a cabo. Los moldes daban estabilidad a todo lo suelto e indefinido que Olof tenía dentro.

Pronto sería primavera.

Después del estreno de una obra toca comer y beber. Incluso después de un pequeño estreno, un jueves de marzo ante cincuenta personas en un teatro ubicado en un sótano viejo y deteriorado, con sándwiches y vino tinto. Esa noche Olof Sten no solo estaba encendido, sino que echaba chispas. No había reservas ni condiciones aparentes. Estaba completamente centrado en Ester, galante, atento, amoroso. No era solo la forma en que miraba a Ester, sino su lenguaje corporal respecto a ella, lo que decía y callaba, las caras que ponía y las que no ponía, el rumbo que tomaba la conversación y del que se desviaba. En resumen, era una de aquellas tardes en las que no

mencionó a su esposa ni una sola vez, sino que se cuidaba mucho de no hablar de ella. No había sentidos dobles ni ambigüedades. Si todo era una obra y una puesta en escena, esa tarde Olof no interpretaba ningún papel. Fue al encuentro de Ester puro y transparente, sincero y vulnerable. Había sido así cada vez que Olof volvía a sentirse preparado. Ya iban por su tercer invierno juntos, solo unas pocas semanas tarde en comparación con los dos anteriores, y la luz erótica de él brillaba en un verde incandescente. Ester reconocía toda la situación, pero disfrutaba con la misma devoción de siempre. Por cada año que pasaba se reducían las posibilidades de Olof de decir que había sido un error y que solo era obra de Ester.

Olof había invitado al estreno a un viejo amigo suyo que era escenógrafo, pero un escenógrafo sin trabajo y amargado por ello. Se presentó como Göran Berggren y tenía un semblante de suspicacia que parecía ser más bien constante y no ocasionado por aquella situación. Tenía una cabeza pesada sobre un cuello corto y esa forma tan incómoda de halagar que ciertas personas emplean en la lucha que supone para ellos la vida: el halago como una manera tácita de airear su constante escepticismo. Así que, cuando después de la obra estaban los tres hablando en una de las mesas, Göran Berggren le dijo a Ester:

—Te felicito por la obra. Es buena.

—Gracias —dijo ella, tras lo cual Göran Berggren dijo:

—Esta vez incluso se puede entender lo que has escrito.

Ester se concentró en el cuerpo deseoso de Olof que tenía al lado, en lugar de en el comentario de Göran Berggren. En honor a la ocasión se había vestido con una falda bonita y una blusa con chaleco a juego y botas de piel. Olof dijo que era bonito y que le quedaba bien. Göran Berggren se metía todo el rato en la conversación, incluso cuando bajaban el tono y, como era amigo de Olof, Ester quería mostrarse cordial, por lo que dedicó un buen rato a preguntarle sobre la actividad, los problemas y la historia de la escenografía, a lo que él respondió rezongón y con aversión, pero con suma implicación. Daba la sensación de que no se lo podrían quitar nunca de encima. Todos los demás habían vuelto a casa, incluidas Fatima y Lotta, que habían ido a ver la obra y le habían guiñado un ojo mientras estaba sentada con Olof. Solo quedaban Ester, Olof y Göran Berggren. Alzando la voz, Göran le preguntó cómo estaba Ebba. Ester se arrugó como una pasa y el deseo y la ligereza que habían gorgoteado en su interior se esfumaron, pero no por mucho rato, pues Olof respondió que la última vez que había hablado con ella iba todo bien y ¿desde allí el metro no llevaba a Göran directamente a casa?

Al fin se quedaron solos. Era medianoche. Olof tenía las llaves del local, un pequeño teatro ubicado en unos bajos de Västmannagatan. Salieron al asfalto, que relucía por la humedad, Olof cerró la puerta con llave y se fundieron con la oscuridad de la noche. Caminaron una manzana hasta Odengatan. No lo habían hablado, pero los dos lo tenían claro. Olof miró a Ester y dijo sin complicaciones:

—¿A casa de quién vamos?

—A la mía.

Olof alzó un brazo para parar un taxi y con la otra buscó la de Ester. Ella se preguntó cuántas veces podía volver una persona antes de comprender que cada regreso junto a la otra reducía el valor del matrimonio que tanto valoraba. Como sus encuentros eran sin cita previa, Ester no se lo podía preguntar.

Llegaron al piso. Ester puso las flores del estreno en un jarrón. Olof la tocó con apetito y codicia. Se desnudaron, se metieron bajo el edredón. Él abrazó su cuerpo con manos calientes y dijo de aquella manera absurda y ambivalente que solo se le podía ocurrir a Olof Sten:

—Solo vamos a estar aquí pegados el uno al otro, nada más.

—Ah, ¿no?

—No, solo dormiremos juntos.

—No puedo hacer eso.

—Yo tampoco.

—Voy a explotar si solo puedo quedarme aquí tumbada.

—Yo también —Olof le apartó un mechón de pelo de la frente y se lo pasó por detrás de la oreja—, pero esta vez no puedes tener tantas expectativas conmigo. Yo no puedo cumplir con ellas.

—Las únicas expectativas que tengo son vivir contigo para siempre y nunca dejarte ir.

Él le apretó con un dedo la punta de la nariz.

—No. Es justamente eso.

Y luego comenzó la noche.

Ester podía ver la rueda en la que corría, pero pensó que muy pronto los dos se meterían por otro carril, pues no eran hámsters, sino personas.

Muy temprano, al día siguiente, llevó a Olof en coche hasta su casa como tantas veces antes y lo dejó delante del portal.

—Ahora mi cuerpo está totalmente satisfecho y tranquilo —dijo Ester.

Él le sujetaba la mano y le pasó el pulgar por el reverso.

—Eso está muy bien.

—Si quieres poner tu granito de arena en la salud de la población, deberías venir regularmente a verme.

—¿Y tú serías la población, quieres decir?

Al sonreír, los ojos de Olof se hicieron pequeños como las ranuras de una hucha. Ester nunca se cansaba de verlas ni de colar por ellas una moneda de felicidad y verlo avivarse.

—El todo es las partes que lo componen —dijo ella—. Si la salud de una persona mejora, la salud de la población sube de nivel, a menos que sea a costa de otra persona. Lo cual no es el caso.

—No estoy tan seguro de eso.

—No. Lo sé. Y es una lástima —reflexionaron en silencio—. ¿No piensas hablar con ella, a pesar de todo? Solo estás prolongado el sufrimiento de tres personas. Le harías un favor si la dejaras.

—Siento mucho decirte que te equivocas —dijo Olof—. Probablemente, te haría un favor a ti si te dejara.

Se bajó del coche y se metió en el portal, despidiéndose con la mano.

Quien desee ser amado o necesitado debe sorprender con las caricias, no derrocharlas, no darlas porque el otro las quiera. Deben parecer arbitrarias, como una excepción imprevista pero aun así regular. Entonces cuentan por diez en la receptora y la atan con fuerza. Basta con mirar la estrategia de Dios para mantener a la gente interesada. Nadie entiende mejor que él la psicología de la dependencia y el doble enlace. Sabe cómo hacer para que las personas queden encadenadas a él con las dosis correctas de amor y frío para que nunca puedan liberarse, para así nunca verse abandonado. Y las personas saben montárselo para no tener que dejar nunca de amar y necesitar a su salvador.

Tras lo sucedido, a Ester se le antojó lo más natural preguntar a la semana siguiente si Olof quería acompañarla a Uppsala a ver una obra de teatro, para la cual ya había sacado dos entradas. Él no contestó en el momento, pero cuando veinticuatro horas más tarde ella le mandó un segundo mensaje un tanto afilado en el que le pedía una respuesta para saber si debía invitar a otra persona, Olof dijo que sí. Al igual que tantos otros, no era capaz de soltar lo que no quería tener.

La tarde que tocaba teatro en Uppsala Ester supo en cuestión de pocos segundos cómo iría la cita con la simple lectura de los gestos. Estaba esperando a Olof en el coche delante de su portal y, en cuanto este se sentó en el asiento del acompañante, lanzó una mirada burlona a su falda plisada, que descansaba sobre el asiento. Era una mirada de esas con la que la niña se topa en la escuela cuando los demás se dan cuenta del esfuerzo que ha hecho por estar guapa inútilmente.

Después de que Olof le hubiera halagado la falda de la semana anterior, la que Ester se había puesto para el estreno, había ido a comprarse otra, y ahora vio claramente que no era para nada su estilo, que era ridícula. Había dudado, pero al final había decidido comprársela, envalentonada como estaba por las palabras de Olof.

Acababan de tomar Folkungagatan cuando llegó el siguiente revés. Olof olía la primavera en el ambiente y dijo que, sin duda, era una estación con una luz especial, una luz delicada y única. Cuando Ester se mostró de acuerdo y le dio por describir la magnífica luz púrpura de las tardes de comienzos de primavera y cómo afectaba a los sentidos, Olof dijo:

—Y nadie ha sabido captar la primavera al óleo sobre lienzo como el padre de Ebba, Gustaf Silfversköld. Sus pinturas siguen siendo insuperables.

La maniobra era tan sutil que no se le podía echar en cara sin considerarla forzada, pero bien podría haber dicho: «Esta noche, nada de nada. Solo para que lo sepas».

La conexión entre ellos había muerto y Olof le había aclarado a quién le pertenecía sin tener que pringarse con la intimidad. Incluso consiguió hacerle ver a Ester lo plebeyo que era su apellido en comparación con el de Ebba.

Fue un trayecto lacónico. Ester conducía en silencio, lo cual hizo que Olof no tuviera claro si había captado el mensaje, así que al llegar a Uppsala contó un chiste del mundo del teatro que Ester no entendió o que, al menos, no la hizo reír, por lo que él constató que debía de ser una

broma a la que solo los actores sabían verle la gracia. Esa noche Olof era sobre todo un actor. Añadió que Ebba siempre se había sentido como en casa entre actores y que había algo en el oficio de médica que se asemejaba a la del actor.

—Me pregunto qué puede ser —dijo Ester.

—Es difícil de definir —dijo Olof.

Como era Ester la que había elegido la obra que iban a ver, Olof se mostró mezquino incluso con ella. Durante la pausa hizo una explicación didáctica de que este tipo de teatro era el que le gustaba a la gente normal, la que no había visto demasiado teatro.

Al caer el telón, Olof había salido corriendo al bar como un hombre perdido en el desierto y bebía con frenesí de su copa de tinto mientras el bullicio que los rodeaba en el vestíbulo iba *in crescendo*, gente desenfadada que no parecía corroerse por dentro. Exhausta y triste, Ester se aferraba al cuello de su botella de agua con gas.

Mientras estaban allí sentados uno enfrente del otro se les acercaron dos personas a la mesa, viejos conocidos de Olof y Ebba, por lo que parecía, pero a Ester no le hacía falta saberlo para percibir la desesperación de Olof por el hecho de que lo vieran con ella.

Ester sufrió por él al ver el pánico en su cara, y por acto reflejo abandonó la mesa y desapareció entre la muchedumbre antes de que los conocidos de Olof hubiesen tenido tiempo de deducir que él y Ester estaban juntos.

Se volvió una vez a mirar y vio a Olof sentado, sujetando su vida para que no se descuajeringara, el marido de Ebba Silfversköld conversando con amigos de la pareja.

El trayecto de vuelta fue igual de silencioso que el de la ida. La llanura de Uppsala yacía oscura a su alrededor, con excepción de las manchas de nieve que habían quedado rezagadas en las áreas de sombra.

Plip, plop, el amor se escurre. Plip, plop. Al final, el desgaste es mayor que el frescor. Al final, la ausencia de cambio equivale a estancamiento. Al final, terminas. Al final, se reduce incluso el valor de lo incalculable. Plip, plop, se va perdiendo la confianza, la alegría de vivir y la felicidad.

Plip, plop.

Plip, plop.

Plip.

Aunque para Ester Nilsson aún no del todo.

Volvió a ser abril, fangoso y lluvioso, pero con tardes cada vez más claras y las ramas de los árboles desnudas y acusadoras. El día después de la excursión a Uppsala, al mediodía —y por enésima vez— un SMS ligeramente de reproche en el que Olof declaraba lo maravilloso que era encontrarse con Ester a todos los niveles, pero que no podía mantener una relación sexual con ella, y eso se lo había «explicado muchas veces».

Era demasiado simplón enviar otro mensaje con ese contenido, todas esas variantes de «Quiero, pero no puedo y tú me obligas a hacer lo que no debo». «No quiero lo suficiente como para poder y tú me presionas para admitir cosas que no debería.» «No puedo querer y tú tienes que dejar de hacer que lo quiera.»

Ester estaba muy, pero que muy cansada.

En menos de una hora, Olof la llamó para preguntar por qué no había contestado a su mensaje. Ella le dijo que no había nada que contestar. Él quiso saber si no podían ir a Hellasgården, aprovechando el tiempo que hacía. Ester dijo que no se veía con ánimos, porque estaba cansada, y una llamarada atravesó el cable telefónico. Olof intuyó que algo se estaba rompiendo de verdad, que Ester Nilsson estaba roída hasta el hueso. Olof le contó que había dedicado la última semana a releer todos los libros que ella había escrito, que había «notado la fuerza en ellos», observado patrones y temas que no había visto antes y que estaba «impresionado».

Ester solo se sintió aún más cansada. Era todo tan transparente y penoso.

—Sería genial dar un paseo —dijo Olof.

—Creo que ya me he paseado bastante —dijo Ester.

—No me encuentro bien en mi situación.

—Sobrevivirás. Ya lo has hecho antes.

—No sé lo que quiero.

—Igualmente, las cosas siempre han ido como tú has querido.

—¿Estás libre el sábado?

—No lo sé.

Olof dijo que el grupo de teatro amateur tenía muchas ganas de que Ester les escribiera también la obra del año siguiente. Se alegró mucho con la noticia y decidió al instante ponerse con una vieja idea a la que llevaba tiempo dándole vueltas: escribir una comedia sobre el concilio de Nicea en el año 325 y la Trinidad. Olof dijo que sonaba prometedor.

El sábado fueron a Hellasgården. Pocas veces Olof había insistido tanto como en esta ocasión, así que Ester pensó que sería mejor ver adónde llevaba todo aquello.

La naturaleza desprendía sus olores y aromas, la vegetación se abría paso a ritmo implacable. Entre los montones de nieve y los rayos del sol se libraba una batalla que los segundos terminarían por ganar. En esa época del año siempre lo hacía. Todo el mundo lo sabía, menos la nieve. A pesar de estar condenada a verse aniquilada, resistía hasta el último copo, se transformaba en escarcha para protegerse, tan cortante que podía abrir la piel humana. Pero contra el sol no había remedio posible.

En Källtorpssjön había placas de hielo y un puñado de hombres jóvenes se bañaban desnudos en el embarcadero. Ester y Olof se sentaron en las rocas, desde donde podían ver a los mozalbetes chillando y saltando con las partes colgando. Olof le tapó en broma los ojos con la mano a Ester, con autoridad, protector, como si ella fuera de él. Pero a Ester no le divirtió el juego, estaba vacía. Como él siempre reaccionaba con vigor cuando el interés de Ester se veía mellado, la relación se aceleró. Con su sensibilidad inaudita para el flujo de capital, Olof comprendió lo cerca que ella estaba del límite de sus fuerzas. Empezó a ir a verla a su casa después de los ensayos, la llamaba y le preguntaba su opinión sobre cosas que había leído en la prensa, hablaban por teléfono casi cada día y no había fricciones.

Y por si fuera poco, Olof no pensaba ir a Escania ese verano, sino que se quedaría en casa trabajando en el teatro del parque, mientras su esposa desconectaba en la casa de campo de sus padres, en la isla de Yxlan. Estaba agotada, triste y desmotivada tras un año laboral muy duro, dijo Olof. Ester pensó que ella también estaría agotada, triste y desmotivada si fuera Ebba Silfversköld. A lo mejor, padecían los mismos síntomas.

Pero también pensó, más por vieja inercia, que para las parejas que no pasaban juntos el verano no había vuelta atrás.

Lamentablemente, en la obra de verano que se iba a representar en el parque participaba

también Barbro Fors. De hecho, había sido ella la que le había pedido al director que le diera a Olof un papel en la obra, según le contó a Ester.

Llegó junio y continuaron viéndose a menudo e intensamente, igual que el año anterior en esa época. Por primera vez en muchos años, Ester no temió la llegada del verano. No era feliz, pero sí estaba lo bastante satisfecha y contenta para hacer cosas como comprarse una sal cara «del Mar Muerto» cuando descubrió sus cualidades de belleza y beneficios para la salud en un puesto temporal de Västermalmsgallerian.

Con ella se frotó el fin de semana del solsticio de verano para desprenderse de viejas escamas de piel, mientras pensaba en los atardeceres luminosos que los esperaban y de los que podrían atiborrarse juntos.

El lunes después de San Juan Olof llamó a Ester y dijo que quería cortar la relación.

—Mi arrepentimiento y mis sentimientos de culpa se están volviendo demasiado grandes —fue lo que dijo.

Vamos mejorando, le dijo Ester secamente a Vera. Este año me ha llamado, el año pasado solo me mandó un mensaje. Vera explicó que Olof solo estaba cerrado por vacaciones. ¿Acaso no había aprendido Ester a estas alturas que Olof cerraba en junio y luego abría otra vez en otoño? Las amantes tenían que aprender a lidiar con los garitos cerrados.

Ester le preguntó a Fatima si ella pensaba que Olof estaría con ella si Ebba moría o lo abandonaba de alguna otra manera. Fatima dijo que lo dudaba, que se buscaría nuevas excusas, nuevos impedimentos, nuevas mujeres. Le prohibió a Ester ir a ver a Olof actuar ese verano; sería humillarse.

Ester dedicaba los días a leer historia de la Iglesia y teología sobre la Trinidad, al mismo tiempo que escribía la obra. En pleno verano le llegó un encargo de Radio Suecia de escribir un pequeño ensayo sobre «el alma del orientador» que pensaban emitir en agosto en Falun, durante el campeonato.

Una hora después de haberlo emitido, Olof la llamó y le preguntó en qué dirección apuntaba la aguja. Al sur, dijo ella.

Solo quería saber cómo le iba la obra, dijo Olof con cuidado, por eso llamaba. Tenía que empezar a preparar la dirección. Ester no le había mandado ningún esbozo en todo el verano. Sonaba como si a Olof le pareciera extraño.

—No. No te he pasado ningún esbozo.

Él le propuso ir a bañarse, ahora que hacía tan buen tiempo, y así ella le podría hablar de la obra y sus ideas acerca de la puesta en escena.

Como Ester no tenía nada mejor que hacer y, además, nunca había notado el peso del orgullo pero sí el de la soledad más inmensa y sobrecogedora, aceptó la propuesta.

Después de nadar un rato y de volver a tierra firme, Olof desplegó una toalla que había llevado consigo y en la que dijo que podían tumbarse los dos. Era extremadamente estrecha, tenían que pegarse el uno al otro para no quedarse fuera. El sol quemaba. Pronto estuvieron de nuevo en el agua, nadaron hasta el peñón y volvieron. Luego descansaron de nuevo en la toalla, cerraron los ojos para que el sol no los cegara y no comentaron nada de la obra de Ester. Ella notaba la piel de Olof contra la suya sin tener permiso para tocarlo. Olof dijo que no la había visto en ninguna de sus funciones del verano. La había buscado cada noche.

—No, no he ido. En San Juan me volviste a dejar.

—Ya. Esto no es fácil para mí.

—Me había imaginado que nos veríamos cada tarde durante todo el verano. Lo había estado esperando muerta de ganas.

—De todos modos, yo no habría podido. Habría sentido demasiada culpabilidad.

—¿Culpabilidad? ¿Te crees que a Ebba le parece mejor que le seas infiel cada dos días en lugar de cada día? —Olof no dijo nada—. A lo mejor, has estado viendo a Barbro Fors este

verano. A lo mejor, era más práctico y cómodo, aprovechando que actuabais juntos cada tarde.

Ester no sonaba burlona sino neutral, como si hubiese dicho cualquier cosa. Lo dijo para que él lo negara.

—Ebba me preguntó lo mismo.

—¿Y qué contestaste? Que no era tu tipo.

—¿Cómo lo sabes?

Al cabo de unos minutos de pasear por la frondosidad junto a la orilla, Olof dijo que sería un placer quedarse sobre la hierba hasta la noche, con Ester y un pollo asado. Ester podía ponerle fecha a cada una de las veces que él había expresado su anhelo de unión con exactamente ese contenido y frases prácticamente iguales. Le vino a la cabeza que Olof Sten era una especie de autómeta, los mismos pensamientos, actos y expresiones, donde una cosa llevaba a la otra en un bucle en el que estaba atrapado y, por alguna razón, ella con él.

¿Por qué amaba a un autómeta?

¿Por qué no le servía de nada darse cuenta de que él era un autómeta?

¿Por qué nada servía de ayuda?

Pasó un mes. Ester terminó la obra de Nicea y comenzaron los ensayos. Ella no fue a verlos, no tenía ni las ganas ni la pasión. Un día de principios de otoño, cuando el sol aún calentaba pero las hojas ya se habían secado, Ester y Elin estaban sentadas en la terraza de la cafetería Eldkvarn, al lado del ayuntamiento, y Elin le dijo que la veía muy decaída en los últimos tiempos. Como Elin sabía que no merecía la pena repetir obviedades sobre dejar y olvidar, pasaron a maquinarse juntas alguna estrategia para conseguir que pasara algo. ¿No valdría la pena informar anónimamente a la esposa?, se preguntó Elin.

—Creo que he escrito como una docena de cartas, pero al final no he enviado ninguna —dijo Ester—. Recuérdame: ¿cuál es el principal motivo?

—Conseguir una situación definitiva. Romper el círculo vicioso y el punto muerto.

Sacaron papel y boli. Por ejemplo, podía llegar una carta de parte de alguien que había estado en una cafetería, que había reconocido a Ester y a Olof, y que había visto y oído cosas que esta persona consideraba que la esposa debería saber. Redactaron unas primeras líneas.

—No es a mí a quien va a elegir cuando Ebba lea esta carta.

—Eso no lo sabemos.

—Desgraciadamente, creo que sí lo sabemos.

—Puede que ella lo rechace a él. Y entonces él podrá elegirte a ti. Pero puede llevar tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—Lo que tienes que decidir es si quieres ser una persona que salga elegida de esa manera.

Ester dejó el bolígrafo y se quedó pensando, mientras paseaba la vista por las olitas centelleantes de Riddarfjärden y la silueta puntiaguda de la Södra Mälarstrand.

—Es evidente que no quiero. Pero no es nada que tenga que decidir, porque Ebba jamás soltará a Olof. Una rival solo lo hace más interesante.

—¿Alguna vez te has planteado que podría ser justo eso lo que Olof sabe, y que te utiliza para ser más interesante a ojos de ella?

—No. Porque usar a alguien así es un crimen contra la humanidad.

Miró fijamente y desafiante a las coronas doradas del ayuntamiento, coronas que alguien pulía, jugándose la vida, para que brillaran.

Más por divertirse que por otra cosa, siguieron redactando la carta a Ebba Silfversköld. Ester notaba sus resistencias internas. No estaba preparada para saber a quién elegiría Olof el día que tuviera que hacerlo.

—Déjalo, Elin. No puedo.

—Lo entiendo.

Habían escrito media carta. Ester la dobló y se la guardó.

Vera sugirió que, en verdad, Ester no le tenía miedo de saber a quién elegiría Olof cuando se viera obligado a hacerlo, sino que quería evitar descubrir cómo sería vivir con él. También era el análisis que hacían muchas conocidas que desde hacía tiempo contemplaban atónitas el comportamiento de Ester: que en realidad no quería aquello que estaba luchando por conseguir.

Ese pensamiento recurrente y creíble sobre la capacidad de autoengaño del amante le resultaba extremadamente cansino y, por ende, afeado por su superflua banalidad. Utilizando un poso cultural freudiano, la gente había comprendido que siempre existe un tormento más genuino bajo el anhelo amoroso, oculto para el infeliz que lo vive pero no para los espectadores, y por eso Ester debía lidiar primero con esa carencia más auténtica, de la que huía valiéndose de la relación amorosa.

Cuando Ester se topaba con esas ideas de resignación sobre el inconsciente, se preguntaba por qué tenían una visión tan complicada del amor. No cabía ninguna duda de que el encuentro con otra persona podía suponer toda la diferencia entre el sufrimiento y el bienestar. Que ese hecho existencial fuera un deplorable capricho biológico, uno de los horrores de la existencia, no lo hacía menos verdadero.

La naturaleza se puso sus mejores galas. Los árboles se vistieron de granate y amarillo, manchas y motas. En la boca del canal de Djurgården las hojas parecían dulces de mazapán, mientras que la tierra, la hierba y las rocas se aferraban a sus colores más sobrios. A veces, los paseos de Ester la conducían hasta allí. Era mediados de octubre. La compañía de teatro ensayaba su obra una tarde a la semana bajo la dirección de Olof. Después de uno de los ensayos, todo el grupo había decidido salir a tomar algo y uno de los actores llamó a Ester y le preguntó si se animaba a ir al ensayo y luego a salir con ellos. Se alegró por la propuesta y fue. Era un día entre semana y se despidieron sobre las diez. Entonces Olof quiso que Ester y él fueran caminando juntos un tramo y se tomaran algo por el camino, así que fueron desde el centro hasta el casco antiguo, donde encontraron un sitio abierto.

—¿Dónde te quedas esta noche? —preguntó Ester.

Acababa de enterarse de que Ebba estaba en la casa de Bondegatan, de baja por depresión debida al desgaste profesional.

—He dicho que íbamos a salir todos.

—¿Y le ha parecido bien?

—Pues claro. Yo no soy...

No completó la oración.

—¿Sabe si yo estoy en los ensayos o no?

—Eso no la preocupa.

—Debería.

—Pero si tú y yo no tenemos ninguna relación.

—No. Pero la hemos tenido.

Olof tenía que coger el tren desde Mälartorget y subir por Katarinavägen. Ester cogía el mismo autobús pero en el sentido contrario. Según los paneles indicadores, el de ella tardaría en llegar unos minutos más. Bajaron a la parada de Olof. Era una noche fría y Olof tiritaba con las manos metidas en los bolsillos. Solo llevaba una chaqueta fina. Ester le frotó la espalda para darle un poco de calor y él la rodeó con los brazos. Entonces llegó el autobús. Él le dio un beso de despedida con el mismo deseo cálido y suave en los labios del primer beso, aquella noche de invierno en Folkungagatan, cuando caían los copos de nieve y se posaban en sus pestañas. Ester lo recordaba como si hubiese ocurrido el día anterior.

Durante las semanas que siguieron, hablaron a menudo por teléfono sobre la forma que estaba tomando la obra, pero también sobre la situación del mundo; a Olof le gustaba hablar de política con Ester. Ella había empezado a acudir con regularidad a los ensayos. Olof y ella fueron a tomar un café para hablar de una escena especialmente difícil. Al poco tiempo, Ester lo invitó a cenar.

Elin señaló que existía el riesgo de que él considerara el asunto exactamente igual que Ester pero con efecto contrario: cada vez que ella aceptaba que él volviera a su lado, a pesar de haber

dejado claro que no pensaba abandonar a su esposa, se reforzaba su idea de que Ester aprobaba aquel acuerdo. Volviendo una y otra vez con él, por mucho que él hubiese declarado que no quería lo que quería Ester, ella decía que sí a la oferta de ser su amante.

Era un análisis que dejaba a Ester sin aliento, pero no podía negarlo. Con el mismo acierto que ella, Olof podía decir: afirmas una cosa pero haces otra, y los actos son más relevantes que las palabras. Dices que no quieres ser mi amante y, aun así, todo el rato aceptas serlo. Obviamente, me lo tomo como prueba de que tus palabras carecen de valor.

A Olof le apetecía mucho ir a cenar a casa de Ester, dijo, pero solo para hablar, porque no podían seguir como hasta ahora, por muy placentero que le resultara acostarse con ella.

—Es cierto —dijo Ester—, no podemos seguir como hasta ahora. Pero yo no quiero solo hablar. Y si tú solo quieres hablar, no tiene ningún sentido que vengas.

—¿Es un ultimátum?

—Sí. No te garantizo que solo vayamos a hablar.

—Yo tampoco.

Sonó como si estuviera harto de sí mismo y sus pequeños intentos de contener la ola de deseo. Así que Olof fue a su encuentro una vez más y retomaron de nuevo la relación amorosa, un poco más de tres años después de la primera vez que se habían visto. Era una lluviosa y oscura tarde de octubre. Comieron pollo a la cazuela con arroz y, después de hablar y comer, se acostaron: dos cuerpos familiarizados y sin timideces.

A raíz de esta repesca en los juegos del amor, Ester tenía que poder confiar en él, dijo, porque ya no tenía fuerzas para aguantar otro revés. Esa vez no podía ser como las anteriores. Tenían que hablar mejor el uno con el otro y él no podía dejarla cuando le entrara la angustia.

—Estoy de acuerdo tanto en la descripción como en el análisis —dijo Olof—. Ahora haremos las cosas de manera diferente.

Ester pensó que hasta la fecha nunca le había oído admitir nada semejante y que los grandes cambios son el resultado de pequeñas alteraciones en los patrones existentes. ¿Acaso no era eso lo que había pasado en la caída de la Unión Soviética? También fue precedida por pequeñas reformas y una mayor apertura.

Fatima sugirió que Ester no debería darle tantas vueltas a la vida de Olof y sí concentrarse más en la suya propia. Ester lo intentó, pero se dio cuenta de que su vida no le despertaba el mismo interés.

Continuaron hasta el invierno, que llegó pronto, y luego el fin de año. Nunca antes habían sido amantes durante el otoño, lo cual era indicio de que el patrón realmente había sido alterado. Quedaban y hacían el amor, hablaban y paseaban, intercambiaban ideas y reflexiones, comían y bebían, y disfrutaban de la compañía y el cuerpo del otro. Ella lo llevaba de aquí para allá en su coche, iban a exposiciones y miraban sitios. El día que ella fue a buscar a Olof y él, sonriendo malicioso, llamó «Cadillac» al Twingo, el efecto de distanciamiento era tan leve y desenfadado y la picardía de sus ojos tan viva que aquello solo podía contemplarse como parte de la conexión que existía entre ellos.

En ese nuevo equilibrio también quedaba incluido el detalle de que habían empezado a enviarse correos electrónicos cuando él estaba fuera, pues estaba ensayando una obra infantil en Gävle. «Gracias», empezaba respondiendo él a un correo en el que ella le había escrito lo contenta que estaba por el desarrollo de la relación, y continuaba diciendo que estaba impaciente por volver a «sentarse con la señorita Nilsson».

«Sentarse» era un poco aburrido, obviamente, puesto que acostarse era lo decisivo, pero Olof

había contestado, la había correspondido, no se había esfumado, ya no había nada caprichoso en su comportamiento, aunque sus correos fueran bastante tibios para el gusto de Ester. Era como si Olof todavía estuviera sacando las emociones de un tarro, en lugar de verse impulsado por ellas. Pero Ester estaba convencida de que la pusilanimidad de su escritura solo se debía a la timidez y la torpeza lingüística. Ni por un momento se le pasó por la cabeza que se debiera a una meticulosa disciplina por parte de Olof ante el peligro de la permanencia de la letra escrita, de dejar rastro tras de sí.

En Nochevieja, Olof fue a la isla de Yxlan con su mujer. Ester siguió su propia tradición: sola, con comida que había cocinado ella y tres películas alquiladas sobre personas que conseguían juntarse después de superar muchos obstáculos. Sentía una suerte de paz. Dicha paz perduró durante Año Nuevo. Pero por la tarde del día 1 la inquietud surgió de entre las sombras. Era su cuarto fin de año con Olof sin Olof. El segundo día la angustia era tan profunda que se quedó tirada en la cama respirando con dificultad y de forma entrecortada, sin poder levantarse. Lo único que había pasado era que él no había dado señales de vida, pero ella había pasado de la armonía a la catástrofe en cuestión de horas, por el mero hecho de que no había ocurrido nada. Los segundos transcurrían a duras penas.

A las once de la mañana del 2 de enero la ansiedad era tan desgarradora que la amante se saltó la prohibición de ponerse en contacto con el ser amado cuando este se encontraba en presencia de su mujer. La prohibición estaba claramente definida:

—No me puedes llamar cuando estoy con Ebba.

Pero llamó.

Olof colgó la llamada.

Ester se lo imaginó delante de su esposa en una casa del archipiélago, disfrutando de un *brunch* templado mientras la nieve en polvo yacía al otro lado de las ventanas rústicas, en un paisaje de frío petrificado.

Ester no era capaz de seguir las competiciones de esquí que daban por televisión y quitó el sonido. Poco después no podía ni con las imágenes de la excelsa vitalidad de los corredores, por lo que apagó el televisor.

Así pasó una hora y media. Después Olof llamó. En ese mismo instante, el calambre que tenía en el pecho se disipó y Ester se sintió tan agradecida que apenas necesitaba hablar con él, le bastaba con que la hubiera llamado. Pero algo dijo, a pesar de todo. Dijo que lo echaba tanto de menos que apenas podía respirar y que preferiría ser un copo de nieve que caía en su pelo que el ser que estaba ahí, arrojado sobre la cama y devorado por dentro. Él estaba montado en el autobús que bajaba de Norrtälje, se rio cálidamente con la idea del copo de nieve y dijo que podían verse en cuanto llegara a Estocolmo si iba a buscarlo a la estación.

Ester se levantó de un salto de la cama, la hizo, se duchó, se arregló. Todo el dolor había remitido, las vías respiratorias se dilataron y el optimismo inundó todo su cuerpo. Era bioquímicamente dependiente de la presencia de una sola persona en su vida.

Pensó: me llama desde el autobús. Me propone quedar. No quiere ocultar su anhelo, sino que lo muestra. La ruptura está cerca. Esta vez viene por mí. Este invierno, esta primavera.

Estaba aparcada en Valhallavägen, cerca de la estación, y lo vio acercarse por el retrovisor.

«*Objects in mirror are closer than they appear*»,^[3] ponía en el cristal. Ester Nilsson creía a pies juntillas en la certeza de aquellas palabras. Y eso que Olof parecía estar muy cerca.

Olof llevaba una mochila colgada de un hombro y daba pasos pequeños para no resbalar. Cuando se sentó en el asiento del acompañante, le echó a Ester una mirada de complicidad, pero su presencia la consternó. Tenía un aspecto horrible. Sin afeitarse y desaseado, con el pelo sucio y oliendo a rancio. Nunca antes lo había visto así.

¿No decía eso mucho de la situación de su matrimonio, de la falta de respeto que tenían el uno por el otro? ¿No era señal tanto de desprecio como de autodesprecio, apuntillado con la indiferencia que revelaba el no ir bien arreglado aun estando en el campo? ¿O acaso era muestra de lo a gusto que estaban juntos, tan extremadamente unidos que no necesitaban cuidar las apariencias, tan unidos que uno de los dos buscaba la chispa y el chute de la imprevisibilidad —y motivos para lavarse— en otra parte?

Ester leyó y leyó entre líneas, hizo mil y una interpretaciones, elaboró eternas deducciones, pero no sacó nada en claro.

Condujo con cautela por la ciudad, pues no solo los transportaba a ellos dos, sino también el frágil estado anímico que los envolvía. Los ruidos quedaban amortiguados por la nieve que había caído toda la Navidad. A pesar de cubrir la calzada, era tan dura y fresca que estaba blanca.

Tardó menos de un cuarto de hora en llevar a Olof a su casa desde la Universidad Real de Tecnología. Aparcó en una bocacalle y se fue a comprar el segundo almuerzo para los dos en Cajsa Warg, mientras él subía a su piso. Cuando a los diez minutos ella subió con dos cartones de lasaña caliente, él estaba recién duchado, afeitado y olía a jabón. Cariñoso, cálido y con las mejillas sonrosadas se sentó a la mesa con la bata puesta. Mientras comían, ella le acarició el muslo desnudo con la punta de los dedos y los cuerpos de ambos reaccionaron. Él la tomó de la mano y se fueron a la cama, la que compartían los tres.

La oscuridad llegó con rapidez y cayó sobre ellos como el telón de un teatro. El acto fue breve y rápido, pero íntimo. Olof pareció disculparse al decir que tenía «ganas acumuladas». Esa pareja de vocablos, pensó Ester, ganas acumuladas, solo se podía entender como que la vida sexual de Olof con su esposa era nula y que quería transmitirle eso y no otra cosa a Ester, para que pudiera entender que la posibilidad existía. La vida sexual del matrimonio estaba muerta, eso era lo que Olof acababa de decir, y no podía haber nada más dulce a oídos de Ester. Sabía que Olof sabía que ella leía sus indirectas y que su mensaje le llegaba, por muy críptico que fuera. Si Olof hablaba claro, ella podía echarle en cara sus palabras, pero él hablaba de tal manera que ella comprendiera en qué dirección iban sin tener que verbalizarlas.

Él quiso que se sentaran un rato en la cocina y tomaran una copa. Siempre ese vino tinto que no paraban de meterse a todas horas entre pecho y espalda. A Ester el alcohol nunca la había atraído tanto como a Olof; nunca le apetecía tomar vino si no era para acompañar la comida, pero tendría que beberlo hasta que todo estuviera en su sitio, si eso era lo que se le exigía. Tendría que dejar el coche en el barrio y recogerlo al día siguiente.

De camino a la cocina, él descolgó una bata de detrás de la puerta del baño y se la ofreció a Ester. Era de seda desgastada y tenía agujeros en los dobladillos. Ester sospechaba que era de su mujer. Se quedó un tanto pasmada de que Olof le ofreciera con tanta ligereza y sin pensarlo demasiado la bata de su esposa. Era inaceptable para ambas. No quería ponérsela, pero tampoco quería fastidiar el momento.

¿O era la bata una nueva prueba del cambio que se había producido? La esposa ya estaba fuera de escena, lo único que quedaba eran las formalidades. La persona que llevara aquella bata era la

que él consideraba su pareja.

Llevaban un buen rato sentados con sendas batas y tomando vino cuando Olof, de pronto, se puso nervioso y le dijo a Ester que tenía que irse. Ebba podía llegar en cualquier momento, tenía que hacer algo en la casa y después volvería a Estocolmo. Lo mejor sería que Ester se diera prisa. Ese nivel de riesgo totalmente insólito también debía de significar que el cerebro de Olof se estaba despegando del matrimonio, a pesar de que la conciencia siguiera resistiendo por un tiempo.

—Será mejor que te marches ya —repitió él. Los nervios hicieron que el tono le saliera descuidadamente tajante—. Ebba puede llegar de un momento a otro.

Ester le puso las manos en las mejillas.

—¿Qué pasa si llega justo ahora, mientras estoy aquí con su bata puesta y rodeándote la cara con las manos?

—No me lo puedo imaginar. Mi vida quedaría destrozada.

—¿Cómo puede ser? No lo entiendo. Explícamelo.

Olof se encolerizó y bramó:

—¿Te crees que me tiene por el cuello o qué coño quieres decir?

Ester dio un paso atrás, estupefacta.

—Al menos, eso ayudaría a entender algunas rarezas. ¿De qué tipo de control estás hablando?

—Llegará en cualquier momento. Date prisa.

Unos minutos más tarde Ester estaba caminando por Skeppsbron. Parecía una postal, escarchado y con farolas amarillas. El cielo era negro alrededor de los orificios parpadeantes de las estrellas.

Pasó una semana. El domingo por la tarde tenían ensayo en los locales cerca de Huvudsta y, como de costumbre, Ester llevó a Olof a casa cuando terminaron. Era su pequeño ritual. Antes de arrancar el motor, le ponía una mano en la rodilla un rato y él le ponía la suya encima. Luego partían y al poco ya se habían incorporado a Klarastrandsleden con destino a Södermalm.

—Sería genial ir ahora a tu casa —dijo Olof.

—Pero tú tienes que ir a la tuya, ¿no?

—Supongo que sí.

—¿Está Ebba en casa?

—Lamentablemente.

Klarastrandsleden tiene unos pocos kilómetros de largo. No dijeron nada durante unos minutos. A cien metros de la salida a Kungsholmen, Olof dijo:

—Qué pena que me tenga que ir a casa.

—A lo mejor, puedes llegar a casa un poco tarde.

—Pero no demasiado.

—¿Me salgo? Tienes que decidirte ya.

Faltaban treinta metros para la salida.

—Sal —dijo Olof.

Ester subió por Fleminggatan sin vacilar. Todos los semáforos estaban en verde y justo delante del portal había quedado libre un hueco que solía estar ocupado. Caminaron los escasos metros hasta la finca. Ester percibió este momento de inflexión con presencia absoluta. Algo inaudito estaba teniendo lugar.

Entonces Olof dijo:

—Qué malos somos.

Y Ester oyó en el acto que había algo erróneo en aquel comentario, algo completamente extravagante. Era parte de la permanencia, no de la ruptura. Lo era del mismo modo en que la amante es parte del matrimonio y no de su disolución.

En una época que estaban muy unidos, Ester le había pedido a Olof que le contara lo que sentía por ella. Él le había respondido que lo más maravilloso del ser humano es que nadie podía ver lo que se pensaba o sentía. Eso era lo que conformaba la libertad del individuo respecto al resto. La sociedad era una dictadura de la verdad, sobre todo por parte de las mujeres, con sus eternas exigencias de introspección. Olof era un disidente de esa dictadura. Se negaba a hacer introspección. Gracias a Dios, dijo, las personas estaban hechas de tal manera que una no podía ver dentro de la otra, a pesar de que él sintiera a menudo que el mundo podía atravesarlo con la mirada. Era una sensación espantosa y, cada vez que se acordaba de que su mundo interior no era más que suyo, sentía una felicidad sin parangón.

Ester se acordó de aquello en aquel momento y se preguntó si lo que atraía a Olof no sería el

secreto como tal. ¿Era Ester una ficha en su juego de poderes con la que Olof se portaba «mal» para decirse a sí mismo que su mujer no sabía lo que estaba haciendo, y la ventaja que eso le daba?

Se quitó de encima la sensación de desagrado, apartó de un manotazo la clara conciencia de que nunca podría haber ningún intercambio duradero con alguien que quería mantener su mundo interior fuera del alcance de ella y pensó en el punto de inflexión que estaba viviendo. Nunca hasta la fecha Olof había tomado una iniciativa como aquella.

Estaban de pie en el recibidor. Ester le preguntó si quería comer algo. En lugar de responder, Olof la abrazó con una lujuria voraz, la besó, le quitó la ropa, la llevó a la cama.

Diez minutos más tarde, no más, estaban saliendo por la puerta. Olof tenía que volver a casa con la mujer que lo esperaba antes de que empezara a sospechar.

Derrapando con el freno de mano en la nieve que ese invierno no paraba de caer, Ester giró en el cruce y cogió Hantverkargatan en dirección a Södermalm.

Como siempre, después del acto sexual llevó a Olof a casa en el Twingo con una sensación de pertenencia y pena. El trayecto duró poco, aquella tarde apenas había tráfico. Más o menos a las ocho menos diez, o a las 19:53, para reflejar con exactitud lo que indicaba el reloj del coche, Ester Nilsson dejó bajar a Olof Sten. Casi le daría tiempo de llegar a casa y poner el programa de televisión que había pensado ver a las ocho. Después de que sus labios se tocaran una última vez —y aquella fue, de hecho, la última de todas— Olof se metió en su portal, despidiéndose más o menos con la mano.

Ester dio media vuelta y, mientras bajaba por Katrinevågen, le vino la imagen de Olof abriendo la puerta y corrigiendo los rasgos de la cara para el encuentro con su esposa, para no parecer que acababa de introducir su simiente en otra mujer. ¿Estaría esquivo? ¿Notaría algo su mujer? ¿Lo compensaría Olof con intimidad y charla?

Pasó con el coche por Slussen. Allí había mucha gente en movimiento y un montón de autobuses articulados en fila. Pensó que lo que estaban haciendo Olof y ella estaba mal. No se debería permitir que las personas, es decir, Ebba Silfversköld, pensaran que su vida era algo que no era. La gente debería poder rechazar la verdad si no la quería, pero primero había que ofrecérsela. No obstante, eso era tarea de Olof, no de Ester. Él debería informar a su mujer sobre las circunstancias.

Pasó por delante del ayuntamiento con dolorosos pensamientos girando en su cabeza. Pensó en todas las cosas que él le había dicho a lo largo de los años que hacían de sus actos algo menos inmoral, por ser parte de una ruptura inminente con la esposa: «Soy lento, Ester». «Las rupturas son difíciles para mí, lo sabes.» «Iremos viendo.» «Tenemos toda la vida por delante.»

Una nueva semana comenzó para Olof y Ester. Sería la última. A la mañana siguiente, Olof volvió a Gävle y el teléfono permaneció mudo durante cuatro días hasta que Ester lo llamó el jueves.

Durante el principio de la conversación, él se mostró más bien parco en el tono, y Ester lo atribuyó a que Olof temía verse enredado en una conversación sobre la relación tras lo sucedido el domingo, que había hecho una extracción demasiado grande de su cuenta y la había ingresado en la de ella, pues en cuanto Ester le preguntó qué pensaba de la metedura de pata de la ministra de Cultura de esa mañana, Olof se relajó de pronto, mostró interés y expresó su asombro ante el mal cálculo de la ministra, añadiendo además que una vez se había sentado a su lado en el teatro y que la mujer había pasado durmiendo toda la función de *Ricardo III*.

A Ester la conversación no le parecía maravillosa, pero se sintió algo mejor cuando se rieron juntos de la ministra. Olof le dijo que los últimos días había tenido un resfriado galopante. Había algo muy íntimo en los resfriados, pensó Ester. Cuando los directores generales estaban constipados y los entrevistaban en televisión o la radio, al instante se los veía desprovistos de poder, más cercanos, más humanos. Y por eso mismo, cabía suponer, los dirigentes del Estado nunca hacían apariciones cuando estaban resfriados. Se sintió presa del cariño ante la imagen constipada de Olof. Cayó en la cuenta de que enfermaba a menudo, y pensó que era debido a que «no se encontraba bien en su situación». Las mentiras y toda la vida sentimental en las sombras hacían mella en el sistema inmunitario.

Hablaron del ensayo del sábado con la compañía de teatro. En la fase final de la preparación de la obra, a veces hacían ensayos de jornada completa, y el sábado siguiente era una de esas veces. Olof le contó que llegaría a Estocolmo el viernes a última hora. Ester le preguntó si podía ir a buscarlo al tren. Él le dejó claro que pensaba ir directo de la estación a casa, pero por supuesto que podía ir a buscarlo si era lo que le apetecía.

Su nivel de implicación volvía a ser demasiado bajo, lo cual preocupaba y dejaba perpleja a Ester, pero aun así al día siguiente se presentó en la estación y esperó en el andén de los trenes que bajaban del norte. En el bolsillo del abrigo, su mano sujetaba una bolsita de bayas de Goji de color rojo brillante que acababa de comprar en el mercado cubierto de Hötorgshallen. Se decía que iban bien contra el resfriado.

El tren llegó puntual y enseguida vio a Olof, acercándose poco a poco con su paso sin rumbo. Al caminar, parecía como si sus piernas no supieran adónde ir, pero aun así trasladaban el resto del cuerpo, que lo sabía aún menos. Ester llevaba su abrigo negro de invierno, que le llegaba por los tobillos y que le parecía bonito y como sacado de *Anna Karenina*.

Pensó que no había nada de raro ni de sumiso en el hecho de que estuviera esperando a Olof en una estación de tren. Eran amantes, y las personas que se aman eran iguales en sus gestos de amor.

Olof esbozó una de sus sonrisas, una mezcla de divertimento cálido y burlón, como si no se

hubiese decidido del todo.

Dijo:

—Pareces el jefe de estación. Con ese abrigo largo y la marca en el gorro.

Ester llevaba un gorro de lana negro, con un trocito de cuero claro en la parte frontal.

Olof no la tocó ni se detuvo. Caminaron uno al lado del otro hacia el vestíbulo central. Su frialdad hizo que Ester se sintiera ridícula, pero aun así le dio la bolsita con bayas de Goji.

—Esto va bien para el resfriado. Son antioxidantes.

Olof se metió la bolsita en el bolsillo. Bajaron por Tegelbacken, donde cogieron el autobús 3. Cuando Olof dejó que sus ojos se deslizaran por la figura de Ester ante la gente del autobús, ella percibió cierto desprecio en su mirada. Pero no podía estar de acuerdo en que se estaba humillando, considerar eso era muy convencional. La humillación no existía entre amantes. Era evidente que se intentaría rascar veinte minutos si surgía la oportunidad. Mientras Olof no se atreviera a tomar su gran decisión, tendrían que seguir así. Solo aquel que descuidaba la vida podía ver lo patético en ella.

El autobús dio un bandazo. Ester recordó las veces que habían ido montados en autobuses que pegaban giros abruptos y cómo entonces sus cuerpos se habían alegrado de encontrarse en el vaivén.

—¿Nos vemos mañana?

—Supongo que nos veremos en el ensayo —respondió Olof con indiferencia.

—¿Qué haces esta noche?

—Ceno con Ebba.

Ester valoró la situación antes de proseguir con la evaluación de las dimensiones del infierno que era su existencia. Alcanzado cierto límite de tormento, el dolor dejaba de importar y, al menos, el examen se tornaba de lo más interesante.

—¿Qué vais a comer?

—Buena pregunta, no sé qué se habrá inventado Ebba. Algo rico, seguro. Como siempre.

En su corazón se estaba llevando a cabo una tala y quema, y el humo le quemaba los ojos. Olof no había estado tan casado como esa tarde de octubre, en la que habían iniciado su nueva era de sinceridad y confianza.

—A lo mejor, te puedes tomar una baya de Goji de postre —le dijo—. Y darle una a tu mujer. Para que tengáis una vida larga y sana juntos.

—¿Las has envenenado? —dijo Olof con una risita ligera.

Habían llegado a su parada. Ester no esperaba ningún gesto de cariño en la despedida, pero se bajó con él para caminar hasta casa. Era un paseo no demasiado largo. A veces los residuos tóxicos que se le acumulaban dentro se evaporaban con el aire libre.

Había dado apenas unos cuantos pasos cuando oyó a Olof gritar que al día siguiente podían ir juntos a pie al ensayo. Ester se dio la vuelta.

—Te llamo cuando esté de camino —dijo él.

Ester siguió hacia su casa y valoró la situación. Realmente había creído y sentido que habían avanzado con esa última tanda de amor. Pero una vez más ella era un ser lejano para él, una desconocida que lo esperaba en el andén, que parecía un jefe de estación, que le venía con bayas de Goji sin que él le hubiera pedido nada de todo eso. Había retrocedido con la misma facilidad de siempre. Quizá porque no se estaba produciendo ningún progreso. Solo era Ester a la que le había dado por pensar que este era inevitable.

En menos de una hora caminando por el aguanieve llegó a Fridhemsplan. Alquiló una película y

se compró una pizza. Pensó en la cena de Olof y su mujer. «Algo rico, seguro. Como siempre.» Las palabras le provocaron un escalofrío.

Los ensayos comenzaban a las doce del día siguiente y a las once Ester ya estaba esperando junto a Karlbergskanalen. No habían quedado, pero no había ningún otro camino posible. Estuvo esperando y Olof no llegaba. Al final corría el riesgo de llegar tarde al ensayo, por lo que lo llamó por teléfono. Olof había calculado fatal tanto la distancia como el tiempo. Ir a pie de Södermalm hasta Huvudsta tomaba casi una hora y media a paso normal, y ahora había una capa de polvo de nieve virgen sobre otra de gruesa aguanieve. Por cada paso al frente, los pies retrocedían. Ester llegaría más de media hora tarde si se quedaba esperándolo, pero sin director tampoco podían hacer nada. Y ella quería ir con Olof, quería estar con él el rato que podían estar juntos ellos dos solos y corregir lo malo del día anterior.

Ester pensó que el descuido que Olof mostraba hacia la compañía provenía del resentimiento de vivir en la mentira. La desidia era el método de su conciencia para hacer que pasara algo. Al final, la presión encontraba su vía de escape. Al igual que todo en la naturaleza, la voluntad tomaba los senderos que buenamente podía para alcanzar aquello que había de alcanzar, hacer lo que había de hacer. La dejadez y la falta de concentración eran recursos que tenía la psique para poner en marcha las transformaciones que, si no, nunca se llevaban a cabo. A la vida de Olof estaban a punto de reventársele las costuras, pensó Ester.

Empezó a seguir Karlbergskanalen en sentido sur para reunirse con él, pero incluso las indicaciones de su ubicación eran dispersas e imprecisas cuando lo llamó para ver hasta dónde había llegado.

—Veo una casa de ladrillo a la izquierda y un cartel.

Ester había llegado más allá de Barnhusbron cuando se encontraron. Eran las doce. Olof no hizo comentario alguno sobre el retraso ni sobre que la compañía tuviera que esperar. Con una chaqueta sucia y un aire despreocupado resbaló por el aguanieve, tenía resaca y estaba de mal humor. Caminaron hasta Huvudsta en silencio.

Los actores ya habían empezado por su cuenta cuando llegaron. Por lo visto, él había llamado para advertirlos del retraso de cuarenta y cinco minutos, porque el grupo estaba inquieto pero no extrañado. A ella no la había llamado para avisarla.

Trabajaron varias horas seguidas. Las partes comenzaban a cuajar. Solo había que unir las en un bloque. Ensayaron hasta las cinco sin parar y, al terminar, los esperaban a cenar en casa de uno de los actores que vivía en la zona de Birkastan. El grupo discutió si ir en metro o a pie.

—Lo más agradable sería ir a pie —dijo Ester y miró a Olof sin otorgarle a su rostro más forma que la de la expectante intimidad que no tenía ningún motivo para irradiar. De alguna forma, había terminado por solidificarse en la expresión de su cara.

Olof le lanzó una mirada. Con pavor, Ester vio que era una mirada llena de desprecio sedimentado, y la réplica que la siguió soltó hálitos venenosos como un hongo de la muerte al explotar:

—Hay más gente aparte de ti que quiere ir caminando.

Vera dijo:

—¿Qué pensarías tú de alguien muerto de hambre que se alegrara por un trozo de pan seco cada

quince días? Retira la mano, Ester. Búscate tu propia comida, libérate de la esclavitud. La gente rebaja a aquellos que se dejan rebajar.

Fatima dijo:

—¿No tienes respeto por ti misma?

Ester explicó que no era una mendiga ni carecía de respeto hacia sí misma. Al contrario, tenía tanto que podía pasar por alto la debilidad de quien le tenía miedo a amar. Jamás pensaba seguirle el juego de poder ni dejarse dominar por él.

Con la voz estridente por la irritación, Vera le gritó a Ester que era una arrogante, ¿se creía Dios Todopoderoso o qué?

Ester le preguntó cómo encajaba eso con la idea de que era penosa y lamentable y que debería retirar la mano. ¿Una mendiga arrogante con apariencia divina? Entonces, Vera gritó aún más fuerte.

—La pregunta interesante —dijo Ester— es por qué Olof me mete ese trozo de pan en la boca. Si de verdad no quiere, solo tiene que dejar de hacerlo. Como lo hace, es que algo quiere.

—¡Pero es que quiere demasiado poco! —gritó Vera—. ¡El mundo no es una ecuación matemática!

—Y aun así nadie suena tan segura como tú de lo que es X y lo que es Y.

—Ya no puedo más. Lo dejo, tengo que descansar de ti. Me tomo un respiro.

Y eso hizo. Se tomaron un respiro la una de la otra.

Desde el ensayo cogieron el mismo camino de vuelta por el aguanieve, pero pasando por delante de Karlbergs Slott, por debajo de las vías del tren y subiendo hasta Birkastan. Olof caminaba unos metros por detrás de Ester, hablando con uno de los actores. También Ester estaba conversando, pero percibía la conciencia de Olof con la misma intensidad que la suya propia. En él se estaba procesando una certeza, presentía Ester, de que la había pisoteado demasiado fuerte y que eso estaba mal. Pero también sentía que ser consciente de ello era un temor que se emparejaba con una intensa y airada atracción de terminar de pisotearla y acabar con ella de una vez por todas, destruirla por dentro, aplastarla para alcanzar la paz. Las impresiones de Olof eran claras como el hielo para Ester: él no podía vivir sin su amor ni tampoco con él; quería tenerlo, pero no entendía en quién se convertía con él; quería librarse de él, pero no se atrevía a abstenerse; ella le mostraba que su vida tenía una versión mejor y él la detestaba por ello.

A medida que se acercaban al final del paseo, los pensamientos de Ester parecieron confirmarse. Olof tenía la necesidad de rebobinar el carrete, retomar el contacto para neutralizar su sentimiento de culpa. Al mismo tiempo, quería mantener la intimidad y le molestaba cuánto podía llegar a farfullar por culpa de la triste severidad de Ester. La suma de todo aquello tomó la forma de una alusión vivaracha y arrogante, con admiración envuelta en ironía burlona:

—¿O qué dice la poeta y filósofa?

Y luego repitieron algo que habían estado hablando a su espalda. Cuando Ester se volvió, la cara de Olof era seductora. Su respuesta la desarmó y la apaciguó.

Al poco rato llegaron a casa de los anfitriones, donde la olla ya borboteaba. Tomaron vino y picaron algo, y se dividieron en dos grupos en el salón para charlar. Ester estaba sentada en el de Olof y sentía lo cansino que a él le parecía que estuviera en su grupo y no en el otro. Habría sido una maniobra más estratégica, pero Ester detestaba la táctica y la batalla. Se sentó en el de Olof porque era allí donde quería estar, con la esperanza de que él tomara conciencia de su propia

humanidad. En contacto sensorial constante con la conciencia de Olof, Ester experimentó cómo él no podía dejar de molestarse con ella, pues una vez más la relación se había terminado para él y el amor no correspondido es una sanguijuela en el cuello del ser amado.

Permanecía callada y apesadumbrada. Los demás no paraban de hablar. Olof estaba especialmente parlanchín. Comentaron la expansión de la UE y las ambiciones de superpotencia de Rusia, nunca a un nivel por encima de los titulares y entradillas que daban los medios de información a diario. A Ester la conversación la aburría de manera colosal, y moverse por la superficie le parecía de lo menos inspirador.

Pero la conversación no tardó en tomar derroteros más interesantes. Alguien explicó el caso de un hombre al que conocía, cuya esposa lo había dejado recientemente por otra mujer. Un comentario sentenciaba que, seguramente, no era tan doloroso ser rechazado a causa de una persona del otro género, porque así, a lo mejor, uno no sentía que eran su carácter y personalidad las causas de la separación, sino exclusivamente la categoría física, lo cual debía de ser más fácil de aceptar.

Entonces, Olof tomó la palabra.

—No. Yo no lo siento así. Desde luego que no. Creo que sería peor, la verdad. Si Ebba me dejara por una mujer, sería terrible. Insoportable. Me deprimiría profundamente y sentiría que no sirvo para absolutamente nada.

Ester se quedó mirando fijamente a Olof para ver si podía leer algo entre líneas en la expresión de su cara, una suerte de desconcertada confesión de su monumental hipocresía.

Pero no había nada. Parecía sincero, como si amara a su esposa de corazón y aquel pavor a que ella lo abandonara fuera real.

Para no montar una escena, Ester reprimió el impulso de levantarse e irse a casa. Se limitó a andar con piernas temblorosas hasta la cocina, donde la pareja de anfitriones estaba dando el último toque a la cena. Ocultaba lo que la asfixiaba por dentro, pero oyó lo tensa que le salió la voz al decir que olía de maravilla.

Llevaron la olla a la mesa de la cocina y todo el mundo se reunió a su alrededor.

Olof se pasó la cena buscando compensaciones desesperadas. Ya mientras servían la comida, cordero con verduras y cuscús, alabó a Ester ante los demás, citó un fragmento de un artículo que había escrito en algún periódico hacía una semana y ensalzó la idea subyacente. Vinculó una frase de la obra que estaban ensayando con un verso que ella había escrito una vez en un poema que, curiosamente, él conocía de memoria. Durante toda la cena se estuvo refiriendo a cosas que ella había dicho («como Ester suele decir», «tal como escribiste una vez, Ester»).

Y, por primera vez, ella le perdió el respeto. La docilidad compensatoria que le salía a Olof en momentos de necesidad estaba entre las cosas más penosas que Ester había presenciado. Aquellas adulaciones tan agresivas le daban el mismo asco que los rechazos más hostiles, pero nunca tanto como la oscilación patológica de Olof yendo de lo uno a lo otro.

Al terminar el plato principal, Ester se disculpó y dijo que tenía que irse a casa, pues al día siguiente la esperaba un duro día de trabajo. Le dio las gracias por la cena a la pareja de anfitriones. Intentaron retenerla con el cebo del postre, tarta de mousse de chocolate, pero ella declinó y salió al recibidor.

Mientras se ponía los zapatos, Olof fue a su encuentro.

—¿Te vas?

—Sí. Me voy.

—¿Por qué?

Ester lo miró: su camisa manchada de vino, sus mejillas y cuerpo flácidos, los hombros hundidos y el cuello blando. Nunca los había observado como partes, solo había amado la unidad de todas ellas intensa e indulgentemente, las había amado al despertar y al dormir, al comer y al trabajar, al leer la prensa y al pasear, al ir al baño y al ducharse, al despreciarlo y al decepcionarse con él, los había amado a cada momento y sin pausa.

Tenía delante una figura lastimosa con brazos torpes que le colgaban de los omoplatos y una patosa incapacidad que ya no calentaba ni acariciaba el corazón de Ester.

—Sabes perfectamente por qué. Lo sabes tan bien como nunca jamás en toda tu media vida, repleta de vagas ambigüedades, has sabido nada con tanta seguridad.

—No sé de qué estás hablando.

Un rayo de odio se abrió camino a través de la membrana de Ester Nilsson. Cuando en otras ocasiones, en momentos de desesperación, había asomado el odio, había sido el reverso de un anhelo incandescente. En esta ocasión, el odio era frío, y habló a través de ella cuando dijo:

—Has hecho lo que has querido hacer, Olof. Has conseguido el efecto que buscabas. Nunca has logrado contener del todo tu desprecio hacia la única persona que ha disculpado el hecho de que te permitas ser una persona insignificante. Solo a ratos consigues no mirarme por encima del hombro por haber insistido en quererte, a pesar de ello.

Sus palabras toparon con una comprensión demasiado grande en Olof, y este se quedó callado. Luego se dio la vuelta y volvió con los demás.

No llevaba mucho tiempo en casa cuando Olof la llamó. Debía de haber abandonado la cena poco después de ella y estaba sentado en un taxi de camino a casa, tenía la voz dulce.

—¿Qué ha pasado?

La cólera de Ester cesó como el chorro de agua cuando se cierra un grifo. Aunque no del todo, las juntas goteaban.

—¿Qué ha pasado?

Ella misma se sorprendió ante lo dura que sonaba. Siempre le había echado una mano a Olof en ese tipo de situaciones, lo había ayudado para fortalecer la relación, pero una decepción anquilosada la contuvo.

—Te has enfadado mucho —dijo él.

—Sí. Me he enfadado mucho.

—Entonces, es que he vuelto a hacerlo mal, claro, como siempre.

Ester aguardó unos segundos para no sonar precipitada.

—¿Tienes alguna idea de cómo te has comportado y me has tratado desde ayer, cuando te vi en la estación central, hasta esta noche?

—La verdad es que no.

—¿Quieres saberlo?

—Probablemente, no, porque estás muy cabreada. Pero dilo y así ya nos lo quitamos de encima.

—No creo.

—Ah. Pues no.

—¿Por qué te «deprimirías profundamente» si Ebba te dejara? Resulta incomprensible, considerando nuestras escapadas durante casi tres años y medio.

—Pues claro que me deprimiría. Estamos casados.

—Sí, lo estáis. ¿No sería, justamente por eso, fantástico si tu esposa traicionada, engañada y cornuda se enamorara y te dejara, si pudiera ser feliz? —Ester no recibió ninguna respuesta, por lo que continuó—: ¿No sería una solución perfecta a todos nuestros problemas si tu mujer conociera a alguien que se preocupara por ella, para que pudiera abandonarte a ti y vuestro miserable matrimonio? Deberías desearle eso a tu esposa.

Olof permaneció callado un buen rato antes de decir:

—Me parece que no lo entiendes. Me gusta Ebba. Me gusta mucho vivir con ella.

Las palabras se clavaron como remaches en Ester. En realidad, lo que pasaba era que los remaches que la tenían sujeta estaban siendo arrancados, pero costaba percibir la diferencia.

—Tienes una forma muy rara de mostrarlo.

—Entiendo que desde fuera se vea así. Pero abandonar a Ebba es algo que nunca he querido hacer y eso te lo he dejado claro desde el principio.

No quedaba nada. Tan solo la curiosidad animaba a Ester a avanzar a la siguiente réplica. Estaba sentada al lado de sí misma observando el transcurso de los acontecimientos.

—Tengo que aprovechar para preguntarte una cosa, Olof. Tu comportamiento conmigo a menudo tiene por objetivo herir y hacer daño. ¿Por qué disfrutas atormentándome?

—Eso no es cierto. No es verdad. Estás conmigo todo el tiempo. Te llevo dentro todo el rato.

Ester quedó tan atónita que se apartó el auricular de la oreja como si fuera a entender mejor si miraba el aparato. Oyó a Olof gritar «¿Hola?». La conversación estaba siendo una de las más absurdas que habían tenido jamás, lo cual no era decir poco, y más todavía se lo pareció a Ester cuando él dijo:

—Pienso en ti constantemente.

—No entiendo lo que dices, Olof. Si es así, ¿por qué te comportas como lo haces?

—Tengo que pagar el taxi. Te llamo en un minuto.

Ester estaba tumbada en la cama imaginándose a Olof mientras pagaba, se bajaba y cerraba la puerta, cómo notaba el aire húmedo pero no tan frío en las mejillas mientras se apresuraba por la calle oscura y brillante bañada por los haces plateados de las farolas. Seguramente, no querría llamarla desde dentro de casa, eso aumentaba la culpabilidad, así que lo haría desde la calle, delante de su portal.

Ester estaba sentada con el móvil en la mano a la espera de la llamada. No llegó. A los diez minutos Olof le envió un SMS: «Te llamo mañana. Abrazo».

Mañanas de enero cegadoramente blancas. Había vuelto a nevar. El manto de nieve duraba desde comienzos de diciembre. Al despertarse a la mañana siguiente, Ester vio que había recibido dos mensajes durante la noche, ambos con el mismo contenido y enviados con escasos minutos de diferencia, como si Olof quisiera asegurarse de que los recibía.

Ponía: «Eres sexy», nada más. Era la primera vez que formulaba algo por escrito que pudiera vincularlo a una relación activa con Ester Nilsson. La forma no llamaba la atención y lo que decía tampoco era nada raro que decirle a la amante, pero el contenido no estaba abierto a interpretaciones ni escaqueos. Los dos mensajes idénticos habían sido enviados a la una de la madrugada. La conversación de Olof y Ester había terminado a las diez y media. Debía de haberse quedado despierto a solas y bebiendo vino. ¿Tenía remordimientos? ¿Tenía la esperanza de que Ester estuviera despierta y de que con una respuesta fuera a neutralizar la culpa, tal y como siempre había hecho? Su mujer debía de estar durmiendo en el cuarto de al lado cuando él cogió el teléfono y redactó su mensaje; escribió para evitar que Ester hiciera algo desagradable que Olof presentaría de manera difusa, para salvar el estado actual de las cosas y la imagen de sí mismo, y había recurrido a lo que los maridos les dicen a sus amantes según los cánones de la cultura conocidos como clichés, lo cual había configurado sus pobres sinapsis.

Cualquier otra de las más de mil mañanas que habían pasado, aquel mensaje le habría alegrado el alma. Sin embargo, la incapacidad de Olof de elevarse por encima de la vileza le provocó una profunda tristeza. Aun así, se pasó todo el día esperando a que él llamara, tal como había dicho que haría.

Las horas pasaron. Muy entrada la tarde le llegó un mensaje de texto. «No entiendo tu mosqueo ni tu lloriqueo de ayer. Creo que tuvimos un paseo agradable, buen ensayo y una cena agradable. Habrás de escribir un manual sobre cómo hay que comportarse para contentar a Ester Nilsson y así tendremos las instrucciones a mano. No es que resulte fácil, con todas tus normas y prohibiciones. He dicho.»

Leyó el texto varias veces. Luego llamó a Elin, y Elin dijo:

—Se acabó. ¿No te parece que va siendo hora de quitarle el tapón a esta barrica?

Ester sabía que Elin tenía razón. Y debía actuar en la hora siguiente, mientras la adrenalina aún corriera y la duda, por primera vez, titubeara.

Discutieron el tema y acordaron un plan. Ester terminó de forma apresurada la conversación para poder llevar a cabo su cometido. Tenía que hacerlo esa misma tarde, mientras aún hubiera conexión con los sucesos del fin de semana, para que Olof pudiera ver su parte en el asunto y no le echara las culpas a Ester ni la despachara como impredecible y loca. Las mujeres y la locura estaban tan vinculadas, debido a que la locura era todo cuanto alterara los ritmos normales de la vida.

Ester Nilsson buscó el número de Ebba Silfversköld y la llamó. Habría preferido escribirle,

pero Elin consideraba que llamar era más honesto. La esposa debía tener la oportunidad de hacer las preguntas que le parecieran oportunas. Sobraba decir que Ester no tenía ningunas ganas de hablar con la mujer de Olof y no podía imaginarse cómo terminaría la llamada ni por qué derroteros discurriría.

La esposa no contestó.

Ester dejó el teléfono, cerró los ojos y pensó. No debía tomarse aquello como una señal. Tenía que hacerse esa tarde, o la agonía no se acabaría nunca. Esperó dos minutos y volvió a llamar. Sin respuesta. Escribió un mensaje. En el momento de mandarlo se le resbaló el botón de enviar, el mensaje no salió. Ester notó los latidos de su corazón en todo el cuerpo. Se le había brindado una última oportunidad de cambiar de idea y dejar que todo permaneciera igual, que continuara como antes.

Una vez más, valoró la situación. Si no lanzaba todo el tablero por los aires, ella sola no conseguiría ponerle fin a base de retirarse discretamente, eso era obvio. La menor sugerencia o respuesta de Olof siempre la hacía volver. Podía decidir romper en su fuero interno e incluso decírselo a él, pero al cabo de las semanas o los meses volvería a intentarlo, Ester empezaría a tantear el terreno, sondear los intereses, encontrar una excusa inofensiva que motivara el contacto, olvidaría todo lo que había sido horrible y solo recordaría lo placentero; independientemente de lo que fuera, le parecería mejor que el vacío que Olof dejaba tras de sí.

La única posibilidad de liberación era obligar a Olof a tomar posiciones por medio de implicar a su esposa.

Envió el mensaje. Esta vez el botón no se le resbaló.

«Hola, Ebba. No sé si lo sabes, pero creo que no. Olof y yo tenemos una relación desde hace más de tres años, con interrupciones más largas y más cortas. La última vez que estuvimos juntos fue el domingo de la semana pasada. Lo quiero, pero la situación es difícil e indigna para los tres. Lamento mucho que haya ido así. /Ester Nilsson.»

Agotada, se desplomó en el sillón y se imaginó el móvil de la esposa tintineando, ella lo cogía, leía, volvía a leer, leía boquiabierta una tercera vez, llamaba a Olof en estado de shock, colérica, pero aún no invadida por la desesperación que vendría más tarde, que empezaría a vaciarla por dentro lentamente y que nunca llegaría a desaparecer del todo.

Por su parte, Ester llamó a Elin y le preguntó si podía ir a su casa y pasar la tarde con ella.

—Ahora, por fin, pueden empezar a pasar cosas —dijo su amiga.

—Estoy muerta de miedo por lo que va a pasar y por lo que he hecho.

—Lo entiendo. Pero, por el momento, no puedes hacer nada de nada. Ven lo más rápido que puedas. Voy a preparar algo de cenar.

—Hoy solo quiero harina y azúcar.

—Por eso mismo no te lo voy a dar. Haré wok de pollo con cebolla tierna y jengibre. Lo que necesitas es comida de verdad, no droga. Ya no tienes que consolarte más. Te has liberado y eso es maravilloso. ¡Ven corriendo!

Ester se alegró de la calidez en las palabras de su amiga, pero la libertad que Elin describía sonaba horripilante. Iba de camino al metro que la llevaría a Alvik, donde vivía Elin con su marido y los niños, cuando le llegó un mensaje de Olof. Habían pasado cuarenta minutos. El mensaje era muy breve y solo decía: «¡¡¡CERDA!!!».

Probablemente, había recibido la llamada de Ebba mientras iba en el tren a Gävle, adonde volvía para empezar la semana laboral. Como estaba rodeado de gente, no podía defenderse con

la brutalidad que deseaba: hay que guardar la compostura delante de los desconocidos.

Ester estaba en la parada de Thorildsplan cuando le llegó el segundo resultado de la conversación con Olof y la esposa. Era la mujer la que le escribía un mensaje no tan corto pero igualmente empapado de conciso sarcasmo:

«Un poco difícil de creer, lo del domingo, por mera cuestión de horarios... pero ¡suerte con lo tuyo!»

Ester comprendió que la estrategia por la que Olof se había decidido, desde hacía tres años o treinta, era negar en rotundo. Y la esposa intentaba fiarse de él. Olof debía de pensar que si tan solo pudiera negar un hecho en concreto —en este caso, el encuentro carnal de hacía una semana— podría poner en duda todo el relato.

Ester respondió al mensaje de la esposa con la objetividad a la que había decidido no renunciar nunca.

«El domingo después del ensayo. Entre las siete y media y las ocho menos veinte. Después lo llevé a casa en Bondegatan. Debió de entrar por vuestra puerta a las ocho menos cinco casi exactamente.»

En casa de Elin, mientras cenaban y bebían vino, repasaron el caso de forma metódica y desde varios puntos de vista.

—Esto tenía que ocurrir tarde o temprano —dijo Elin—. Has estado amarrada demasiado tiempo. Si todavía quieres estar con él, aunque espero que pronto ya no quieras, tendrás que descubrir qué será de vuestro amor cuando sea sometido a la luz y la verdad.

—Después de esto, él no va a querer volver a verme. Se acabó.

Elin miró a la oscuridad de fuera. Parecía sopesar si debía decir lo que pensaba o no.

—Lo mejor sería que también se hubiera terminado dentro de ti.

—Sí. Estaría bien.

—Por desgracia, Ester, puede que Olof disfrute con el chute de actuar a escondidas.

—Lo sé.

—En tal caso, es como si tú pretendieras alejarte de una parte indisoluble de vuestra relación y nunca os pudierais volver a ver. Estaríais sentenciados a no poder estar juntos. Tienes que descubrir si es así.

—Hay indicios de ello. Pero no lo entiendo.

—La única forma que tiene una persona cautiva de ser libre es mantener oculta su intimidad.

—A lo mejor debería irme de viaje muy lejos durante medio año y tirar el teléfono.

—Pero te sabes su número, ¿no?

—Sí. Tanto el de casa como el móvil. Pero si me deshago del teléfono...

—Te comprarás uno nuevo cuando no puedas más. O se lo pedirás prestado a alguien.

—Sí. Lo haré.

—No sirve de nada irte lejos, eso lo sabemos desde hace tiempo.

—Nada ayuda.

—Sí, hacer lo que has hecho hoy.

Le llegó un nuevo mensaje de Ebba. Había cambiado de actitud, pero seguía yendo al ataque. Ester leyó en voz alta: «Hablas de “indigno” y haces esto. ¿Buscas una catástrofe? ¿Qué dignidad hay en eso?».

Elin negó con la cabeza.

Pasaron otros cinco minutos antes de que Olof llamara.

—¿Lo cojo?

—Si quieres que te echen la bronca.

Los tonos enmudecieron, no dejó ningún mensaje en el buzón de voz.

—Ya veremos qué hace el tiempo con esos dos —dijo Elin.

Ester sintió que, contra su voluntad, la esperanza se aferraba a expresiones como esa y se esparcía por su vacío interior. A lo mejor, solo esperaba una compensación. Pasó media hora más, luego Olof volvió a llamar. Eran las once. Muchas habían sido las noches solitarias a lo largo de los años en que Ester habría hecho cualquier cosa para que él la buscara con tanto ahínco como en ese momento.

—Ahora, por lo visto, sí que le va bien llamarte —dijo Elin.

—¿Tú crees que está enfadado?

—Creo que podemos afirmarlo con total seguridad.

Si Ester hubiese estado sola, lo habría cogido. El deseo de saber qué pensaba Olof y suplicar perdón era demasiado fuerte.

—¿No existe ninguna otra posibilidad, aparte de que esté enfadado?

—No.

—¿Crees que me odia?

—En este momento, te odia.

—Es una sensación horrible.

—Ya se pasará.

—O puede que no —dijo Ester.

—O puede que no —dijo Elin.

—Simplemente, no sabemos lo que vendrá. Lo que hice fue una apuesta —soltó Ester como si estuviera recitando de memoria.

—Una apuesta necesaria.

—Es insoportable no tener ningún control sobre lo que pasará.

—Tú nunca has tenido el control sobre cómo iba a salir esto. La única diferencia es que ahora has cogido el mando y se lo has quitado de las manos. Por primera vez desde que empezasteis eres tú la que dirige.

—Me esperan un invierno y una primavera espantosos —dijo Ester.

—El tiempo es tu amigo. Pase lo que pase, el tiempo siempre es tu amigo.

—Estoy tan cansada del tiempo. Tan cansada de esperar.

—Pero también has alcanzado la cima de la vida sentimental, has tenido momentos insuperables de felicidad e intensidad. ¿Cuántas personas crees que llegan siquiera a rozar eso?

—La mayoría.

—En absoluto, para nada. El tiempo está de tu lado, pase lo que pase con Olof.

Muy tarde, bajo el centelleo del firmamento, Ester llegó a casa aquella noche y se sentó al ordenador por costumbre. Dos correos de Olof la estaban esperando, cada uno escrito justo después de cada llamada perdida. Sí que se había molestado en comunicarse con ella. El primero era breve: «Estarás contenta, ahora que me has destrozado la vida. Sin duda, eres la persona más repugnante que he conocido».

El segundo era más extenso y más incoherente. Hablaba de lo mucho que amaba a su mujer y de

que Ester debía de tener algún problema mental si alguna vez había pensado que él estaba interesado en ella. Olof empezaba contándole que «ahora» había «estado leyendo sobre *acoso* y *acosadores*» («¿Durante la tarde?», pensó Ester, eternamente crédula respecto a la sed de veracidad de las personas) y que había «hablado del tema con sus amigos». Y de esa manera había comprendido, escribía, que era esa la dolencia que Ester padecía.

O sea, que ella era su acosadora. Se había esperado muchas cosas, pero su imaginación jamás se habría podido distorsionar hasta el punto de pensar algo tan absurdo. Olof como la víctima inocente de Ester: un marido honrado y aplicado que durante años había sido acosado por una loca, una poeta chalada. Era el relato por el que él había optado. El correo contenía muchos otros epítetos. Ester no era solo una acosadora, sino también «una psicótica, una psicópata y una puta loca».

Ester leyó y releyó desde una distancia casi divertida. Aquello era más deshonesto y zafio de lo que se imaginaba que podía llegar a escribir incluso una persona tan profundamente ambivalente como Olof.

A su alrededor, el mundo entero parecía dormir. La oscuridad exterior era imponente. ¿Cuántas veces no había estado sentada en esa silla, delante de ese ordenador, en una oscuridad tan densa como aquella, buscando estadísticas sobre cuán habitual era que una pareja en la que uno de sus miembros era infiel se divorciara y cuánto tiempo solía tardar en hacerlo? Había estado buscando verosimilitudes y pruebas empíricas para aliviar su desgracia.

Se había convertido en un bloque de hielo. Lo que Olof le decía era demasiado lamentable para siquiera poder herirla en profundidad. Pero, a pesar de las graves acusaciones y la adoración a su esposa, había cierta distorsión en el tono. En medio de la catástrofe, parecía no experimentar los sentimientos que expresaba por escrito, sino seleccionar los que debería sentir. Por eso, aquí y allí se le colaba un giro en las infamias, como si fuera irremediabilmente incapaz de no tratar de atraerla e intimar al mismo tiempo que la repudiaba. En medio de un sermón, exclamaba: «¡Pensaba que eras humanista!» y «Jamás habría esperado esto de ti».

Ester leyó el correo una vez más y observó que el concepto de enferma mental era redundante, teniendo en cuenta los tres anteriores —psicótica, psicópata y acosadora—, pero a cambio Olof parecía querer ser muy exacto en sus delimitaciones. A lo mejor, solo le parecía que «puta loca» era una aliteración resultona. Si no otra cosa, era una expresión probada y eficaz para describir a mujeres contra las que uno quería despertar antipatía, y el correo podía no estar escrito para ella, sino constituir una prueba de la inocencia de Olof, algo que enseñar a quien tocara convencer.

Pasó un mes. Llegaron más mensajes tanto de Olof como de su esposa y en la misma la línea. Consistían en diagnósticos psíquicos, desmentidos y menosprecios. Luego la cosa se calmó.

Ester analizó la negación como fenómeno. Si la negación no fuera algo tan humano y habitual, no conformaría uno de los pilares del mito original cristiano, pensó. Eso hacía menos grotesca la actuación de Olof. Ester quería no tener que juzgarlo. Ella, que había querido compartir su vida con un hombre que era capaz de eso. Mientras, por motivos aún desconocidos para ella, no le fuera posible hacer una confesión, Olof estaba obligado a negarlo todo, y la negación venía forzosamente acompañada de la supuesta locura de Ester. No se daban otras alternativas. Era una consecuencia lógica. Lo que costaba entender era por qué la relación con Ester era tan vergonzosa y cómo un matrimonio que Olof había manejado de manera tan descuidada podía ser tan importante. Pero eso no era más que la eterna pregunta que Ester se había estado haciendo los últimos años.

Por terceros se enteró de que la mujer de Olof lo había dejado y había vuelto en varias ocasiones. Una tarde gris de febrero, seis semanas después del incidente, Ester estaba tomando algo en un bar con unos buenos amigos tras un recital de poesía de Charles Reznikoff en una pequeña editorial ubicada en un sótano de Linnégatan. El bar-restaurante resultaba ser el de Kommendörsгатan, donde su ex amante Hugo Rask y ella habían sido parroquianos durante una breve temporada hacía mucho tiempo. El pequeño grupo de cuatro justo empezaba a mirar la carta cuando comenzó a sonar el tono especial de Olof, el que Ester había configurado solo para él y que acompañaba a su nombre y número. Todavía no se había decidido a borrar el contacto. La pilló fuera de juego, Ester se disculpó y salió a la acera nevada para responder, la misma acera donde una vez se había despedido de Hugo Rask. El lugar ya no significaba nada para ella, no era más que el recuerdo descolorido de una esquina que había hecho que se le acelerara el pulso. En cambio, Olof Sten todavía significaba demasiado. Ester respondió con su nombre completo y esperó a oír qué quería.

—¿Por qué lo hiciste?! —gritó él.

La pregunta la sorprendió, pues la respuesta debería ser evidente, pero también la animó, pues implicaba que Olof no creía ninguna de las cosas de las que la había acusado. Era muy importante que Olof y ella conservaran la verdad en sus corazones, que en su fuero interno no lo negara todo. Cada día que pasaba la negación de Olof se le antojaba más humillante.

—Hay distintas respuestas para eso —dijo—. Respuestas a distintos niveles. ¿Qué nivel te interesa?

Olof no estaba interesado en los niveles de Ester, menos aún en reencontrarse con sus sofismas.

—¿Por qué lo hiciste!? —gritó él de nuevo con la misma voz monótona.

—Porque me harté. Y porque todos mis métodos anteriores habían resultado inútiles.

—Siempre fui muy claro en que nunca querría vivir contigo. Era una víctima de mis deseos

carnales.

—Lo único en lo que has sido claro y de lo que te has vuelto víctima es de tu ambigüedad.

—Porque me has dado tanto la murga, sí.

—Entonces ¿has abandonado la idea de que soy tu acosadora?

Durante la conversación, Ester iba de aquí para allá en la acera, abriendo un sendero en el aguanieve.

—Tú y yo nunca hemos tenido una relación —gritó Olof.

¿Podía ser, pensó Ester, que el centro del lenguaje de una persona estuviera conformado en su totalidad por frases ya preparadas, elaboradas en la fábrica colectiva de la sociedad y la historia? Olof soltaba alguna frase que encajaba más o menos bien con la situación, pero parecía carecer por completo del contacto emocional con el contenido de la misma. Por eso sonaba igual cada vez, pero rechinaba mucho con el momento y los ánimos de la situación.

—Si nunca hemos tenido una relación y tú nunca has querido estar conmigo, y yo soy la enferma mental que te acosa, ¿significa entonces que te violé todas las veces que nos acostamos?

De nuevo se hizo el silencio, mientras Olof deliberaba consigo mismo.

—Sí. Eso diría yo.

—Eso dirías tú.

—Pues sí. Tiene que ser así.

El bar-restaurante arrojaba una luz cálida sobre los transeúntes que pasaban por allí. Los amigos de Ester le echaban miradas desconcertadas. Ella les hizo un gesto para señalar que iba todo bien.

—¿Y en qué te convierte eso a ti, Olof? Año tras año le has pedido a una loca que te perseguía que fuera a tu casa y se fuera de viaje contigo a diferentes sitios de Suecia, todo por el placer de ser violado por ella. Con la regularidad de un reloj ibas a casa de la desquiciada que estaba abusando de ti, disfrutabas de sus cenas, sus conversaciones y sus caricias, te desvestías delante de ella preso del deseo y dejabas que te abrazara. Después de las cenas y las conversaciones, siempre eras violado y luego le pedías a la misma loca que te llevara en coche a casa. Y, cuando poco después de la noche de San Juan de cada año conseguías liberarte a la fuerza de tu violadora psicótica, te cuidabas muy mucho de que vuestra «comunidad intelectual», como tú lo llamabas, continuara. A veces la telefoneabas solo para charlar un poco de esto y de lo otro, y una y otra vez afirmabas apreciar el estar con ella. Acordaste citas, dirigiste sus obras de teatro, tejiste planes y demás. Olof, creo que no deberías esperar. Tienes el deber no solo de ponerte a disposición de la investigación psicológica, sino también de la sexología, la sociología y los estudios de género. Deben de ser pocos los que han celebrado como tú el acto sexual durante una violación, y pocos los que hasta tal punto hayan expresado su aprecio por los encuentros con una persona enferma de la cabeza, además de acosadora. Me parece que eres único en el mundo.

Olof atendía, callaba, no colgó. Ester tuvo la impresión de que estaba disfrutando, como siempre que Ester le daba una lección. Igual que ante un perro obediente, el tono y la firmeza lo eran todo, las palabras apenas contaban. Quizá fuera la explicación de todo lo que no estaba resuelto entre ellos dos. Ester Nilsson, con su precisión lingüística, se había enamorado de un hombre para quien las palabras solo eran meras variantes de sonido: mientras ella buscaba la traducción verbal exacta de cada suceso, Olof utilizaba las imágenes sonoras y los sintagmas que le habían enseñado que les correspondían. Y aun así, incluso en ese momento, la sensación de engranaje seguía presente en Ester.

—Hay una cosa que me he estado preguntando —dijo ella— y que siento curiosidad por saber,

en caso de que tu mujer te lo preguntara cuando le mentiste y me pusiste verde. ¿Por qué no llamaste a la policía si llevabas años con una acosadora pisándote los talones? ¿Era porque primero querías dirigir las obras de esa loca? Solo una obra más, pensabas, luego llamaré a la policía y les diré que la dramaturga con la que trabajo me persigue —continuó, y Olof soltó un balbuceo, pero no un balbuceo molesto ni un balbuceo de mal humor, sino uno que mostraba interés y cierto regocijo—. ¿No se pregunta Ebba por qué en todos estos años no le has hablado nunca de tu difícil situación?

—Sabe que te tengo pánico. Por eso no le he dicho nada.

—¿Tienes qué?

—Pánico.

—¿Pánico? Yo también lo tendría si destapara tu asquerosa mentira. Pánico de que la gente pensara que tengo un cerebro de mosquito.

—Me has destrozado la vida.

Lo dijo en tono de prueba, como si estuviera tanteando la idea. Las réplicas le salían cada vez con mayor ligereza. Cuando más avanzaba la conversación, más sonaba él como si estuviera participando de un pequeño seminario donde se tomaban distintos posicionamientos para poder exponer los argumentos. No, no un seminario, era mas bien un juego de rol, por supuesto.

—Olof, ¿por qué me has llamado esta noche?

—Para decirte que no quiero saber nada de ti.

Ester estalló en carcajadas, en el sentido literal, pues la risa era como las mil esquirlas de un cristal irrompible que, aun así, bajo cierta presión acaba por romperse.

—¿Sabes? Es justo esta costumbre tuya de llamarme para decir que no quieres saber nada de mí, cuando ya me lo has hecho ver, lo que hace que resulte fácil pensar que lo que buscas es contacto. Me llamas para decirme que no quieres hablar por teléfono conmigo. Te acuestas conmigo para mostrar que mi cuerpo te es indiferente. Cenas conmigo para contarme que en verdad no tienes hambre.

—Ebba me ha dejado.

—Volverá.

—No lo creo.

—Estate tranquilo, Ebba no es capaz de vivir sin ti mucho tiempo. Si lo fuera, hace tiempo que habría dejado atrás vuestra exigua y falsa relación, igual que yo habría dejado atrás nuestra exigua y falsa relación si hubiese sido capaz. Tú quédate sentado, Olof, verás cómo tu mujer vuelve. Las personas están atadas las unas a las otras.

—Nadie querría vivir en tu mundo de verdades excepto tú, Ester Nilsson. ¿Alguna vez se te ha pasado por la cabeza que la sinceridad más absoluta es pura tiranía?

—Sí, Olof Sten, he pensado en ello mucho más que tú. Pero un poquito puede ir bien, al menos una pizca. Resulta que la mentira y la manipulación también son tiranía.

Ester se dispuso a colgar. Estaba exhausta. Preferiría irse a casa, pero no podía simplemente dejar plantados a sus amigos. Vio que casi habían terminado de comer. Entonces, Olof dijo, como si nada de lo que había pasado hubiera pasado, como si nada de lo que se había dicho en esa conversación hubiese sido verbalizado, como si las distintas partes de su cerebro no estuvieran conectadas ni supieran lo que las demás hacían o expresaban:

—Los ensayos de tu obra van bien. Ayer tuvimos público de prueba, quedaron entusiasmados. El estreno irá según lo planeado. Y espero... —pausa retórica— que el día del estreno... —nueva pausa, más vacilante— no... te presentes.

Hasta el más pequeño detalle de modulación en su voz sonaba como si en verdad quisiera decir que esperaba que *sí* fuera, pero en el último momento se había contenido y había colado un *no*, puesto que era lo que la escena y su vida exigían.

Y Ester deseaba que le hubiese pedido que fuera. Su amputada esperanza le producía dolores fantasma, por mucho que Ester viera lo irracional de su deseo. Se alimentaba de viejos recuerdos (y descartaba otros) que extrapolaba a perspectivas de futuro en un algoritmo de felicidad totalmente excepcional, contra su voluntad y buen sentido.

—Por supuesto que no iré —dijo, cortó la llamada y entró al calor del restaurante; estaba helada, pues se había dejado el abrigo dentro. Estaba alterada y no tenía hambre, pero pidió unos espaguetis *a le vongole*. Sus amigos estaban mirando la carta de postres y le preguntaron si iba todo bien. Ester dijo que su hermano la había llamado desde el extranjero por un asunto urgente.

El estreno de *Trinidad en desacuerdo, Nicea 325* de Ester Nilsson tuvo lugar un viernes lluvioso de marzo en el mismo teatrito de Västmannagatan donde habían representado *Engranaje* el año anterior. Ester había enviado a Fatima para que observara la función, el ambiente y el estatus del matrimonio, y luego le pasara el informe pertinente. Ester la esperaba en Odenplan. Cogieron el metro hasta la crepería Cuatro Nudos, ubicada en un callejón que cruzaba Götbacksbacken, donde comieron una torta salada y una crepe dulce cada una. Durante los meses oscuros del año iban allí de vez en cuando, siempre que necesitaban reponer las provisiones de compañía, buena comida y rigurosa resolución de problemas. Tras pedir la comida, Fatima miró la cara hambrienta de noticias y observaciones de Ester y dijo:

—Ahora te decepcionarás conmigo, pero no estoy segura de que Ebba estuviese allí. Quiero decir, no estoy segura de que sea ella a quien he visto.

—¿Cómo que no estás segura?

—La he visto de perfil y solo la había visto en fotos. En la web del hospital de Borlänge. Pero creo que era ella.

—¿Estaban sentados juntos?

—No.

—¿No?

—No.

—No tiene por qué deberse a que se han separado. Supongo que Olof quería sentarse solo para poderse concentrar en la función.

—No se lo veía tan concentrado. Más bien, totalmente ausente. Y Ebba era la que se ha reído más y más fuerte de todos.

—¿Ebba se ha reído?

—Con ganas. Si es que era ella.

—¿Le hacía gracia mi texto?

—Es una de las risas más despreocupadas que he oído.

—¿Forzadamente despreocupada?

—Eso me ha parecido, sí.

—¿Se reía de las frases o con ellas?

—No te lo sé decir. Solo que la risa era fuerte. Sonaba como si fuera a romper en llanto en cualquier momento. Pero puede ser un razonamiento a posteriori, puesto que da la casualidad de que sé que tiene más motivos para llorar que para reír.

—¿Y Olof?

—Él se ha reído a carcajadas una vez. Y otras dos por lo bajini.

—¿Qué aspecto tenía?

Fatima titubeó, miró a Ester y luego la crepe de harina de trigo sarraceno con queso de cabra

que la camarera acababa de ponerles delante.

—Cascado. A decir verdad, hecho una piltrafa. Diez años más viejo que en el estreno del año pasado. Desaliñado, con una camisa de franela sucia y sin planchar, tejanos caídos y unas botas amarillas que no pegaban en absoluto para la ocasión. El año pasado llevaba un blazer y una camisa almidonada, si no recuerdo mal, zapatos de piel bonitos, estaba recién duchado y afeitado. Esta vez tenía la cara cetrina. Parecía una persona sin autoestima.

Comieron las tortas y pasaron a hablar de consistencias y combinaciones de sabores, mientras Ester meditaba en lo que Fatima le había contado.

El local estaba construido como un camarote inspirado en la Bretaña. Estaban sentadas en las partes centrales del camarote, donde no había cobertura, así que cuando Ester fue al baño, una hora más tarde, vio que su buzón de voz había recibido dos mensajes sin que el teléfono hubiese llegado a sonar. Sabía quién había llamado y solo quería salir corriendo del restaurante y llamarlo. Volvió a su sitio. Cuando más tarde salieron a la calle, escuchó los mensajes. Ambos eran iguales. Se oía un movimiento, una respiración, una persona que parecía titubear y que permanecía callada. Ebba y Olof debían de haber acudido al estreno como marido y mujer para que todo pareciera normal, pero inmediatamente después la esposa se había marchado y él había llamado a Ester. O bien habían discutido hasta niveles degradantes después del estreno, cuando por fin pudieron dejar caer las máscaras y soltar el aire cargado de mentira que acumulaban en su interior.

El hecho de haberse perdido sus llamadas la afligía.

—Si es importante, te volverá a llamar —dijo Fatima.

Ester guardó silencio, pero no estaba de acuerdo. Las cosas podían ser importantes en cierto momento y entonces llamabas, para luego verte vencido por temores y clarividencias. Los estados de ánimo iban y venían. Podías llamar empujado por un impulso y no había garantía de que el impulso fuera a volver. Pero una llamada que se efectuara a raíz de uno de esos impulsos, en el momento más correcto —o más desacertado—, podía cambiarte la vida entera.

Ester quería ir a su casa en Sankt Göransgatan para estar a solas y llamar a Olof, pero Fatima le dio a entender que eso sería insensato y desleal. Ester se detuvo y trató de pensar con sangre fría. Estaba convencida de que Olof no volvería a llamar, igual que durante toda su vida amorosa había estado convencida de que era ella la que tenía que hacer todo el trabajo si pretendía que pasara algo.

Pero con Olof Sten ya no tenía por qué preocuparse, atrás había quedado el tiempo en el que nunca la llamaba. Ahora la buscaba de forma insistente hasta que la localizaba. Le habían echado el ojo a un bar de Österlånggatan y habían llegado a Järntorget cuando su tono de llamada comenzó a sonar. Ester contestó con toda la calidez que no fue capaz de eliminar, que permaneció candente en su interior igual que un volcán. Olof le echó una primera bronca. Era como correr al encuentro de alguien y lanzarse a sus brazos para descubrir que sus ropas estaban hechas de hojas de afeitar.

—¡Le has dicho a la compañía que tú y yo hemos tenido una relación! —gritó.

—Porque tú me has difamado ante ellos. Cuando intentas minar mi reputación, yo procuro recuperarla, evidentemente. Pero hace dos meses de eso. ¿Por qué me vienes con estas cosas pasadas justo esta noche?

—¡Vas contando mentiras sobre que hemos tenido una relación!

—Es que hemos tenido una relación. ¿Por qué eres tan incapaz de comprenderlo? ¿Acaso ahora estás intentando convencerte también a ti mismo o qué pasa?

—Eres una maldita psicópata.

—Y tú no estás del todo bien de la cabeza.

Cortó la llamada y guardó el móvil en el bolso. Con piernas temblorosas caminó al lado de Fatima hasta el bar que habían elegido. Fatima la miraba con espanto y recelo. Dedicaron la noche a comentar lo ocurrido. A la una de la mañana se despidieron. Ester cogió el metro hasta casa. Justo cuando las puertas se cerraban a su espalda le llegó un mensaje de Olof. «Buen estreno», le decía.

Ester consideró la posibilidad de que hubiera una tara en el cerebro de Olof, de que realmente le faltara un tornillo. A lo mejor le faltaba algo primordial que lo hacía incapaz de entender las implicaciones inherentes a los hechos y su esencia moral. ¿Existía algún síndrome con nombre propio para quien no veía su papel en una serie de sucesos? ¿Una concepción del yo tan frágil que volvía inadecuado hablar de responsabilidad propia, pues esta implicaba la existencia de una persona?

Ester escribió una respuesta, pero se sentía agotada e indiferente. La escribió por cortesía y una especie de consideración que no tenía intención de ceder: «Me alegro de que estés satisfecho, pero no hace falta que me echés la bronca para atreverte a comunicarte conmigo. Podemos hablar civilizadamente a pesar de lo ocurrido».

Veinte minutos más tarde había llegado a casa, se había cepillado los dientes y estaba a punto de meterse en la cama cuando le llegó la respuesta: «Me has destrozado la vida. No tenemos nada de que hablar».

Aquello quedó registrado en el sismógrafo de su memoria, pero con bastante imprecisión. Antes de dormirse, borró el número de Olof y todos los mensajes acumulados en tres años y medio, aquellos que, cuando le habían llegado, habían sido las perlas más preciadas.

Marzo pasó y desapareció con la nieve fundiéndose y emitiendo ruidos sordos cuando se desprendía de los tejados. Abril se presentó muy ventoso y con las tardes frías. El interior de Este Nilsson estaba mudo. A veces, pasaba un día entero sin pensar en Olof, pero en general seguía dando vueltas a las causas y las explicaciones. El análisis llevaba tanto tiempo en marcha que ya no se podían añadir más piezas al rompecabezas, y las que ya tenía no encajaban. Pero cuando escudriñó el asunto descubrió que había un pensamiento que se había automatizado en ella. Entendía aquello que se podía entender, pero no aceptaba que una persona funcionara así, debía de haber un error, una última pieza que faltaba.

Durante el mes de abril, por distintas vías llegó a su conocimiento que Olof había decidido decantarse por una nueva y más específica versión de los acontecimientos. Se había alejado de la negación total y ahora decía que había cedido a las demandas de Ester una sola vez tras sufrir sus pesados y manipuladores enredos durante mucho tiempo. Al final, valiéndose de su astucia y de cantidades ingentes de alcohol lo había seducido. Una única y mísera vez, eso era todo.

Esta nueva versión seguía la línea de la agenda de Olof sobre la relación entre los géneros y el carácter distintivo de los mismos. Su pequeño desliz encajaba en ella sin fricciones, o más bien se podía decir que estaba incluida en la agenda y hacía de él un hombre. Porque un hombre tenía impulsos que debía refrenar, recurriendo a todo su estoicismo y racionalidad, y la mujer tenía su ancestral capacidad de engañar a los hombres para que la temieran, al mismo tiempo que era irracionalmente impredecible, una vez era lo mismo que nunca. Las esposas fieles aceptaban ese orden de cosas, por lo que perdonaban una vez, pero no dos.

O sea, que esa era la explicación que daba de sus problemas a aquellos que sabían, o se olían que el suelo había sido sacudido bajo sus pies.

Por esa razón, Olof llamó también a Zoran, el colega que había interpretado a su hijo en *La muerte de un viajante* y de quien sabía que era amigo de Ester. Olof quería contarle a Zoran la «verdad» de lo que había podido oír de parte de Ester Nilsson, quien, por si Zoran no lo sabía, era una persona muy inestable y no tenía una historia ni normal ni sana con los hombres, sino que más bien era conocida por lo contrario y estaba rodeada de embarazosos rumores. Según Olof, Ester se había inventado todo lo que Zoran había podido oír. Ella había estado viviendo en su mundo onírico enfermizo, siempre había sabido dónde actuaba Olof y adónde se dirigía la compañía, y luego había fingido estar allí con él. Por si casualmente Zoran había oído datos sobre lugares concretos, esa era la explicación correcta. Por lo demás, Ebba y Olof estaban «de acuerdo» en que Ester era una «psicótica».

Cuando Zoran llamó a Ester para informarla y preguntarle qué había pasado, sonaba alterado y asustado. Pero ella también pudo percibir que un pequeño resquicio de duda se le había colado y se había instalado en él.

En aquel momento, Ester había ido a Kalmar por una conferencia y un recital. Justo cuando

Zoran la llamó, estaba dando un paseo, pero se vio obligada a sentarse en banco de un parque, pues le costaba respirar. Se lo preguntó varias veces, ¿Olof había dicho eso? ¿Había llamado a Zoran solo para decirle eso?

Lo que oyó generó una suerte de singular frío interior, un frío que perduraría como una congelación, un lugar que no volvería a calentarse. No sabía eso de la gente. Que Olof hubiese escrito cosas preso del pánico y el terror justo cuando ella había hecho detonar la bomba en enero era más comprensible que la calumnia elaborada que sacaba a la luz en ese momento, varios meses después. Indicaba una falta de escrúpulos mucho más maligna.

Que ninguna calumnia fuera demasiado grave, que ningún recurso fuera demasiado feo cuando se trataba de salvar el pellejo y la posición y protegerse de la vergüenza desconcertaba a Ester sobremanera.

Antes de colgar, preguntó una última vez por los detalles y los términos empleados en el relato de Olof y en cómo había sonado su voz.

Cuando se le pasó el shock se levantó del banco y puso rumbo al corazón de la ciudad. Era un día ventoso y las nubes pendían densas y oscuras sobre el puente que cruzaba a la isla de Öland, donde las gaviotas navegaban en el aire y las bandadas de patos se dirigían al norte. Para evitar la lluvia que parecía estar a punto de caer, se metió en un anticuario de Kaggensgatan, muy cerca de su hotel. Al abrir la puerta se oyó una agradable campanilla, tras lo cual el tendero, un hombre de mediana edad con aspecto distraído y relajado, la saludó con la cabeza y volvió a sus cuentas al fondo de la repleta pero acogedora tienda.

Ester pasó una hora revolviendo. Era reconfortante, desde hacía tiempo los anticuarios eran su forma de meditar. Pagó y salió de allí con la edición original de *El conde de Montecristo*. No la había leído desde que era pequeña, y en una versión adaptada. Se moría de ganas de llegar al hotel para sumirse en la lectura. Agazapada bajo una lluvia pertinaz, aceleró el paso.

El mes de mayo llegó y se fue con sus aromas y su siempre sorprendente belleza, la luz tardía del anochecer, los pastos que florecían. Asimismo, la lila rebrotaba con el esplendor del que no espera nada de un nuevo día, pero aun así sigue viviendo. A Ester le costaba dormir por culpa de la luz.

El solsticio de verano llegó un año más. Tres días después de celebrar la fiesta de San Juan, Ester estaba en casa trabajando. En breve pararía para comer y luego trabajaría otro rato; después, saldría a dar su paseo largo por la ciudad. Para no perder fuelle y desintegrarse, seguía con rigurosidad sus rutinas y hábitos.

Su interior era un desierto, pero sin sol. Había allí un vacío que le escocía por haber perdido los sentimientos por Olof, porque la aventura hubiera terminado. No había sido igual que cuando, siendo una adolescente, practicaba orientación o aprendía a pensar y hacer del mundo un sitio comprensible. Las aventuras tenían la propiedad inherente de que uno corría el riesgo de fracasar.

También ese año Olof la llamó tres días después de San Juan, pero por motivos claramente distintos. ¿Cuál era su intención? ¿Quería volver a estar vivo dentro de Ester?

No habían vuelto a hablar desde la llamada telefónica del día del estreno de la obra, a principios de marzo. Después de hablar con Zoran, Ester les había escrito un breve correo a Olof y a su mujer en el que los exhortaba de forma tajante a que dejaran de esparcir mierda y de difamarla.

Ester estaba hablando por el fijo con Lotta cuando le entró la llamada. Reconoció el número de Olof y le entró miedo. Cuando la sed apremia, uno bebe incluso agua envenenada, y en ese momento Ester no se fiaba de sí misma.

—¿Qué hago? —jadeó, con la garganta constreñida.

—Cógelo, a ver qué quiere —dijo Lotta.

—¿Te quedas al teléfono? Necesito un testigo.

—Me quedo.

Ester contestó con un hola apagado.

—Hola, Ester. Soy Olof —hablaba el Olof ruborizado y tiernamente solícito, el que consideraba que había que arrimar el hombro para compensar y retomar aquello que se había destruido, el que tenía claro que la cuenta no solo había sido vaciada, sino cerrada, y que el banco había declarado la bancarrota, pero que en algún punto de su interior sabía que siempre podía abrir una cuenta nueva y empezar a llenarla—. ¿Por qué hostigas a Ebba? —preguntó en un tono que, por cálido y afable, desdecía el contenido de la pregunta.

—¿Cómo?

—Hacerle daño a Ebba de esta manera... —Ester aguardó la explicación de la llamada y su introducción— ... escribirle que teníamos una relación y todo eso. En invierno. Y, luego, hace cosa de un mes.

Como tantas veces antes, sus afirmaciones eran más sonido que otra cosa, era obvio que lo que decía era distinto al contenido de las palabras y, a juzgar por la suavidad de su voz, Ester no tardó en tener claro que Olof no era reacio a permitir que empezara todo de nuevo, del mismo modo, en un baile de la muerte sin fin, toda la función representada una vez más en un bis de locos, en el que ella suplicaba y él fingía resistirse.

De la conversación se podía deducir también que el horrible suceso acontecido en invierno, el revés a su matrimonio, había quedado registrado en él, pero no se había incorporado en su psique y ser. Era, más bien, como leer una noticia sobre una catástrofe natural: te conmueves durante un momento pero no de forma permanente y, al cabo de un rato, tienes que pensar activamente en ella para siquiera sentir algo.

O, a lo mejor, una descripción más correcta sería que Olof parecía haber sido afectado por su propia catástrofe, como el personaje de una obra de teatro se ve afectado por las calamidades del texto y las olvida en cuanto cae el telón.

—¿Me querías decir algo o solo era la murga esta de siempre?

—Ebba se puso realmente triste.

Ester notaba sus propias respiraciones sofocantes y dolorosas, las observaba entrar y salir, entrar y salir, antes de tomar una profunda bocanada de aire. Recordó que Lotta lo estaba escuchando todo por el otro teléfono, así que tomó carrerilla y dijo:

—¿Por qué sigues llamándome?

Ester se percató de la estupefacción que Olof no logró encubrir con despreocupación.

—Para pedirte que no sigas hostigando a mi mujer.

—No. No es por eso que me llamas y lo sabes, igual que sabes que yo nunca he hostigado a tu mujer. Y pienso que deberías recapacitar, no solo por tu querida esposa, sobre por qué sigues llamándome, qué es eso de lo que no puedes prescindir, qué es lo que no se apaga en tu interior y por qué. Recapacita también sobre quién es el que ha destrozado la vida de quién durante los últimos años. Y luego haz como yo, olvídanos y deja de llamarme. ¡Deja de llamarme!

Siguió otro silencio, pero no de asombro, sino de vergüenza por haber sido pillado. Ester la percibió invadiendo el interior de Olof como una marejada pegajosa, ola tras ola. Por última vez pudo sentir la conciencia de Olof con la misma claridad que si fuera la suya propia. Lo que en ese momento lo atravesaba no era fingido, sino auténtico. Por fin, la obra había terminado.

Sin decir una palabra, Olof Sten colgó el teléfono.

Epílogo

Dos años pasaron en la vida de Ester Nilsson. La confianza arruinada no terminaba de curarse. Había palabras y frases que no podía oír, y había apartado la vista y había abandonado el lugar las pocas veces que había sentido un revoloteo en el pecho. Era una existencia de renuncia activa y ascetismo obligado. Se asemejaba al electrocardiograma de una persona muerta. Ester sabía que tarde o temprano volvería a llenar su vida de jaleo y esparcimiento, pero aún era demasiado pronto.

Siguió trabajando en la descodificación de la vida, la que hacía tiempo que se había empecinado en comprender, pero estaba siendo más fatigoso ahora que no se veía impulsada por el entusiasmo narcótico del amor. Sin embargo, cada semana que pasaba entendía un poco mejor un problema un tanto intelectual que necesitaba ser aclarado. Había incluido el problema Olof Sten entre los documentos en el que ya se hallaba Hugo Rask, en un archivo especial para problemas sin resolver.

Vendió el coche. Publicó una serie de poemas un poco secos titulados *Elegías de amante 1-49* y *Tareas matrimoniales 50-99*, que el público general recibió con cierto interés.

Una tarde de finales de verano Ester estaba leyendo en la terraza de la plaza Moseback, cuando por el rabillo del ojo vio una figura que reconoció vagamente y que se le estaba acercando. Había algo en la manera en que sostenía su gran cabeza de rostro grueso un tanto inclinada hacia delante sobre un cuello corto que le resultó familiar, pero no supo dónde lo había visto, igual que la ropa holgada que recubría su cuerpo informe. En conjunto, le daban al hombre un perfil inconcreto. Daba cada paso con gran determinación mientras avanzaba en dirección a la mesa de Ester, y justo cuando llegó a la terraza Ester cayó en la cuenta de quién era: aquel amigo de Olof que los acompañó en la fiesta del estreno una noche de marzo, cuando Olof y ella habían retomado una vez más sus encuentros carnales, el año antes de que todo se desplomara. Göran Berggren. El escenógrafo sin trabajo. Ester no había olvidado la mirada que el hombre le había lanzado a Olof, la mirada de quien sabe que una no basta, pero la avaricia rompe el saco, y que una soledad así era un abismo. «Cúrratelo —había dicho la mirada—. Cúrratelo, esto que estás haciendo.»

Göran Berggren le preguntó a Ester si se acordaba de él.

—El escenógrafo —dijo ella y le tendió la mano para estrechársela.

—¿Me puedo sentar? —preguntó y tomó asiento sin esperar una respuesta—. Estás aquí leyendo, ¿eh? —Ester dejó el libro. Intuyó una vaga recriminación en lo que acababa de decir—. Se te ve a gusto —Ester esperó. Lo que Göran tenía que decir estaba muy al fondo, pero estaba claro que no se había acercado para charlar de tonterías—. Olof no está tan a gusto —Ester aguantó su mirada hasta que él la apartó—. No se encuentra demasiado bien —Göran Berggren parecía querer que Ester hablara para rellenar la conversación, pero en contra de sus hábitos consiguió esperar en silencio a que él continuara—. La última vez que lo vi fue en Systembolaget, la tienda de licores. Había pasado de las botellas de cristal al envase de cartón.

—Querría echar vino a un estofado que prepararía con amigos el viernes por la tarde —dijo Ester.

Recordaba una cena así que Ebba y él habían celebrado una vez por Santa Lucía. Olof había comprado la carne en el mercado de Söderhallarna y se había mostrado de lo más contento de que lo desearan a dos bandas, sin sentir el peso de nada.

—Dudo mucho que vaya a disfrutar de ningún estofado —dijo Göran Berggren.

—Ah, ¿no?

—Seguro que ya te haces a la idea de cómo está ahora la cosa entre ellos.

Tal como ocurre con las insinuaciones, las confidencias semiagresivas de Göran Berggren no se podían confrontar con preguntas ni aclaraciones, por lo que Ester guardó silencio y esperó. Él se acomodó en la silla y cogió el libro que ella estaba leyendo como si de un bien público se tratara, ojeó la contracubierta y lo volvió a dejar en la mesa, tras lo cual Ester lo recogió y lo guardó en el bolso.

Entonces, Göran Berggren le explicó que Olof había ido a buscarlo hacía un tiempo. Quería confiarse a alguien, le había dicho, en parte sobre Ebba y él, y en parte sobre la persecución a la que Ester Nilsson lo había sometido y el mal que le había causado, lo mucho que se arrepentía de haber bajado la guardia aquella única vez.

Había mucha gente en Mosebacke, muchos turistas venidos de lejos que contemplaban las vistas. Ester descansó su mirada en ellos.

—¿Te lo creíste? —preguntó—. Tú que nos viste juntos.

Göran Berggren miró la lejanía y se encogió de hombros.

—Tendrá sus razones. ¿Qué va a decir? Pero Olof dijo una cosa aún más rara y por la que me gustaría preguntarte, tú que escribes sobre la psique humana y esas cosas, de un modo que la gente normal no se entera, pero aún así.

—¿Qué dijo?

—Habló de su relación con Ebba, dijo que se había percatado de que era como dos... sí, cuentas. Dos cuentas. ¿A ti te lo dijo alguna vez? Y mediante esas cuentas Ebba había dirigido a él y el matrimonio, porque de alguna forma ella siempre estaba al corriente del saldo y sus bienes de propiedad hasta el último céntimo. Ella siempre lo había atado corto, dijo, y nunca daba nada excepto cuando era necesario para no perder a Olof o caer en números rojos.

—¿Eso dijo?

Göran asintió con la cabeza y observó el rostro de Ester como si estuviera haciendo una investigación.

—Empleó los términos de saldo y bienes de propiedad. Las palabras me hicieron reaccionar, porque eran muy tristes para describir una relación, pero muy típicas de nuestra época. Hoy en día, ni siquiera el amor se libra del dinero —Ester oteó el agua. Las olas seguían resonando sin dejarse importunar. Empezaba a hacer demasiado frío como para sentarse fuera—. Y se encontraban en un balance constante. Cuando Olof quería acercarse a Ebba, ella lo repudiaba y, cuando él se retiraba, «triste y abatido por su dureza», tal como me dijo él mismo, entonces ella iba a buscarlo, se volvía considerada, íntima. Cada vez que eso pasaba, él creía que iba a darse un cambio, pero en el fondo nada cambiaba, siempre estaban haciendo equilibrios en el filo, porque ella solo sabía vivir así, oscilando entre dos extremos, era de ahí de donde sacaba la fuerza y las ganas de vivir, y lo único que Olof quería era tener tierra firme bajo los pies —Ester cruzó los dedos para que el escozor que sentía en la piel no pudiera verse. Por si acaso, se llevó las palmas de las manos a las mejillas—. Dijo que era como correr para atrapar su propia

sombra. Cada vez que daba un paso al frente, la sombra se retiraba y, cuando él se echaba atrás, la sombra lo seguía. No se había dado cuenta de aquello hasta después de llevar muchos años juntos, y entonces ya era demasiado tarde. Nunca había oído a Olof hablar ni pensar de esa manera. ¿Lo reconoces en él? —Ester observó que Göran Berggren partía de la base de que Olof y ella se habían conocido muy íntimamente y muy bien—. Y cuando traicionaste a Olof e hiciste lo que hiciste... tú misma puedes dilucidar cómo lo ha pasado desde entonces. Después de aquello, Ebba ya no ha vuelto a tener una cuenta vacía. La tiene a tope para siempre. Puede tratar a Olof como le dé la gana, le puede exigir lo que quiera. Que Olof nunca más pueda llenarse la suya habla por sí solo. Todo lo que reúne va destinado en su totalidad a la de ella.

Cuando Ester finalmente dijo algo, su voz salió rasposa y tuvo que aclararse la garganta.

—Pero así es como Olof se siente mejor que nunca —dijo—, cuando la correa es corta y recibe órdenes claras tanto desde dentro como desde fuera. Se halla en ventaja cuando carece por completo de recursos. Olof no sabe gestionarlos, se vuelve cruel con ellos y quiere que el mundo le arrebatase la posibilidad de ser cruel, porque no le gusta cómo disfruta de su propia maldad. Así que seguro que le ha hecho bien vaciar la cuenta para siempre y perder su mínima ventana de libertad y espacio. Sinceramente, creo que eso es justo lo que andaba buscando. Utilizaba a las personas que estaban a su alcance para conseguirlo. Forzar una poda de su propia autonomía, deshacerse de todo y poder ser un esclavo, nunca más tener que decidir nada con su propio juicio o sus sentimientos. No había nada que lo asustara tanto como su adicción a la libertad. Gracias, Göran. Me has ayudado a resolver la última ecuación del problema.

Göran Berggren miró a Ester sin comprender. Estaba claro que la exposición que ella acababa de hacer le parecía igual de inapropiada que el creciente alivio con el que la había hecho. Dijo:

—Que sepas que Olof y Ebba no han llegado a superar lo que hiciste. Que ella lo use contra él es humano. Su dureza no es más que desesperación solidificada. Les inyectaste a propósito un veneno que no dejará nunca de filtrarse. Olof no es de los que se quejan, pero todo el mundo ve que desde entonces está hecho un asco.

—¿Qué hice yo? ¿En qué piensas cuando dices eso?

—Te cargaste su matrimonio. Es una actitud inaceptable, no te puedes meter en la vida de los demás. Lo que hiciste no se hace. Enviar mensajes y todo lo demás. Ojos que no ven, corazón que no siente.

Göran Berggren se levantó, se despidió con un saludo de cabeza y se marchó.

El sol era radiante; la luz, intensa. Ester Nilsson se quedó allí sola.

Notas del traductor

[1] «Desgraciadamente, no» (en alemán en el original).

[2] 6 grados, sensación térmica de 2.

[3] Los objetos en el espejo están más cerca de lo que aparentan. .

**Vuelve el fenómeno escandinavo:
Lena Andersson y la afilada secuela de *Apropiación indebida*.**

**«Una escritora impresionante.»
*Times Literary Supplement***

**«Andersson saca a la luz la crueldad y el humor de cualquier obsesión romántica [...].
Fascinante.»
*The New Yorker***



«No cabía ninguna duda de que el matrimonio de Olof estaba a punto de diluirse. Solo había que esperar.»

Todas las relaciones tienen un espacio de intimidad que nos vuelve vulnerables; este libro habla de ese lugar. El encuentro entre la protagonista, Ester Nilsson, y el actor Olof Sten tiene resultados ciertamente desiguales: el ciego enamoramiento de ella, el deleite narcisista de él. Y aunque Olof le deja claro a Ester desde el principio que está casado, lo cierto es que ni él frena las muestras de amor de Ester ni ella asume lo que está pasando. A los encuentros les suceden las llamadas, a las llamadas los malentendidos, a estos las discusiones y, de nuevo, las fantasías de un amor total.

Andersson trata con humor, rigor y una fina crueldad las esperanzas y las mentiras sobre las que en ocasiones se construyen nuestras relaciones; mentiras a los demás, pero, sobre todo, mentiras a nosotros mismos.

La crítica ha dicho...

«Un libro verdaderamente impresionante [...]. Una sabiduría y una elegancia infinitas.»
Daily Mail

«Divertido e inteligente [...]. Dan ganas de subrayar la mitad de las frases, píldoras de una verdad incómoda.»
The White Review

«Andersson saca a la luz la crueldad y el humor de cualquier obsesión romántica [...].
Fascinante.»
The New Yorker

«Una exploración profunda y afilada sobre cómo nuestra cultura percibe la infidelidad.»
Elle

«Una escritora impresionante.»

Times Literary Supplement

«Desgarradora [...]. A nivel emocional esta novela es tan cómica como espeluznante; a cualquier persona que haya amado de una manera irracional le resultará certera [...]. Un análisis agudísimo de una mente delirante [...]. Irresistible.»

Booklist

«Irónica, realista e innovadora.»

Kirkus

«Un acercamiento muy agudo a la figura de la amante [...]. El epílogo es como un puñetazo en el vientre para todo el mundo: a quien se ha casado, a quien está soltero, a quien tiene esperanza y a quien está desesperado.»

Literary Hub

«Hechos poco fieles muestra de un modo vigoroso las frustraciones de perseguir a alguien que no desea ni comprometerse ni cortar por lo sano [...]. Cautivadora [...], divertida y conmovedora

The Literary Review

«Una novela desgarradora contada con rigor intelectual. Me tuvo atrapada desde la primera página a la última. ¡Fantástica!».

Alice Sebold

«Lena Andersson escribe de manera precisa y depurada [...]. Hechos poco fieles es una novela rabiosamente buena.»

Nerikes Allehanda

«Merece la pena aún más que la anterior. [...] Ester Nilsson, la protagonista, se asegura un lugar en la literatura.»

Dagens Nyheter

«Una novela muy poco romántica sobre los romances que acaba siendo incluso mejor que su predecesora. Lena Andersson empezó a escribir *Hechos poco fieles* antes de escribir *Apropiación indebida* y la nueva novela, más que una secuela, parece una obra primigenia.»

Sydsvenskan

Sobre la autora

Lena Andersson nació en Estocolmo en 1970. Es autora de novelas, artículos, ensayos y obras de teatro. Ha sido crítica literaria en el diario *Svenska Dagbladet* y columnista polémica y de gran éxito para el *Dagens Nyheter*, el periódico sueco de más renombre, y para la revista *Fokus*. Además, es considerada una de las analistas políticas más influyentes de su país. Con *Apropiación indebida. Una novela sobre el amor* (Alfaguara, 2015), Andersson fue galardonada con los prestigiosos premios literarios *Svenska Dagbladet* y *August* en sus ediciones de 2013, año en el que recibió también la Pluma de Oro de manos del Club de la Prensa. *Hechos poco fieles* viene a confirmar la posición de Lena Andersson como una de las escritoras europeas más originales e importantes de la actualidad.

Título original: *Utan personligt ansvar*

© 2014, Lena Andersson.

Publicado gracias al acuerdo con Hedlund Agency.

© 2020, Pontus Sánchez, por la traducción

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Esta traducción ha sido publicada con el subsidio del Swedich Arts Council, al que agradecemos su apoyo.

ISBN ebook: 978-84-204-3549-7

Ilustración de cubierta: © Jarek Puczel

Diseño de interiores realizado por Alfaguara, basado en un proyecto de Enric Satué

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

www.mtcolor.es

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

[Hechos poco fieles](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Epílogo](#)

[Notas del traductor](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre la autora](#)

[Créditos](#)